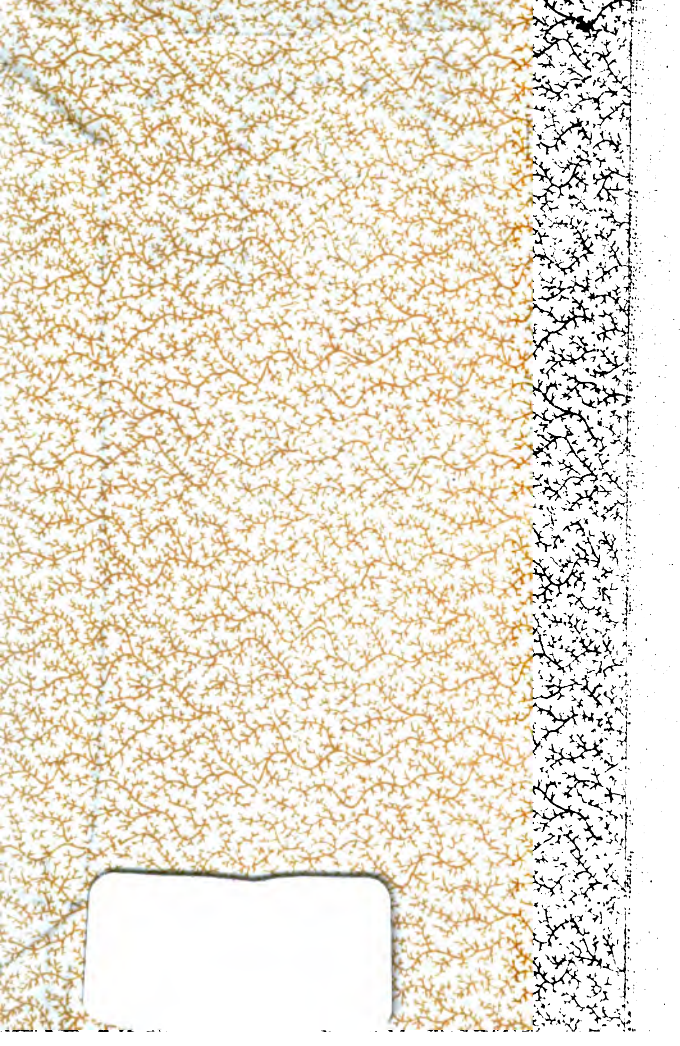
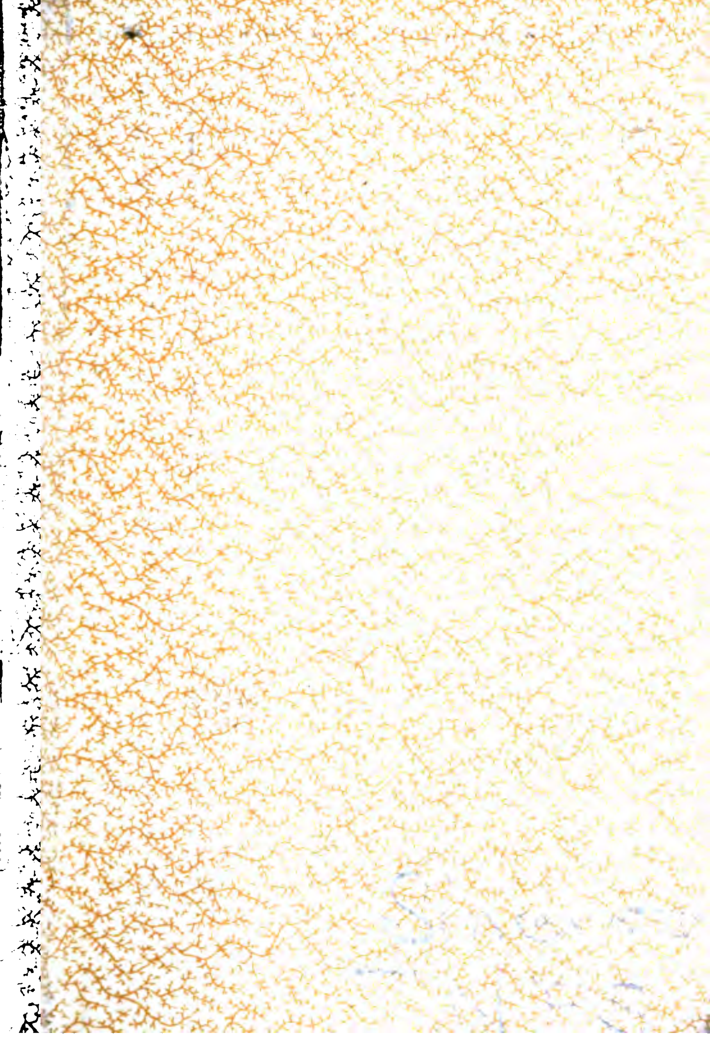




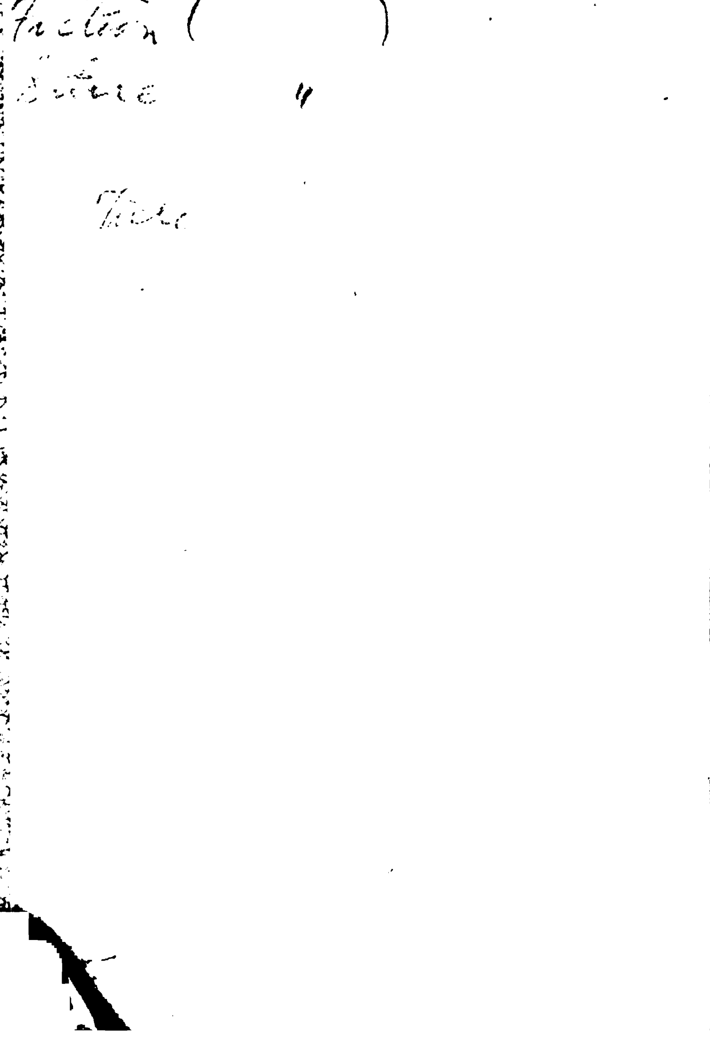
El Quijote de la Revolución.

Por J. F. [illegible],

Tomo I.

México.

1863.



EL QUIJOTE

DE LA REVOLUCION,

O HISTORIA DE LA VIDA, HECHOS, AVENTURAS Y PROEZAS DE

Monsieur le Grand-homme Pamparanuja,

HEROE POLÍTICO, FILÓSOFO MODERNO, CABALLERO ANDANTE Y REFORMADOR DE TODO EL GENERO HUMANO.

Obra escrita en beneficio de la humanidad.

Por D. Juan Francisco Siñeriz.

Pimera edicion del Cronista de México.

MEXICO.

IMPRENTA LITERARIA, SEMINARIO N. [illegible]

—

1863.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Desconocido lector, en verdad que no sé por dónde empiece para predisponerte á que me leas. Bien quisiera reclamar tu indulgencia sobre la obra que te presento, y en la cual verás consignadas las aventuras de un héroe político y filósofo moderno. Si eres católico y observas el primer precepto del Decálogo, puedo estar seguro de tu benevolencia, porque si es cierto que amas al prójimo como

á tí mismo, tu crítica en órden á mí será la que tú quisieras que fuera si estuvieses en mi lugar. Si fueses tú el autor y yo el lector, no creo te gustase que hiciera notar en tu obra mas errores que palabras; podrias decirme con razon: tú eres un indiscreto, porque si puedes hacer mas que yo, corrígeme y dame lecciones, y con esto te grajearás fama. Conozco que me pudieras decir esto y mucho mas; pero escucha amigo ó enemigo mio lo que tú quieras, porque yo poco me paro en estas niñerías, pues ya ves que llega á tal extremo mi confianza y familiaridad, que te tuteo y me igualo contigo;ház, digo, lo que tú quieras y júzgame á tu placer; pero no te apresures á criticarme antes de haber reflexionado sobre las siguientes advertencias;

Primera. Que si mi obra te excita á reir una sola vez, ya me serás deudor de ese buen rato por mas que no sea sino de una alegría momentanea, cuya deuda se renovará en tí cada vez que mi obra te provoque á reir. Sin embargo, claro está que si tu carácter es sério, triste ó hipocóndrico no reirás á carcajadas; pero no podrás menos de sonreirte, que para el caso es lo mismo.

Segunda. No olvides que el fin que yo me propongo en esta obra es laudable y digno por demas de todo hombre pensador, y de consiguiente de tí; si tú quieres emprender otra igual hazla y no tomes mi crítica. Habrá doscientos veintisiete años que Cervantes nos trazó el camino para combatir á su ejemplo todos los vicios y desórdenes de la sociedad, haciéndoles la guerra como él la hi-

zó á las leyendas caballerescas. El campo es vasto, y en la materia que yo he escogido, hay pasto abundante para poder ejercitar la actividad y hacer campear su talento los mayores ingenios.

Tercera. Debes considerar que los flamantes libros de la filosofía moderna, cuyas doctrinas refuto aunque no sean de caballería, son sin embargo tanto y mas despreciables que los de Amadis de Gaula y demas de su estofa. ¡Cuántos mayores males no nos han causado éstos que todos los caballeros andantes y por andar que han existido en el mundo!

Cuarta. Si los asertos y proposiciones que cito en la obra te parecen disparates, no los creas por esto fruto de mi imaginacion, pues que yo tambien lo he leido en letras de molde. Pero andemos claros, para evitar

equivocaciones yo te señalaré estos pasages que han sido extractados de otros autores con comillas, para que puedas conocerlos y distinguirlos por tí mismo.

Quinta. No te admires si entre tantos ensueños no encuentras los que ha forjado la incredulidad contra la religion, porque prefiero guardar silencio mas bien que escandalizar á mis lectores y sonrojarlos. Fácil es conocer que los que han escrito tantos delirios en otras materias no se han quedado escasos en punto á religion.

Sexta. Me atengo á lo que decia uno de los mayores hombres de nuestro siglo, á saber: que preferia la fuerza del raciocinio á la elocuencia de la diccion, y las cosas á las palabras; por esto he tratado de abrir en esta obra 'ancho campo á mi imagi-

nacion, sin detenerme en la eleccion de voces y frases, procurando únicamente ponerme al alcance de toda clase de lectores.

Ten presente estas advertencias, y en vista de ellas me prometo que tu crítica no será muy severa. Con ellas doy fin á este prólogo y quedo ofreciendo á Dios mis votos para que á tí te ayude y á mí no me olvide.

JUAN FRANCISCO SIÑERIZ.

EL QUIJOTE DE LA REVOLUCION.

**Respetad las personas
condenad los errores.**
S. Agustin.

PLAN DE LA OBRA.

Cuando el inmortal Cervantes se propuso sepultar en el olvido las leyendas caballerescas, no se ocultó á su talento extraordinario la dificultad, ó mejor diré, imposibilidad que habia de lograrlo por los medios ordinarios de la persuacion y conviccion. Estos medios empleados ya por otros sin ningun resultado, le hicieron conocer que no se debe apelar al raciocinio para desvanecer preocupaciones que rayan en delirios. Así es que su imaginacion creadora le sugirió la grande idea de inventar un héroe que enfrascándose tanto en estas leyendas, tomase al fin la resolucion de marchar en busca de las aventuras, tales, cuales habia leido en sus disparatados libros de caballería.

Cervantes puso en ejecucion su pensamiento, hizo salir á D. Quijote en campaña acompañado de un gracioso escudero, cuyos chistes y gracejo descubren á cada paso la ridiculez de estas aventuras. Su obra fué universalmente aplaudida; la lectura de ella y las picantes respuestas de Sancho ofrecieron agradable pasatiempo á las personas que se dedican á este género de obras. La moral de este libro fué tambien generalizada, logrando completamente su autor, como él mismo dice, el objeto que se habia propuesto de poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas historias de los libros de caballería.

Al ver circular en nuestros dias una leyenda todavía mas perjuicial, he hecho el ensayo de dar á luz otro Quijote, á fin de desterrar de la sociedad por el mismo medio que Cervantes, tantos libros inmorales, doctrinas anárquicas y corrompidas, principios subversivos y elementos de desórden que tan profusamente se han esparcido por todo el mundo civilizado.

Y dificilmente se atacará este daño si no se corta en su raiz.

No he tomado de la obra de Cervantes mas que la idea. A su imitacion supongo igualmente que otro héroe se aficionó tanto á la lectura de estos libros, que dió en la extraña locura de emprender una regeneracion universal. A este efecto nuestro héroe se dirige á Paris. A su llegada procura contraer relaciones y amistad con algunos jóvenes que se preciaban de filósofos modernos. Estos le conducen á una academia subterránea, donde se discutian graves y trascedentales cuestiones, se proferian con veneracion los nombres de algunos autores y se controvertian sus doctrinas, resultando de todo esto la resolucion que se tomó de hacer un trastorno general en las ideas, usos y costumbres de los pueblos, segun exigian la nueva escuela y luces del siglo. Dióse comision á nuestro héroe de ir á predicar y encarecer la nueva doctrina por toda la superficie del globo, como que se le considera ya el filósofo mas aven-

tajado. Emprende éste su mision acompañado de un ayuda de cámara, como en otros tiempos lo hizo D. Quijote de la Mancha y su escudero. Las aventuras del primero en nada se parecen á las de este último, sin embargo, son características, del siglo que se ha querido apellidar de las luces, luces que ofuscaron, ó mas bien cegaron, la luz de la razon de nuestro héroe. En consecuencia de la resolucion tomada, se refiere en esta obra lo que le sucedió en las expediciones y correrías que hizo en Lila, Calais, Amiens, Orleans, Tours, Nantes, la Vendée y Burdeos, ciudades de Francia que recorrió; pero como la comision de que estaba encargado abrazaba nada menos que la regeneracion universal, le dió la academia órdenes de hacer un viage al rededor del globo, y prodigar por todas partes libros que derramasen por el mundo las semillas de la nueva doctrina.

Para llenar esta mision se embarcó en Burdeos en el mes de Octubre de 1788, estando siempre en la confianza de que

un feliz suceso coronaria sus esfuerzos y llevaria á cabo la idea de reformar el mundo, segun él se habia imaginado. El héroe prosiguió su viage hácia la isla de Madera, desde allí se fué á Canarias. Despues se dirigió á la isla de Cuba, se detuvo en la Habana, pasó por Veracruz desde donde tomó la derrota del Cabo de Buena Esperanza, isla de Madagascár, el mar rojo, costas de la Arabia, la Persia, isla de Ceylán, y costas de Coromandél y Bengala. En seguida se encaminó á la isla de Sumátra, Malaca, Batavia, isla de Bornéo, Filipinas, la China, el Japon, Islas Marianas y costas del mar de Kamtschatka. Dió la vuelta por el norte de América, la California, Acapulco, Lima, el Cabo Hornos, el Brasil, y tocando en Bueuos-Ayres regresó finalmente á Francia para dar cuenta de su comision. Pero antes de saltar en tierra supo ya todas las desgracias que ocurrieron en ella en la espantosa revolucion del año 1789; la relacion de estas horrendas escenas hizo tal impresion en su ánimo que cayó gra-

vemente enfermo. Durante su convalescencia recobró el ejercicio de sus facultades intelectuales, de las que se hallaba privado muchos años habia; pero esto no sirvió mas que para hacerle sentir con mayor viveza el peso de su desgracia. Vió en efecto que la revolucion lo habia despojado de su inmensa fortuna, causado millares de víctimas y la total ruina de su patria, recordóse que él mismo habia provocado la revolucion y los males y sangrientas escenas que durante el vértigo revolucionario tuvieron lugar en Francia. Esta reflexion le oprimió de tristeza, la que no le dejó hasta la muerte. Sucedió ésta en la isla de Jersey, con mucha resignacion de nuestro héroe, habiendo antes abjurado sus errores y extravíos. Dejó escritos muy interesantes, que pueden considerarse como otras tantas lecciones de la verdadera moral que adquirió despues de haber conocido por experiencia al mundo, tal cual es, y no á la moderna y flamante, como él se lo habia imaginado.

Con esta ocasion se describe en esta obra todo lo que hay de mas curioso é interesante en la historia de todos los países recorridos por el héroe, señalando las leguas que hay de distancia de un punto á otro. La religion, las costumbres, comercio, industria y producciones de estos diferentes países han sido sometidas á un severo análisis. En ella se hallará un resúmen de lo mas importante de la historia de Rusia, de la China, del Japon y de todos los demas países que fueron visitados por Mr. Le Grand. Al mismo tiempo se pone constantemente á la vista el comercio que hacian los antiguos en las Indias Orientales, en parangon con el que se hace hoy dia, desde que los portugueses descubrieron el paso de estos países por el Cabo de Buena-Esperanza, cuya circunstancia hace esta obra digna de ser colocada al lado de las que adornan las mejores bibliotecas.

Me he propuesto hacer ver por experiencia los errores y extravíos de nuestros tiempos, y á este fin he reasumido

en el libro cuarto la historia de la revolucion francesa; añadiendo al fin algunos textos de la Sagrada Escritura para combatir las doctrinas revolucionarias.

Para generalizar la lectura de su D. Quijote, Cervantes trató de conservar el carácter de Sancho, siempre jovial y festivo, y á su ejemplo se procura tambien en esta obra que el ayuda de cámara de M. Le Grand sea siempre chistoso y satírico; ciertamento que el fin que se propuso Cervantes, en querer desterrar los libros de caballería fué útil é interesante; pero el que yo me propongo es todavía de una utilidad mas incontestable, y de un interes mas general, dirigiéndose, como se dirige, á poner en ridículo tantos libros y doctrinas que extravian á la juventud inexperta, la conducen al precipicio y sepultan en el abismo de las revoluciones. Cervantes hizo la guerra con su D. Quijote á los vicios y desórdenes que dominaban en la época en que vivia, y del mismo modo se verán aquí combatidos con el arma del ridículo los abusos y

extravagancias de nuestros dias. Dos siglos han transcurrido desde la primera publicacion del Quijote, y apénas parece creible en el dia que los hombres hubiesen dado fé y entretenido los ratos de ocio con las aventuras caballerescas; no tememos afirmar que dentro de igual trascurso de tiempo, nuestros sucesores se admirarán de ver publicadas en caracteres tipográficos tantas proposiciones absurdas en religion, política y moral. Ellas son las que nos han conducido de revolucion en revolucion, y á poco mas que esto dure llegará á su término la especie humana.

El fin principal de esta obra es detener y disminuir, en cuanto sea posible, este terrible azote de la sociedad, rectificar la opinion pública de la juventud, cuyos errores, cundiendo rápidamente, han puesto en convulsion la mitad del globo; si á ésta no se le hiciera tomar otra direccion, seguro es que los estragos que causaria su tortuosa marcha llegarian á exterminar la mayor parte del género humano antes de dos siglos.

NOTA DEL EDITOR.

Esta obra, que mereció los mayores elogios de algunos periódicos de Paris, es recomendable por cuantó reune en la parte histórica y geográfica una noticia circunstanciada de los últimos descubrimientos que se han hecho en el globo por Magallanes, Cook, Behering y otros viajeros de nuestros dias, no dejanpo en él punto alguno, por poco importante que sea, del cual no haga mencion.

Sin ánimo de prevenir el juicio de nuestros lectores, podemos afirmar que el autor llena tambien su objeto en la parte filosófica y moral, porque en el libro primero explica sucintamente los principios y teorías que tan en boga anduvieron á mediados del siglo pasado, y cuyo conjunto formó aquel sistema ó escuela apellidada francesa, que hizo tantos prosélitos y

dió tan dura leccion á la Europa y al mundo. Descríbense las doctrinas de Voltaire, Rouseau, Cabanís, Delille de Sales y otros muchos coriféos de esta escuela, y demuéstrase á la evidencia, con razones y pruebas concluyentes, lo erróneo y absurdo de dichas doctrinas. Salen los hechos en abono de esta verdad en el libro segundo, donde una série de aventuras de nuestro monomaniaco hace ver en detallo y aisladamente su ridiculez y las fatales consecuencias que produjeron. Cuantos desvaríos y sistemas monstruosos vieron la luz pública en el corto periodo que precedió y preparó la revolucion, se hallan pintados en estos dos libros con exactitud. Por último, en los libros tercero y cuarto, á favor de la debilidad del gobierno y la buena acogida que tuvieron unas ideas, que aunque repugnantes á la razon halagaban el amor propio y cebaban al hombre en sus goces y pasiones, se ofrece en globo el resultado de su aplicacion presentando la asombrosa revolucion, del año 1889 que llenó á la Francia de luto, de sangre y de pavor. ¡Ojalá escarmiente el mundo con su ejemplo! El autor señala en el libro cuarto las causas de tan terrible sacudimiento, atribuyéndolas en la mayor y casi única parte á la

circulacion de libros inmorales, licencio sos y obscenos, á manera de impuras y corrompidas fuentes donde bebieron los que figuraron como actores ó auxiliares de aquella catástrofe y drama sangriento.

La generacion presente que azorada vuelve las espaldas hácia aquel teatro de horrores, y con triste desengaño huye de su repeticion, ha acogido esta obra con benevolencia y aplauso de los que gustan entregarse á la discusion de materias políticas y filosóficas, las cuales se hallan tratadas en ella, de modo que puedan comprenderse por toda clase de persenas, y amenizadas con el chiste de Petit-Jean. En Paris fué donde se publicó por la primera vez, y esto ofrece ya un claro testimonio de que salimos de la tiranía filosófica y de aquel tiempo intolerante en que dominaba el terror y el espíritu de partido, para entrar en una nueva éra de verdadera ilustracion y mas razonable libertad, á cuya sombra se discuten y se leen toda suerte de doctrinas y escritos.

¡Quién dijera que los parisienses se entregaran con avidez ni aun contemplaran con fria alma un libro en que se ridiculizan, condenan y anatematizan los errores que abortaron la revolucion, en el mismo lugar de la escena donde el vol-

can revolucionario abrió su cráter horrendo, y donde aun en todas partes existen estampadas sus huellas! El espíritu tolerante del siglo nos da á conocer que caminamos á la perfeccion, y así aconsejamos la lectura de esta obra como dirigida á este fin y al de desarraigar de entre nosotros ese deseo de innovaciones tan fecundo en discordias, guerras y revueltas intestinas.

EL QUIJOTE
DE LA REVOLUCION.

PRIMERA PARTE.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

Orígen de la casa y fortuna del héroe. Sueño fatal que ocasionó la enfermedad de su padre, la cual poco despues fué seguida de su muerte.

En una de las mejores ciudades de Francia vivia, á mediados del siglo diez y ocho, un comerciante, cuya inmensa fortuna le colocaba al nivel de los mayores capitalistas de Europa. Sus bageles surcaban los mares en todas direcciones, era inmenso su crédito en casi todas las ciudades mercantiles del globo y no habia operaciones de banco

en Paris, Londres ó Amsterdam, en las que él no estuviera interesado. Gozaba tambien de gran valía en la córte por haber socorrido en tiempo de penuria á las personas mas ilustres de la monarquía. A tantos elementos de prosperidad y de riqueza, se añadia un gran número de manufacturas de su invencion que circulaban así por el Sud de la Francia como por las demas provincias del reino. Baste decir que si hubiera podido realizar su fortuna de un dia á otro, igualara á la de los mayores príncipes y potentados de Europa. Volvamos ahora la vista á las demas circunstancias de este hombre.

Hacia seis años que habia perdido á su esposa y este accidente vino á turbar la dicha de que gozaba y convertirla en afliccion amarga. Afortunadamente le habia quedado un hijo que formaba el objeto de sus delicias, y cuya sola presencia bastaba para desterrar de su ánimo la melancolía y endulzar los momentos de pesadumbre. Estaba dotado de un excelente carácter, era hermoso, vivo, y de un talento poco comun, el cual el padre habia procurado cultivar enseñándole principios

de religion y virtud, correspondiendo tambien el hijo por su parte con unas costumbres tan puras, que su conducta pudiera presentarse á la juventud por modelo.

Este jóven estaba ya impuesto de los libros de comercio y demas asuntos de la casa. Fuera de esto poseia otros conocimientos adquiridos con su aplicacion al estudio, ayudado de su genio perspicaz. Así que descansaba de estas ocupaciones no hallaba cosa mas agradable que ir á buscar á su ayuda de cámara, que era un mozo de su misma edad con el que se habia criado, para solazarse y divertirse juntos. Este era su único compañero, su confidente, y en una palabra, su mas íntimo amigo.

¿Qué es lo que podia faltar á este rico comerciante para ser del todo dichoso? Padre de un hijo que nunca le habia dado disgusto alguno, favorecido de la fortuna con inmensas riquezas, pacífico y benéfico ciudadano, amado de todos sus compatriotas, con razon se pudiera creer que nada se opondria en adelante á la felicidad de que gozaba. ¡Mas, cuán mudable é incierta es la condicion del hombre! ¡Cuántas ve-

tes todos nuestros gozos y placeres se disipan como el humo por causas livianas. Pero qué, ¿acaso el hombre mas feliz vendrá á ser desgraciado por un frívolo motivo? ¡Oh! Sí, tal es el hombre; y ¡ay de aquel que se obstina en no reconocer su propia miseria en medio de la mayor opulencia! Un sueño, nada mas que un sueño acibaró todos los placeres de este rico comerciante; y desde entonces, ni el amor de su idolatrado hijo, ni la idea de poseer tan gran fortuna, ni la estimacion de sus conciudadanos, pudieron disipar de su corazon la profunda melancolía que le condujo al sepulcro.

Este hombre quiso celebrar el aniversario del nacimiento de su hijo, y con este fin convidó un gran número de personas. Despues de comer, todos procuraban divertir al padre, refiriéndole las bellas cualidades que adornaban á su hijo. Los unos hablaban de su habilidad, otros de su talento, quién admiraba su belleza, quién su carácter, ó la extension de sus conocimientos. ¡O cuán dulce debe ser para un padre escuchar las alabanzas de su hijo! Así es que este hombre enagenado de placer,

muy léjos estaba de pensar que una hora mas tarde encontraria en su hijo el gérmen ó la causa del mal, del cual debia sucumbir.

Los convidados se habian retirado ya, y el amo de la casa se disponia á descansar un poco; pero como la ima ginacion nos representa de ordinario durante el sueño las últimas ideas que he mos recibido, este rico comerciante que se habia dormido con la impresion de todo lo que habia oido decir de mas amable y lisonjero sobre su hijo, persistiendo en la misma idea se decia á sí mismo. Oh, sí, mi hijo es un prodigio de la naturaleza, ¿mi fortuna, á qué grado no ha de llegar con su ayuda? Yo la debo, por decirlo así, á la casualidad, porque, ¿qué me sé yo, ni qué conocimiento tengo de las producciones de las costas de Malabár, de Coromandel y de la Cochinchina? el mismo que para saber las ventajas que hay de trasportar de la China á la América, ó de la América á la China. Mi hijo me adelantará en esto con mucha satisfaccion mia, pues sus estudios y el desarrollo que va á dar á su inteligencia, presto le pondrán al alcance de todo esto y mucho mas,

y entonces no dudo en afirmar que mis capitales aumentarán por mitad. Hoy dia no cuenta mas que veintiun años, á los veinticinco su razon cobrará fuerzas, y por poco que prospere la casa con su administracion durante seis años, mi fortuna llegará á ser incalculable. ¡Ay de mi! ¡qué no pueda ver todo esto y gozarlo á mi sabor!

Aquí llegaba este desdichado, cuando fué herida su imaginacion por la presencia de una nube espantosa que lanzaba por todas partes abrasadoras centellas, al mismo tiempo parecia oirse el sordo estampido del trueno. Al instante ve salir del centro de una columna brillante que apareció en medio de la nube un espectro horrible que con voz desmayada y sepulcral le dijo:—Despierta, miserable mortal, y acuérdate de la nada de tu orígen. Sabe desde este instante que todas tus riquezas con las de una infinidad de personas serán reducidas á pavezas por tu propio hijo; que si tú tienes la desgracia de hablarle de esta prediccion se arrancará la vida para evitar su cumplimiento, y desde el mismo punto ambos dejaréis de existir. Dijo, y desapareció la sombra.

Apénas se recobró de esta pesadilla, cuando el desgraciado padre recorrió todos los aposentos de la casa, llamando á su hijo á grandes voces. ¿Qué es lo que há de sucederme, exclamó con el acento de la desesperacion. ¿Yo he de ser el mas desgraciado de todos los hombres? A estos gritos acudió su hijo, el primero seguido de los criados de la casa, todos procuraron ofrecer á su amo los socorros que reclamaba su triste situacion, los cuales el se empeñó en rehusar con una porfia increible. Le hallaron apoyada la cabeza en su manos, y con los codos sobre una mesa, cuya posicion conservó por espacio de una hora, que fué el tiempo que duró en su imaginacion la lucha entre las ideas del momento y la terrible prediccion que todavía le parecia oir. Acongojado y fuera de sí, se metió en cama habiendo antes prohibido que enviaran á llamar al médico ni que le preguntaran la causa de su enfermedad, se negó tambien á tomar alimento y no cerró los párpados en toda la noche, siempre temeroso de que por segunda vez no se ofreciera á su imaginacion el espectro para repetirle su terrible vaticinio.

Al dia siguiente se encontró pálido y estenuado, tanto le habia alterado el insomio de la víspera; sin embargo, se levantó al rayar el dia para irse al cuarto de su hijo; pero apénas llegó á la puerta, que mudó de idea y se fué al jardin sin ser visto de ninguno de sus criados. Luego que éstos despertaron, su primer cuidado fué el de ir á ver á su amo, mas como no le hallasen en su cuarto dieron voces por toda la casa, acudió tambien el hijo, y entonces fué una éscena de dolor lo que pasó con este jóven, que presagiaba nuevas desgracias, y estaba inconsolable por la pérdida de su padre.

¡O mundo, cuán engañosas y pasajeras son todas tus ilusiones! ¡Y qué! Un sueño puede bastar para acortar los dias del hombre mas favorecido de la fortuna. ¡Ay del hombre! cuantas veces muere bajo el influjo de un sol que no ha entibiado aún las cristalinas aguas de un arroyo, ó sucumbe al blando soplo de un aire que no ha sido capaz de apagar la débil llama de una luz. ¡Miserables mortales, los que hoy os reputais felices, sois con frecuencia los desgraciados del dia de mañana! La dis-

tancia del cuarto al jardin señalaba aquí la distancia que habia del consuelo á la mas amarga pena, tal es el camino que separa la vida del sepulcro.

Todos estaban en la mayor consternacion, y tan cruel estado durara mucho tiempo, si no hubiera ocurrido á alguno la idea de mirar al través de un corredor que conducia al jardin. Con efecto, vieron allí á su amo, que con tranquilidad y sosegadamente se iba paseando por entre los cuadros inmediatos al estanque. Informado su hijo corrió á lanzarse en los brazos del anciano padre; pero cuál fué su sorpresa al ver que le rechazaba de sí, y que con voz trémula le dijo: "Si ambos hemos de perecer, plegue al cielo que vivas tú y perezca yo. Quédate tú, hijo mio, y disfruta de los placeres engañosos de la vida. No pretendas conocer mi mal, porque es superior á los secretos del arte. Yo siento acercarse mi última hora, y solo quiero que te persuadas que es de todo punto indiferente vivir en este mundo algunos años mas ó menos, de este modo soportarás con resignacion el cruel golpe que á todos nos espera, segun la imperiosa é inexorable ley de

la naturaleza. Pero ¡ay de mi! que quizá no está léjos el dia en que olvidarás á tu padre, y los desvelos y afanes que le ha costado la inmensa fortuna que vas á póseer, junto con su afectuosa bendicion...." Dijo, y tomando del brazo á su hijo, se hizo conducir al cuarto en donde rehusó de nuevo manifestar la causa de su enfermedad, á pesar de las vivas instancias de todos sus criados. Tal fué la impresion que hizo so bre su ánimo el sueño en que se le habia recordado la nada de su orígen.

Y ¿es posible que no hubiera advertido este rico comerciante mas que esta vez lo que el cuadro de la vida humana ofrece á la vista á cada instante? No habian muerto ya sus padres, sus deudos, sus amigos y sus vecinos? ¿No veia todos los dias morir así los mozos como los niños recien nacidos? ¿Por qué, pues, debia creerse privilegiado y exento de esta ley universal? ¡Ah! si por lo menos este hombre fuera el único que pasa su vida como si no debia morir jamas. ¿Cómo vivimos por lo comun? Pensamos acaso en la muerte cuando perdemos el tiempo en proyectos insensatos de un lujo frívolo, ó procura-

mos que no llegue á nuestros oidos el grito de dolor de tantos desgraciados, que para vivir como hombres se ven precisados á trabajar como animales? Pero volvamos otra vez á tomar el hilo de nuestra historia.

Todos estaban desconsolados, el hijo atónito, los dependientes anegados de dolor; ¿y cómo ha mudado? decian unos; es inevitable su muerte, añadian otros; y todos generalmente se lamentaban de una pérdida que consideraban irreparable; pero cuánto mayor no hubiera sido su sentimiento si columbraran en el porvenir otras pérdidas harto mayores y que amenazaban á todos ellos.

A la hora que el enfermo tuvo á bien llamó á todos; habia despertado de un sueño profundo que en lugar de calmarle le agitara sobremanera, ocultó cuidadosamente la vision y fatal prediccion de que hemos hablado, mostróles una calma que interiormente estaba muy léjos de sentir, y ayudado de su hijo y de algunos criados, probó de dar algunos pasos por su cuarto; pero todo fué inútil, las fuerzas le habian abandonado, y su postracion era tanta y de tal modo se agravó su mal, que falleció al

tercer dia, despues que le sobrevino el accidente.

El lector nos dispensará de entrar en minuciosos detalles relativos al dolor que naturalmente debia causar esta muerte á su virtuoso hijo, sobre que le amaba tiernamente y era del mismo modo correspondido, alimentaba todavía en su pecho los generosos sentimientos de la naturaieza; y este amor recíproco entre padres é hijos no se borra jamas, á menos que se reeiba una educacion viciosa que lo destruya. Se entregó, pues, este desventurado hijo á todo el exceso de su dolor, á pesar de todo lo que hicieron sus parientes y amigos para distraerle. El golpe habia sido etrrible, y de consiguiente, no podia llegar para él el consuelo sino muy tarde.

Los dependientes y criados sintieron tambien esta pérdida porque habian recibido pruebas inequívocas de su beneficencia; pero les consolaba la esperanza de hallar en el hijo un digno sucesor de su padre. Ninguno se sentia con bastante presencia de ánimo para ocuparse en las exequias, hasta que uno de los amigos de la familia lo tomó á su car-

go y se llevó á su casa al desgraciado jóven, cuidando de todo lo demas.

Despues de los funerales y ceremonias de costumbre, el amigo de la casa quiso poner al hijo en posesion de su rica herencia; pero no era todavía tiempo. Las llagas de su corazon estaban todavía frescas, y así fué que este jóven mostró deseos de abandonar, no solo su casa paterna, sino tambien su ciudad nativa, para evitar la vista de todos los objetos que le recordaban la muerte de su padre. Hacia en él tan grandes progresos la melancolía, que si no hubieran procurado distraerle, habria sin duda tenido el mismo fin que su padre. Para poner remedio á esto, el amigo de la casa convocó un consejo de familia, en el que se decidió otorgar poderes al primer dependiente para continuar el comercio en nombre del heredero, y que éste se iria á viajar para recobrar la calma de espíritu que le era tan necesaria. Fué, pues, resuelto por unanimidad, que el huérfano se iria á Paris acompañado de su ayuda de cámara, con quien se habia criado, y que éste procuraria distraerle en cuanto le fuera posible. Era de esperar que lle-

gados á la capital de Francia, se apresurarian todos sus corresponsales á ofrecer sus servicios á este jóven y mitigar sus penas. A este efecto fué dispuesta una silla de posta, y al dia siguiente por la mañana se pusieron en camino, y dejaron tras de sí la ciudad que les habia visto nacer.

CAPITULO II.

Emprende el héroe el viage á Paris acompañado de su ayuda de cámara, cuyo festivo carácter empieza á manifestarse por una enfermedad fingida, que á poco mas le hubiera costado muy cara.

Al amanecer del dia destinado á la partida, los dos compañeros de viage, amo y criado, se pusieron en camino decididos á hacer cortas jornadas para su mayor comodidad y poder pasar el tiempo mas alegremente. Una profunda melancolía se habia apoderado del jóven durante su permanencia en la casa de su amigo, cuyo sentimiento se habia renovado al despedirse de sus parientes y amigos, y todavía lo ali-

mentaba, sin que la perspectiva de un viage á Paris, ni los nuevos objetos que se ofrecian á su vista, pudiesen hacerle olvidar la reciente pérdida de su amado padre. En vano trataba su criado de llamar su atencion hácia las colinas que se descubrian á lo léjos, no por esto dejaba el abatimiento y tristeza en que parecia abismado, haciéndole indiferente á todo. El ayuda de cámara, que tenia un sí es no és de bellaco y socarron, trató de discurrir algun medio para distraer á su amo, creyéndose obligado por la preferencia que le habia dado sobre los demas criados. No le faltaba á éste ingenio y travesura, á mas de que se hallaba bastante instruido en las doctrinas de algunas obras, cuya lectura le habia aconsejado su difunto amo. Este criado era naturalmente jovial, ingenioso y satírico, animaban su figura unos ojos vivos y penetrantes, que le daban un no sé qué de taimado, tenia la nariz aguileña, cara larga, cuerpo delgado, y la estatura mediana; á bien que su cabeza no llegase á los hombros de su amo; pero en desquite, estaba dotado de una singular destreza en todos sus movimientos, cuya rapidez

igualaba á la que su imaginacion imprimia en sus ideas.

Como se creia obligado á curar á su amo de su enfermedad moral, para descargo de su conciencia y para satisfacer al afecto que le habia mostrado, discurria consigo mismo de este modo: Si provoco una conversacion séria con mi amo, como ya he probado, á buen seguro que no lograré otras respuestas que los monosílabos, por los cuales quiere evadirse de la necesidad de responder, y por consiguiente, no le abandonará tampoco la idea de la muerte de su padre. Me conviene, pues, buscar otro medio que produzca el efecto que deseo, aunque no sea mas que por algunos instantes, mientras tanto, meditaré y tendré el recurso de inventar otros sucesivamente. Le curaré, le haré reir, (aunque para esto es demasiado pronto) y no desconfio de arrancarle esta cruel melancolía que le conduciria al sepulcro como á su padre, si yo no le hallese algun remedio. ¡Pese á mí! ¿Y de qué sirve la tristeza? ¿Por ventura debe uno dejarse morir porque los otros se mueren? ¡Oh, no! Dios nos lo prohibe. Pardiez que es gran necedad

ir buscando pesadumbres que nos maten; ¿por ventura, siempre que la muerte nos sale al encuentro, no llega muy presto? Voy á probar si puedo excitar en mi amo una idea diferente de la que le ocupa en este momento, y que parece quiere taladrarle los sesos; á ver si me saldrá bien.

En esto empezó á dar grandes alaridos. ¡Ay de mí, decia, yo muero! Por Dios, que detengan el coche.... Yo estoy malo, mi corazon y mis entrañas se abrasan, dénme una lavativa de agua helada, porque repito que me abraso, y no parece sino que mi vientre está enmedio de las llamas; aprisa, aprisa; ayuda, ó me muero....

—¿Qué es esto, le dijo su amo, qué es lo que tienes, Juan, (que así se llamaba el ayuda de cámara) te ha atacado algun dolor cólico? ¿Qué harémos de parar el coehe, si no podemos darte ningun socorro? Deja que lleguemos al primer lugar que se encuentre. ¡Oh dolor! ¡Y qué será de mí, si te mueres y me dejas aquí solo! Valor, amigo, apresurémonos á llegar en poblado; ¿pero qué es lo que te duele?—No parece, respondió Juan, sino que todo el fuego

del infierno se ha recogido en mis entrañas; me abraso, amo mio, tened piedad de mí, y procurad por lo memos que el postillon vaya mas despacio, porque el traquetéo del coche me parte el alma. Dió el amo las órdenes convenientes al postillon para que no anduviera tan aprisa é hiciera lo que pedia Juan, quien conociendo el temor que manifestó su amo de quedarse solo, echó de ver el buen resultado que tendria el proyecto que habia concebido.

Llegados los dos viageros al primer lugar, se fueron inmediatamente á la posada: El amo de Roberto, pidió un cuarto y encargó al posadero, y demas de la casa, que tuvieran buen cuidado de su criado mientras que él iba á buscar el médico. Preguntó antes donde éste vivia, y le respondieron que para los menesteres del lugar, bastaba un cirujano que vivia á dos leguas de allí; pero toda vez que el caso era urgente, podria acudir al barbero, que era buen sangrador, y mejor dentista. Fuese el jóven al momento en casa del barbero, á quien halló en su tienda rascando una mala guitarra, suplicóle el jóven encarecidamente que fuera sin tardanza á

administrar una lavativa de agua helada á su criado que se hallaba atacado de un dolor cólico. Eso no lo haré yo, dijo el barbero. Para curar el cólico no hay mejor remedio que las lavativas de agua muy caliente, y bien cargada de sal y vinagre, á mas de que tampoco seria posible hallar agua helada, puesto que no hay hielo en el lugar. Tomó el barbero el instrumento operatorio, y acompañado del jóven huérfano, se fué á la posada, entró en la cocina, y pidió agua caliente, sal y vinagre, y así armado, se presentó en el cuarto del enfermo, á quien encontró acostado boca arriba.—Al revés, hermano, dijo el barbero, luego que le vió de este modo, echaos boca abajo, porque así no hariamos nada. Juan, que en su vida habia tomado bebidas de este modo, y apénas se acordaba de haber leido en una obra de medicina, el uso á que estaba destinado aquel instrumento, se incorporó inmediatamente, se sentó en la cama, y con tono lastimero:—Por Dios, señores, dijo, volviéndose á su amo y al imperturbable sangrador que le miraba de reojo; ¿por Dios, qué es lo que quieren hacer de mí? yo ya no siento

ningun dolor.—No importa, repuso el dentista, someteos á recibir este benéfico remedio, ó de lo contrarario, no respondo de vuestra vida por dos horas. —¿Qué es lo que decís? exclamó el jóven: ¡Ah, Juan! ¿querrás tú dejarme solo, fuera de mi casa, y abandonado á mi desventura? ¡Cómo será posible! Despues de haberte entregado mi confianza y eligido entre todos mis criados, y tratado no como tal, sino mas bien como un compañero de viage, quieres exponerme á perderte, como perdí á mi amado....—Basta, dijo Juan, porque ya veo donde vais á parar. Convengo gustoso en que hagais de mí todo lo que querais, siquiera no fuera mas que para evitaros este amargo recuerdo; pero séame lícito, amo mio, entablar una discusion con este barbero. Luego, volviéndose al sangrador, á ver amigo, le dijo, chanzas aparte, ¿por dónde quereis que mi cuerpo reciba el brebage que traeis en ese caño de plomo?—Toma, respondió el dentista, por el conducto inferior.—¡Ah, imbécil! trastornador del órden de la naturaleza, replicó Juan con tono airado, bien se conoce que sois un ignorante y un idiota. ¿Có-

mo recibiré por abajo un remedio que me sea preciso restituir por arriba? Jamas hubiera pensado tal bestialidad de vos. El barbero, montado en cólera de verse insultado por un miserable ayuda de cámara, tomó un aire de gravedad, que hubiera provocado la risa del hombre mas hipocóndrico, y con una voz de trueno le dijo:—¡Estúpido! ¡salvage! ¿por qué os meteis á hablar de cosas que no comprendeis, y cuya explicacion no atañe sino á aquellos que las han estudiado ex-profeso? ¿No sirve tambien la boca para espeler los alimentos que podrian fatigar el estómago? pero dejémonos de discusiones, y preparaos á recibir el brebage destinado á corregir los efectos de vuestra glotonería, de lo contrario, no extrañaré que quedeis imposibilitado dentro de una hora de tomar ningun remedio. El jóven amo que oyó de boca del doctor del lugar semejante prediccion, tomó una actitud humilde, y con tono sumiso dijo:—Déjate de disputas, querido Juan, yo te lo suplico. Cada uno entiende de su oficio; no rehuses dirigirte por el sangrador, de quien me prometo te curará, y si necesario fuese, te lo mando. Basta, prosi-

guió, volviéndose al barbero, haced vuestro deber, y sacadnos cuanto antes de este mal paso.—Ahora sí que es im posible, señor, respondió el cirujano: el agua se ha enfriado, esperen un minuto, que la voy á calentar en la cocina, y luego vuelvo. Quedáronse solos amo y criado, y éste dijo al primero:—Linda pieza me habeis jugado, y lo peor es que ha sido por mi culpa; pero no ha llegado todavía el tiempo oportuno de descubriros mi pensamiento, y esto me hace sufrir con resignacion los remedios que quereis administrarme; ¿mas habeis visto un idiota igual á este barbero? No es bueno que crea que yo soy un gloton, cuando vos sabeis bien que no hemos tomado el menor alimento desde que nos pusimos en camino.—No importa, Juan, repuso su amo, quizás que tu mal viene de léjos, tú no ignoras las pesadumbres de estos últimos dias. —No mas, querido amo, dejemos esto y llamad á ese bestia, en cuyas manos entrego todo mi cuerpo. Ya llegará el dia en que sabréis el verdadero orígen de todos mis males; pero hoy no pue do revelarósl. En esto apareció el barbero á la puerta del cuarto, y con voz

algo ronca dijo al enfermo:—Valor, hermano, voy á introduciros la salud en el cuerpo, y al decir esto, se puso los anteojos, y descubrió la parte de Juan en que debia practicar la operacion. Cuando Juan se vió en aquel trance, le cogió tal pavor, que su primer efecto fué una relajacion involuntaria de vientre, á consecuencia de la cual inundó la cara y anteojos del barbero. Picóse éste del mal lance; pero al fin tomólo por adeala del oficio, y retirándose sin operar, dijo al enfermo:—A fé, hermano, que no será vuestra comida de plantas aromáticas, ni vuestra bebida agua de colonia. Sin embargo, conviene que opere, y luego, despojándose de la ropilla que traia, para no mancharla, volvió á Juan para administrarle la lavativa que tenia preparada, la cual era tan caliente que hizo dar un grito al enfermo; pero como el cirujano sabia sufrir muy bien los males agenos, volviéndose á él, le dijo en tono socarron.—Tened paciencia, hermano, por amor de Dios, porque mucho mas sufrió nuestro Divino Señor por nosotros. Vos ya estais sano, yo os lo aseguro; pero en adelante, tened cuidado en que no os suceda lo que con-

migo ha sucedido; porque no siempre hallaréis sangradores tan pacientes como yo.

Concluida la operacion se despidió el barbero, y fué, segun dijo, á ver otros enfermos, acompañóle el amo de Juan hasta la puerta para pagarle sus honorarios, pero antes quiso adquirir el instrumento operatorio, en lo que consintió el barbero de buena gana, mediante cuatro francos. Pusóselos el joven en la mano, y obligó al cirujano á hacer muchos cumplimientos por la prueba inequívoca que le acababa de dar de su generosidad, y luego, bajando la escalera, no cesaba de repetir: gracias, señor, gracias, yo os lo agradezco. Así que llegó á la calle, se acordó que habia olvidado advertir al amo de Juan, donde vivia; por lo que volviéndose á la posada, dijo:—Perdonad, señor, una distraccion; he oido decir que vais á Paris, y si así fuese, no olvideis que yo me llamo Juan Lazaga, y que si alguna vez caeis enfermo vos ó vuestro criado, no teneis mas que remitir una consulta con el importe de mis honorarios, que yo procuraré contestaros á la mayor brevedad, y á vuestra satisfaccion.

A este tiempo el brebage habia ya producido su efecto, y de tal modo, que precisó á Juan á bajar de la cama mas de veinte veces. Su amo llamó á la puerta; pero el criado le respondió con voz desmayada que tuviera la bondad de retirarse, si no queria respirar una atmósfera algo cargada. El jóven se retiró en efecto, y se fué á ver al posadero para informarse de las producciones del país, y de las cosas mas notables del lugar; despues subió en donde tenia el bufete para tomar nota de todo, con la esperanza de extenderlo mas á la larga con las demas circunstancias de su viage, luego que llegase á Paris. El inesperado accidente de Juan, aprovechó bastante para desvanecerle las tristes ideas que nunca le habian abandonado desde la muerte de su padre.

De vez en cuando despedia algunos suspiros; pero se ocupaba al mismo tiempo en discurrir el nuevo género de vida que adoptaria en llegando á Paris. Desde luego resolvió guardar en la capital el mas extricto incógnito toda vez que llevando, como llevaba, las faltriqueras bien provistas de dinero, y su cartera de letras de cambio, se hallaba

dispensado de recurrir á ninguno de sus corresponsales. De este modo evitaba las visitas importunas que se oponen á la independencia, y podia mas á su placer frecuentar los teatros, paseos y lugares públicos; determinólo, pues, así, y propuso hacerse acompañar únicamente de Juan, para evadirse de las miradas de tantos curiosos como se encuentran en esta moderna Babilonia. Tenia tambien el jóven huérfano intencion de recorrer todas las bibliotecas y librerías de Paris, para beber en aquellas fuentes una instruccion sólida que le diera á conocer en lo sucesivo, porque segun lo que habia leido, le parecia que la capital de Francia era el mas fecundo manantial de los conocimientos humanos. No pensó, por entonces, entregarse á la lectura de libros perniciosos; queria aprovecharse únicamente de su permanencia en Paris, para adquirir aquellos conocimientos necesarios al efecto de poder dar otra direccion á los negocios de su casa y acrecentar su fortuna. Esta idea se la habia sugerido su padre, en las varias conversaciones que habian tenido lugar entre los dos algun tiempo antes de su muerte.

El corazon humano jamas encuentra límites á su desmedida ambicion, una vez empeñado en los cálculos de la fortuna; así es que el padre de este jóven hablaba con él á menudo de los proyectos de engrandecimiento que le ocupaban sin cesar. La vida del comerciante es azarosa y agitada de continuo por aquel espíritu especulador que le hace siempre pensar en los beneficios que espera, de manera que es sumamente dificil que se satisfaga con aquella dulce medianía que constituye nuestro bienestar y la verdadera dicha, á cual puede solo aspirar el que no se deja dominar del dinero. Es general en todos los padres la creencia de que sus hijos son como milagros de la naturaleza, porque el amor paterno les venda los ojos y les impide distinguir su verdadero mérito de sus defectos. El padre de este jóven habia conocido en su hijo cierta natural viveza y disposiciones poco comunes que anunciaban un hombre eminente; pero como creia que nada habia en el mundo comparable con el capital de un rico comerciante, inculcaba estas máximas á su hijo en cuantas conversaciones se le ofrecia la ocasion. Se persua-

dia llegar al colmo de la dicha y de sus proyectos, si tenia el gusto de oir decir algun dia que su casa de comercio era la principal del globo; como si la fortuna inmensa de que ya gozaba no fuera capaz de contentar los deseos de un hombre que debia pensar que tarde ó temprano le cogeria la muerte y le obligaria á dejarlo todo. Por desgracia este hombre afortunado habia meditado muy poco sobre esta idea, por esto hizo tanta impresion en su ánimo la vision y funesta prediccion que le causó la muerte; pero tomemos otra vez el hilo de la historia de nuestro héroe.

Juan se hallaba un tanto mas aliviado, y así llamó al mozo de la posada para levantarse mientras se disponia y perfumaba su cama. Una de las doncellas del meson daba á barrabás la enfermedad del viagero, y juró mil veces que no se quedaria á servir en aquella posada, aunque le dieran veinte francos mensales. Limpió, sin embargo, el cuarto y cama, y advirtió al amo de Juan, que siempre que lo tuviera á bien, entrase á ver al criado. No se hizo de rogar el jóven amo, y al entrar felicitó á Juan por hallarle fuera de peligro.

—¡Toma! contestó el criado, á fé que no ha habido otro peligro que aquel en que vos y el maldito sangrador me habeis puesto. Plegue á Dios que éste no vuelva, porque si no, bien sabré vengarme de su ignorancia.

Procuró el jóven consolarle, y le dijo que habia hecho la adquisicion del instrumento operatorio, porque lo creia muy del caso, para lo que de nuevo se ofreciese. Interrumpióle el criado para pedirle algun alimento, pues en veinticuatro horas no lo habia tomado y se hallaba muy estenuado y débil.—Yo os aseguro, prosiguió, que el principio de nuestro viage nada ha tenido de maravilloso y menos de económico; apénas hemos andado seis leguas, y nos vemos ya obligados á detenernos y á pasar por el gasto de los postillones y caballos: felices aún, si al llegar á Paris no nos encontramos con otros barberos como el de este lugar.

—No te inquiete esto, dijo el amo; porque en cuanto á mí, me es igual vivir aquí ó en otra parte, y en teniendo dinero, donde quiera se puede vivir. Por lo que á tí toca, lo que has de procurar es cuidarte, y déjate del gasto,

que si tenemos saldud, nada nos faltará. Si tu consigues distraerme y desterrar de mi la profunda tristeza que me asalta de continuo, todo irá bien y saldrá á medida de nuestros deseos, gracias al dinero y letras de cambio que traemos en las balijas; pero voy á dar órdenes para que te cuiden bien, á fin de que puedas restablecerte pronto, porque estoy con vivos deseos de verte jovial y alegre como cuando estábamos en casa. ¡Oh! ¡qué feliz vivia yo entonces contigo.

En esto se fué á ver al posadero para encargarle que tuviera todas las consideraciones y cuidase del criado de igual modo que si fuera el mismo, y en seguida ordenó que trajesen algun alimento, del cual el enfermo parecia tener bastante necesidad.

Estaba aguardándole Juan solo en su cama, y no le pesaba del ardid que habia imaginado, porque ya advertia en el semblante de su amo un aire mas placentero, y sobre todo, observó que hablaba de dinero y de letras de cambio, para que no les faltase cosa alguna en donde quiera que estuviese. Por esto Juan deseaba salir cuanto antes de la

posada y tomar el camino de Paris, porque pensaba durante el viage distraer á su amo, cuya melancolía era mas peligrosa que no el cólico que habia fingido. No estaba menos deseoso de ver á Paris, por lo mucho que habia oido celebrar á esta capital y sus habitantes, pero tambien se acordaba haber oido decir que si es verdad que hay muchas cosas buenas, no deja de haber otras muy malas; y éstas le causaban harta inquietud, tanto por sí, como por su amo, puesto que ni uno ni otro llegaban á los veinticinco años.

Al mismo instante vió entrar en su cuarto á la cocinera de la posada que le traia una taza de caldo y nada mas. Dióle la doncella la mano para ayudarle á sentar en la cama; pero perdiendo el equilibrio de la otra, derramó la taza de caldo por encima de ella. Juan, que se sintió mojado á través de la manta y sábana, sin las cuales se hubiera verosímilmente frito y desollado como un San Bartolomé, dió un salto, y llamó á voces á su amo. Entraba éste en aquel momento.—Sacadme de aquí luego, le dijo su criado, si no preferís verme morir á manos de barberos y co-

cineras. No parece sino que todos conspiran contra mí, ó mas bien, contra vos, para que hagais solo el viage, y no tengais quien os acompañe y os cuide. Los unos quieren caldearme por adentro, y los otros por de fuera, y todos juntos asesinarme. He aquí qué desayuno me trae esa bruja, como si hubiera padecido una grande calentura para no alimentarme mas que de caldo. Me convienen cosas sólidas, y sobre todo, mascar, puesto que nada tengo en el estómago. Tráigame, pues, cualquier cosa, que yo comeré todo lo que me presenten porque me aprieta el hambre y no tengo calentura, ni dolor, ni cólico, ni nada que se lo lleve él.... ¡Mal haya la hora en que me quejé! Ojalá hubiera callado y no me atormentaran tan atrozmente. Os lo repito, querido amo, sacadme lo mas pronto de esta posada, meson ó maldicion, y aun de este lugar y de entre sus habitantes, y partamos al momento; todrvía podemos hacer cuatro leguas esta tarde y llegar en país de cristianos, porque no es posible pensar sino que los vecinos de este pueblo son todos hereges cismáticos. Diciendo esto el ayuda de cámara

se iba vistiendo, y cuando hubo concluido, instó á su amo que mandara prevenir los caballos para ponerse en camino luego despues de haber comido.

Sorprendido el jóven de ver á su criado tan alegre y dispuesto á emprender la marcha, como si se aparejase para ir á un baile, al paso que no creia verle restablecido de algunos dias, hizo traer la comida y dió órdenes al cochero de que lo dispusiese todo para continuar el viage. Puesta la mesa, y advirtiendo el amo de Juan que no habia mas que un cubierto, mandó que pusieran otro, porque queria tener el gusto de ver comer á su criado é indemnizarse de la dieta que habia tenido que hacer. La comida fué abundante y mal dispuesta; pero cuando Juan vió que su amo le hacia el plato, quedó atónito y confuso, no creyéndose digno de honor semejante. La circunstancia de hallarse mano á mano con su amo en una misma mesa, le embarazaba de tal modo, que ni se atrevia á decir que lo que les habian servido no llegaba ni aun á la décima parte de lo que él habia menester. Callaba y comia sin desplegar los labios para pedir cosa alguna mas; por fin,

concluida la comida y arreglada la cuenta con la huéspeda, subieron en el coche nuestros dos viageros, pero antes tomó Juan un carbon é hizo en la puerta la señal de la cruz, dando la bendicion á todos los que allí quedaban, y asegurándoles que no le volverian á ver mas.

CAPITULO III.

Conversaciones curiosas que tuvieron lugar entre amo y criado durante su viage á Paris.—Admiracion de Juan al ver las gentes que se paseaban á la entrada de la capital.

En uno de los calurosos dias del verano y hácia las cuatro horas de la tarde, dejaron los dos viageros la posada para encerrarse en el coche como en una casa ambulante que debia trasportarlos á la capital de la Francia. Juan era el que estaba mas ansioso de llegar á ella, con la esperanza de no encontrar allí barberos ni cocineras. Creia tambien que podria disfrutar de todas

las comodidades de la vida, mediante el dinero y letras de cambio que traian. No ignoraba Juan que su amo acababa de heredar riquezas inmensas de su padre, y estaba resuelto á seguirlo, aunque fuera hasta el cabo del mundo, creyendo que por todas partes hallarian corresponsales y fondos segun los que habia oido decir á los comisionistas de la casa. Se alegraba haber fingido una enfermedad, aunque le habia costado cara la ficcion, pues que vió que habia logrado en gran parte el objeto que se habia propuesto de curar la melacolía de su amo. Con todo, le veia todavía taciturno y pensativo, y temiendo que su amo no tuviera otro acceso de tristeza, causado por el recuerdo de la muerte de su padre, suscitó otra conversacion del modo siguiente:

—Yo no puedo, mi querido amo, explicaros la alegria que tengo de verme libre de aquel maldito doctor y renegado teólogo, lo que os diré es, que me parece que me encuentro mucho mejor que cuando salimos de nuestra tierra. No nos hemos detenido en esta posada mas que siete horas, que me han parecido siete años; mas yo os aseguro que

si no hubiera tomado el partido de salir de la cama, os quedárais sin criado á los dos dias, porque si yo no he conocido mas que la cocinera de la casa que queria desollarme vivo, ¡qué hubiera sido de mí si tratara con el posadero, su muger, sus criados, y toda la quirie de sus hijos! A bien, ahora que nos separa una legua, estoy tan contento, que nada deseo sino llegar á la primera posada para saciar mi apetito, porque en la otra no me he atrevido á pedir mas por el miedo que habia cobrado á aquella maldita casa.

—Creeme, Juan, le dijo su amo: si hubieras comido mas, te hubiera repetido el cólico, y no nos halláramos en la actualidad en camino; pero escucha; ¿por qué llamas al barbero renegado teólo? Porque yo no creo que esté instruido sino en la medicina que es su profesion.—Es que vos no le habeis oido, respondió Juan, cuando se aprestaba para administrarme la lavativa, pues decia: ¡tened paciencia, hermano, por amor de Dios; que mucho mas padeció nuestro Señor por nosotros! Yo le considero tan docto en teología como en medicina, y me creo que ha estudiado

lo uno y lo otro, tanto como yo he estudiado el Coran en chino. ¿No habeis advertido qué aire y figura tan selváti ca? Aun si no lo fuera mas que para sí, vaya; pero ¡ay de los pobres campesinos que caigan en sus manos! Haria yo cualquiera apuesta, que si volvemos de aquí algunos años, encontramos el lugar despoblado por la ignorancia de este hombre.—Por lo que toca á su saber en teología, quizás tiene razon, replicó el amo de Juan, porque este estudio difiere mucho del de la Medicina; pero en esta última estará muy instruido, y lo prueba el haberme advertido donde vivia para remitirle mis consultas desde Paris. Me ha dicho que se llamaba Lazaga.

—¿Desde Paris han de consultar á ese bestia? respondió Juan admirado, lástima es que no vaya allá ese luminar á eclipsar la fama de los primeros médicos del mundo. Séame lícito deciros que sois demasiado bueno, y que este bribon ha abusado de vuestra buena fé: ojalá que por lo menos no lo hubiera hecho mas que él, porque quiero sepais que en este pícaro mundo los hombres se engañan con frecuencia mútuamen-

te; felices nosotros si no somos engañados ni engañadores. Yo no he salido jamas de mi tierra, ni creo que vos tampoco; sin embargo, tengo mis señales para conocer esta casta de bribones, que por desgracia abundan en todas partes. Ocupado siempre en vuestro escritorio habeis aprendido mucho cosas que yo ignoro; pero á bien, con lo que vos sabeis por vuestros estudios y lo que yo he adquirido con el trato del mundo, me parece que podrémos vivir sin caer en alguno de aquellos lazos que arman á cada paso. Mientras que Juan hablaba así, estaba su amo muy distraido y no atendia á sus palabras. El criado que lo advirtió le sacó de su distraccion diciéndole:—¿En qué diantre pensais, mi amo? Apuesto que si os preguntaran como á los niños de la escuela, de qué se trataba ahora, no sabríais que responder.—Estaba pensando, respondió el jóven, en presentarme á Paris de incógnito y con nombre supuesto, y por mucho que discurro en ello no encuentro nombres que me satisfagan, á vèr si tú me sacas de este conflicto. Juan que creia á su amo tan triste y pensativo por la idea que de

nuevo le ocupaba de la muerte de su padre no estuvo poco contento de oir una nueva tan diferente, y le respondió:— Si no hay otra cosa mas que motive vuestra duda, pronto os sacaré de ella. Vais á ver cómo en un abrir y cerrar de ojos encuentro yo dos nombres que nos irán como de molde. Vos teneis una estatura algo mas que mediana, la mia es mucho mas baja, por qué, pues, no tomais vos el nombre de Mr. Le Grand Pamparanuja, puesto que este es el apellido de vuestra alcurnia, y yo el de Petit, á secas, ya que no pueda aspirar al título de Mr. Pero anduve desacertado en añadir á un nombre supuesto el propio apellido, y así, lo mejor para conservar el incógnito es, que os llameis simplemente Mr. de Grand.—Tú tienes ingenio, Petit-Jean, le dijo su amo, me agradan estos dos nombres, porque son muy espresivos y como sacados de la naturaleza de cada uno de nosotros, y así, desde ahora en adelante, te autorizo para que digas á todo el mundo que yo me llamo Mr. Le Grand, y por mi parte diré tambien que mi criado se llama Petit-Jean. ¡Lindo pensamiento! tú verás cómo de este modo

frecuentamos los teatros y lugares públicos sin ser conocidos, ni tener que sufrir visitas importunas que nos estorben. Yo no iré á visitar las familias relacionadas con nuestra casa sino cuando lo haya menester, para recibir el importe de alguna letra.

—¿Y el coche, repuso el criado, correrá de nuestra cuenta?—Sin duda, respondió su amo, porque pienso recorrer muchas veces con él las calles de Paris. —¿Y si nos extraviamos entre sus calles y callejuelas, añadió Petit-Jean, no conociendo como no conocemos sus nombres?—¡Los nombres de las calles! No hay necesidad de saberlos, replicó su amo. Hay un medio muy sencillo para ponerse al corriente de las calles de una ciudad, por grande que sea, y hélo aquí. Despues de haber dado la vuelta por fuera de los muros, si los hay, se examinan las entradas principales: las calles por donde se entra siempre conducen al centro; todas las otras que no son mas que calles traveseras deben cruzarse necesariamente con las de las entradas, y así, habiendo examinado bien éstas, es imposible perderse en las demas. Figúrate un círculo

con su circunferencia y centro: todas las líneas que salen de su circunferencia y van al centro, representan las entradas de una ciudad, y las otras líneas que se cruzan representan las calles traveseras.

—¡Cáspita! ¡cuántas cosas sabeis! dijo Petit-Jean. Hé aquí por qué siempre os veía echado de bruces en vuestros libros, como si tuviérais necesidad de ellos para vuestro sustento. Yo no alcanzo por qué quereis saber tanto, por que, á Dios gracias, no os falta esto para poder vivir con todas las comodidades de la vida. Que aquellos que nada tienen se entreguen con ardor al estudio para procurarse su subsistencia, no lo extraño; pero toda vez asegurada ésta, veo tambien que abandonan los libros como una cosa inútil; de muchos he oido decir que hasta el latin han olvidado.

A todo esto respondió el amo:—Mira, Petit-Jean, yo ya me llamo Mr. Le Grand, y si no soy grande mas que en la estatura, pudieras calificarme como al barbero de una bestia. No, amigo, no quiero ser yo grande únicamente de cuerpo, sino tambien de alma; esta gran-

deza no puede adquirirse como la del cuerpo, con el alimento, sino con el estudio, que enriquece nuestras facultades por medio de la instruccion. Se encuentran en Paris las mas ricas bibliotecas del mundo y librerías muy escogidas, donde yo pienso aumentar el caudal de mis conocimientos, estudiando las ciencias que nos enseñan las virtudes y felicidad del corazon humano: para obtener ésta, no tengo otra cosa que hacer que pedir las obras de la nueva filosofía, y estoy cierto de que encontraré en ellas todo lo que he menester para perfeccionarme en los estudios, cuyos principios he aprendido secretamente en casa.

—Os habeis levantado, querido amo, á tan grande altura, que poco lo esperaba, y así, casi no sé que responderos; pero me parece que en todas esas grandes librerías y bibliotecas que decís, debe de haber libros donde se encierren virtudes, y otros donde se oculten vicios. Sentiria, á fé mia, que alguno de éstos cayera en vuestras manos, por el mucho amor que os tengo.

—Escuso tu ignorancia, amigo Petit-

Jean, puesto que todo lo que tú has podido leer y estudiar es muy poca cosa. Sabe, que antes de imprimirse un libro, debe pasar por una censura muy severa. Esto supuesto, ¿cómo quieres tú que exista en Paris, (emporio de las ciencias y de las artes, en una palabra, del saber humano) una obra que contenga proposicion dudosa ó ambigua, una frase mal sonante, ó una sola palabra que pueda sonrojar ó hacer inclinar al vicio? Esto es imposible; y repito, que tu ignorancia es escusable, porque quizás no has oido decir en tu vida, que están tomadas todas las disposiciones oportunas para que no se escriba, imprima, ni circule cosa alguna que se oponga al bienestar de la humanidad.

—¡Ah! sí, es verdad, repuso Petit-Jean, pero yo creia que la censura podia algunas veces relajar su severidad, y no es estraño que me engañe, no habiéndome dedicado al estudio. Mañana os hablaré de otras materias menos sublimadas y que estén al alcance de un hombre tan *petit* como yo. Hoy no me encuentro dispuesto á conversar por estar mi cabeza muy débil, consecuencia del accidente que tuve en aque-

la maldita posada de execrable memoria.

Durante esta conversacion, iba adelante el coche, hasta que por fin llegó en otro lugar mucho mejor que el precedente, donde pernoctaron nuestros dos viageros sin que les sucediera cosa digna de ser referida. Del mismo modo les fué en todas las demas posadas que encontraron antes de llegar á Paris; únicamente notaron que á medida que se iban acercando á la capital veian las gentes mas aseadas, y se traslucian los progresos de la civilizacion y cultura. Por fin, amaneció el dia en que divisaron desde léjos las torres y chapiteles de la gran ciudad, lo que regocijó de tal modo á Petit-Jean, que no pudo menos de decir á Mr. Le Grand:—Estoy tan alegre y contento de ver los muros de la capital, cuyo nombre hace tanto ruido en el mundo, que se me ha puesto en la cabeza que al llegar á ella debo crecer por lo menos palmo y medio. Entonces será menester que mude de nombre, y que en lugar de Petit me llame cualquiera otra cosa, y á la verdad, no sabria qué nombre acomodarme que me estuviera bien, porque si yo crecie-

ra mucho, llegaria á ser un hombre grande, y cómo vos os llamais Mr. Le Grand, no me estaria bien llevar el mismo nombre. Convendrá, pues, que vaya desde luego á casa de un boticario para que me dé una droga que me impida crecer, porque me figuro yo que en Paris se hallan remedios para todo.

—No creas, Petit-Jaen, que falten remedios en Paris, los hay en efecto, y no sé dónde irá á buscarlos quien no los encuentre en esta gran ciudad; pero no te dé esto cuidado, porque á los veinte y dos años que tenemos, ó cerca de ellos, pocas líneas puede aumentar nuestra estatura.

—Con todo, ¿no me habeis dicho, repuso Petit-Jean, que en Paris quereís ensanchar vuestro espıritu y engrandecer vuestra alma? Luego si Paris tiene la virtud de acrecentar nuestra alma (aunque yo á la verdad, nunca creí que pudiera ser mas grande ni chica de como Dios la habia criado) qué tiene de estraño que se aumente nuestro cuerpo, que á mi parecer es una cosa mucho mas fácil? Sin embargo, sentiria ocasionaros nuevos gastos en reparar mi alacena y que no me pudiera

aprovechar de mis vestidos y ropa blanca por no ajustarme: qué lastima seria ahora que traigo las balijas llenas de ella.

—¡Oh! esto importa muy poco, respondió Le Grand, porque queriendo guardar el mas riguroso incógnito, piensas tú que nos presentarémos con nuestro trage de provincia? Si así lo hiciéramos, presto nos señalarian todos con el dedo. Aquí si que nos conviene reformar de piés á cabeza y seguir en un todo los modales y usos de Paris, porque debes acordarte del refran que dice: *En donde fueres, haz como vieres.*

—Es decir, replicó Petit-Jean, que si veo algun titerero que haga juegos de manos en medio de la plaza ú otra cosa así, será menester que yo tambien me haga titerero ó saltimbanco. Si traen aquí vestidos que ni aun lleguen á las caderas, deberé tambien traerlos yo aunque disminuyan mi talle? Vaya: ¿y qué dirán en nuestra tierra de vernos con un trage que nunca nos habian visto? entonces sí que se burlarian de nosotros.

—Sin embargo, hay una gran diferencia, repuso el amo; los vestidos que

se llevan en nuestra tierra y en otras partes, no pueden llevarse en Paris, al paso que los que salen de las tiendas y almacenes de esta capital, son admirados en todo el mundo. Las artes y las ciencias están aquí tan adelantadas, que todo lo que se remite desde Paris al resto de Europa, Asia, Africa, y América, lleva el sello del buen gusto y se considera como cosa esquisita; así, pues, si tú entrases vestido al estilo de Paris en tu tierra, te llamarian desde luego el parisiense, como si dijeran, el hombre mas culto ó lo que hay de mejor en el buen tono, y léjos de ser un objeto de censura, lo serias de admiracion y envidia.

—Me pasma, querido amo, lo mucho que se sabe en Paris, y por lo que voy viendo, dentro de poco estarémos nosotros tan mudados, que ni conocernos podremos. Vos que habeis estudiado tannto, no seria extraño que recorriendo las librerías y bibliotecas, diéseis con algun libro que os enseñara cosas nunca vistas ni oidas hasta ahora. ¿Quién sabe si encontraréis en ellos el secreto de no morir jamas, ó el de trasformarnos en dioses, como el dios Mer-

curio ó el dios Marte, acompañados de tantos otros que aun viven? Yo no dudo tampoco que algo sabré permaneciendo en Paris, y sobre todo, á vuestro lado. Por ahora, sé muy poco en verdad, toda mi ciencia consiste en no hacer mal á nadie y en levantarme y acostarme todos los dias, pero ¿qué seria de mí si llegara en Paris á descubrir el secreto de resucitar á los muertos? Harto sabria entonces, y mas lucrativo, seria para mí este secreto, que todo lo que vos podeis aprender en vuestras bibliotecas.

—El secreto de ser inmortal, ó de no morir jamas, como tú dices, no se ha encontrado hasta ahora, y tal vez que no se encuentre en ningun libro; así como el de resucitar muertos, porque me parece que todo esto es superior al poder humano; sin embargo, mucho hay que aprender en los libros, y cosas tan sublimes, que el que llega á saberlas, se eleva á tan alta distancia sobre los demas, como el leon sobre la hormiga. El que estudia las Matemáticas, la Historia natural, la Geogrofía, la Astronomía, la Física, el Derecho de gentes, el natural, la Química, la Náutica, las

Humanidades, la Música, la Poesía, el Dibujo, la Diplomacia, y en una palabra, todas las ciencias y artes, ¿quién puede dudar que adquiere una superioridad sobre los demas, y merece, en efecto, el título de sabio? Y de éstos se encuentran en Paris á millares, cuyos escritos han servido para disipar las caliginosas sombras de la ignorancia, en las cuales estaba envuelto el mundo desde su creacion. Los sabios han mostrado las reglas de la naturaleza que han de seguirse para vivir, así como las que siguen los cuerpos dirigiéndose á su centro de gravedad, y muchas otras cosas, las cuales no puedes tú ahora comprender porque no se hallan en ningun libro de nuestra biblioteca; en fin, ya lo verás, y no podrás menos de confesar lo mucho que hay que ver y aprender en Paris.

—Pero, querido amo, en los libros de vuestro difunto padre se leia lo contrario de lo que vos acabais de decir, esto es, que no podia ningun hombre estudiar tantas ciencias como habeis enumerado, porque apénas la vida del hombre basta para conocer á fondo lo que hay que saber en una sola de ellas,

y que si alguien blasonaba de saberlas, todo debia mirarse como un impostor ó ridículo pedante; entonces me ocurrió á la imaginacion la historia de Mr. Rarie, quien se puso á sastre, y antes de hacer un remiendo se hizo evanista, al cabo de dos meses se pasó á relojero, despues á tejedor, luego barbero, y por fin, á confitero, joyero, escribiente, zapatero, músico y maestro danzante: pretendia saber todos los oficios, y ninguno de ellos le redituaba un ardite; si yo no me engaño, entre los sabios de quienes habeis hecho mencion, debe de haber muchos del mismo humor de Mr. Rarie.

Pero dejemos esto y mudemos de plática, porque á juzgar por el gran número de personas que se pasean por estas cercanías, debemos estar muy inmediatos á la capital. ¡Gran Dios! ¡y qué variedad de carruages! hé aquí, querido amo, uno que parece hendido en dos mitades con un golpe de cimitarra, descargado por la mano de algun descomunal gigante; sin embargo, dentro de él hay damas y caballeros que parece van muy satisfechos. ¿Qué es lo que veo en aquel otro? una dama y un ca-

ballero, que nadie dirá sino que están de confesion, tan cerca tienen sus rostros el uno del otro. ¡Ah, ah! ¿y las gentes de á pié? Todas deben de ser cojas, porque casi todos andan colgados de los brazos unos de otros. Mas allá veo otro que hace del palo como una aspa de molino, ¡vaya un juego de manos como éste! Aquí pasan dos caballeros que se saludan haciendo piruetas. ¡El diantre me lleve si no son dos bailarines! Ahora sí que veo que Paris debe de ser una confusion ó un infierno. El amo de Petit-Jean le observaba atentamente, no sin especial gusto, pero viéndole tan atónito antes de entrar en Paris, no pudo dejar de decirle:—Muchas obligaciones me debes por el servicio que te hago de conducirte á ver lo que hay de mejor en el mundo. Hasta aquí no hago atencion á cosa alguna de lo que vemos; mas ventajosa idea tengo formada de Paris por lo que he leido; cuando estarémos allá verás muchas mas cosas que deberán sorprenderte por su originalidad. Si todos los demas pueblos no estuviesen tan léjos de este centro de delicias, habrian aprendido á vivir como se debe, porque existe en Paris un sis-

tema ó método de vida sin saber que exista. Se vive sin pensar en los dias de la vida, se goza sin intermision; en una palabra, se encuentran las gentes como sumergidas en un mar de deleites. Mas así como el fuego de una hoguera no puede calentar los objetos distantes, tampoco pueden los pueblos apartados sentir este calor vivificante de la civilizacion; y semejantes á los habitantes de Saturno, se hielan por llegarles los rayos de nuestro sol, tan débiles y desvirtuados. Del mismo modo, no faltan gentes que quieren gozar exclusivamente de este calor, y hé aquí el orígen de todos los males que afligen á la humanidad. Hay algunos miserables que quieren oponerse á esta marcha; pero es tal el número de los agentes que conspiran á enderezar los entuertos y enmendar sinrazones, que los primeros serán muy pronto aronadados. Todo lo que te digo, y lo que omito decirte de propósito, tú lo verás con tus propios ojos; pero te prevengo que no te admires jamas de cosa alguna para no hacer ver tu ignorancia. Yo ya procuraré ponerte al corriente de todo, porque aunque no he salido jamas de

mi país, he suplido esta falta con mis estudios, y aun espero en Paris rectificar mis ideas.

—¡Ah! querido amo, respondió Petit-Jean, todos estos libros que vos habeis leido no se encontraban en la biblioteca de vuestro difunto padre, porque yo los he leido casi todos; y ví en ellos que este modo de vivir sin saber que se vive, y esta suprema dicha de que habeis hablado, no puede hallarse sino en el cielo; y tengo para mí que á estos autores les sobra la razon; porque veo acá en el mundo, que cual mas, cual menos, todos estamos sujetos á pesares y contratiempos. Ni los reyes, ni los emperadores pueden eximirse de las enfermedades, y lo peor es, de la muerte; y Dios sabe todavía cuánto tienen que sufrir en vida; luego si los reyes y príncipes, y hasta los obispos, están sujetos á las enfermedades y á la muerte, dónde diantre habeis encontrado estos libros que hablan de la felicidad sobre la tierra, y no de buscarla allá arriba en el cielo donde Dios quiso colocarla. Pero á bien, vamos á entrar ahora en esta babilonia, donde merced al dinero que llevamos, nada nos falta. Y bien, ¿podemos noso-

tros contarnos seguros de un cólico como el de marras, ó de una fiebre aguda, y sobre todo, estamos á salvo de un barbero que nos maltrate? ¿Veis á cuántos accidentes estamos expuestos en esta gran ciudad á que vamos á entrar, en esa hoguera que despide un calor vivificante, para valerme de vuestra misma expresion? Dios haya compasion de nosotros, porque tengo un cierto presentimiento que me parece nos hemos de lamentar aquí de alguna gran desgracia. Pero mirad que estamos en la puerta; disponed dónde hemos de apearnos.

Entonces Mr. Le Grand mandó á los postillones que condujeran el coche á una de las mejores fondas de Paris, y á sus órdenes se dirigieron allá, andando los caballos á todo correr.

CAPITULO IV.

Mr. Le Grand se aloja en una de las mejores fondas de Paris.—Del modo que fueron recibidos.—Curiosa conversacion entre amo y criado.

Mísera es la condicion del hombre, y en medio de su mayor grandeza se echa de ver su pequeñez y la ceguedad inseparable de los mortales. ¡Cuán efímeros y pasajeros son sus prodigios! Si el poder, la riqueza y la ciencia no bastan á saciar su corazon, ¿qué otra cosa puede ofrecérsele que llene sus deseos? ¡Oh, vosotros que habeis consagrado vuestra vida entera al estudio de las ciencias y de las artes, y que os habeis elevado sobre los demas, como el cedro sobre los pequeños arbustos! decidme: ¿fuísteis verdaderamente felices durante vuestra vida? ¡Vuestra ambicion no ha podido llevaros mas allá de esta miserable ciencia, que jamas supo preservaros de los males y de la muerte que aflige el resto de los hombres!

¿Dónde estás ahora, Licurgo, Solon, Demóstenes, Platon, Ciceron, Descartes, Leibniz, Neuton, Séneca, Sócrates, y tantos otros que se han entregado en su vida al estudio de las ciencias, y tanto contribuyeron á su progreso? Escuchadme, no importa; donde quiera que seais, respondedme: ¿habíais llegado con vuestros estudios al punto de no engañaros jamas en vuestros juicios, en vuestras palabras y en vuestras acciones? O mas bien, ¿no aprendísteis á conocer que cuanto mas sabíais tanto mas ignorábais, y que en lo que ignorábais estábais tan sujetos al error como los demas? De modo que ni vuestras luces, ni vuestra aplicancion no han podido preservaros de las miserias anexas á la debilidad humana. Luego si vosotros caísteis en el error, por mas que os reputasen como séres privilegiados, ¿qué será de esa turba de filósofos que en nuestros dias pululan por todas partes? Sin vuestro talento y conocimientos pretenden nada menos que reformar el género humano, y lo peor es que se consideran autorizados para anonadar y reducir á pavezas todo lo que nos ha sido trasmitido por nuestros mayores,

reemplazándolo con nuevos sistemas de delirios y quimeras, que no tienden mas que á un general trastorno del órden social.

¿Qué será de este jóven, el héroe de nuestra historia, que á la edad apénas de veintidos años se halla ya embebecido en las lecciones de la filosofía moderna? Quiere todavía rectificar estas ideas en Paris y hacerse memorable, labrando la felicidad de los hombres, y procurándoles una dicha que no es dado á los mortales gozarla en este suelo. Quien pudo meter en su cabeza tamaño delirio, que si quisiese ponerlo en ejecucion, cuánto tropel de males no afligirian á la pobre humanidad. Los libros: ¡pero cómo es posible! Los que su ayuda de cámara habia leido en la biblioteca de su difunto amo, enseñaban que la verdadera dicha solo puede conseguirse en la otra vida. Mas ¡ah! ¡Habia tenido la desgracia de leer libros perniciosos! Sin lo cual, este jóven hubiera sido un comerciante honrado, digno sucesor de su padre, y un verdadero modelo de buenos ciudadanos, mas las ideas que se agolpaban en su imaginacion eran muy diferentes. Queria ha-

cerse distinguir entre los se-dicientes filósofos que tienden á ingerir por todo el mundo la libertad, la igualdad y la felicidad, y quieren trásformar en un Eden este valle de lágrimas. Tal era el sistema que le habia hecho adoptar la lectura de ciertos libros, que por desgracia habian caido en sus manos. Fácil es de prever que á la edad de veintiun años no tenia éste jóven la prudencia necesaria para defenderse de los sofismas de semejantes libros, muy al contrario, consideraba todos sus asertos como verdades infalibles, y que todos nuestros mayores no habian sabido gobernar á los hombres de una manera conveniente; por esto se creia el héroe de la humadidad, si podia llegar á lograr una nueva regeneracion. Lleno de estas ideas quiméricas, se fué á Paris para desenvolverlas, y olvidó de este modo la muerte de su padre. Si no hubiera dado en ese extraño capricho, habria aumentado sus capitales, y llegado á ser el protector de innumerables familias. Pero hé aquí que llega á Paris y quiere perfeccionarse en la nueva filosofía. Sigamos sus pasos, y tomemos el hilo de nuestra historia.

Hemos dicho ya que habian parado en una de las principales fondas. Apénas se apearon en ella, se encontraron sitiados por una multitud de criados, quienes porfiaban recíprocamente para ir á ofrecer sus servicios á los dos viageros. Petit-Jean pidió uno de los mejores aposentos de la casa; y miéntras que se le preparaba, fué conducido con su amo en una especie de salon. Los criados no anduvieron escasos en cumplimentar á los recien llegados, y nunca nombraban á Mr. Le Grand, que no le llamaran marqués ó señoría.

Uno de ellos preguntó á Petit-Jean el nombre de su amo, con la intencion de saber su rango. Cuando supo que se llamaba Mr. Le Grand, y su criado Petit-Jean, hizo un gesto y bajó la escalera marmullando: Mr. Le Grand.... Mr. Le Grand.... Ese hombre tambien puede ser un gran caballero de industria, como otros tantos de los que van por esos mundos, y tal vez no es grande sino por la estatura. Sea como fuere, el fondista sabrá á que atenerse, y así, luego que estuvo delante de él, le informó de los personages que acababan de llegar.

—Anda, corre aprisa, respondió el fondista, vé por la escalera escusada, y dí al postillon que te dé cuenta de éstos viageros. Partió el criado como un rayo á la caballeriza, donde estaba el postillon dando un pienso á los caballos. —¿Diráseme tú, amigo, si por ventura tu amo es algun baron, conde, ó marqués de aquellos que vienen á dejar en Paris los escudos que no pueden gastar en su provincia?

El cochero respondió que el coche y los caballos pertenecian á Mr. Le Grand, y que los dos postillones no estaban á su servicio sino desde su viage á Paris, el cual no tenia otro objeto que distraerle de la tristeza que le habia ocasionado la muerte de su padre, y que probablemente su permanencia en la capital seria de algunos meses ó años. Finalmente, que la casa de Mr. Le Grand era reputada por una de las mas ricas de la Francia; pero que su padre no habia jamas querido obtener títulos de nobleza, por haber tenido ocasion de ver á muchos marqueses y condes sumidos en la miseria, y á los cuales habia socorrido.

El criado dió cuenta de su mision á

su amo, quien se apresuró á ir á recibir á Mr. Le Grand, y despues de una gran cortesía le dijo:—Usía me escusará de la rudeza de mis criados, quienes jamas sabrán recibir con el decoro que corresponde á las personas de un mérito tan distinguido como el vuestro. Muy bestias habian de ser para no descubrir á la primera ojeada, y por este aire noble y magestuoso, que vos perteneceis al alto rango de la sociedad. ¡Ah, señor! bien se echa de ver por vuestros modales, cuánto diferís vos de todos los demas que hay en la actualidad en esta casa. No tengo mas que suplicaros, sino que os persuadais que yo y todos mis criados harémos lo que sea posible para hacer agradable vuestra permanencia en Paris. Mr. Le Grand que jamas habia salido de su casa y oyó que le llamaban marqués y señoría, quedó confuso y corrido, y mas de los muchos cumplimientos y comedidas expresiones que añadió su huésped, de modo que no sabia responder una palabra, contentándose únicamente en mirar á su criado. Este, que era naturalmente fino y despejado, le hizo señas de seguir al fondista, y fueron conducidos los dos en

un aposento magnífico, adornado de preciosos muebles y alhajas de un gusto esquisito.

Cuando Mr. Le Grand se encontró solo con Petit-Jean, no pudo dejar de decirle:—¿Qué te parece de Paris por lo poco que has podido ver? Desde la puerta hasta la fonda hemos andado por lo menos tres cuartos de legua: ¿qué dices de esos edificios, de esas calles y de tanta gente que hemos allado? ¡Qué magnífico aposento! No se ven en ninguna parte gentes tan cultas como en Paris, ¿qué nos puede faltar aquí teniendo tanto dinero?

—No es por lo que nos puede faltar mi temor, sino mas bien por lo que tengamos de sobras; pero dígame usía, ¿por qué os habeis quedado tan corrido cuando os han llamado señor marqués? ¿No es verdad que este título os ha costado muy poca cosa?

—¡Y quisieras tú, repuso Mr. Le Grand, hacerme creer que soy marqués y darme á reconocer como tal, yo que he determinado presentarme de incógnito?

—¡Y bien! ¿qué quereis decir con esto, querido amo? ¿Cuántos condes y

marqueses toparémos por esas calles que no podrémos destinguir de peluqueros, y cuántos de éstos que los tomarémos por nobles y titulares? Usía me habeis dicho varias veces que Paris es una Babilonia y el centro de las delicias; á fé mia que os juro que si estuviera yo en un punto de la circunferencia, trataria de escaparme; pero hallándome en ese centro, mucho miedo tengo de no acertar á salir. En Paris se es muy sabio, pero yo no gusto de tanto saber. Creedme, señor, yo prefiero comer ensaladas y el pan negro y duro que comíamos con el hijo de vuestro hortelano, á vivir con todos los habitantes de esa nueva torre de Babél.

—Déjate de usías, y no me enfades, porque ya sabes que ni soy marqués, ni quiero serlo.

—Pero vos no me escuchais, querido amo; ¿qué quereis que digan todos estos criados, si yo no os llamo señor marqués, sobre todo, sabiendo que yo soy vuestro ayuda de cámara? Ellos podrán, en verdad, aventajarme en cumplimientos y ceremonias, pero no en lealtad y afecto. Si quisiéreis tomar mi consejo, seria de salir desde luego de ese infier-

no de posada. No os llamaré más marqués, ya que os disgusta, cuando estarémos solos os diré todo lo que crea que es conveniente á vuestro bien, por mas que pierda en ello el tiempo y el trabajo.

—Tú podrás decirme lo que quisieres, respondió Mr. Le Grand, te conozco desde niño, y sé que no me darás mas que buenos consejos. Me es notoria tu lealtad, así como tu alguna experiencia para conocer el país donde estamos. De aquí han salido aquellos grandes hombres que esparcieron las luces por todo el universo. En esas bibliotecas se pueden adquirir todos los conocimientos humanos. Tantas obras como se han escrito en el mundo se encuentran en Paris, porque no son mas que deformes cópias de manuscritos conservados en estos depósitos del saber. Yo quiero cultivar aquí mi espíritu y perfeccionar mi inteligencia, y con seis años verás, amigo Petit-Jean, cómo frecuentando las bibliotecas y con los hombres de talento, llegaré á ser un hombre científico, político y filósofo moderno.

—Confieso, querido amo, que me ten-

gó por el mayor de los animales que andan con dos piés. No me he separado de vuestra compañía desde la edad de cinco años, pero el diantre me lleve si ahora os conozco. ¡Parece cosa de broma! Yo creia poder responder á los que me preguntasen el objeto de vuestro viage, que era para perfeccionaros en al comercio y aumentar vuestra fortuna, y ahora me decís que quereis haceros político y filósofo. ¡Par dies! ¡y qué vendré á ser yo sirviendo á un amo á quien jamas podré hablar, puesto que no comprenderé una sola palabra de su conversacion! ¡Mr. Le Grand filósofo! ¡Desdichado de mí! yo he oido decir que los filósofos son peores que diablos, y ¿cómo os comprenderé cuando hableis muchas lenguas, ó dónde me estaré cuando vos os levanteis para registrar los cielos? ¡Ah, pobre Petit-Jean! Tú no podrás hablar con tu amo de aquí en adelante! En resolucion, será menester buscar otro criado que tenga sus puntas y collares de político y filósofo, para manteneros conversacion; sin embargo, yo no os dejaré, porque os quiero mucho, y sentiria que quedáseis solo.

—No hay para que buscar otro cria-

do, respondió Mr. Le Grand. Tú me acompañarás á las bibliotecas y aprenderás tambien algo, aunque sea mas que para hacer diferencia entre los estudios de un comerciante y los de un filósofo, que deben abrazar todos los ramos del saber humano. Pero tiempo es ahora de que descansemos. Vé á disponer nuestra cena, y procura que nos dejen solos para poder entregarnos sin reserva á nuestras pláticas.

Estando dispuesta la cena se sentaron á la mesa amo y criado, ni muy léjos ni muy cerca el uno del otro. Mr. Le Grand prosiguió desenvolviendo las ideas de su nueva filosofía, habló á Petit-Jean de la libertad é hizo de ella una brillante y pomposa descripcion; añadió que estaba reservado á los filósofos del dia el hacer grandes descubrimientos, así en el órden físico como moral. El hombre, decia, será un dia tan libre como el aire, y no está distante la época en que el género humano se verá como trasportado en un jardin de delicias, y como meciéndose en el mar de ventura que le rodeará por todas partes. Los elementos estarán sometidos á otras leyes, de manera, que ni el

hombre se abrasará expuésto al fuegó, ni se helará en el frio, ni se mojara en el agua; todos estos delirios, y muchos otros que se siguieron, fueron sacados de libros disparatados que no eran por cierto de la biblioteca de su padre. Por último, no titubeó en decir á Petit-Jean que el creia hacerse distinguir algun dia entre los filósofos modernos.

Advirtió Petit-Jean la mala inclinacion de su amo, y se afligió; pero para dar un corte á la conversacion, dijo á Mr. Le Grand con tono afectuoso:—Estamos cansados del viage, y lo mejor seria descansar. Mañana podrémos empezar nuestras discusiones en este nuevo paraiso. No tardó en quedarse dormido su amo con la esperanza de recorrer el dia siguiente la gran ciudad, que dió el ser á tantos hombres célebres. Pero el desgraciado Petit-Jean, que preveia la enfermedad de su amo, se entregó toda la noche á las mas tristes reflexiones.

—Dios me tenga de su mano, exclamó Petit-Jean cuando se metió en la cama; mi amo se hizo filósofo, y filósofo nuevo. ¡Qué fatalidad! ¡siempre he oido decir que estos filósofos jamas asis-

tén á la misa! ¿y dónde diablos ha podido hallar estos libros? Jamas habia salido de su casa, y su conducta era citada y ofrecida á la juventud por modelo. Su padre le amaba tiernamente, ¡y cómo podia dejar de amarle si era tan bueno y tan dócil! ¡Ah! cuantas veces nos decia: vosotros hallaréis en mi hijo vuestro consuelo y vuestro protector. Os hará felices, porque será poseedor de una de las mejores fortunas de la Francia, pero ahora me pregunto á mi mismo, ¿qué es lo qué hará ese hombre? Si se vuelve filósofo, adios riquezas; porque sabido es que los filósofos son unos originales que pretenden gobernar el mundo, al paso que no saben dirigirse á sí mismos.

Estas ideas tenian en continua agitacion á Petit-Jean, quien prosiguió todavía:—¡Ah! ¿Y cómo podré yo apartarle de estos proyectos? ¡Es imposible! ha olvidado ya á su padre! ¡Qué ejemplo es este para los demas que tanto trabajan á fin de dejar una gran fortuna á sus hijos! La que acaba de heredar mi amo, pronto será consumida, sobre todo, si llega á ser político y filósofo moderno. Porque los filósofos antiguos, no

eran como los que ahora se usan y encuentran á cada paso, muy versados en los bailes y modas; y si mi amo entra en ese gremio, no hay miedo de que se vuelva á nuestra tierra para ponerse al frente de su casa; pero á buen seguro que no veré yo todo esto, porque ha dicho ya que cualquier dependiente pue de entender en breve tiempo el comercio, al paso que es necesario estudiar y trabajar mucho para llegar á ser un buen comerciante. ¿Pero de qué sirve el apesadumbrarme con anticipacion? Tengamos paciencia, y esperemos los resultados. Puede ser todavía que mi amo mude de parecer, y se haga cómico ó músico; y yo quién sabe si la daré por otra locura, porque nunca es bueno decir: fuente, de tu agua no beberé. Tratemos, pues, de dormir, y hagamos votos porque tengan nuestros asuntos el mejor éxito.

Petit-Jean se durmió, y al dia siguiente entró en el cuarto de su amo para despertarle; éste lo estaba ya; entónces su ayuda de cámara le dijo:— Hé aquí un dia, señor, que es excelente para recorrer las calles de la capital; si yo no encuentro gran diferencia en-

tre ella y las demas ciudades por donde hemos pasado, me parece que es inútil hacer tantos elogios de Paris; y á la verdad, veo que las casas están tambien edificadas sobre tierra, en vez de que podia esperar verlas construidas cerca de las nubes para tener alguna cosa de original. Los hombres andan en dos piés, como en todas partes, y así, me parece que no hay para que ponderar, ni hacer tantos elogios de la capital de Paris.

—Yo me alegro, querido Petit-Jean, de ver que te has levantado en Paris de tan buen humor; yo me hallo tambien muy contento, y espero con ansia salir á paseo para ver algo de esa gran ciudad. Con razon se halla celebrada en todas partes; porque es cierto que se hallarán otras de mas grandes, como Lóndres ó Pequin; pero no se hallará en estas últimas la cultura y buen gusto que en general reinan en Paris. Hombres ilustres han debido á ella su sér. Su antigüedad es reconocida con anterioridad á la invasion de Julio César. Su universidad fué fundada por Carlo Magno, en el año 770; fué su primer obispo San Dionisio, en el siglo III; y en

1622, se instituyó en ella el arzobis pado.

Todos les viageros, prosiguió Mr. Le Grand, por donde quiera que vayan, siempre vienen á parar á Paris, y le dan la preferencia sobre las demas ciudades del globo; y así, conviene que suspendas el juicio; porque es imprudencia querer juzgar las cosas, antes de examinarlas bien y conocerlas. Pero dejémos esto, traeme ahora la ropa y prepara el desayuno, que despues recorrerémos las inmediaciones de la capital, nos en terarémos de las entradas principales, y nos irémos á pasear por las orillas del Sena. Petit-Jean quedó confuso al oir hablar de este modo á Mr. Le Grand, y tanto mas, cuanto no podia adquirir noticias de Paris sino por los libros, los cuales él jamas habia leido; sobre todo, le sorprendió la advertencia de su amo, en órden á la circunspeccion que debe tenerse en examinar bien las cosas an tes de formar juicio de ellas, se propuso aprovecharse de este aviso. El criado se fué para pedir el desayuno, y dar órdenes al cochero para salir. Volvió luego á su amo, y le habló de todo lo que habia visto en la fonda, y sobre to-

do, del buen órden que reinaba en la cocina y repostería.

Oida por Mr. Le Grand la relacion de su criado, le dijo:—Mucha ventura es hallarse fuera de su casa, y estar tan bien asistido como si se estuviera todavía en ella y entre los suyos. El dinero es útil y necesario, y creeme, Petit-Jean, el que inventó una cosa que puede representarlas todas, hizo un gran servicio á la humanidad. ¿Y cómo estariamos nosotros en esta fonda sin dinero? ¿Y qué diré de la invencion de las letras de cambio? Con ellas podemos viajar por todas partes sin el engorró de llevar mucha moneda. Podemos mediante estas letras, irnos hasta el Cabo de Buena–Esperanza, allí tomamos otras para las costas de Africa, la Persia, el Malábar, Ceylan, las Islas Filipinas, Costas de América, Lima, Cabo de Hornos, Buenos–Aires, y regresamos en Francia despues de haber dado la vuelta por todo el globo. Ni te admire esto, Petit–Jean, porque yo no encuentro la menor dificultad en realizar este proyecto, teniendo, como tenemos, letras de cámbio que representan el dinero, por cuyo medio nada tendrémos que desear.

—Y si damos la veuelta por todo el mundo, preguntó Petit-Jean, ¿hallarémos en alguna parte otro Paris?—Es muy probable que nó, repuso su amo, y para que lo veas por tí mismo, traeme el desayuno, y haz que dispongan el coche para salir luego á ver la capital de la Francia.

CAPITULO V.

Mr. Le Grand y su criado salen á recorrer las calles y plazas de Paris.—Pasan por delante de la estatua de Luis el Grande, y entonces empieza á mostrar el héroe sus ideas de filósofo moderno.—Mr Le Grand examina las bibliotecas de la capital.—Hace gran provision de libros para remitir á los departamentos.

El amo y su criado dieron la vuelta por los afueras de Paris, formando un círculo desigual, informándose al paso de los nombres de las entradas principales y de las calles que conducen al centro. El héroe notaba todo esto en un libro de memorias: hacia cuatro dias que todo su afan era seguir calles y mas

calles, y los dos mostraban en sus semblantes la sorpresa que les causaba el aspecto de esta hermosa ciudad. Luego que llegaron á la plaza de las victorias, Mr. Le Grand no pudo contener su cólera al ver la estatua de Luis el Grande con los ornamentos de su coronacion, teniendo á sus piés cuatro naciones encadenadas, y con la victoria en actitud de ceñirle una corona sobre la cabeza. La vista de este monumeto hizo tal impresion sobre él, que dando una patada en el coche y poniéndose la mano en la freute, miró atentamente á su criado, y le dijo con tono colérico:—Hasta aquí, amigo Petit-Jean, (que así le llamaba á menudo) no he querido hablarte de mis ideas ni do los principios de la nueva filosofía. Ellos están tan profundamente impresos en mi corazon, que la menor contradiccion seria bastante para hacer traslucir mi cólera. No sé cómo detengo en saltar del coche, é ya que me sea imposible derribar por mí mismo esta estatua, no voy á buscar dos ó trescientos albañiles para que la derriben y hagan pedazos. Y esto me seria muy fácil, porque como he dicho varias veces, todo lo puede el dinero;

y bien empleado, seria, en un trabajo que serviria para destruir ese monumento erigido por la tiranía.

Quedó Petit-Jean como atónito de oir de boca de su amo tan nuevo é inesperado discurso, y con tono humilde y afectuoso le dijo:—Sin duda, querido amo, que os cansais de vivir, cuando dais acogida á semejantes pensamientos. ¿Qué seria de nosotros si hallando albañiles, que tal vez se hallarian mediante nuestro dinero, derribásemos un monumento que tal vez los parisienses miran y guardan como una santa reliquia? Por cierto, ellos no saldrian mal librados, porque puede ser que se escaparan del castigo, escusándose de haber hecho y cometido semejante maldad, por insinuacion ó órden expresa de Mr. Le Grand; y quién sabe si ellos serian los primeros que vendrian á echar mano de nosotros para conducirnos por órden de la justicia en parte segura. Dejad, señor, de pensar en esto, y decidme: ¿por qué os ha dado mas golpe esa estatua, que no todo lo demas que hasta aquí habemos visto?

—Es que tú no habrás reparado, respondió el jóven, en esas cuatro nacio-

¡Toma! Yo te aseguro, Petit-Jean, que si tuviera delante á ese famoso Luis el Grande, ya se las pondria yo de buena manera. No has oido tú las divinas es- [illegible] de aquel gran poeta, que en los [illegible] de entusiasmo por la liber- [illegible] cuan triste era la vida vi [illegible] y lo dulce que era [illegible] —¡Oh! ¡qué dispa [illegible] Jean, ¡la muerte es [illegible] Pruébela quien [illegible] á mí, la tendré [illegible] Dios en cuan- [illegible] porque di- [illegible] morir, pi [illegible] pasara de él [illegible] A la verdad, [illegible] lo que tan [illegible] me [illegible] To [illegible] salud [illegible] es, y [illegible] Jal [illegible] Ahí [illegible] li [illegible] llamado [illegible] muerte á [illegible] enseñaba, [illegible] para beber la [illegible] prepararse [illegible]

cicuta, sus discípulos porfiaban en que se fugase, cosa que ellos podian muy bien facilitarle sin ser visto. Su maestro les dió entonces una gran reprension, manifestándoles que no queria parecer criminal con la fuga, añadiendo que preferia á una vida sin honor, la muerte en su inocencia; y á fé que no dijo, que yo lo sepa, la muerte en su dulzura. Y así, si vuestros libros enseñan semejantes paparruchas, mejor seria arrojarlos al fuego, que exponernos á que nos tengan por locos si seguimos sus doctrinas, y alguna cosa mas, si intentamos destruir los monumentos célebres, como la estatua de Luis el Grande. ¡Cuán dulce es morir!.... ¡Al diantre la dulzura! Ni por la patria, ni por mi padre, ni por nadie en el mundo no quiero yo morir, yo os lo juro, y estoy por creer que vuestros libros no contienen sino errores, como aquel de que el hombre llegará á trasformar los elementos. Fuerza es confesar, querido amo, que todos estos autores serian unos locos de atar, ó habrian tomado algunas bebidas espirituosas cuando profirieron tamaños desatinos.—Dia vendrá en que hables de muy diferente manera; pero mia es la

culpa si no te hallas ya al corriente de la filosofía. Debiera haberte confiado algunos libros, ya que te hallas dotado de una penetracion superior á la que yo te creia, mas tú verás cuántas cosas hay que aprender, y verás como tú y el resto de los hombres habeis vivido en la mas completa ignorancia, no conociendo los progresos de los filósofos modernos, en punto á religion, política, moral y otras cosas. Acabarás de convencerte que es preciso mudar los nombres de las cosas, llamar vicio á la virtud, y virtud al vicio, que los antiguos no conocian las diferentes especies de gobierno creado por los modernos; y concerás, por fin, todas estas innovaciones, cuando sepas apreciar en lo que vale la libertad, la igualdad, la seguridad, la humanidad, la sensibilidad, la inocencia, las delicias de la vida, los placeres del hombre, y en una palabra, la dicha perfecta. Entonces echarás de ver que nuestros predecesores han sido unos ignorantes, é incapaces de gobernar á los hombres; pero bien, mañana verémos de recorrer las bibliotecas, y cuento en que, bajo mi direccion, no dejarás de hacer progresos.

cindario de Paris, intentando hacer pedazos una estatua, á la cual tienen los parisienses tan gran veneracion.

Mr Le Grand no quedó poco sorprendido de ver el juicio que mostraba su ayuda de cámara en sus consejos, y tanto mas, cuanto le consideraban menos instruido, pero volviendo en sí despues de una especie de distraccion, le dijo:

—Por ahora, defiero á tu consejo; pero ha de ser con la condicion de no volver por esta plaza, só pena de exponerme á cometer tamaño estrago, cuya memoria sea mas duradera que la memoria de Luis el Grande, inscrita en este tiránico monumento. Si en lugar de encadenar estas naciones, hubiera aquel rey sacado de la esclavitud á tantas como existen sobre la haz de la tierra, proclamando el sagrado principio de la libertad, me posternaria á sus piés, y tributaria un homenage de adoracion debido á su estatua; sobre todo, si hubiera proclamado esta libertad, que trasforma los hombres en séres de esta especie, haciéndoles entrar en un estado en que desaparecen las penas y enfermedades, los cuidados y las pesadumbres. Pero mostrarnos cadenas....

luces su buen juicio, al paso que ahora á mi ver vamos retrocediendo; pero por favor, querido amo, dejaos de estos sueños, pues yo os lo ruego á fuer de leal servidor. Qué necesidad teneis de recorrer librerías. Volvámonos de aquí, y vos seréis tan querido como lo era vuestro padre, porque sois bueno y teneis un corazon excelente. Acordaos que hay una porcion de desgraciados que os esperan, contando en vuestros beneficios, como en una continuacion de los que recibian de vuestro padre.

Admirado y confuso Mr. Le Grand, no sabia qué responder á los buenos consejos de su ayuda de cámara, y haciendo justicia á la buena intencion de su leal servidor, no quiso hacerle ver cuán noble era y cuán diferente de las que suelen formar los demas. De otra parte el héroe no quiso salir de Paris, porque esperaba el dia de distinguirse allí por algun descubrimiento ó atrevido proyecto que hiciese triunfar los principios de la nueva filosofía; y así se limitó á echar sobre su ayuda de cámara una mirada de compasion encorvando los hombros, como para manifestarle cuán dignos eran de lástima los hom-

bres que no tenian la dicha de estar iniciados en las ideas luminosas del siglo. Llegaron, finalmente, á la fonda, sin que Mr. Le Grand quisiera detenerse mas á observar cosa alguna, tanto le habia desazonado la vista de la estatua de Luis el Grande. Guardó un profundo silencio, y con tono seco y desabrido ordenó á su criado que le trajera la cena y un libro, no queriendo promover discusiones filosóficas, hasta que la permanencia en Paris hiciera una reforma conveniente en el entendimiento de Petit.

El dia siguiente se fueron á la biblioteca Mazarina, y estuvieron allí tres horas. Mr. le Grand habia aconsejado á su criado que pidiera los libros que quisiese; y en efecto, éste se hizo traer la Biblia; no comprendiendo los nombres de las obras que habia pedido su amo, porque no habia jamas oido hablar de ellas.

Otras veces estos viageros visitaban la biblioteca del rey ó la de S. Víctor; aunque Mr. Le Grand perdió la esperanza de atraer á su sistema al testarudo Petit-Jean, desde el dia que le encontró leyendo las vidas de los padres



de la Iglesia. Pero el héroe frecuentaba casi todas las bibliotecas, hasta que, por decirlo así, se sumergió en los profundos abismos de la nueva filosofía, no cesando de invocar sus ideas favoritas sobre la libertad, la igualdad, la seguridad, la independencia, el libre albedrío, el gobierno republicano, y tantos otros delirios que se agolpaban en su endeble cabeza.

Habiendo un dia encontrado en un libro un discurso sobre la igualdad, donde se demostraba el modo infalible de hacer iguales los dedos de la mano, no pudo menos de exclamar:—¡Cuán necios son aquellos que no reconocen el principio de la igualdad! Si el mas pequeño dedo de la mano puede igualar al mayor, ¿por qué no se quiere reconocer que el niño debe ser igual al anciano, el rico al pobre, el pastor al magistrado, y el verdugo al emperador? ¿Y por qué estas diferencias y distinciones entre los hombres? Los unos andan á pié, mientras que los otros arrastran coche. Unos están bien tratados y vestidos, y otros muestran por todo su cuerpo no mas que harapos; los unos comen y se regalan, mientras que á

otros les falta el necesario sustento. ¡Maldicion al primer hombre á quien plugo introducir la desigualdad entre los demas hombres!

Si se objeta que el perezoso no llega á ser rico porque no trabaja, diré que los que discurren así no comprenden el sagrado principio de la libertad. Y por cierto, de dos hombres, de los cuales el uno trabaja y el otro huelga, no podemos decir sino que ambos hacen uso de su libertad, y si se replica todavía que solo es justo que haya de comer el el que pone en ello su trabajo, dirémos que esto seria destruir la igualdad; porque cómo puede tener lugar si los unos ayunan, mientras que los otros se hartan hasta ahitarse? Así es muy evidente que los hombres no han sabido gobernar el mundo hasta ahora, y no lo es menos que si se establece un gobierno que descanse sobre las bases de libertad é igualdad, todos los hombres serán igualmente libres y libremente iguales, lo que revelará el secreto de hacer felices á todos. ¡Ah! ¡qué no se pueda llevar á cabo esta empresa! ¡Ah si yo pudiera lograrlo! Pero poco importa; reflexionemos aún sobre estas



doctrinas, examinemos los pareceres de los hombres sabios, y tratemos del modo de realizarla.... Tratemos de realizar la regeneracion del género humano....

Todos estos delirios traian su orígen de una obra de Diderot, en la que este autor compara los cinco dedos de la mano al pié del caballo, si los hombres se dejaran crecer las uñas, de este modo empezó á trastornarse su cabeza, de lo que no dudaba Petit–Jean; puesto que en lo demas, y por lo que toca á la vida familiar, mostraba su amo un claro y cabal juicio. Mr. Le Grand continuó la lectura de todas estas obras durante dos años, contrayendo al mismo tiempo amistad con los hombres que profesaban las mismas doctrinas, y procurando no hablar de ello á su ayuda de cámara, cuyos chistes y oportunas respuestas le complacian en extremo y le distraian de sus sérias tareas.

Pero Petit-Jean, como servidor fiel y leal, continuaba frecuentando las bibliotecas, aunque buscando la instruccion muy de diversa manera que su amo. Un dia se presentó uno que pidió cierta obra, donde las doctrinas de la nueva filosofía se hallaban combatidas

victoriosamente; el taimado Petit-Jean tomó nota de ella, y la deputó para su lectura ordinaria, esperando por este medio poder argüir con su amo, hacerle apartar de sus malas ideas, y evitar de este modo su inminente ruina. Veia, en efecto, que Mr. Le Grand iba disi pando la inmensa fortuna que su padre le habia dejado. El prudente criado temia tambien, y con harta razon, que á su amo no le volviese el juicio, porque á esto parecia se encaminaban los disparates que le habia oido decir sobre la libertad del hombre, de la cual se ha bia formado Petit-Jean una muy distin ta idea, á tenor de los libros que él ha bia leido. Efectivamente, segun él, la libertad debia consistir en la perfecta sumision á las leyes, fuera de las cua les, esta libertad degeneraba en licen cia. Durante su entusiasmo por las ideas de órden, Petit-Jean maldecia á menu do los libros que leia su amo, los im presores y las librerías, y hasta al go bierno, por su omision y negligencia en dejar circular semejantes obras, que no servian mas que para corromper el corazon de la juventud, siempre ávida de mudanzas y convulsiones políticas. La



tolerancia en esta parte, decia él, es un azote peor y mas terrible que una de las plagas de Egipto. Petit-Jean se resignó á esperarlo todo del tiempo, y propuso no entrar en conversacion con su amo sobre estas materias, á no ser que éste la suscitase; pero siempre estaba dispuesto á redargüir las opiniones de Mr. Le Grand, ya fuera con argumentos sólidos, ó con su buen humor, puesto que la experiencia le habia acreditado que este medio le producia buenos resultados.

Un dia que Petit-Jean estaba en cama, habiendo salido su amo al amanecer, vino un mozo de la fonda á anunciarle que un carretero habia conducido una carreta de mercaderías, y deseaba hablar con Mr. Petit-Jean.—Si es así, respondió este, no es conmigo con quien desea hablar, porque yo no me llamo Mr. Petit-Jean, sino Petit-Jean á secas.—Bien, dijo el mozo, vos sois el único que os llamais así. Fué entonces á ver el criado de Mr. Le Grand, qué era lo que querian, y se encontró con un hombre que le entregó de parte de su amo, muchos fardos de libros que llenaban la carreta.—¡Por la Vírgen!

dijo Petit-Jean. Dios quiera conservar el juicio de mi amo, porque yo creo que su locura va en aumento de dia en dia. ¿Dónde meteré, cuitado de mí, tantos libros?

—¡Ah! ¡ah! se conoce que vos no es tais en el busilis del negocio, respondió el carretero; lo que yo siento es no haber podido cargar con todos los que quedan en el almacen.

—Pero mi amo es imposible que los haya podido comprar todos, interrum pió vivamente Petit-Jean.

—Perdonad, dijo el carretero, Mr. Le Grand es el que ha hecho la adqui sicion de todos los libros que yo he visto, y otros muchos mas que debian llevar. Hay unos rimeros de ellos, que llegan desde el suelo al tejado, y por lo que he podido conocer, harto será que se encuentre local donde quepan los muchos mas que Mr. Le Grand pre tende comprar.

—Si es así, ya podria mi amo alqui lar toda esta fonda, y aun muchas otras casas, puesto que si no lo hace, me in clino á creer que os veréis obligado á descargar las mercaderías en la calle, é impedir el paso de las gentes.

Mientras que el carretero iba sacando los fardos de la carreta, se vió entrar otra por la misma calle, cuyo carretero preguntó tambien por la fonda donde vivia Petit-Jean. Quedó éste atónito, tomó de la mano al primer carretero, y con tono colérico:—Conducidme, le dijo, en el parage donde se halla mi amo, porque yo pierdo el tino viéndome cercado de toda esa baraunda de mercaderías. Así como salian para ir en busca de Mr. Le Grand, he aquí que llega otro carretero con su carreta cargada; y como todos ellos se conocian, se saludaban, y daban la cita para el mismo depósito de libros. Petit-Jean pensaba consigo mismo, cómo podia habérselas con su amo, para no disgustarle y hacerle ver al mismo tiempo la locura de hacer una compra tan considerable de libros.

Conviene advertir aquí, para comprender mejor esta historia, que Mr. Le Grand habia tomado la direccion de los negocios de su casa, desde la edad de veinticinco años, y que estaba en relacion directa con todos sus corresponsales de Francia y del extrangero. Estaba agoviado, pensando con sus libros,

cuando vió entrar á Petit-Jean, á quien algo desazonado preguntó: —¿A qué vienes aquí y sin que yo te haya llamado? El criado respondió con mucha flema: —Señor, vengo á pediros otro local donde alojarnos.—¿Y cómo es esto? repuso su amo.—Es, dijo Petit-Jean, porque otros huéspedes mas distinguidos que nosotros han venido á instalarse en la fonda.

—¡Oh! eso no puede ser, dijo con tono colérico Mr. Le Grand. Yo pago muy bien mi alojamiento, y nadie tiene derecho de sacarme de él. Yo soy libre, independiente y dueño absoluto de todas mis acciones.

—¡Ah! sí, es verdad, dijo Petit-Jean, pero dignaos llegar á la fonda, y os hallaréis con una señora, cuya voluntad es de mas valía que la vuestra.—¿Y cómo se llama esta señora?—La necesidad, respondió Petit-Jean. Al llegar á la fonda, Petit-Jean mostró á su amo todos los fardos contenidos en las tres carretas, y le dijo: —Ahora decidme, querido amo, ¿dónde quereis que nos alojemos y coloquemos todas estas mercaderías?—¡Pardiez! que tienes razon, Petit-Jean, dijo Mr. Le Grand, no ha-

bia advertido en ello; pero muy en breve saldrémos del pantano. Diciendo esto subió á su cuarto, escribió tres cartas, una para cada corresponsal de su casa, en Bretaña, en Picardía y en el Languedoc, y previno á los carreteros de ir cada uno á la provincia que se le habia designado, y llevar los libros al lugar cuya direccion marcaban las cartas que se les habian dado. En estas cartas encargaba á sus corresponsales que tuvieran los libros á su disposicion hasta nueva órden.

Luego de partirse los carreteros, quedaron solos amo y criado. Petit-Jean fué el primero que tomó la palabra y dijo á Mr. Le Grand:—No sabia que os hubiérais determinado de ejercer el comercio; pero ahora sí que veo que ya empezais vuestras especulaciones, y que haceis empresas harto diferentes de las de vuestro difunto padre. A la verdad, este no habia hecho sus especulaciones y cálculos sobre esta clase de mercaderías; pero ya nos decia con frecuencia que vos llegaríais á ser con vuestros estudios un gran capitalista. Sin embargo, no quiero ocultaros, mi querido amo, que temo mucho los

resultados de esta operacion; porque los libros son una mercadería casi des preciada en el dia por su abundancia, y me parece que en tan gran número debe de haber muchos de malos.

—¡Bien! dijo Mr. Le Grand, que los haya; pero los mios son los mejores que se encuentran; si yo quisiera sacar provecho de ellos, ganaria mas que mi padre; mas no es la aficion del dinero la que me guia en esta empresa; y aunque el interes sea el único móvil del cora zon humano, yo tengo miras mas elevadas, y que tú no puedes comprender por ahora. Si consigo regenerarte, ya lo sabrás.

—¿Qué necesidad tengo de ser regenerado, respondió Petit-Jean, para sa ber que el comercio consiste en vender caro lo que se compra barato? Si no habeis atendido en esto al hacer la com pra de tantos fardos de libros, podeis dar por perdidos capital y beneficios, y á fé que no será poca cosa.

—¡Bah! ¡bah! de qué frioleras te quejas, dijo Mr. Le Grand: ¿qué son estos libros comparados con los demas que he comprado y que pienso distribuir en todo el reino y en el extrangero?

—¡Toma! Si distribuís grátis vuestra mercadería, por cierto que la despa charéis pronto, y no dudo que todavía quedarán muchos descontentos por no haber llegado á tiempo.

—¡Y qué! ¿debo yo acaso recibir dinero, siendo como es mi único objeto el esparcir las luces por toda la redondez de la tierra? Esto seria obrar en el oscurantismo, como hacen los hombres rutinarios del dia; yo pienso regenerar la especie humana, levantando una nueva antorcha que eclipse todo lo que se conoce hasta la época presente.

—Por piedad, dijo Petit-Jean socarronamente, tened lástima, por lo menos, de ese pobre sol que nos alumbra, y no le deis lugar á que se retire sonrojado, al ver delante de sí vuestra antorcha: yo os aseguro que si nos deja, lo sentiré; porque me gusta el sol, y él es de otra parte reconocido, puesto que todos los dias nos visita, y hace regocijar mi corazon.

—Hé aquí, querido Petit-Jean, á dónde te lleva tu ignorancia; yo no quiero decir que mis luces apaguen ni debiliten los rayos del sol; quiero únicamente

hacerte ver que mudarán de direccion la opinion comun de los hombres, y la harán sufrir ciertas modificaciones muy ventajosas para el género humano.

—Estoy en ello, mi querido amo, ¿pero que necesidad hay para esto de la nueva filosofía? Yo me acuerdo haber leido en un libro antiguo, que el famoso Arquímedes, que era mas viejo que Matusalén, habia inventado un espejo ustorio de tal naturaleza, que mediante él, incendió la escuadra de los enemigos de su patria, reuniendo en un punto los rayos luminosos; y añaden tambien que se ha perdido este famoso descubrimiento.

—¡Ah! Petit-Jean, repuso su amo, ¡cuánta lástima me das! Bien veo que has perdido vanamente el tiempo, leyendo obras que nada enseñaban; ahora es ya tarde, á lo que me parece, para iniciarte en los profundos arcanos de la nueva filosofía. Sin embargo, lo meditaré, y aunque no fuera mas que para evitar el disgusto de tener cerca de mí una persona que no pueda comprenderme, procuraré poner en tus manos alguno de los libros que he comprado; pues estoy persuadido que jamas has oido



hablar de ninguno de ellos. Mañana me acompañarás al almacen; ahora procura que nos traigan de comer, que es lo que importa.

CAPITULO VI.

De los libros que dió Mr. Le Grand á Petit-Jean para empezar la obra de su ilustracion.—Ideas del ayuda de cámara sobre estos libros.—Su admiracion al ver desaparecer á su amo desde una piedra mohonera.

El dia siguiente por la mañana, Mr. Le Grand pidió la ropa á su criado para vestirse, y luego el desayuno, á fin de ir juntos al gran depósito de las luces, ó al almacen, que así le llamaba. Al entrar Petit-Jean, no pudo menos de preguntar á su amo, si habia formado sociedad con algun otro comerciante, atendido que el dia antes casi no habia quedado ningun libro, y á la sazon estaba el almacen lleno.

—Esta empresa corre solo de mi cuenta, repuso Mr. Le Grand, porque no hay nadie mas que yo, que pueda llevarla

á buen término.—Toma, le dijo, estos libros, y te aconsejo que estudies bien sus doctrinas; no son de primer órden, pero si veo que haces progresos, te daré otros. Ahora concluiré mis compras, y mientras tanto, puedes volverte á la fonda.

No se hizo Petit-Jean repetir la órden de retirarse, y luego que hubo llegado á su cuarto, empezó á examinar las obras que le habia entregado su amo; ninguna de ellas le era conocida. En efecto, habia algunos volúmenes de la Enciclopedia, el diccionario de Bayle, el diccionario filosófico de Voltaire, las obras de Condorcet, de Helvecio, de la Mettrie, de Hobbes, de Rouseau, de Dupuis, sobre el orígen de los cultos, de Volney, de Diderot, de Alembert, y otros. Al ver todos estos libros, hizo consigo mismo estas reflexiones:—Vamos á ver, Petit-Jean, las obras que se te han dado para iluminarte; quítate las lagañas de los ojos si quieres ver bien la luz. Tú vas á salir de las tinieblas: despídete de la luna y de los ótros planetas, y deja á Marte, Júpiter y Saturno. que vayan á iluminar con sus amortiguados resplandores, á toda esa turba

de ignorantes que no tienen mas que cinco sentidos desde la creacion del mundo; y di á esos astros, donde quiera que estén, que no permitan la entrada de la nueva filosofía, si no quieren quedar corridos y eclipsados por ella.

Adelante, Petit-Jean, prosiguió hablando consigo mismo, despacha y enfráscate en la cabeza el contenido de todos estos libros, y luego, mediante sus doctrinas, verás cómo te hallas en disposicion de derribar la estatua de Luis el Grande, ó hacer con tu amo tales desatinos, que te lleven derechito á la horca. Sin embargo, si no habia en estos libros mas de lo que se ha dicho desde el principio del mundo, ¿hubiera tantos sabios ávidos de leerlos, y se juntaria con ellos mi amo? ¡Oh, no! Grandes novedades debe de haber en ellos. Quién sabe si contienen el secreto de no morir; y con efecto, Mr. Le Grand nos ha hablado ya de la inmortalidad y de las divinidades que no tienen fin; si así fuese, muy mentecato seria yo de no leerlos, porque no querria morir antes que mi amo para no dejarle solo. En cuanto á morir, no es cosa que me guste, sea dulce ó sea amarga la muer-

te. Cada uno tiene sus antojos, y no es el mio de morir solo. A mi amo no le faltará quien le acompañe, pero si yo muero, nadie querrá seguirme hasta la eternidad. Soy, pues, un insensato, si no me entrego al estudio de esta nueva ciencia: ¿quién sabe si llegaré con ella á alcanzar otro sentido á mas de los cinco que ya me tengo? Pero al contrario, si en lugar de ganar pierdo el equilibrio de mi inteligencia y el seso.... Esta es otra cosa que merece atencion. O he de morir, ó no; en el primer caso, no tengo necesidad de libros; y en el segundo, convendrá que me reserve algun tiempo para meditarlo, porque yo no sé que hasta ahora ninguno de estos filósofos modernos haya adquirido un antídoto contra la muerte. Reflexionemos con madurez si he de ser ó no filósofo.

A este punto llegaba el criado en sus reflexiones, cuando llamó á la puerta del cuarto Mr. Le Grand, y apenas hubo entrado, se echó en una silla poltrona, y dijo al primero:—Estoy fatigadísimo, y es imposible, Petit-Jean, que te imagines lo que hoy he hecho para concluir la compra de mis libros; he re-

mitido muchos fardos en los departamentos del Delfinado, de la Lorena, de la Turena, del Borbonés, Borgoña, Limosin, Auberne, Guiena, Bearne, Provenza y otros; he dicho á todos mis corresponsales que guarden estos libros y no los dejen ver á nadie. Este es un gran paso para lograr lo que tengo premeditado.

—¡Premeditado!.... ¡Qué yo no pueda saberlo!.... repuso el criado. Vos sabeis, querido amo, que nos habemos criado juntos, por decirlo así, que yo os acompañaba por todas partes, y siempre he procurado merecer vuestra confianza: ¿seré indigno ahora de que me comuniqueis ese nuevo proyecto? ¿Acaso no me considerais tan leal y tan adicto á vuestra persona como antes? ¡Ah! querido amo, sacadme de esta incertidumbre, y respondedme por favor, porque vuestro silencio me atormenta.

—Nada de esto, respondió Mr. Le Grand, yo te conservo la misma estimacion que antes; pero hay cosas que son de suyo reservadas, y de las cuales no se debe hablar sino bajo el sello del secreto y del juramento. ¿Sabes tú si á esto estoy obligado, y si puedo hablar·

te de estas cosas, hasta que me sea permitido?

—¡Oh! por supuesto, dijo Petit-Jean, si habeis cometido alguna mala accion ó algun delito, como por ejemplo, un hurto ó un asesinato; pero esto no debe tener lugar con respecto á la compra de vuestros libros, y las remesas que habeis hecho de ellos á las provincias; porque si vos los comprásteis de vuestro dinero, y os equivocais en vuestros cálculos, ¿qué tiene que ver esto con nadie, puesto que solo vos sois el perdidoso? Vos sois dueño de vuestra fortuna, y podeis disponer de ella como mejor os parezca.

—Me complazco, dijo Mr. Le Grand, de ver cómo desenvuelves el principio de la libertad. En efecto, somos ó no somos libres; si lo primero, debemos ser tan libres como las aves; éstas corren y vuelan á su antojo; ¿por qué, pues, no tendré yo el mismo derecho? Yo soy dueño de mis acciones asi como de mi dinero, y de consiguiente, si quiero arrojarlo por la ventana ó comprar libros, ó adquirir estados para llegar á ser rey ó emperador, una higa á todo el mundo; nadie debe meterse conmigo.

—¡Hola, hola! querido amo, no pro sigais; vos andais equivocado....

—Callá tú, necio, é ignorante, inter rumpió su amo, ¡quién puede negar es tos principios infalibles, y quién puede desconocerlos si no es el hombre mas estúpido!

—Yo los niego, señor, sin descono- cerlos, respondió Petit-Jean; pero no me atrevo á probar su falsedad, porque un criado no tiene derecho de promo- ver discusiones con su amo sin su per miso.

—Pues bien, yo te lo otorgo, dijo Mr. Le Grand, aunque no fuera mas que por ver cómo sales de este empeño.

—Pues ya que me otorgais el permi so, voy á convenceros del error en que estais. Habeis dicho que las aves son libres, y no hay cosa mas controverti da que esta; si cuando intentan volar y levantarse por los aires, les impide un huracán ir donde ellas quieren, ¿qué hacen al instante? En lugar de ir con tra el aire, van barriendo por tierra ó se echan en tierra, hasta que la violen- cia del aire les permita seguir su curso. He aquí precisamente lo que el hombre

puede hacer, ¡y ojalá que no abusase jamas de su libertad!

Por lo que toca al dinero y á la facultad de usar de él como se quiere, hay tambien mucho que decir; porque si queremos arrojar todo nuestro dinero de una vez al mar, como vos deciais, nadie podrá reprendernos, pero se burlarán de nosotros si en lugar de pasarlo bien y vivir cómodamente, nos constituimos por culpa nuestra en el caso de tener que pedir limosna, la cual todos nos negarán; pero en cuanto á hacer mal uso del dinero, ya es cosa distinta, porque si nosotros hacemos algo en perjuicio de tercero, serémos responsables del daño que hayamos hecho, y esto es muy justo: de lo contrario, podria cualquiera por veinte francos, por ejemplo, darme á mí veinte palos y hacerme guardar cama veinte dias, y aun matarme, causándoos, segun á mí me parece, muy poca satisfaccion, y mucha menos si esto aconteciera á vos mismo.

Me hablásteis vos de llegar á ser príncipe ó emperador con el dinero; no ha llegado hasta ahora á mi noticia que se haya tratado de subastar las coronas;

pero sí así fuese, compadeceria de todo mi corazon al último postor, porque tendria que emplear medios que le acreditarian muy poco; y segun dice el refran, quien mal anda mal acaba. Y en prueba de esto, si un intrigante llegase por medio de papeles ó escrituras falsas á darse á conocer por hijo legítimo de vuestro padre, diciendo que vos no sois mas que el hijo del hortelano, sustituido fraudulentamente, ¿qué es lo que no hariamos para descubrir la superchería? ¿No tratariamos de hacer prender á este malvado, y castigarle con todo el rigor de las leyes? Por lo mismo es forzoso convenir, que las aves no son mas libres que los hombres para hacer lo que ellas quieren. ¿Podeis dormir acaso cuando no teneis sueño? Cuántas veces no he cerrado yo los párpados, á pesar de los vivos deseos que tenia de dormir....

Nada tuvo que responder Mr. Le Grand á las razones de su criado, y así se contentó con preguntarle si habia leido las obras que le entregara. Petit respondió que no habia tenido tiempo, y que aunque lo tuviera, jamas podria persuadirse de que lo blanco fuera co-

mo lo negro, la luz como las tinieblas, ó que no debiese morir. Que él estaba cierto de esta verdad, y que la sentia en extremo por tener que dejarle solo.

—Por la misma razon, dijo Mr. Le Grand, sentiria yo morir antes que tú.

El héroe encargó de nuevo á su criado que leyera todas las obras de la nueva filosofía, para poder hablar de ella y comprenderse el uno al otro toda vez que siempre debian vivir juntos. Petit-Jean respondió que iba á dar una ojeada á todas las obras; pero su amo le dijo que debia hacer algo mas, y que no volveria á hablar de ello á Petit-Jean, hasta que estuviera al corriente de las nuevas doctrinas.

Así fué, y en lo sucesivo, no hablaron sino de cosas indiferentes, y esto en las horas de comer, porque en lo restante del dia, estaba Mr. Le Grand casi siempre fuera de casa, conversando con los amigos que habia adquirido en Paris. Petit-Jean no tenia otra ocupacion, durante todo este tiempo, que la de aguardar á su amo, quien las mas de las veces llegaba á su casa, que ya era de madrugada. No se hubiera atrevido á hacerle la menor observacion so-

quiero asegurarme de ello, y si en realidad veo que vuela por los aires, le suplicaré que se me lleve. para alejarme de la tierra donde tiene uno que sufrir tantas penas é infortunios.

No tardó en ofrecerse á Petit-Jean la ocasion de seguir á su amo. Al cabo de tres dias, el criado se encontró con su amo en el mismo lugar en que habia desaparecido; el criado se llegó casi á tocar con Mr. Le Grand, cuando éste se hundió en el ángulo que hacian las paredes de la huerta; y como Petit-Jean miraba siempre en el aire, creyendo ver volar á su amo, despues de algunos instantes volvió á mirar por todas partes, y ya no encontró á nadie. Aunque temeroso, se acercó al ángulo y examinó de nuevo las paredes, pero no descubriendo tampoco hendedura alguna, se aumentó mas su pasmo y confusion. Se santiguó muchas veces, se figuró que esto era cosa de sortilegio, y que por allá debia de habitar Satanás; extremecido, y huyendo hasta de su misma sombra, dió á correr con todas sus fuerzas, invocando á grandes voces el nombre de Jesus para evitar que fuera hecho presa del demonio.

A pocos pasos de distancia encontró un hombre que parecia estar de atala ya, detúvose entonces, y se adelantó un poco, observando atentamente los pasos del desconocido; llegó éste al mismo parage donde habia desaparecido Mr. Le Grand; siguióle Petit-Jean con los ojos, y pocos instantes despues vió que tambien desaparecia. Esta segunda desaparicion en el mismo ángulo, aumentó el miedo del temeroso Petit-Jean, y creyéndose arrebatado por una legion de espíritus malos, echó á correr, hasta que llegó á la puerta de la fonda. Entró en ella sudando y jadeando, tomó una luz, y para mayor seguridad, se fué á su cuarto, cerrando ante todo la puerta con llave. Dejóse caer en la primera silla que encontró, y empezó á discurrir consigo mismo de este modo:—Harto tengo de mis dos ensayos: no hay para qué hacer otro; antes bien, debo dar gracias á Dios, que me ha dejado llegar sano y salvo á mi morada. En cuanto á mi amo, podrá irse adonde le acomode, que poco me importa, siquiera le acompañe el diablo; á éste sí que le tengo compasion, porque ha encontrado en mi amo otro

que le aventaja. En verdad que le sobra la razon de prohibirme que alterque y promueva discusiones con él de cosas que yo no comprendo, puesto que como dice el refran, el zapatero á su zapato, y cada uno de su oficio. Mi amo es filósofo y político; allá se las haya, con su pan se lo coma; por lo que mí toca, contento me estoy con lo poco que sé: este poco ha sido harto para mí, para poder vivir y esperar con paciencia la visita de la parca, que á nadie perdona. Si mi amo consigue no morir, por fuerza he de confesar que es el hombre mas sabio del mundo; pero al contrario, si no puede evitar las enfermedades, los pesares y la muerte, le compadeceré de todo mi corazon, porque se da una pena inútil, y al fin vendrá á quedar desencantado. No sé yo en qué consisten los grandes descubrimientos de los modernos; y desde luego, advierto que no han hallado el medio de volar, porque yo estaba muy atento cuando me creia que iba á hacerlo mi amo, y nada he visto.

A lo que parece, han hallado el secreto de la transfiguracion, del cual Mr. Le Grand me habló un dia; por ejemplo,

el de transformarse un hombre en perro, caballo, mosca ú hormiga. ¡Ah necio de mí! ¡ahora doy en la cuenta! Mis dos hombres, á quienes seguia la pista, se me han trasformado en hormigas, y he aquí por qué se me han desaparecido delante de mis ojos Pero aun suponiendo que hayan seguido el sistema de Pitágoras sobre la transformacion, yo no estoy nada envidioso de su secreto, porque antes de transformarse es menester morir, y no vale esta pena el deseo de llegar á ser otra cosa. Mejor seria no morir sino una sola vez, y ésta en gracia de Dios; porque, al fin, ¿no fuera dispararte que el hombre mudase á cada instante de forma, y se convirtiera, ora en caballo, para ser ensillado y llevado á la guerra, ó para uncirle en un coche; ora en mosca, para ser devorado por un pollito; ó bien en cerdo, y tener siempre que huir de las mesas de los judíos y musulmanes? ¡A Barrabás todos estos libros llenos de tantos absurdos, las personas que los leen y las que los ensalzan hasta las nubes!....

Pero volvamos al caso; yo debo habérmelas contra todo ese galimatias de la nueva filosofía, y por tanto, convie

ne que estudie las obras que me ha entregado Mr. Le Grand, de otro modo, no tendria paz con él; á pesar de que creo que no hallaré mas que locuras y desatinos. Esto importa poco; el caso es que yo debo discurrir con mi amo, y por consiguiente, es mi deber el emprender esta lectura; pero lo haré con la prevencion ya enunciada de que está plagada de disparates y locuras. Yo me reiré y me burlaré, pero ¿y si me sucediera lo que á un hidalgo de la Mancha le sucedió cuando leyó libros de caballería, que perdió el juicio leyendo las aventuras de los caballeros andantes? ¿Si se pinta y describe en estas obras las sandeces de los filósofos modernos, pero con arte y modo elegante que lisonjee nuestras pasiones, de suerte que al fin y al cabo caigamos yo y mi amo en el lazo sin pensarlo? Y si yo vengo á ser el nuevo escudero de ese flamante D. Quijote, ¿qué tendrá de extraño que andemos por el mundo buscando las aventuras? ¡Ah! ¿qué sé yo lo que puede suceder? pero Mr. Le Grand lleva traza de ser mas loco que D. Quijote, y yo mas sencillo e inocente que Sancho Panza; mas tratemos

ahora de conciliar el sueño y no nos dé tanto cuidado el porvenir.

Aquí se cerraron los párpados de Petit-Jean; durmió con sueño tranquilo y sosegado hasta el dia siguiente, en que lo despertó su amo. Este no dudaba que su ayuda de cámara le habia seguido dos veces, pero trató de disimulárselo. Mr. Le Grand pidió de cenar, y empezó á hablar con su criado de las doctrinas contenidas en los libros que le habia entregado. Petit-Jean, que no sabia mas que los títulos, para evitar el enojo de su amo, respondió que las habia leido todas y tamado en ellas tanto gusto, que pensaba aprenderlas de memoria.—¿Pues qué es lo que me dices de Diderot? ¡Ah, querido amo! yo creo que ese hombre es un génio sublime; pero prefiero á Volney, Rousseau y Voltaire. He aquí unos hombres que se han hecho distinguir entre todos los demas. Casi me atreveria á decir que han llegado á la inmortalidad.—¿Cómo te atreves á dudarlo? Estos hombres, si así pueden llamarse, no morirán jamas. La muerte no les espera, ni les amarga, porque le han quitado la máscara. ¡Ah, Petit-Jean! ¡cuán sensible me es

que hayas perdido el tiempo en otras lecturas, de las cuales no has podido sacar ningun provecho! Observo con gusto que en el poco tiempo que has tenido para leer los libros que te dí, has hecho grandes progresos. Es lástima que antes te dieras al estudio de otros que en nada se parecen á estos. Pero yo cuento reparar esta falta, porque no hay cosa que resista al poder del dinero. Yo haré que sepas en una semana lo que á mí me ha costado de aprender muchos años.—¡Cómo! ¿Pero señor, es posible? ¿Podré yo saber tanto como vos? Si así fuese, no temeria á todas las tramas del infierno.—Pues bien, re puso Mr. Le Grand, tú verás si lo consigues; pero vámonos á reposar, y mas tarde proseguirémos nuestra conversa cion.

CAPITULO VII.

Mr. Le Grand promete á su criado iniciarle en los misterios de su doctrina en el espacio de ocho dias. —Reflexiones de Petit-Jean sobre la imposibilidad de cumplir esta promesa —Sueño de Mr. Le Grand sobre sus ideas filosóficas —Introducen a Petit-Jean en la academia subterránea.—Descripcion de este edificio, y mecanismo inventado para llegar á él.

Separáronse amo y criado: el primero para reponerse de los esfuerzos y fatigas de su imaginacion, y el segundo para reflexionar y adivinar los medios de los cuales echaria mano para enseñarle en ocho dias lo que á su amo le habia costado toda su vida. El taimado Petit-Jean estaba pensativo y deseoso de descubrir un secreto tan importante. —Si esto es posible, se decia, ¿qué necesidad hay de colegios, de universidades y de academias? Y si no lo es, tampoco es regular que me lo hubiera prometido Mr. Le Grand. Quiero ser sa

...é ha menester

quemarme las cejas y estudiar todas las obras que me ha entregado mi amo, si al cabo de ocho dias debo saber todo su contenido? ¿Y qué diré de los otros libros que se han remitido á las provincias y de los que quedan todavía en el almacen por cuenta de mi amo? Si éste no los sabia de memoria, por cierto que no los habria comprado. Conozco, pues, que soy un bestia, como todos aquellos que no han leido y estudiado los libros de la nueva filosofía, los cuales enseñan lo que nadie habia enseñado, descubren lo que nunca se habia descubierto, é inclinan á hacer lo que es imposible. Ahora sí que es preciso confesar que los Arabes instruidos en las matemáticas, los Egipcios en la arquitectura, los Atenienses en la legislacion, y los Romanos en la política, eran unos pobres petates y gente imbécil; dentro de ocho dias sabré yo mas que todos esos señores mios; y no hay duda que si Solon, Licurgo, Demóstenes y Ciceron existieran, estarian envidiosos de mi saber. ¿Quién habia de decir que Petit-Jean aventajara á tan grandes hombres?

Aquí llegaba éste ...

Le Grand que daba grandes voces. Prestó atento oido, y advirtió que decia dormido: —Sí, nadie mas que yo puede conducir todo esto á buen término: hé tomado al efecto las medidas conducentes; tengo bastante dinero, los libros que he remitido circularán por las provincias; mis agentes trabajarán sin descanso; y el género humano irá reengendrándose: yo seré el regenerador de la especie humana; mia será la gloria, y los hombres me serán deudores de la libertad que para siempre disfrutarán, de la igualdad, de la dicha y de las delicias. ¿Qué dirán de mí las gentes en los venideros tiempos, cuando vean que ya no es necesario comer para vivir, sino vivir para comer. El artesano tendrá un coche á su puerta, y un criado que estará aguardando sus órdenes; el simple labrador dejará para siempre la arada, y entrando en su casa hallará la mesa puesta, con la vagilla de plata y la comida de tres ó cuatro platos, en que abundarán las perdices y los pavos, sin que pueda comprender cómo se ha obrado esta transformacion; los presos saldrán de sus calabozos y gozarán de aquella divina libertad que quiero al-

canzar para todos los hombres; los lacayos y pages, y toda la servidumbre de los magnates, estará contenta y go zosa sobremanera de verse al lado y mano á mano con sus amos; desde luego que yo haya establecido el sagrado principio de la libertad. todo el mundo traerá presente á Mr. Le Grand, como autor de tan grandes beneficios: por todas partes se entonarán himnos en su alabanza, cuando se sepa la nueva for ma de gobierno que pienso adoptar, y en la cual los zapateros y remendones tendrán y ejercerán el derecho de la soberanía nacional. La libertad de la prensa no tendrá límites; los pastores publicarán libros de astronomía, la que habrán aprendido guardando y apacentando sus rebaños, y otros tambien so bre la fabricacion de la manteca y del queso. Entonces sí que me serán discer nidos los honores del apoteósis, y eri gida una estatua mucho mayor que la de Luis el Grande. ¡Valor, pues! aco metamos esta empresa, y demos principio á la regeneracion; mañana escri biré á todos mis corresponsales de las provincias, para que remitan á los que pidan por ellos las obras que tengan en

su poder, con tal que presenten la contraseña que antes les indique; en breve van á cundir y penetrar las luces por todas partes, é yo me encargo de lo demas.

Atónito quedó el ayuda de cámara, sin saber cómo interpretar lo que acaba baba de decir su amo; pero resolvió al fin no hablar de ello, hasta que Mr. Le Grand diese lugar. El dia siguiente despertó su amo, y despues de haberle ayudado á vestir, y presentado el desayuno, viendo que iba á salir al momento, le recordó Petit-Jean la promesa que le habia hecho de instruirle dentro ocho dias en los principios de la nueva filosofia. Mr. Le Grand contestó que esto era cabalmente lo que le ocupaba, pero que en resolucion, no se podia empezar hasta el otro dia. En esto salió Mr. Le Grand de la fonda, con las faltriqueras bien provistas de dinero, y se dirigió hácia la Academia, para ajustarse con los que hacian de centinela, sobre el modo que habia de introducir á su ayuda de cámara. Los que estaban de faccion, le manifestaron los castigos á que podian incurrir, entrando en aquel recinto alguno que no es-

tuviera inscrito en las listas de los aso-ciados; pero Mr. Le Grand salió garante de la discrecion y buen juicio de su ayuda de cámara, y escurriendo en la mano de cada uno de ellos, algunos es cudos, quedó convenido que Petit-Jean se acomodaria en una especie de nicho, desde donde pudiera escuchar los dis cursos de su amo. Dió éste el santo y seña de su criado, y añadió que le lle-varia consigo en la primera sesion que hubiese.

No quiso Mr. Le Grand diferir á su criado el gusto de anunciarle que iria á la Academia. Díjolo á Petit-Jean lue go que entró, añadiendole que veria lo que nadie habia visto, y sabria lo que nadie podria comprender, si no es que estuviera iniciado en los misterios de aquella ilustre corporacion.—¿Acaso es toy yo inscrito en ella? repuso Petit-Jean.—Esto no es posible, respondió su amo, y aunque tú lo pidieras, no se te otorgara, y no me preguntes el por qué. Sin embargo, tú podrás escuchar, pero no hablar; y esto basta, para que puedas ser reengendrado; pero te ad vierto que peligra tu vida si no guardas el mayor secreto sobre todo lo que allí

veas; porque ninguno de mis cofrades puede verte, al paso que tú los verás y oirás á todos.

Ponte, pues, de hinojos delante del sol, cuyos rayos penetran al través de los vidrios de esa ventana, y haz juramento de no revelar á persona alguna viviente lo que tú verás ú oirás, y menos aún, la que te facilitó la entrada en aquel lugar.—¿Y si mientras duermo se me escapa algo, como sucede á otros que hablan durante el sueño, lo que pensaron el dia antes?—Lo que tú verás y oirás no puede representarse en sueños, porque es menester estar bien despierto y desvelado para comprenderlo; á mas de que, no se debe dar mucho crédito á los sueños.

¿Se creerá que Petit-Jean consintió en ir á la Academia, á pesar de toda su prevencion contra las delicias de la nueva filosofía? Prestó, en efecto, juramento de guardar el secreto, y entonces su amo le dijo que iria á buscarle á media noche, para volverse juntos al gran depósito de las luces del siglo, donde debian llegar á la una en punto. A las doce y media, Mr. Le Grand lla

ñarle, encargándole que observara exactamente los tres consejos siguientes: de no asustarse de cosa alguna que viera ú oyera en la Academia; de asistir á ella con todo recogimiento, sin soltar una palabra; y por último, de no toser ni estornudar, á fin de que no se advirtiera que estaba allí.—Ya ves que esto es muy fácil, añadió Mr. Le Grand, y aun que no lo fuera, debieras conformarte á todo. para llegar á lo que deseas en tan poco tiempo. ¡Oh! ¡qué sorpresa ha de causarte el verte regengedrado, y tan superior á los demas hombres!

—Será, pues, respondió Petit-Jean, que se muda nuestra organizacion, ó añaden á ella otros sentidos? No me pareciera esto malo; porque os hago saber, que muchas veces oigo mas de lo que quiero, y otras, que quisiera oir mas, y no puedo. Pero, en fin, lo que abunda no daña; si mis sentidos se aumentan, sabré darles buena direccion, y partamos al punto, que os seguiré por donde querais.

Dicho esto, salieron del meson, pasaron por las mismas calles y veredas por donde Petit-Jean habia seguido á

y cuyo misterio estaba el primero impaciente de descubrir. Llegaron al ángulo que formaban las paredes del huerto ó jardin, y cuya altura era de quince piés. Mr. Le Grand se aseguró de que nadie los observaba, y colocó á su criado sobre una de las piedras aceras de la pared, le encargó que estuviera en pié, juntos los brazos al cuerpo, y las manos en los muslos. Puesto así Petit-Jean, sacó su amo de la faltriquera un pestillo ó cerrojo de acero, se bajó y lo introdujo en una pequeña hendedura por entre los piés de Petit-Jean; dió una media vuelta con el pestillo, y al instante se hundió el ayuda de cámara hasta una profundidad de veinte piés. Petit-Jean creyó entonces que no iba á detenerse hasta el centro de los abismos; pero no osaba abrir sus labios. Un instante despues ya habia la piedra vuelto á su lugar. Mr. Le Grand, mas habituado á este descenso, hizo jugar su pestillo, y en un abrir y cerrar de ojos, se halló tambien abajo al lado de su ayuda de cámara, que casi estaba desmayado entre los dos centinelas de la academia. Este mecanismo se componia de cuatro barras de hierro, unidas

en sus extremidades y por el centro, y se levantaban y bajaban por medio de unos grandes resortes; el que le hacia bajar, no tenia bastante fuerza elástica para resistir el peso de un hombre, pero tenia la suficiente para impedir su descenso de un golpe. El resorte de la subida, tenia una fuerza tres veces mayor que el otro, y podia llevar á lo alto un peso de doscientas libras, lo que hacia que volviera la piedra á su lugar sin dejar el menor vestigio de su movimiento. Un centinela estaba encargado de hacer jugar estos dos resortes, colocándolos sobre un punto de apoyo, hácia el centro de las cuatro barras, y no tenia mas que hacer rodar un peso para comprimir ó aumentar la fuerza elástica. Cuando aquella máquina estaba levantada, se aseguraba su estabilidad por medio de un hierro transversal; para retirar este hierro, se empleaba el pestillo, y entonces se dejaban en libertad los resortes, como lo hizo Mr. Le Grand, y lo hacian los demas acádemicos en las horas de sesion.

Mas volvamos á Petit-Jean, que asustado de verse en el subterráneo, no se recobró algun tanto hasta que echó de



ver que estaba al lado de su amo. Este le condujo, acompañado de un centinela, al lugar donde se le habia destinado, encargándole de nuevo la observancia de los tres preceptos que le habia impuesto. Petit-Jean no cesaba de admirarse, sobre todo, al ver aquellas piezas y bóvedas, que le tenian como encantado. Pusiéronle por fin en el nicho, donde le deslumbraba el grande resplandor que despedian las muchas luces de los quinqués y arañas que habia por todas partes; pero su sorpresa subió de punto, cuando corriendo el centinela una cortina, se ofreció á sus ojos un salon magnífico, en el fondo del cual se hallaba un hermoso dosel cubierto de terciopelo carmesí con franjas de oro. Al pié de la gradería del dosel habia un gran bufete, y encima de él muchos libros y cuatro bugías encendidas. Todo el ámbito del salon estaba circuido de sillas poltronas, y numeradas por órden, en donde podian caber hasta ochenta personas. Petit-Jean no pudo ver desde su lugar sino el número setenta y nueve. El salon estaba iluminado, pero la sesion no habia empezado todavía. Esta pieza estaba construida

bajo de una huerta, y por diferentes hendeduras se le renovaba el aire; el edificio, junto con la casa de campo que estaba cerca de allí, pertenecian á uno de los ricos propietarios iniciados en esta cofradía.

La campana de un relox de las inmediaciones de aquel lugar, que daba las dos, vino á sacar á Petit-Jean de la especie de contemplacion en que estaba sobre estos objetos, y mas cuando vió que entraban en el salon mas de cua renta personas, cubierta cada una de ellas la cabeza con un gorro encarnado. Habia una que llevaba insignias particulares, y fué la que ocupó la silla que estaba debajo el dosel. Sobre el bufete puso uno de los académicos un gran libro de á folio; los demas tomaron sus asientos cada uno segun el número que le correspondia, todo lo cual hacian con el mayor silencio Petit-Jean tendió la vista á ese vasto salon para descubrir á su amo, y observó que estaba sentado junto al presidente, habiéndose calado el gorro encarnado como los demas. Entonces el presidente tocó una cam panilla y empezó la sesion.

CAPITULO VIII.

Primeras sesiones de la Academia, en las que se suscita la cuestion de crear nuevos mundos y nuevos habitantes —Principios de los filósofos sobre la vitalidad —Cuestiones de moral segun los principios de la filosofía moderna.—Plática de Petit-Jean con su amo sobre lo que habia observado en la Academia.

Ciudadanos, dijo el presidente, no ignorais vosotros que el gran Descartes nos dejó escrito, firmado y rubricado de su propia mano la proposicion siguiente: "*Que me den materia y movimiento, y me encargo de hacer un nuevo mundo.*" Los hombres de su época persiguieron de muerte á este hombre singular, y su proposicion fué calificada de herética. Claro es que este ilustre sabio fué desconocido de sus contemporáneos, como nosotros lo somos de los nuestros. Pidiendo Descartes materia y movimiento para hacer un mundo, era lo mismo que pedir un mundo ya

hecho y acabado, porque como nosotros no vemos en este mundo mas que materia y movimiento, resulta que el filósofo no podia mas que lo que debia hacer. Es pues, de todo punto evidente, que Descartes ignoraba lo que pedia, ó bien que su intencion era de dar á conocer que nadie se hallaria capaz de hacer un nuevo mundo. La filosofia se hallaba entonces en fajas y mantillas, y tan atrasada, que no es extraño, á pesar de los muchos prosélitos que hizo, y lo mucho que le ensalzaron en su tiempo, que no pudiera hacer este filósofo lo que en el dia hallamos tan fácil y hacedero. Mis oyentes comprenderán muy bien que hablo de ese ilustre académico que ha aceptado el noble cargo de hacer por sí solo un mundo enteramente nuevo.

Al instante un individuo que ocúpaba uno de los últimos asientos se levantó, y sin quitarse el gorro ó bonete colorado, se adelantó hácia el presidente, y con aire de muy satisfecho de su persona, le pidió la palabra. No tardó á concedérsele, y despues de haber paseado con sus miradas toda la asamblea, con voz fuerte y sonora dijo:—Yo soy

el que me ocupo en este momento de hacer el mundo de quien hablais. No necesito mas que tres ó cuatro dias. dentro los cuales ofrezco presentarlo aquí enteramente hecho y concluido.—Muy bien, respondió el presidente, holgarémos de verlo; y prosiguió diciendo: —Nosotros hemos aventajado á nues mayores; pero el nuevo mundo que va á seros presentado no tendrá habitan tes ni nada, y esta es cosa que merece ser meditada sériamente.... —No im porta esto, replicó al instante un jóven que ocupába la silla número treinta y siete.—Así es, repuso el presidente, y continuó así su discurso.—Los nuevos habitantes de este nuevo mundo no ca recerán de alma y espíritu; deben estar dotados de vida, de sentidos y de ha bla, para poder ejercer todas las fun ciones humanas. Sin embargo. como la nueva filosofía podria hallar en esto al gunas dificultades, he resuelto ventilar la grave cuestion de la vida. es decir, que conviene que investiguemos la esen cia de la vitalidad, y sepamos poco más ó menos en qué consiste. Ilustrado este punto será muy fácil crear habitantes para el nuevo mundo. Veamos, pues,

en qué consiste la vida: cada uno hable por su turno.

Entonces, uno de los académicos, se levantó y dijo: yo soy enteramente del parecer de Buisson. "*La vida no puede definirse ni explicarse, sino con la palabra ser, que tanto ha ocupado la atencion de los metafísicos.*" (Buisson.)

El presidente hizo anotar esta opinion, y pidió á otro que emitiera la suya. Este dijo: —Que segun Kant, "*la vida es un principio de accion, de mudanza y de movimiento.*" (Kant.)

Se hizo escribir tambien en un gran libro, y se continuó. "*La vida,* repuso otro, *no es mas que la actividad de la materia, dirigida por las leyes del organismo*" (Schudsit.)

El secretario se puso á escribir esto, y luego otro académico se levantó de su asiento para decir á la asamblea: *que la vida es la facultad del movimiento destinado á todo lo que es movido.*" (Erchard.)

Esta es la opinion de Erchard y tambien la mia. Otro académico dijo:— Las opiniones emitidas hasta aquí en esta asamblea, no son, en mi juicio, mas que absurdos, salvo el honor de mis

académicos y de los autores á que estos se refieren. Y si no, véase la demostracion en la teoría de Crevisán, á quien sigo al pié de la letra. "*La vida es la conformidad constante de los fenómenos, con la diversidad de las influencias exteriores.*" (Crevisán.)

El presidente meditó un poco sobre esta definicion, y ordenó que se escribiera con grandes caracteres. Dió en seguida la palabra á otro académico, que se expresó así:—Yo soy de la opinion de Bichat, la única que se reconoce por verdadera: "*La vida es el conjunto de las funciones que resisten á la muerte.*"

Se dió órden al secretario que anotara y rayara esta proposicion, y la discusion continuó. Señores, dijo otro de los académicos: todos los parecéres que habeis oido, deben quedar olvidados luego que sepais el mio, que es el que mas se acerca á la verdad, como sacado de las obras de Cuvier.

"*La vida es la facultad que tienen ciertos cuerpos de durar por algun tiempo bajo una forma determinada, atrayendo sin cesar á su sustancia una parte de aquellos*

que les rodean, y dando á los elemnntos una porcion de la que les es propia." (Cuvier.)

Extendió el secretario esta opinion, la que llamó la atencion de la academia, de modo que acordó escribirla en caracteres góticos. El presidente preguntó si alguno pedia la palabra: en tonces se presentó un individuo flaco y pálido, que se expresó así:—Si mis colegas hubieran estudiado la cuestion en el único autor que ha sabido analizarla debidamente, hubiéramos ahorrado muchas palabras. Mi opinion es la de Adelon. "La vida es una manera de actividad y de existencia, en la que se "empieza á ser por nacimiento; se crece por intus-suscepcion, y se acaba "por la muerte; mientras dura la exis "tencia, se conserva como individuo, "por nutricion, como especie, por re "produccion, y se pasa por diferentes "edades." (*Adelon.*)

Despues de haber oido las opiniones de muchos académicos sobre esta importante cuestion, el presidente las hi zo escribir en el libro de las actas, fir mando cada una de ellas con caracte res distintos. Cuando el secretario hubo concluido de escribir, el presidente so

nó la campanilla y dijo:—Bàsta, señores. Habemos explicado y analizado la cuestion con tanta sutileza y maestría, que es imposible decir ni añadir cosa alguna nueva.

Ya que sabemos en qué consiste la vida, ¿qué dificultad tendrémos en crear otros habitantes y otros séres mas perfectos para el nuevo mundo que intentamos fabricar? Confesemos, pues, que la nueva filosofía es superior á la antigua, tanto mas, en cuanto los filósofos que nos precedieron no tuvieron habilidad ni suficiencia para crear un solo mosquito; siendo así que nosotros podrémos formar toda especie de insectos, toda vez que uno de los académicos se ha encargado de la creacion de los hombres, que es la mayor obra del mundo. A estas palabras, el individuo á quien se habia dirigido el apóstrofe, se levantó y dijo:—Sí, señores, no pido mas que seis dias para presentaros un hombre de mi invencion; será, poco mas ó menos. de mi misma estatura; y no vacilo en afirmaros que si os presento un hombre de mi hechura, poco me costará hacer un centenar de ellos, segun aquello de quien hace un cesto hace ciento.

Fué general y unánime la aprobacion, y acordaron que dentro seis dias se haria la presentacion del nuevo hombre, y en el sétimo la del nuevo mundo. Pero uno de los sócios tomó entonces la palabra, é hizo ver que la academia no habia examinado el asunto con la debida madurez. Hasta aquí, añadió el orador, no habemos hallado oposicion ni resistencia á nuestros proyectos; todo ha salido á pedir de boca: sin embargo, me será lícito haceros observar, que si el hombre es presentado antes que sea concluido el mundo que debe habitar, se verá obligado á vivir entre nosotros, y entonces deberá forzosamente hallarse fuera de su lugar, y vendrá á ser, como si dijéramos, un individuo ó miembro dislocado. El presidente aprobó la proposicion, y propuso que fuera borrada la resolucion precedente, sustituyendo en su lugar la de que fuera presentado el nuevo mundo dentro cinco dias, y en el sexto el nuevo hombre que debia habitarlo.

El presidente pidió en seguida al secretario que leyera el acta de la sesion anterior para ver si habia alguna cuestion pendiente. Leida que fué, se halló

que en efecto muchos académicos habian pedido la palabra para exponer los principales dogmas de la moral, no del Evangelio, sino de la flamante, nueva y moderna, inventada por los filósofos modernos. Se habia convenido tambien en que los oradores citarian los autores y libros de donde hubiesen sacado las proposiciones y doctrinas de que hiciesen mencion, y en hacer comentarios sobre cada una de ellas, á fin de que progresara esta ciencia tan descuidada por los antiguos.

En el mismo instante se levantó un jóven de su asiento: era tamañito, y tanto, que estando en pié apenas se hallaba su cabeza al nivel de los demas que permanecian sentados. La estatura de este orador era aun mucho mas baja que la de Petit-Jean. (Este harto tenia que hacer en no echar á reir á grandes carcajadas al oir los disparates de todos estos locos).—Señores, dijo levantando la voz, ved ahi el texto de mi discurso, sacado de las obras de Freret. "*Las ideas de vicio y virtud, de justicia é injusticia, son arbitrarias y dependen del hábito.*" Ahora escuchad el comentario: ya que las ideas de vicio y virtud son

arbitrarias, si se me antojara dar un buen cachete á ese cofrade que está junto á mí, es claro que esto deberia llamarse virtud; y al contrario, si otro académico fuera en su ayuda, cometeria una accion viciosa.

—Pues amigo, juro yo que os pesara del cachete, replicó con viveza el individuo que estaba al lado del orador; porque yo no entiendo de burlas, señor pigmeo; y si vos intentais acercaros tan solamente, os haré ver que mis brazos tienen bastante fuerza para haceros dar de hocicos en el suelo.... —Basta, dijo el presidente, y al mismo tiempo tocó la campanilla para llamar al órden, é invitar al orador á que prosiguiera su comentario.

—Señores mios, fué diciendo éste, ya que las ideas de justicia é injusticia, son tan arbitrarias, aconsejara al señor presidente que dejase su silla, y tomara el asiento de número treinta y nueve que es el mio; porque por poco que yo me acostumbre á estar sentado bajo dosel, la arbitrariedad de estas ideas quedará demostrada como un efecto del hábito. Y diciendo y haciendo se fué en derechura hácia el presidente, y

le mandó que le cediera su lugar.— ¿Cómo os atreveis, le dijo el gefe de la asamblea, á infringir los estatutos de esta corporacion? ¿Ignorais, acaso, que ocupo este lugar por el general y unánime consentimiento de todos los individuos de ella?—¡Y qué tiene esto que ver, si acabo de probar en mi discurso que la ideas de justicia é injusticia son absolutamente arbitrarias! No era menester tanto para que se amostazara nuestro presidente. Su primer impulso fué arrojarse sobre ese pequeño académico; pero habiéndolo reflexionado mejor, se propuso despedirle de la asamblea. Este pidió por su parte que se procediera á la votacion, y de ella resultó que el orador en miniatura guardaria su lugar, hasta que los méritos contraidos en la nueva filosofía le elevasen á la dignidad de presidente. No quedó muy contento de esta resolucion el que á la sazon tenia la presidencia; sin embargo, mandó que siguiera la discusion.

Entonces se levantó un miembro de la corporacion, de buen talle y figura, y vestido con un trage muy elegante. —Voy á exponer, dijo, la doctrina de

Dumarsáis: "*No hay mas virtud que lo útil, ni mas vicio que lo que perjudica al hombre sobre la tierra.*" Ved ahí mi comentario: Yo me habia propuesto llegar á ser, segun estos principios, uno de los mas virtuosos hombres del mundo. Un dia, pasando por una calle, oí ruido de muchas monedas que algunos contaban en la tienda de un mercader: llamé á la puerta, abrieron y me dijeron qué era lo que buscaba; respondí, la virtud.—¡Adelante! que entre ese caballero.—Entonces yo, bonitamente, me acerqué á los metales preciosos los tomé y metí en mi faltriquera.—¿Qué es lo que haceis? me dijeron los mancebos de la tienda.—Señores, les respondí, yo busco lo que es útil, para ser virtuo tuoso; y siéndome muy útil este dinero, quiero apoderarme de él y seré virtuoso. A estas palabras uno de ellos se arrojó sobre mí, y despues de haberme sacudido á su sabor, me arrancó el dinero de que me habia apoderado, tratándome de traidor y ladron, y amenazándome de hacerme llevar á la cárcel. ¿Cómo entendeis la virtud? le repliqué. Lo que acabais de hacer conmigo es un vicio manifiesto, por la razon de que es

una cosa muy dañosa y perjudicial á mi; y lo que yo he hecho no era mas que un acto virtuoso, pues que me era muy útil. Vosotros sois unos idiotas, se conoce que no entendeis pizca de la nueva filosofía, y he aquí por qué todo se halla confundido en el mundo; mas no está lejos el tiempo en que una feliz regeneracion hará mudar el aspecto de las cosas en el juicio de los hombres. ¡Pero qué! ¿pensais por ventura que me dejaron concluir? nada de esto; me echaron fuera de la tienda y cerraron la puerta tras mí. Ahora pido yo á esa ilustre asamblea, que se digne empezar cuanto antes las reformas que tam imperiosamente reclaman las luces del siglo; porque me temo que si no se da principio á ellas, desde luego podrá sucedernos tal desastre. que acabe con nosotros antes que se logre la regeneracion.

Se aprobó esta proposicion por unanimidad de todos los miembros. Otro académico que habia pedido la palabra, se levantó á su vez y dijo:—Señores, yo me paseaba uno de estos dias por la selva de Bondy, y leía en alta voz las obras de Mondeville. Así que llegué á

un capítulo que decia: "*que los vicios de los individuos son un bien para la socie dad,*" sentí que me agarraban por el pescuezo; volvíme, y eché de ver un hombre embozado en su capa, que encerándome una pistola en el pecho me preguntó si era un individuo de la so ciedad. Respondíle afirmativamente.—Pues yo, repuso él, tengo el vicio de vivir á espensas del prójimo; dignaos hacer que vuestro relox y bolsillo pa sen á mi faltriquera, yo os lo suplico: de lo contrario, vais á desaparecer de la sociedad de los vivos para iros en la de los muertos. Ya podréis conocer vo sotros que no me hice de rogar, accedí á la peticion, y únicamente pregunté si tendria el derecho de hacer lo mismo con otro que hallase. A lo que me res pondió el hombre de la selva:—¿Y quién lo duda? Aquel á quien vos des pojáreis ya se desquitará con otro, y todos estos vicios redundarán en bien de la sociedad, de modo que presto nos verémos en un paraiso.—¡Bravísimo! idos en paz; yo os prometo que no me contentaré con tan poca cosa en mi pri mer ensayo.

Volvíme á la ciudad y me dirigí á una

casa de juego. Despues de haber permanecido allí largo rato, advertí que un caballero muy afortunado se habia alzado casi con todo el dinero de los jugadores, y se despidió. Seguíle yo, y al llegar en un lugar desierto, me llegué á él para preguntarle si era individuo de la sociedad.—¿Y qué os importa? me respondió con tono insolente. —Mucho me importa, le dije yo; porque quiero aliviaros del peso de vuestro dinero. El jugador dió dos pasos hácia atras, y tirando de un florete que traia oculto en el palo, iba á hacerme un saludo tan poco cortés, que como podréis suponer, procuré á esquivarlo haciendo uso de mis piernas.

Ya ves vosotros que es un baldon para los que nos llamamos filósofos, que la sociedad rehúse admitir las doctrinas que le proponemos, doctrinas sacadas de aquellos grandes hombres que tomamos por modelo. Conviene, pues, plantear desde luego las reformas conducentes para conseguir la regeneracion de la especie humana; de lo contrario, seria imposible sacarla del abatimiento é ignorancia en que yace.

Hizo el presidente tomar acta de es

tas últimas palabras, y habiendo dado las dos, acordaron levantar la sesion. Mr. Le Grand fué el último de salir; ante todo, se dirigió al nicho donde Petit-Jean estaba acurrucado desde el principio de la sesion; luego se llegaron ambos á la trampa, hicieron maniobrar su mecanismo, y se hallaron arriba con la mayor facilidad. Mr. Le Grand hizo algunas reflexiones á Petit-Jean, á las que éste no contestaba, y tanto duró su silencio, que Mr. Le Grand hubo miedo de que su criado no se hubiera vuelto sordo ó mudo.

En llegando á la fonda, Petit-Jean se repantigó sobre una silla, como si estuviera muy fatigado, y su amo le preguntó qué le habia parecido de aquella asamblea. El criado, á su vez, preguntó el nombre de ella á Mr. Le Grand. Este respondió que vulgarmente se llamaba lógia ó club; pero que entre los asociados, tenia el nombre de Academia.—Pues yo, señor, la llamaria el infierno de los condenados; porque si se la llama una casa de locos, será muy poca cosa, puesto que he oido hablar allí de crear nuevos mundos y nuevos habitantes.

—Ya veo que nó has comprendidó cosa alguna de lo que allí se ha dicho.

—Lo que únicamente he advertido, es que vos no dijísteis una palabra, y de esto me huelgo, porque es una prueba de que no teneis rematado el juicio como todos los demas que allí estaban, inclusо el presidente.

—Esto es porque mi turno no habia llegado todavía. Yo te prometo que oirás lindas cosas cuando llegue y pueda desenvolver mis ideas.—¿Y de qué hablaréis cuando llegue vuestro turno?—De política, de las bases de un buen gobierno, que son la libertad, la igualdad, la felicidad y otras que aun están desconocidas.—Y bien, ¿todas estas cosas se hallarán en el nuevo mundo que se ha de crear, ó acá en este donde vivimos?—¡Oh! esto de la creacion del mundo y formacion de nuevos habitantes, nada tiene que ver conmigo; cada cual tiene sus deberes que llenar; los mios son de regenerar á todos los hombres, darles nuevas leyes, é inventar otros gobiernos desconocidos de nuestros mayores.

—¿Y qué harémos entonces de los reyes y emperadores que hoy gobiernan

el mundo? Harto será que no nos la mentemos de lo que suceda; porque al fin, á ellos debemos los grandes progresos de la agricultura, de las artes y ciencias; y si vuestro sistéma es el de trastornar todo lo que se halla estable cido y existente, no salgo yo garante de los resultados, y mala ventura auguro al reformador.—¡Hola! ¿apenas has entrado en la academia, y ya quieres conocer el espíritu que la anima, y juzgar de sus doctrinas? Muchas veces te he dicho que suspendieras el juicio sobre esta asamblea, hasta que pudieses conocer mejor sus ideas. Tú te desengañarás de esos errores; que por lo demas, tambien son comunes á los demas hombres que no conocen los sublimes principios sobre los cuales gira la nueva filosofía.—Pero, repito, dijo Petit-Jean, ¿qué quereis que piense de estos locos que tanto han delirado y tantos disparates han proferido hablando de la vitalidad? ¿Qué es lo que quereis que piense de un filósofo que quiere sostener que las ideas de vicio y virtud, de justicia é injusticia, son arbitrarias? ¿Y qué, por fin, de oir que los vicios de los individuos hacen el bien de la sociedad? Estos no

son filósofos, querido amo, sino pertur badores del órden social, y hasta me atrevo á decir. enemigos del género hu mano. Los verdaderos filósofos, segun lo que yo leí en la biblioteca de vuestro difunto padre, son aquellos que aconse jan bien á los príncipes. enseñan doc trinas puras con sus escritos y con su ejemplo, procurando hacer mas dulce y llevadera la sociedad de los hombres. Estos son los que buscan los príncipes para servirse de sus luces en beneficio de la humanidad. Estos hombres bien hechores del género humano, les llevan á la verdadera dicha por los rectos ca minos del amor y temor de Dios, de aquel Dios Omnipotente, Soberano Se ñor y Criador de todo lo que existe. Pero al contrario, á aquellos que tras tornan las leyes divinas y humanas, y en lugar de la paz, introducen la guer ra y discordia entre los hombres, que revuelven los gobiernos establecidos, y turban el órden social, ¿con qué dere cho se les puede llamar filósofos? Si sus doctrinas son buenas, ¿á qué viene enseñarlas bajo las sombras y el miste rio? ¡Ah, Monsieur Le Grand! ¡Mon- sieur Le Grand! Puede ser que tenga yo

pocas letras, y esas gordas; pero lo que os diré es que no me prometo cosa buena de esa academia, ni de sus afiliados; ¡Dios quiera que no os arrepintais de haber entrado en ella! Por lo que á mí toca, siento que hayais escogido la política por tema de vuestro discurso. ¿Qué será de nosotros si habeis leido autores como aquellos que se han citado en punto á la vitalidad? ¿Quereis andar contra la corriente del mundo? Mejor seria que nos volviéramos á nuestra tierra, y se quedaran las cosas como están. Dejemos el papel de reformadores, y no nos empeñemos en enderezar los tuertos de la sociedad, que es árdua empresa; y podria ser que empezáramos burlándonos, y acabáramos siendo víctimas de la burla.

Enojado Mr. Le Grand del discurso de su criado, le respondió con tono sério é imponente.—He aquí la tercera vez que me veo obligado á decirte que seas mas circunspecto en tus juicios. Por lo poco que has frecuentado la academia, te perdono y quiero ser contigo indulgente, pero con la condicion de que no volverás á hablar de esto, sino cuando yo te lo mande. Por mi parte,

no lo haré sino despues de algun tiem po, durante el cual ya podrás haberte ilustrado.—¿Por ventura empecé yo á hablar de ello?— Es verdad que he em pezado yo, no caia en la cuenta. Me parece que mi memoria se debilita; porque á mas de esto, me ha acontecido tambien varias veces buscar por todas partes mi sombrero, mientras que lo llevo en la cabeza.—Mal caso es perder la memoria, pero peor fuera perder el entendimiento. Por lo demas, con tal de que vos no me olvideis. y no me hagais sustituir por otro, no pido mas; y de otra parte, os seria dificil hallar un servidor que os fuese mas fiel y adicto á vuestra persona. Vos podeis reprenderme porque no soy filósofo; es verdad, pero esto nace de que he leido obras de otro género, cuyos autores, lejos de querer reformar el mundo con la fuerza y violencia, inculcan y predican máximas enteramente opuestas, como son la sumision á las leyes, y la conservacion al órden social. Os repito, querido amo, que esta doctrina se ha granjeado las simpatías y el asentimiento de todas las gentes de bien; que fué la que profesaron nuestros abuelos, y que compadez-

co de todo corazon á los que abrazan las que enseñan en la academia. Mucho me temo que si llega á descubrirse el lugar de las sesiones por algun mal intencionado, no ponga allí fuego y nos abrase á todos, y entonces, abur regeneracion, adios reformas; pero dejemos esto, para no hablaros mas de semejantes materias, sino que vos me lo mandeis.—Pues bien, respondió Mr. Le Grand, así ha de ser, y ve á dar órden para cenar, pues yo me prometo que antes de cuatro dias pensarás muy de otra manera.

CAPITULO IX.

De las diversas dectrinas filosóficas discutidas en la Academia.—Tema del discurso de Mr. Le Grand. —Divertido coloquio entre Mr. Le Grand y su criado.

Cenaron amo y criado, y se fueron á acostar. Durante los dos primeros dias despues de su conversacion, no les sucedió cosa particular que merezca contarse. El dia de la sesion ambos volvieron á la academia, y entraron del

mismo modo que la vez primera. Petit-Jean se acurrucó en su nicho, y su amo se adelantó hácia el salon, en donde no tardaron á llegar los demas asociados. El presidente abrió la sesion y anunció que la órden del dia seria la continuacion de los trabajos que habian quedado suspendidos en la sesion anterior, ó bien de los textos y comentarios que estaban pendientes, y sobre los cuales habian pedido la palabra algunos miembros de la asamblea. Entonces se levantó uno y dijo:—Señores, voy á exponer un texto que he tomado del incomparable Maquiavelo; vedle ahí: "Conviene servirse de las calumnias aunque "sean leves, porque siempre dejan al-"guna impresion." (*Maquiavelo.*)

Comentario: Por la calumnia la verdad se vuelve mentira, la justicia se transforma en injusticia, y la virtud en vicio. Mas como todas estas ideas son arbitrarias, segun Freret, se ve que estos autores van proveyéndonos de materiales para trastornar el mundo entero. El fin de la academia es, si posible fuera, revolver el universo y hacerle dar un gran sacudimiento, á fin de que los hombres despertasen del letargo,

salieran de la ignorancia, y conociesen los nuevos descubrimientos que ha hecho la nueva filosofía en la moral en la ciencia del gobierno, en la política y en todos los ramos del saber humano; de consiguiente, mi parecer sería, salvo el de mis amados colegas, que tomáramos este texto virtuoso del inocente Maquiavelo, en que nos aconseja que empleemos la calumnia por las impresiones que deja, como el punto de nuestras principales miras, y hácia el cual deben dirigirse todas nuestras operaciones. Podemos estar bien seguros todos nosotros, que si no nos desviamos de ese carril, presto llegarémos, mediante la calumnia, á poder atentar contra los reyes, emperadores, y hasta contra el gefe supremo de la Iglesia, y vice-Dios en la tierra. En fin, si aprendemos á manejar esta arma como el autor que nos lo aconseja, mucho camino tendrémos andado.

Habrá, creedme, señores, gran número de personas que necesariamente se apresurarán á seguirnos, puesto que el mundo parece que está ya harto enfadado y mohino de someterse al órden de la justicia, de la verdad, de la sana

moral, y de la ley del Evangelio. Nuestras máximas y doctrinas han de ser contrarias á todo lo que en el dia se respeta y venera. Este es el modo de hacer prosélitos; y si sabemos explicarlas y predicarlas de viva voz y por escrito, llegarémos sin duda á convertir el mundo y á conseguir la apetecida regeneracion de la especie humana.

Puesta á votacion resultó aprobada la proposicion por unanimidad y dijo el presidente al secretario, que no se olvidara de anotarlo así en el libro de las actas. Así se hizo, y estando concedida la palabra á otro académico, se levantó uno de los mas modernos y dijo: Señores, el texto que yo he escogido es sacado de las obras del jovial Voltaire; pero no he hecho ningun comentario sobre él, puesto que el texto es tan claro que parece inútil comentarlo; y tal vez seria quitarle de su mérito ú ofuscarlo el querer darle interpretacion. No obstante, viendo que mis colegas han presentado sus textos acompañados de comentarios, no me atrevo yo á presentar el mio desnudo y despojado de adornos, y tal cual lo he tomado de las obras del autor. Expóngase el

texto, exclamó toda la asamblea, y juntándose á ella el presidente con su autoridad, se decidió por fin el académico á repetirlo como lo habia transcrito. Decia así: "El deleite es el único móvil "de los hombres, Dios quiere que nos "gobernemos por él; y es una locura el "huir de sus encantos puesto que la "naturaleza nos atrae hácia Dios me-"diante los deleites de los sentidos." El presidente observó que este texto no tenia necesidad de comentario, y que por sí solo bastaba para hacer muchos prosélitos entre la gente moza, y de consiguiente, que se inscribiera exacto y literal en el libro de las actas.

—Si admitís, dijo otro jóven, textos sin comentario, voy á presentaros otro tan bueno y mejor que el de mi colega. Es de La Mettrie, sacando de su discurso sobre la vida bienaventurada: "La "verdadera filosofía no admite sino una "sola felicidad temporal: propiamente "hablando, no hay vicio ni virtud, ni "bien ni mal moral, justicia ni injusti-"cia. Y está demostrado con pruebas "claras é incontestables, que no hay "mas que una vida y una bienaventu-"ranza." (*La Mettrie.*)

—Parece que este texto habla directamente con nosotros, dijo el presidente, pues que empieza por la verdadera filosofía, porque siendo la que nosotros profesamos únicamente la verdadera, y no la que profesaron los que nos precedieron en la carrera, puesto que se conoce que ni leer sabian, es claro é indudable que La Mettrie quiso hablar de la nuestra. Este autor fué el que mas se acercó al camino que nosotros nos hemos trazado. En vano se esforzaba la antigua filosofía en mostrarnos el de la virtud, hacernos amar ésta y aborrecer el vicio. ¡Ah! ¡ah!.... ¿Dónde está el vicio, dónde la virtud, dónde la justicia é injusticia? bien manifiesto nos lo dice nuestro corifeo La Mattrie: no hay mas que una vida y una bienaventuranza; aprovechémosla, pues y demostremos á los hombres cuán singular es la que llevamos nosotros. ¿No es verdad que nosotros somos unos filósofos, cuyas innovaciones harán gran ruido en el mundo? Y ¿quién no se promete maravillas en nuestra carrera, siguiendo un rumbo enteramente nuevo? Marchemos, pues, adelante por el camino que tenemos abierto; nuestra será la gloria; derri-

bémoslo todo, trastornemos el mundo, proclamemos la revolucion, la proscripcion de las antigmas ideas, usos y costumbres de los pueblos, y penetremos en ese laberinto de nuevas teorías y doctrinas. Si alguno pide la palabra, se le concederá.

En el mismo instante se levantó con precipitacion otro académico extenuado y flaco, y anunció que traia un texto que hacia grande honor á su autor, porque á ejemplo de La Mettrie, se habia acercado tambien á la sublime doctrina de la nueva filosofía. Pero con todo, se sonrojara el autor si asistiera en el dia á nuestras sesiones, y observase los grandes progresos que hemos hecho. Ved ahí lo que dice: "Inútil seria, y aun "injusto, exigir de un hombre que fuera "virtuoso, si para serlo debia ser des- "graciado, porque debe amar al vicio, "con tal que le haga dichoso." *(Mirabeau.)*

Ahora voy á hacer mi comentario: nosotros debemos seguir nuestras iclinaciones y nuestros vicios, que es lo mismo, y puedo hablar por experiencia. Durante mi juventud fuí apasionado al bello sexo, probé todos los deleites que la ocasion

me ofrecia, y de tal manera gocé y apuré los goces y encantos de mi pasion, que este vicio se me hizo familiar y muy agradable; tanta fué la dicha que encontré en él. Con todo, debo confesar que las consecuencias no correspondieron á las dulzuras que hallé en el principio, porque quedé tan cruelmente castigado, que ahora me veo incapaz de renovar los mismos goces y placeres. Mas poco importa, yo fuí dichoso, y esto basta. Cuando dejé este vicio, que pronto hubiera dado cuenta de mi persona, me entregué á otro, que consiste en hacer libaciones con frecuencia. Hasta aquí lo he pasado perfectamente, sin embargo de que me gusta la variacion en las bebidas, siendo como son todas ellas excelentes á mi paladar. Aunque algunas veces la cabeza se debilita queriendo al parecer alzarse contra mí, no obstante, no ha llegado todavía á derribarme en tierra contra mi voluntad. Si viniera un dia en que esto sucediera, ó que cayera yo en un precipicio, ¿quién pudiera meterse conmigo? Siendo mia la cabeza, yo soy el que la mando, mientras que ella no sea mas poderosa que yo. Mas si yo caigo y me quedo colga-

do de un peñasco, de manera que deje una pierna pendiente por una parte, y un brazo por otra. todo es mio, junto ó separado, contuso ó sin lesion, vivo ó muerto. Lo que me importa es amar el vicio, con tal que me haga dichoso.

—Señores, dijo entonces el presidente, todas las cuestiones han sido discutidas y tratadas de una manera luminosa, y veo con asombro los progresos que hemos hecho en esta ciencia sublime de la nueva filosofía. Nuestros antepasados fueron unos ignorantes. A nosotros toca poner desde luego manos á la obra, para mudar todo lo que existe en la superficie del globo: gran necesidad hay de ello. Nuestras reformas deben abrazarlo todo. Religion, costumbres, moral, política, artes, ciencias, todo debe ser revuelto y trastornado. porque todo chochea de puro viejo y envejecido. Nuestros abuelos no lo advirtieron, pero ¡qué maravilla! ¡Si andaban envueltos en tinieblas! He aquí nosotros que somos los hombres dotados del talento que para esto se requiere, nosotros que hemos venido en el siglo de las luces, somos á quienes incumbe llevar á cabo esta empresa, y desterrar el

oscurantismo y la ignorancia de toda la redondez de la tierra. Las venideras generaciones nos harán un cargo terrible, y se quejarán amargamente si dejamos las cosas que subsistan en el estado en que hoy dia se encuentran. Demostremos, pues, á la posteridad que somos dignos de llenar la mision que nos hemos propuesto.

—Este es mi parecer, señor presidente, dijo á voz en grito desde un rincon un pequeño académico de chatas narices. Ninguna necesidad tenemos de consultar la historia ni los escritos de otros siglos para tan árdua empresa; porqne los filósofos que nos precedieron, lo mas que hacian era limitarse á reformar parciales, al paso que nosotros queremos hacerlas todas en globo. Por esto propondria yo que se encargara cada uno de nosotros de lo que fuera conforme á su génio, segun la direccion que le hubiese dado en sus estudios. Conviene, pues, que desde mañana cada uno se apresure á pagar el tributo de sus luces, estando, como estamos, apremiados por el tiempo y por la multitud de asuntos.

—Una reflexion hay que hacer, dijo

el presidente, sobre lo que habeis propuesto: consiste en que una misma cuestion la pudieran tomar por argumento distintos oradores, y esto nos haria perder un tiempo precioso; en lugar de que si cada uno explica antes la cuestion que haya elegido, nos ahorrarémos mucho camino.—No os inquiete esto, respondió el académico, ya nos avendrémos antes en la sala de los pasi-perdidos.

Mr. Le Grand, que habia trabajado sobremanera acerca de la cuestion elegida por él relativa á los medios que habia de revolucionar toda la Francia, y despues los demas países, para poder establecer en ellos otros gobiernos fundados sobre las bases de libertad, de igualdad, de seguridad, &c., temió por de pronto que no se anticipase otro académico á tomar el mismo tema, y lleno de ansiedad, entró en la sala de los pasi-perdidos antes que la desocuparan sus consócios: Señores, les dijo, voy á llamar vuestra atencion sobre una cuestion importante, y por tanto os suplico que me esteis atentos por algunos instantes. Yo protesto contra la usurpacion que pudiera hacer algun sócio

de la proposicion que he escogido. Yo tengo el derecho de apropiármela, por muchos títulos. Mi intento es hacer una revolucion, cuyo recuerdo quede gravado en la memoria de los pueblos: he expendido algunos millones de francos en hacer compras y provision de libros, los cuales he remitido á las provincias con misivas á mis corresponsales, para que los tengan á mi disposicion. Vuestra cooperacion me es ahora necesaria. Lo que debeis hacer, es enviar contraseñas á vuestros amigos, á fin de que puedan retirar los libros de las casas de mis corresponsales. Cuando las doctrinas de estas obras serán conocidas, yo me encargaré de lo demas, al efecto de lograr un trastorno universal. Emprenderé una espedicion por todos los departamentos, y me propongo hacer en ellos muchos prosélitos. Los que me oigan, sentirán haber vivido como hasta aquí, cuando les presente el placer y la dicha en una copa de oro, y les haga saborear los principios indestructibles de la libertad, seguridad é igualdad. Ninguna dificultad tendré en demostrarles que las penas é infortunios quedarán desterrados de sobre la haz

de la tierra, del mismo modo que lo quedaron las viruelas con el descubrimiento de la vacuna. A todo el mundo haré notorio que nosotros somos, aun que humildes é indignos filósofos modernos, los que hemos hallado la piedra filosofal, que los hombres ninguna necesidad tendrán de trabajar, que todo les sucederá á pedir de boca, que los peces y las aves entrarán en las redes que hallen tendidas, para ser presentadas en las mesas opíparas que preparan los hombres. En fin, haré yo cosas inauditas, y nunca imaginadas en los pasados siglos, derramando, á este efecto el dinero por todas partes, aun cuando debiera consumir en ello toda la hacienda que me dejaron mis mayores; muy de buena gana y voluntad me desprenderé yo de todo, con tal que el género humano salga de la ignorancia y embrutecimiento en que se halla en nuestros dias.

—Muy bien, perfectamente, dijo el presidente. Queda aprobado por todos nosotros que Mr. Le Grand es el único hombre capaz de propagar nuestras doctrinas por todos los departamentos, y que será reconocido como héroe político y filósofo moderno. El pequeño aca

démico, del cual hablamos antes, se levantó de puntillas para que le vieran mejor, y dijo:—Los mismos deseos me animan, y quiero que sepais que tambien seria yo un excelente misionista de la nueva filosofía; pero siento que no pueda tomar esta carga sobre mis hombros, porque como sabeis, no soy mas que el hijo de un pobre peluquero, y mi padre no me dejó otro caudal en su muerte, que seis navajas mugrientas, algunos frasquitos de agua de olor y dos ó tres peines rotos.

—Calla, miserable, le dijo una voz que salió de entre la asamblea, ve á peinar pelucas; no hay mas que Mr. Le Grand que pueda predicar nuestra doc trina, y con ella la regeneracion será completa. Así fué resuelto por unanimidad, y Mr. Le Grand experimentó entonces una revolucion en su interior, mucho mayor que la que meditaba hacer en el mundo. Retiráronse todos, y Mr. Le Grand fué á sacar á su ayuda de cámara del nicho, quien no podia recobrarse de la sorpresa que le habia causado cuanto habia visto y oido.

Cuando llegaron á la fonda el amo pidió una luz á Petit-Jean, y le dijo

que podia cenar solo, puesto que él no se sentia con apetito; tan enagenado le tenian los obsequios y cumplidos que habia recibido de la asamblea.—Yo he cargado sobre mis hombros con un peso terrible, con la regeneracion del género humano; déjame solo, que quiero entregarme á mis reflexiones.

Cuando Mr. Le Grand se vió solo en su cuarto empezó á cantar:

Tate, tate, follencicos,
De ninguno seias tocada,
Que esta empresa, buen rey,
Para mí estaba guardada.

Sacó luego muchas copias de la contraseña para remitirla á sus corresponsales, junto con una carta circular, lo que hizo mediante cierto mecanismo de imprenta, y despues, cansado de cuerpo y alma, se acostó, que serian ya las nueve de la mañana. A esta hora se presentó Petit-Jean para ofrecerle el desayuno, pero viendo la puerta cerrada, se puso á escuchar por el quicio de la cerradura, y oyó que su amo hablaba á solas. Esta circunstancia le confirmó en la idea de que Mr. Le Grand

estaba loco, mas luego le oyó roncar y hablar confusamente, y así tuvo por mas acertado dejarle descansar de sus fatigas.

Sobre el medio dia le llamó su amo para que le diera la ropa. Llevósela Petit-Jean, y dijo mientras le vestia: —Ea, querido amo, hace mas de veinticuatro horas que no habeis tomado cosa alguna. Vos habeis hablado de un gran peso que debeis cargar sobre vuestros hombros; pero no alcanzo cómo podriés soportarlo sin tomar alimento. Si yo me atreviera á daros consejos, os diria en primer lugar: que no os priveis del alimento sino cuando lo manda Dios y su santa Iglesia: segundo, que no tomeis sobre vuestras espaldas otro peso que la ropa que vestís, por miedo de no volveros corcóbado: tercero, que á la mayor brevedad regresemos á nuestra tierra, sin perjuicio de volver despues á Paris, y alojarnos en esta ó en otra fonda ó donde mejor os parezca: cuarto, que despues de llegar á vuestra casa, os entereis y pongais al corriente de los negocios de ella, de los cuales nada sabeis desde la muerte de vuestro padre, y aunque los tengais confiados y en ma

nos fieles, no es lo mismo; porque como dice el refran al ojo del amo engorda el caballo: quinto....

Harto de consejos estoy, Petit-Jean, interrumpió su amo. Ya está visto, tú no saldrás jamas del carril de la rutina. —¿Qué rutina es la mia? repuso el criado.—¡Toma! dijo Mr. Le Grand, la de la antigua filosofía. Si estuvieras impregnado de la nueva, tus consejos serian muy diferentes, y me inclinarias siempre á hacer lo contrario de todo lo que el mundo hace.—Pues señor, yo no soy hombre que me empreñe de ninguna filosofía, pero me parece....—Calla necio, y dime ahora que me acuerdo, ¿cuántas veces has asistido á la academia?—No mas que dos, respondió el criado.

Esto es muy poca cosa; ahora ya no extraño que no te hayas ilustrado todavía y desalojado de tu cabeza errores y preocupaciones envejecidas. El tiempo dirá si despues de algunas sesiones llegarémos á sublimar tu alma, y hacerla superior á la de los hombres del vulgo, los cuales nunca piensan ni obran sino con el ejemplo, y á imitacion de los antiguos. Almas bajas y ras-

treras que nunca se levantan del polvo de la tierra para gozar de los rayos del sol luciente de la nueva filosofía.—Y el consejo que yo os he dado de no privaros de comer, ¿lo tomais tambien como un texto rancio de la filosofía antigua?—En verdad que esta cuestion tiene pelos, porque no he hallado hasta ahora en ninguno de mis libros cosa que se oponga á la necesidad de comer, y esto me hace pensar que este artículo no se opone á la antigua ni á la nueva filosofía; haz, pues, que me traigan el desayuno, y pagaré este justo tributo á la naturaleza.

CAPITULO X.

Mr. Le Grand alterca con otro que quiere darle lecciones de filosofía.—Desenvuelve una gran parte de sus doctrinas, y los académicos le manifiestan su admiracion.

Petit-Jean logró al fin hacer tomar algun alimento á su amo, lo que restableció algun tanto sus fuerzas; mucha necesidad tenía de hacerlo, pero en él

estado en què se hallaba su cabeza, nó fué esto bastante para que le hiciera volver en su sano juicio. Este puede decirse que le abandonó enteramente, luego que la academia autorizó á Mr. Le Grand para la importante comision de que hemos hablado. Perdia por momentos el entendimiento y la memoria, y cuando estas dos facultades van de caida, ó estan lisiadas, la de la voluntad es indefectible. Así es que muy á menudo hablaba á solas, á veces se paraba en medio de una conversacion, y guardaba el mayor silenciò; otras veces se hallaba como de antes, sin notarse particularidad en su persona. Petit-Jean observaba todo esto, y no dudaba de que Mr. Le Grand estaba demente, pero le quedaba el consuelo de que tendria algunos intervalos lúcidos. Todo el dia le estaba mirando atentamente sin advertir en él otra cosa que el silencio, consecuencia, al parecer, de la idea que le dominaba de haber cargado con un enorme peso. En efecto, hablaba muy poco con su criado, hasta en las horas de comer; únicamente cuando fué de ir á la academia, se volvió á ...tit-Jeau para decirle que fuera con

él al colegio filosófico, encargándole que se aprovechara bien de sus lecciones, puesto que podrian asistir á un corto número de sesiones. El héroe tomó dos billetes ó cartas de contraseñas de que habia tirado muchos ejemplares, y se las llevó á la academia para distribuirlas entre sus cofrades junto con las cartas de sus corresponsales, las cuales llevó al correo al pasar por él, cuando se dirigian con su criado hácia el ángulo del jardin de la academia. Llegaron allí el uno despues del otro, y se hundieron como de antes en el subterráneo. Petit-Jean se acurrucó en su nicho, y su amo se entró en la sala de los pasi-perdidos, donde distribuyó los billetes de contraseña entre sus consócios que se encargaron de remitirlos á sus amigos y conocidos de las provincias. Leyóles tambien una copia de su circular, la que fué aplaudida en extremo, y todos auguraron un feliz resultado, porque sabian que el héroe podia disponer de grandes sumas, que tenia depositadas en las casas de muchos comerciantes de los departamentos, relacionados ya por asuntos de comercio mucho tiempo habia con él y con su padre.

Poco despues el presidente abrió la sesion, y anunció que Mr. Le Grand era digno por sus bellas cualidades de que se le confiara la propagacion de las nuevas doctrinas por todos los países del mundo, pero que antes de su partida convenia que la academia le confiriese un título, mediante el cual pudiera dar á conocerse por todas partes como héroe político, filósofo moderno, caballero andante, y predicador y reformador de todo el género humano. Esta proposicion no halló la menor oposicion; únicamente un consócio hizo observar que este viage deberia retardarse hasta que Mr. Le Grand estuviese mas ilustrado sobre ciertos puntos de doctrina que debian ser discutidos en la academia, y á lo cual podia darse principio desde luego; y que era razon, añadió, que empezase Mr. Le Grand en aquella sesion á dar algunas explicaciones sobre las reformas y teorías que hubiese meditado, y continuasen los demas consócios ilustrando otras materias en las sesiones siguientes. Esta modificacion fué adoptada por la asamblea; y como al mismo tiempo dieron las dos, entraron en el salon para con

tinuar los importantes trabajos que quedaron pendientes.

El presidente dijo á los asociados despues que todos ellos hubieron tomado asiento:—Señores, resulta de las decisiones dadas en las sesiones precedentes, que cada individuo de esta incomparable asociacion puede promover toda especie de discusiones de la nueva filosofía, con citas de libros ó autores, ó sin ellas. Se ha acordado tambien que cada uno tenga libre y espedita facultad de especificar, ilustrar, disputar, adornar, persuadir y demostrar cuales quiera puntos de la doctrina moderna. Una vez demostrada la verdad de ésta, y probada por nosotros mismos y no por otros, y archivada en los archivos de nuestra secretaría subterránea, nada nos faltará para hacer un trastorno universal, sino alentar y protejer la expedicion filosófica del comisario académico (Mr. Le Grand), quien deberá dar parte á la academia de los progresos de su mision, en todos tiempos y por todas partes donde experimente la menor resistencia á lo que predique, ó á lo que tenga á bien establecer para la regeneracion en que nos ocupamos. Ea, pues,

señores, yo doy la palabra al que quiera pedirla, y le invito á desenvolver con detalles los mas minuciosos la materia de que se trata, escogiendo el punto que mejor le parezca de entre los muchos que deben discutirse.

—Muy bien, señores, dijo el orador que le habia precedido en la palabra y que era de su misma opinion, esta noche vamos á discutir las doctrinas del filósofo Delisle de Sales, sectario del materialismo. "Hay, *dice este autor*, una "escala ó cadena compuesta de muchos "escalones, la cual todos hemos recor "rido, habiendo empezado por ser pie "dras, vegetales ó cuadrúpedos; de ma "nera que la naturaleza, despues de "haber empleado su potencia genera- "triz, haciendo una mezcla de los peces "con los reptiles, y de las aves con los "cuadrúpedos, dió en último resultado "al hombre, obra maestra del universo, "á quien formó del coito del orang- "utang." Por esto se ve que se halla unido á la série ó cadena de los demas séres, cuyos individuos se atraen sin cesar los unos á los otros.

—Bien veis, señores, que este descu brimiento es nuevo en el mundo, y debe

considerarse como un descubrimiento importante para la transformacion del género humano. Es menester recordar al hombre la época en que no era mas que una piedra ó guijarro, para que de buena voluntad acepte la regeneracion que le ofrecemos, y Mr. Le Grand debe hallarse al corriente de esta doctrina: de lo contrario, ninguna utilidad ni par tido sacaria de su predicacion. Por esto conviene que reciba todas estas leccio nes, y que nos diga despues si ha mere cido el título de regenerador.

Mr. Le Grand, que se sintió ofendido con esta réplica en lo mas vivo de su orgullo filosófico, se levantó hecho bra sas de su asiento, y con voz trémula dijo:—Si me creeis ignorante por lo po co que he hablado en esta asamblea, voy á manifestaros lo contrario, y probar que no soy yo quien debe recibir lec ciones del orador que me ha precedido en la palabra, sino él de mí. "En el "principio del mundo, *dice Delisle*, la "ecliptica coincidia con el ecuador. De "esto nacia que la naturaleza se hallaba "en todo su vigor, desenvolviéndose "nuestra inteligencia con mas facilidad, "á consecuencia de la mayor perfeccion

"de nuestros órganos; y comparados con "estos hombres primitivos, los Galileos "y Newtones de nuestros dias, deben "considerarse como unos niños."

Ya veis, señores, prosiguió Mr. Le Grand, cuán interesante es esta leccion para predicar á los pueblos, que los hombres del dia han venido al mundo cuando la naturaleza estaba ya cansada y decrépita; resultando naturalmente de aquí, que nos acercamos por momentos al estado de bestias y animales estúpidos. Despues, segun el mismo autor el hombre fué piedra, planta, pólipo, cuadrúpedo, bípedo, y en fin, orang-utang, hasta llegar á lo que es hoy dia. En mi juicio, se podria comparar á una pirámide mirada desde la base á la punta, ó al revés.

Ahora, para probar á mi adversario que yo no solamente he leido á Delisle de Sales, sino tambien muchos otros autores, voy á hacer mencion de un texto de La Mettrie. "El hombre en su "principio era imperfecto; sus fibras, "sus órganos y sus miembros eran cor- "tos, endurecidos y poco elásticos. Fué, "pues, su adelantamiento y perfeccion "obra de muchos siglos, durante los

"cuales, los elementos de la materia se "agitaron de mil maneras." Que diga ahora el orador si en todos sus informes estudios ha hallado un texto semejante al que acabo de citar, y donde se ve que el hombre es la obra de muchos siglos, producida por los elementos de la materia, y que al parecer ha venido súbitamente á la tierra.

Tambien podria citar á otro autor, prosiguió Mr. Le Grand, que pretende que el mar cubrió la tierra, y despues al retirarse dejó un huevo, del cual, calentado con los rayos del sol y quitada la cáscara, salió el hombre tal como le vemos ahora. *(Telliamed.)*

El mismo autor en otra parte avanza á decir, que en su orígen el hombre era un pez salido de la mar, con escamas y cola; pero que despues, con el transcurso y revoluciones del tiempo, perdió todas esas partes y se quedó tal cual es en el dia.

El orador cuyas doctrinas refuto, ignora sin duda que un filósofo afirma que las cabezas de Homero y Virgilio, no fueron otra cosa que una reunion ó conjunto de moléculas ó dados, de tal manera dispuestas, que pudieron con

la mayor facilidad producir la Iliada y la Eneida. Y ¿cree que yo no soy capaz de predicar nuestras doctrinas! Voy desde luego á hacer mi profesion de fé filosófica; creo que la materia es eterna é increada; que el átomo simple é incorruptible es la causa primera de todo do lo que existe; y por fin, creo que el universo es obra del azar, que no está sujeto á cálculo ni regla alguna.

Estoy mas que persuadido que mi antagonista no ha leido las obras de Delisle de Sales, sobre todo, su astro central homogéneo y eterno, que lanzó tantos soles y cometas; su ser zoófito, medio planta y medio animal; tambien los solícolas ó habitantes del sol, dotados de un temperamento semejante al diamante. En fin, yo creo en el animal prototipo, raiz y tronco de todos los demas animales, desde el muy menudo insecto, llamado el arador, hasta el hombre que ha puesto en órden la enciclopedia; creo en el contacto obtuso y sordo, en la inquietud automática, las meléculas orgánicas y en los moldes de las formas de Diderot. El hombre es una mezcla ó compuesto de moléculas orgánicas, un cuerpo químico, una

masa organizada; en su muerte se reincorpora con la materia general para sufrir nuevas modificaciones. Y si yo os hablara de las opiniones de Robinet, os diria que la materia ha ensayado en el gran laboratorio del globo todos los seres que en él vemos, hasta llegar á fabricar el hombre, cuyo primer tipo se encuentra en las sustancias fósiles.

—Basta, basta, respondió el presidente; y volviéndose á Mr. Le Grand, inclinó un poco la cabeza, y dijo: Que toda la academia reconozca á Mr. Le Grand como el mas digno héroe político y filósofo moderno: ¡tanto nos ha admirado y deslumbrado con su vasta erudicion! creemos que él solo bastará para hacer un trastorno general. ¿Qué dirá el mundo cuando llegue á saber que el hombre es un huevo orillado por la mar y empollado por el sol? ¿Qué sorpresa no le causará saber que el hombre fué en su principio planta, cuadrúpedo y orang-utang? ¿Que el universo todo trae orígen de un átomo? ¿Qué dirán de estos habitantes del sol, y sobre todo, de la suerte que está reservada al hombre, puesto que despues de su muerte se convertirá en pájaro para irse á vo-

lar por los aires? No nos hagamos ilusion, señores filósofos modernos; nuestra ciencia es muy superior á la de nuestros antepasados. Advirtiendo que estaban en una hora muy adelantada, el presidente hizo levantar la sesion para continuarla en la noche del dia siguiente, á fin de oir la conclusion de las doctrinas de Mr Le Grand.

CAPITULO XI.

La academia quiere condecorar á Mr. Le Grand con el título y grado de héroe político y filósofo moderno, á consecuencia de las doctrinas expuestas por él.

Petit-Jean, atónito y suspenso del discurso de su amo, estaba esperándole con impaciencia acurrucado en su nicho; llegó, en fin, á sacarle de allí, pero cuando advirtió que el criado queria hablar, se puso el dedo en la boca y le dijo: ¡chiton! Guardaron el mayor silencio hasta llegar en la fonda, pero apenas entraron á su cuarto, el héroe dijo á su ayuda de cámara:—¿Qué es lo que

piensas de lo que me has oido decir esta noche? ¿No has visto cómo todos los académicos estaban con la boca abierta escuchando mis brillantes lecciones filósoficas? Mi adversario que queria darme lecciones quedó confundido, y el presidente me proclamó entre todos los académicos como el mas digno héroe político y filósofo moderno. Tú debes admirarte, á la verdad, de mi fácil elocucion y de mi feliz memoria en citar autores. ¿Y qué me dices de la originalidad de mi doctrina, de la solidez de mis discursos. de la demostracion de las pruebas y de la legitimidad de las consecuencias? Ea, dime lo que piensas de mi discurso y de mi persona, así como de la comision que se me ha dado por la academia, y que cuento llevar á buen término, mejor que ninguno de mis cofrades.

—Todo lo que os puedo decir, respondió Petit-Jean, es que Dios me tenga de su mano, ó yo pierdo el juicio si vuelvo á la academia. En mi vida he visto ni oido cosas semejantes á las que han pasado en estas tres sesiones á que he asistido; pero me pareće que no tengo necesidad alguna de repetir las visitas, pudiendo, como puedo, recibir de

vos mismo lecciones de eso que llamais filosofía moderna; y así, escusadme de ir á ver todo ese hato de locos, y no solo yo puedo recibir vuestras lecciones, mas tambien todos aquellos que están inscritos en la asamblea, por lo menos, si se puede juzgar por la atencion con que os escuchaban, y por las señales de admiracion que se notaban en ellos mientras pronunciábais vuestro discurso; de manera que parecia que os era fácil mantenerlos atentos y silenciosos, aunque hubiera sido por tres noches.

—¡Cómo tres noches! interrumpió con viveza el héroe; tres años no bastarán aún para dar un completo desarrollo á mis doctrinas. En la próxima sesion tomaré de nuevo la palabra, y á menos que me interrumpa el presidente, tendrán los sócios que hacer preparar su cena y cama en el salon de la asamblea, antes que yo concluya mi discurso. Esta sí que será una de las mejores y mas brillantes lecciones que hayas oido en tu vida: mucho tendrán que trabajar mis labios, y temo que mi lengua no se seque y pegue al paladar. Y ¿cómo he de evitar este inconveniente?—¡Oh, sí! esto es muy fácil; iré á buscar una libra

de caramelos, interrumpió el criado, y os pondréis algunos en la boca sin mascarlos, y así la conservareis dulce y húmeda como la mia.—Pues bien, despacha, exclamó Mr. Le Grand, y prepárate á recibir esta noche una de las mejores lecciones que puedan oirse en nuestra academia.

—Plegue á Dios que sea así, respondió Petit-Jean. Luego que llegaron á la academia, el presidente abrió la sesion y concedió la palabra á Mr. Le Grand, para continuar el discurso que habia quedado pendiente en la noche anterior. El héroe entonces se contoneó un poco, procuró guardar un continente grave, y apoyándose ya sobre un pié, ya sobre otro, tosió, expectoró, sacó su pañuelo, se enjugó las narices y la boca, y despues de haber saludado á los miembros de la asamblea, les dijo:—Me parece, señores, si mal no me acuerdo, haber en la sesion precedente dejado interrumpido mi discurso en el artículo de la animacion de los séres segun las doctrinas de Robinet; á tenor de ellas, é insiguiendo las de la nueva filosofía, quisiera preguntar y saber del orador que me precedió en la palabra,

si su creencia es como la mia, la cual voy á exponer.

"Creo en lo que enseña este filósofo "de las moléculas orgánicas é inorgá "nicas, en la antigua energía de la ma- "teria, en las circunstancias favorables "al desarrollo de los seres, palabras má "gicas que á ellos selos explican su exis "tencia y produccion; añadiendo á ello la "gravitacion vital, vegetal y animal así "como los bosquejos informes, y el gran "pólipo hallado muy pocos dias hace "en Paris por algunos naturalistas; y "finalmente, en las palabras muy signi "ficativas de bosquejos de organizacion, "generaciones espontáneas, vida nacien "te, movimiento orgánico, aplicadas y "concebidas por un zoologista frances." *(Cabanís y otros.)*

Me permitiréis, señores, haceros ob servar para confusion de mi antagonis ta, que no extrañaria que él no hubiera visto ni oido nada de esto, aunque muy reciente ¿Ignora tambien que me he procurado, aunque á mucha costa, todas las obras sobre la filosofía moderna pu- blicadas hasta el dia, y hasta una mul titud de manuscritos? Quiero ahora ha

blaros de la doctrina de Maupertuis sobre:

"Las percepciones elementales, los "elementos inteligentes que nadan en "el fluido seminal de los padres y de "las madres, en donde se hallan ya do "tados de memoria, de olvido y de otras "facultades, segun el principio que es "tablece que la inteligencia es esencial "á la materia." (*Maupertuis y otros.*)

Este piensa segun la opinion de otros filósofos, y sobre todo, de Espinosa: "Que el pensamiento no es otra cosa "que el fuego de los órganos; que la pie "dra descendiendo conoce las leyes de "la gravedad, así como los cuerpos lige "ros conocen las de la pesantez y pre "sion del aire, &c." (*Espinosa y otros.*)

Señores, para saber todo esto, conviene que uno se entregue desde niño á un asíduo é ímprobo estudio, como yo lo he hecho; es menester tambien haber nacido, como quien dice, *ad hoc*, y sobre todo, tener mucho dinero para poder hacerse con las obras en donde se encuentran tan preciosos descubrimientos. Sin este último requisito, que es una condicion *sine qua*, ni hubiera podido ilustrarme con estas obras, ni

enviar un número prodigioso de ellas á las provincias para lograr que se esparcieran las luces por todas partes.

"Berkeley asegura que todo lo que "existe no es mas que una ilusion ó una "quimera, y que el universo tampoco "existe sino en nuestra imaginacion." (*Berkeley*.)

Convendréis en que no á todos es dado saber estas cosas, y que me ha costado bueno por qué el saberlas, sin contar el tiempo ni el dinero que he empleado. Este último no siento haberle perdido, con tal que logre esparcir lás luces por todo el género humano. Os ruego de nuevo que me esteis atentos al precioso tema de Maupertuis que sigue:

"Una dósis de opio, mezclada con "otros ingredientes, produce él don ó "facultad de predecir lo futuro, y hace "ver el mundo pythio, sibilítico y pro- "fético." (*Maupertuis*.)

Confieso con franqueza, prosiguió Mr. Le Grand, que no conozco los ingredientes de los cuales habla Maupertuis; si mi antagonista está mas adelantado que yo en este punto, haria un gran servicio á la humanidad si nos lo enseñara, e yo podria sacar de este secreto un

gran partido en las predicaciones que debo hacer por el mundo. El orador que estaba en oposicion con Mr. Le Grand, confesó que nada sabia, y añadió que estaba admirado de la profunda erudicion de su adversario. Declaró tambien á Mr. Le Grand mucho mas aventajado que él y los demas académicos en la filosofía moderna, en la cual, á duras penas se hallaria quien le igualara entre todos los sócios de aquella ilustre asamblea.

—Pido la palabra, dijo al mismo tiempo otro académico, esforzando la voz. El orador que se declara vencido acaba de hacernos un ultraje, señor presidente, asi como tambien á Mr. Le Grand, de quien dice debemos tomar lecciones. Confiese en buena hora que él es un ignorante, pero no que lo son los demas, puesto que no sabe los estudios que estos han hecho. Pido, pues, que sea echado de la academia como ignorante y desvergonzado. Se pasó á votar esta proposicion, y resultó que no se le concederia la palabra hasta que diera pruebas de su aplicacion y progresos. El presidente mandó en seguida que Mr. Le Grand continuase su dis-

curso sobre la doctrina de la filosofía moderna, para convencer á la academia que tenia las disposiciones necesarias y reunia todas las cualidades que se requerian para trastornar el mundo entero. No se hizo de rogar Mr. Le Grand, y prosiguió así:

—Decia, señores, que me falta saber los ingredientes que deben mezclarse con el opio. Si llega á saberlo alguno de vosotros, me daréis cuenta de este importante descubrimiento en donde quiera que me halle, á fin de poder llenar mejor la alta mision que habeis puesto á mi cargo de hacer la regeneracion universal del género humano. No hay duda que convertiria á todo el mundo desde el momento que pudiera anunciar por medio de estos ingredientes y del opio, que determinada persona no padecerá jamas de lepra, de gota ó de gálico; que otra será muy rica y opulenta; que las mugeres estériles tendrán sucesion, y que los ricos ancianos no morirán jamas; pero ya que no puedo llegar á conocer este gran secreto, que seria el mas importante para la nueva filosofía, me contentaré por lo menos con lo que dice Condorcet;

"Que el hombre con el transcurso
"del tiempo, y cuando haya llegado la
"época de su perfectibilidad, será in-
"mortal y vivirá como en el dia existe,
"mediante las luces de la nueva filoso
"fia, las cuales son de suyo activas y
"poderosas." (*Condorcet.*)

Ya echais de ver por este texto, que Condorcet habrá conocido el secreto de los ingredientes y del opio, ya que nos ha predicho que el hombre vivirá por muchos siglos, tal cual vive y existe en el dia. Yo predicaré esta doctrina por todo el mundo, ó mejor diré, por todos los mundos, porque de ellos los hay que son antiguos y otros nuevos, como sucede con la antigua y nueva filosofía. Sacaré de esto consecuencias muy naturales y exactas, y proclamaré de acuerdo con todos los filósofos modernos: "Que el hombre en los primeros
"tiempos vivia en las selvas y se ali
"mentaba de bellotas; andaba desnudo,
"sin hablar y sin tener con sus seme-
"jantes relaciones morales; que estos
"se reunian sin conocerse, y gozaban
"de la vida sin amarse." (*Filosofía moderna.*)

Despues pasaré á hablar de otras ma-

terías discutidas é ilustradas por la filo sofía moderna, y las probaré con la au toridad de grandes filósofos del dia y de la noche, que las han pasado por el crisol del siglo de las luces; haré tam bien mi profesion de fé política, habla ré de las sociedades, y con esta ocasion diré por todas partes: "Que todas ellas "no son mas que un contrato que pue- "de anularse siempre que quieran los "contrayentes; que si no convienen á la "mayor parte de los hombres pueden "variarse, modificarse ó simplificarse "las formas á su voluntad, y del modo "que juzguen mas conveniente." (*La filosofía moderna.*)

Esta nueva filosofía, amados colegas, ha sido ignorada de todo el mundo, su descubrimiento estaba á nosotros reservado como hijos del siglo de las luces, y no hay que dudarlo, causará una revolucion asombrosa. Con efecto, yo haré ver que se puede gobernar á los hom- hombres con un simple papel, ó una especie de constitucion ó carta, como un naipe; por lo menos su contenido ha de caber en un papel de su tamaño; y cuenta que no lo conozca así algun frenético conquistador: yo les demostraré

que todas las fòrmas de gobierno son parecidas á este juego, donde los mas diestros hacen explotar en su beneficio la lealtad y credulidad de los demas. Todas estas opiniones, que algunos podrian calificar de sandeces, las predi caré yo, y tengo la mayor confianza en que mis oyentes gustarán de ellas, gracias á mi extraordinaria facundia y eloeuencia inconcebible. Cuando hanyan circulado mis libros por las provincias y generalizado su lectura, podré presen tarme en todas partes anunciando que las ideas de vicio y virtud son arbitrarias, lo mismo que las de justicia é injusticia; que los vicios de los individuos influyen en el bienestar de la sociedad; que el hombre ha sido planta, cuadrú pedo y orang-utang, con todos los demas artículos de la filosofía moderna; entonces nuestros contemporáneos quedarán con la boca abierta, y atónitos de ver que nuestros antepasados hayan de jado el mundo sin tener la menor idea de esta preciosa doctrina.

Si por ventura doy con alguno de esos espíritus excépticos que no creen enel progreso, antes bien se persuaden que el hombre degenera de su estado

primitivo; les enviaré á las selvas, y aprovechándome de las doctrinas de Juan Jacobo Rousseau, autor del con trato social. les haré ver: "que el hom "bre ha degenerado desde que entró en "sociedad, y que no podrá rehabilitarse "hasta que vuelva á las selvas para ali "mentarse de bellotas, andar como los "cuadrúpedos, no hacer uso sino de los "sentidos, y trocar sus conocimientos "por el instinto natural de los irracio- "nales." (*Rousseau.*)

De manera, señores, que por lo que he expuesto, tanto puedo hacer valer mis doctrinas entre los que creen en el progreso, como entre los que son retró grados; porque yo haré andar al hombre por donde mejor me parezca, hácia delante ó hácia atras; y ved ahí un principio de trastorno universal. Si los hombres se destruyen como insectos, si se trastornan los gobiernos y las leyes, y sucede á ellas una completa anarquía; si se arman los padres contra sus hijos ó estos contra sus padres, de suerte que corran raudales de sangre. ¿no es verdad que podrémos entonces felicitarnos y gloriarnos de haber hecho triunfar nuestras doctrinas, y de haber

dado principio al siglo de las luces? Y de haber....—En efecto, dijo el presidente, me parece que estoy ya mirando lo que decís. Muy bien, muy bien, Mr. Le Grand; descansad un poco de vuestras oratorias fatigas. Mañana sin falta se reunirá la academia para celebrar vuestra condecoracion y elevacion, al grado que os es debido, por vuestro talento y los muchos conocimientos que poseeis en la filosofía moderna. Esta resolucion del presidente fué acogida de la asamblea por unanimidad y con los mayores aplausos.

CAPITULO XII.

Confieren el grado á Mr Le Grand.—Descripcion del nuevo mundo presentado en la Academia.—Exposicion de Mr. Le Grand sobre los principios de libertad é igualdad.

El amo y su criado se volvieron á la fonda. El primero estaba sumamente gozoso de lo que le acababa de suceder, mientras que Petit-Jean guardaba el mayor silencio y no se explicaba mas

que por señas; las cuales, aunque no podia comprender Mr. Le Grand, las atribuia á la admiracion y sorpresa que le habia causado lo que vió en la academia, puesto que consistian en hacerse cruces, llevando su mano derecha desde la frente al pecho, y desde la una á la otra espalda, con increible presteza. Por fin, el héroe empezó así:—Si todos los académicos han salido de la asamblea atónitos y estupefactos, ¿qué maravilla es que tú hayas perdido tambien la facultad de hablar, y abrazado el sistéma de que el hombre degeneró y se halla reducido en el dia al estado de cuadrúpedo? Y así no debo admirarme, aunque te vea convertido en bestia, hasta el punto de haber perdido la palabra, y hacer la pantomima como la haria el mono ó el orang-utang. Sin embargo, te aconsejo que no te apresures á hacer eleccion de lo que debes ser; pues mejor será esperes que empiece la transmigracion, de la cual habló Diderot, aunque tomándola del viandante Pitágoras. Cuando nos hallemos en ella, yo cuento volverme perrito de falda, para participar á menudo de las caricias de una dama jóven que cuida-

rá de mi limpieza, y de darme buenos y sabrosos bocados. Ella me amará como á las niñas de sus ojos, y si las pulgas de su cama llegan á introducirse por entre mis pelos, seguro estoy de que me jabonerá y tratará mejor que si fuera su mismo hermano. Ya ves que no he elegido mal; y así, buen ánimo: recobra tu palabra, y respóndeme, por que soy filósofo, y todovía ando con dos piés.

Todas las instancias de Mr. Le Grand para que su criado rompiera el silencio, fueron absolutamente inútiles. Por la noche anduvieron á la academia por la quinta vez, y Petit-Jean observó que se habian mudado las decoraciones y las libreas de los criados de la asamblea. Lucian sobre la mesa seis bugías que estaban delante de un cubierto de seda encarnada; poco despues entré el presidente, llevando de la mano á Mr. Le Grand con la cabeza desnuda. Iban seguidos de otros académicos divididos en dos filas; toda la asamblea dió con el mismo órden y en silencio tres vueltas por el salon. El presidente se detuvo delante la mesa, donde habia las bugías, y un criado levantó la cubierta

Buena-Esperanza, seguir por las Islas Molucas, la Nueva-Holanda, las Filipinas, las Marianas, Costas del Japon, volver por la California, y habrá dado la vuelta por todo el globo.

Apenas hubo concluido el artífice del nuevo mundo, cuando se levantó un asociado lleno de furor manifestando que se habia hecho irrision y mofa de una academia tan respetable por muchos conceptos; que el mundo no debiera fabricarse de carton, sino en grande, que su círculo debia exceder de siete mil doscientas leguas, y que debia tener astros para la distribucion del dia y de la noche, con todos los demas accesorios.

El académico artista contestó con admirable serenidad:—¡Pues bien! caballero, si vos teneis bastantes caudales para tamaña empresa, no hay mas que dar principio á la obra; pero quiero que me digais primero dónde colocaréis ese gran mundo, en qué lugar habrá bastante para que quepa? Yo confieso con franqueza que no me he visto capaz de hacer otro mejor, aunque en punto á vanidad y arrogancia no me va en zaga ninguno de los ilustres y honorables

miembros que componen esta asamblea. Un miembro de la academia pidió la palabra, y luego que la obtuvo se expresó así:

—Harto ha hecho la nueva filosofía. Si se echan menos mayores progresos, no es suya la culpa; muy luego harémos el descubrimiento del movimiento y de la materia, y entonces serémos dueños de fabricar, no uno, sino cien mundos, si menester fuere.

Mr. Le Grand, que hasta allí habia guardado un profundo silencio, se levantó, y saludando al presidente, dijo así:—Descartes pidió movimiento y materia, y se empeñó á hacer un mundo, que es como si le hubieran dado el mundo hecho. Sus contemporáneos le persiguieron á porfia, y es de creer que lo mismo nos sucederá á nosotros con motivo de la regeneracion universal; pero al presente no debe ser incumbencia nuestra la de crear nuevos mundos, sino mas bien reformar y regenerar el que existe. He aquí el fin de nuestras tareas y la alta mision que nos proponemos llenar. Tratemos, pues, de conducir esta empresa al término apetecido; mostremos que para regenerar la

especie humana no hay mas que tras tornar todo lo que ha existido hasta el dia, y se sabe en política, religion, artes, ciencias, &c, puesto que no hay otros mas sábios que nosotros, apellidados ya por excelencia filósofos modernos. He hablado ya de los pasos que dí, y las muchas diligéncias que he hecho para lograr la propagacion de nuestras doctrinas; si alguno de mis honorables colegas ve que no sigo el buen camino, le suplico que me ayude con su direccion y haga ver por dónde me desvío; sin embargo, esto será muy dificil, puesto que no he malogrado el tiempo en los estudios de la filosofía moderna, y ¿cómo pudiera malograrlo, no conociendo otra guía que la de hacer todo lo contrario de lo que se ha hecho hasta nuestros dias?

—He aquí la verdadera regla, interrumpió otro filósofo; procurad no separaros jamas de ella. Obrad siempre en razon inversa á lo que obran y hacen los demas; de lo contrario, jamas se verificará el trastorno universal, ni en su consecuencia, la regeneracion de la especie humana.

Mr. Le Grand prosiguió:—Si los hom-

bres han creido hasta aquí que debian caminar con dos piés, menester será enseñarles que en su mano está andar á gatas, y aventajar al caballo en la velocidad de su carrera. ¿Acaso opondrán que los demas cuadrúpedos como el orang-utang tambien querrán imitarnos? ¿Que asimismo los asnos querrán andar con dos patas, como hace este mono privilegiado? Pero conviene que los hombres se desengañen y persuadan que nuestro objeto no es gobernar los segun las leyes y acuerdos de los magisirados. Todo esto huele á vejez; debe darse con el pié con toda la multitud de preocupaciones añejas, y reemplazarlas con otras sanas máximas, á favor de las cuales se puedan establecer las nuevas formas de gobierno inventadas por la filosofía moderna. ¡Oh! ¡Cuán absorto quedará el mundo cuando me oiga decir en mis fatídicas arengas, que el último pastor es tan soberano como el mas poderoso rey ó emperador de la tierra, y que un miserable remendon de esquina es igual á un bajá de tres colas! ¿Qué dirán cuando les haya desenvuelto el principio de la igualdad, en virtud de la cual el viejo

y el jóven, el sábio y el ignorante, el rico y el pobre, se hacen perfectamente iguales? Yo les daré soberanía y les haré iguales, y tanto, que podrán igualarse con quien se les antoje. El zapatero no tendrá mas que arrojar sus herramientas en medio de la calle cuando vea pasar la calesa de un marques ó gran señor por delante de su tienda, y decir al cochero: ¡alto, amiguito! ¡Deten el coche! No quiero ya ser zapatero sino marques. Inmediatamente saltará el lacayo del coche é irá á abrirle la portezuela, y subiendo en él el zapatero se sentará y pondrá mano á mano con el marqués; y este, ¡quién será capaz de expresar la alegría que experimentará por haberle cabido tanto honor y tanta dicha!

Examinemos la cuestion bajo otro punto de vista. Quiero suponer que uno de los grandes del reino hace un viage acompañado de todos sus criados; encuéntranse con un pastor que apacienta su rebaño en los campos, é inmediatamente el primero pone pié en tierra para darle un apreton de mano, y empeñarle á que acepte la mitad de su fortuna. El pastor quedará corrido

y confuso al verse tan bien tratado de un gran señor; rehusará lá oferta por supuesto; pero éste, que no tendrá nada de altivo ni soberbio, porfiará en que la acepte; y mientras tanto, el rebaño se pondrá en desórden, y los perros podrán morder libremente á esos hombres, modelo de igualdad. Ved ahí, señores, como el mundo se convertirá en un paraiso, y yo no tendré mas que hacer sino dar publicidad á esa doctrina para que se desenvuelvan y cumplan tan grandes maravilas. Es, pues, un tiempo precioso el que pierdo inútilmente, y del que los hombres tienen mucha necesidad para ser reengendrados. No puedo, de consiguiente, diferir un punto mi partida, segun es la falta que hace en el mundo mi tardanza, y asi, suplico á la academia, que determine el dia en que esta debe tener lugar, y me dé las necesarias instrucciones para poder llenar el objeto de mi mision. El presidente mandó que fuera puesta á votos la proposicion de Mr. Le Grand, y adoptada por unanimidad, se resolvió que en la próxima sesion el héroe se despediria definitivamente de todos sus consócios.

CAPITULO XIII.

Se refiere cómo se acabó de rematar el juicio de Mr. Le Grand —Es presentado á la academia un nuevo habitante, y hacen su descripcion.—Maravillas de Mr. Le Grand.

Tan gozoso estaba Mr. Le Grand de los aplausos de toda la academia, que vino á perder de todo punto el juicio; tan cierto es que asi nos trastorna la alegría como el dolor en sumo grado. El entendimiento de nuestro héroe estaba en una agitacion extraordinaria; empezó á bailar y hacer cabriolas por su cuarto, hasta que queriendo dar una voltereta, cayó en tierra tan aplomado, que dando de cabeza con la punta de una mesa perdió el conocimiento.

Petit-Jean estaba observando tan grande alegría; pero al verle caer tan mal parado, se desmayó tambien y dió un grito espantoso. Ambos quedaron tendidos en tierra y permanecieron así toda la noche. Mr, Le Grand fué el pri-

mero que en el dia siguiente, muy de mañana, volvió en su acuerdo, mas no atinaba por qué motivo habia dormido en el suelo. Sin embargo, al ver á su ayuda de cámara junto á sí, le tomó del brazo y esforzó á levantarle, quien como no respondia, le tuvo por muerto; salió de su cuarto llamando á voces las gentes de la casa, y diciéndoles que su criado ya no existia. Subió inmediatamente el fondista y entró en el cuarto precipitadamente, mandó á sus criados que echaran sobre el semblante y pechos de Petit-Jean un jarro de agua fria. Fué esto un remedio eficaz, porque en seguida dió señales de vida. Le pareció como que despertaba de un profundo sueño, y viendo delante de sí á su amo que le miraba atentamente, le dijo:—¡Hola! ¿Vos resucitado? Ahora sí que no puedo menos de dar fé á la trasmigracion que enseñan en nuestra academia y á todas las demas doctrinas; pero lo que mas me admira es, que vos sois lo mismo que érais antes, siendo así que creia os hubiérais transformado en perrito de falda.

—La misma pregunta pudiera hacerte yo, porque en tu mano estaba el to-

mar otra forma antes que no volvieras á la vida.—¿Y cuándo he muerto? preguntó Petit-Jean.—Ayer por la noche, respondió su amo.—¡Bah! repuso el criado; vos sois el que murió, pero lo que extraño es cómo pudísteis hallar la cabeza y soldarla, habiéndose hecho mil pedazos.—En cuanto á cabeza, dijo Mr. Le Grand, creo que tampoco puedes ufanarte ni hacer gran uso de la que tienes, y esto es tanto mas sensible para mí, cuanto ahora tenia mayor necesidad de ella. ¡Qué lástima es tener un criado loco de todo punto!—Es verdad, respondió Petit-Jean, pero si es así, provendrá de las muchas veces que he frecuentado aquel lugar que vos sabeis. (En este instante salian del cuarto las personas de la fonda). Por lo menos yo no hago las extravagancias que vos haciais ayer por la noche; en una palabra, ni bailo ni hago cabriolas, ni....—¿Acaso me has visto bailar?—Sí por cierto, y fué una voltereta que hicísteis la que os quitó la vida. Todavía tiemblo de miedo al recordarlo. Entonces Mr. Le Grand, creyendo que su criado estaba loco, se puso á tentarle el pulso; pero el criado, que temia otro tanto de su

amo, se lo tomó tambien, y permanecieren en esta actitud, hasta que Mr. Le Grand dijo á su criado:—Tu pulso es frecuente, la sangre viciada, y así convendrá hacer venir por la posta á Mr. Lazaga, cirujano de aquel lugar en donde te atacó el cólico.—Tambien entiendo yo de achaques de pulsos, querido amo, y el vuestro me anuncia que la cabeza que hoy traeis está mucho mas enferma que la que se os rompió ayer cuando caísteis. Es verdad que la mia está algo endeble; en prueba, que á veces discurro dormido como si estuviera despierto, y otras veces al contrario, pienso despierto como si estuviera en sueños; pero esto nada tiene que ver con aquel pedante de barbero, cuya ciencia no se extiende mas allá que á dar una lavativa. A fé que muy bien me acuerdo de lo que me sucedió con él el dia que fingí un cólico, que fué el primero de nuestro viage.

—¡Cómo! ¿Es posible que tu cólico no fuera mas que una ficcion?

—Ahora ya puedo hablaros sin tapujos ni rodeos. Hacedme el favor de sentaros para que os pueda contar el caso: yo os veia tan abatido de la melancolía

cuando nos pusimos en camino, que tuve miedo de que no peligrase vuestra vida. Para desviar de vuestra imaginacion la idea de la pérdida de vuestro padre, que tanto os afligia, me propuse excitaros otra con el temor de perder tambien á vuestro criado y quedaros solo en el camino. El ardid me salió perfectamente; vos no pensásteis mas con vuestro padre, y perdonad que os diga, que en mi concepto, le habeis olvidado algo mas de lo que convenia.

—Muy persuadido estaba de tu lealtad y afecto, pero este nuevo rasgo que acabas de revelar, me sale por fiador de que nunca abusarás de la confianza que en tí tengo puesta; pero para darte una prueba de mi gratitud, quiero que desde el dia de mañana seas tú mi secretario íntimo; al efecto te otorgaré plenos poderes, y correrá de tu cuenta la administracion de todos mis negocios. Empieza, pues, tu cargo, yendo á recibir el importe de algunas letras de cambio que traigo en mi cartera.

Petit-Jean no quiso contradecir á su amo. Por la noche se fueron como lo tenian de costumbre á la academia, y en medio del salon de ella, hallaron un

hombre de una estatura regular. Des pues que cada uno de los sócios estuvo en su lugar, tomó la palabra el presi dente y dijo mostrando la estatua:—He aquí, señores, el ensayo ó muestra que ha traido el sócio académico que estaba encargado de crear habitantes para el nuevo mundo que debia fabricarse. Este oficio sí que debiéramos saberlo todos nosotros, aunque no fuera mas que para reparar las pérdidas de tantos hombres que se han dejado morir sin conocer la nueva filosofía.

Inmediatamente se levantó el constructor de la estatua y puso junto á su obra. Era hijo de un escultor que habia aprendido el oficio de su padre. Des pues de haber sujetado la cabeza de la estatua por medio de un tornillo, se volvió á los académicos para hablarles de la delicadeza con que estaba ejecu tada su obra, y les retó á que le seña laran una sola imperfeccion. Tantos elogios prodigó á su obra, que era muy fácil conocer no ser la modestia la me jor de las cualidades que le adornaban. Os ruego, señores, prosiguió, que examineis todas las partes de ese cuerpo, y hallaréis en él los nervios, las arte-

rias, las venas, y en fin, hasta los poros mas imperceptibles.

Uno de los filósofos se levantó, y aplicando el oido á la parte del corazon, exclamó:—¡Milagro! ¡Milagro! Se oyen hasta los latidos del corazon y el ruido que hace la sangre penetrando en sus cavidades. Entonces se levanntó otro académico, que era hijo de un médico, y se apresuró á tomar el pulso de la estatua, pero no sintiendo los latidos de la arteria, se volvió á su lugar diciendo que el busto estaba paralizado, puesto que la sangre no circulaba por sus vasos.

—Si es así, repuso al instante otro de los sócios que sabia sangrar, convendrá hacerle una buena sangría. Probólo, en efecto, y despues de haber roto tres ó cuatro lancetas, se retiró manifestando que el nuevo habitante no era de carne y hueso.

Cada uno de las miembros de la asamblea habló á su vez, y uno de ellos dijo: Hallo, señores, muy á mal que se haya presentado este nuevo habitante antes de crear el mundo que debe habitar; porque aque lla bola de carton que la otra noche se nos puso de manifiesto, aun

no llega á la octava parte del volúmen de esta estatua.—Excelente observacion es esta, respondió el colega que estaba á su lado; creo, sin embargo, que antes de hacer el nuevo mundo, será menester que nos aseguremos si este habitante es un ser viviente, porque ningunas señales ha dado de vida desde que le vemos aquí. Dirijámosle la palabra, y si responde en francés, le tendrémos por compatriota.

—No es así como debe resolverse este problema, porque el busto pudiera muy bien suceder que estuviera en silencio y mudo por acertarse á ser esta la hora de dormir. Despertémosle y convidémosle á dar una vuelta por el salon; así verémos sus contornos; y diciendo esto se llegó al oido del nuevo habitante, y con voz fuerte le dijo: ¡Andad, amigo, y paseaos! Pero viendo que no se movia del sitio, le dió un empuje por detras que le hizo caer en el suelo hecho pedazos. Despues de haber oido á todos esos oradores, tomó la palabra Mr. Le Grand, y dijo volviéndose á la asamblea.—Si tenia necesidad de añadir otras pruebas sobre mis progresos en la nueva filosofia á las citas que hi-

ce de los autores que he leido, no me faltarian motivos para probar que no soy indigno de la alta consideracion, con la cual me ha honrado la academia. Pero os aseguro, señores, que no he hallado todavía en mis libros se ocupa se la filosofía moderna de crear nuevos habitantes, ni fabricar nuevos mundos; puede que con el transcurso del tiempo se llegue á esto, mas hasta aquí no se ha descubierto ni sido posible descubrir cómo hacer algo de la nada, Al contrario, en donde ha campeado y hecho grandes progresos la nueva filosofía, ha sido en la regeneracion del mundo en que vivimos. Ella es la que demuestra que todo lo que existe debe ser tras tornado y destruido, y hasta ha indica do los medios de conseguirlo. En este estudio que ha sido el objeto de todas mis meditaciones é investigaciones, creo estar tan adelantado, que no dudo en que la academia quedará muy satisfecha del resultado de mis operaciones, mayormente cuando vea que los hombres se despedazan y degüellan como la sardina cuando se prepara con salmuera. Este es un mal necesario é inevitable, porque yo no he podido hallar

los medios de hacer una revolucion y trastorno general sin que los hombres se despedacen entre sí. El principio de la igualdad no puede establecerse sino mediante dar los unos lo que tienen de sobra á los otros que les hace falta. Si Pedro, por ejemplo, tiene la mitad mas de cabeza que Juan, no hay mas que cortar al primero todo el exceso y aplicarlo á Juan para que queden iguales; mas como esta operacion puede presentar el inconveniente de dar á Juan alguna mayor porcion de seso que no á Pedro, no hay mas que hacer sino sacar el seso de ambas cabezas y dividirlos en iguales partes. Este es el mejor modo de consagrar el principio de la igualdad. Lo mismo debe suceder con el sagrado principio de la libertad que yo me propongo establecer en todas partes, aun cuando debiera consumir en ello toda la hacienda que me dejó mi padre. Una vez establecidos estos principios, la felicidad del género humano es indefectible, de suerte que nuestros netezuelos vivirán en un paraiso y lugar de delicias que les habrá preparado la nueva filosofía. ¡Cuántas veces bendecirán á los miembros

de esta academia, sobre todo, á los que acaban de honrarme con la árdua comision de hacer un trastorno universal!

¡Qué júbilo no experimentarán cuando lleguen á saber el título y grado que me habeis conferido, ilustres y amados colegas mios, y la obligacion que él me impone de sacrificar todo mi reposo en procurar el contento y la dicha de todos los hombres! Entonces sí que discurrirán sus dias en pasatiempos, holgando, cantando y bailando, y únicamente por la tradicion llegarán á saber que los niños, las mugeres, y hasta los hombres, lloraban algun dia, al paso que despues de la regeneracion no verterán una sola lágrima. En fin, sabrán que en otros tiempos habia necesidad de médicos, mientras que entonces la salud estará de sobra. Tal es el cuadro exacto de lo que sucederá cuando mi mision se haya cumplido; en tanto que esto no se verifique, preciso es que siga como hasta aquí, pero no está lejos el dia en que lograré regenerarlo todo. Yo dejaré un memorable recuerdo de esta gloriosa época, y desventurado del que no quiera creer en ella. No

desconozco que pasaré en el concepto de algunos por loco ó mentecato, ó visionario de utopias impracticables; pero estas utopias y estos delirios tendrán mas sectarios que todas las doctrinas que se han publicado desde el principio del mundo hasta nuestros dias. Los incrédulos de nuestro sistema verán con sus propios ojos lo que acontecerá en Paris, en toda la Francia, y hasta en las regiones mas apartadas, si se empeñan en oponerse al establecimiento de la felicidad y prosperidad que quiero plantear sobre toda la tierra. La doctrina que yo voy á publicar, yo, héroe político y filósofo moderno, hará maravillas, os lo juro; pero adios, señores, que ya se me tarda demasiado el dar principio á tan nobles y filantrópicas tareas. Que cada uno de Vdes. me dé su bendicion, é yo me iré al momento á dar órdenes para la partida. Tengo ya dispuesto lo mas necesario, que es dinero y ciencia, estos dos elementos bastan para conseguir un completo desórden y trastorno universal.

Dijo; y luego, levantándose el presidente de su silla, abrazó á Mr. Le Grand con la mas tierna efusion de su cora

zon, y le dijo:—Idos en paz. Todos los asociados repitieron las mismas pala bras, y se levantó la sesion.

CAPITULO XIV.

Conversion de Petit-Jean á las ideas de la nueva filosofía.—Llega á ser mas entusiasta que su amo.—Venta del coche.—Mr. Le Grand compra caballos para hacer el viaje.—Toma otro criado.—Coloquio entre éste y Petit-Jean.

Al amanecer, el héroe y su criado salieron para no volver de la academia de los filósofos modernos. Así que llegaron á la fonda, Mr. Le Grand confirió poderes á Petit-Jean para que pudiera practicar en su nombre todo lo que fuera concerniente á sus asuntos, no siéndole posible á él ocuparse en esto, por llamar con preferencia su atencion la grande obra de la regeneracion de la especie humana.—Ahora bien, querido Petit-Jean, le dijo el héroe, ¿conoces tú si he hecho progresos en la nueva filosofía? Dime francamente el concepto que has formado de mi saber y de

los medios que me he propuesto emplear para llevar á cabo tan grandiosa empresa.

—Permitid, querido amo, os responda con otra pregunta. ¿Todos los libros que habeis citado en la academia, los leísteis impresos ó manuscritos? En este último caso, debo suspender mi juicio; pero al contrario, si los habeis leido en letras de molde, entonces sí que creo en todas estas doctrinas, porque son la expresion de la opinion de los autores, y de los censores que han aprobado su publicacion.

—Tienes razon, Petit-Jean, yo pensaria del mismo modo que tú si no hubiera leido estas doctrinas en libros impresos. Estos merecen mucha mayor fé que los simples manuscritos; si así no fuera, se seguirian muy graves inconvenientes.

—Pues siendo así, repuso el ayuda de cámara, creo en todo lo que enseñan estos libros, ya que han sido publicados con aprobacion; y á la verdad, es cosa que pasma, ver cómo el mundo se ha extraviado y sido conducido por el error hasta el dia presente. Bien sabeis que no habia leido mas que los libros

de la biblioteca de vuestro difunto padre. ¡Ay del pobre señor! ¡Y cómo se fué de este mundo sin haber conocido la verdadera luz! Y lo mismo aconteciera á mí, si vos no me hubiérais facilitado la entrada en la academia y hecho participar de las seis sesiones á que hemos asistido. Muy bien acertábais en decir que una semana bastaba para iluminarme. ¡Qué diferencia encuentro entre lo que era y lo que soy! Confieso, querido amo, que es tan grande, que ni yo mismo me conozco.—Ya ves, Petit-Jean, que no me engañé en anunciarte que dentro poco pensarias de muy diferente manera.—Es verdad, respondió el criado; pero yo jamas me hubiera reengendrado si no asistiera á las sesiones de la academia. Allí es donde he aprendido á conocer el grande error en que habiamos vivido. ¡Qué lástima es que por todas partes no se establezcan academias semejantes, para disipar las tinieblas en que se halla envuelto el género humano! ¡Y que sea preciso aun ocultarse bajo de tierra para ilustrar á los habitantes de ella! ¡Oprobio y baldon del siglo! Me parece, querido amo, que me intereso, si cabe, mas que vos,

en la regeneracion del mundo: así, ambos trabajarémos á porfía para conseguirla. Vos haréis conversiones é yo tambien, y los que convirtamos nosotros, convertirán á otros á su vez. Yo predicaré por todas partes que hemos vivido en el error, y que nos han engañado del mismo modo que los mercaderes chinos engañan á todo el mundo.

Pensemos, de consiguiente, en los preparativos del viaje, porque conviene dar principio á él desde luego; mañana lo mas tarde nos proveerémos de caballos y de todo lo que sea menester para esta grande obra. Harémos cosas tales, así lo espero, que el mundo conservará de ellas inmortal memoria.

—Deja que te abrace, querido Juan, porque me gusta llamarte ahora como te llamaba cuando eras compañero de los juegos de mi infancia. Tu conversion me hace dichoso. Ya te dije que en una semana aprenderias lo que para saberlo me ha costado á mí toda la vida. Muy sensible me era verte en la mayor ignorancia á pesar de las buenas disposiciones de que te habia dotado la naturaleza. En la importante comision que me ha sido confiada por los acadé-

micos, tu conversion acaba de llenar mis votos; ya no temo ahora que la obra de la regeneracion quede defraudada ó imperfecta; el mundo en que vivimos, y hasta los habitantes de la luna, si los hay, se convertirán á la evidencia de las doctrinas de la nueva filosofía. Cuento que secundarás mis esfuerzos, y tal vez, que me aventajarás....

—Aun no lo sabeis todo, repuso Petit-Jean; mi carácter es mas fogoso y entusiasta que el vuestro, y no soy hombre que deje las cosas á medias. El que quiera entrar en nuestro gremio, será muy bien recibido; pero ¡ay del que se oponga á él y á la propagacion de sus doctrinas! Yo le haré beber hasta las heces el cáliz de mi furor, porque harto irritado estoy de que hasta aquí se nos haya engañado tan torpemente. ¡Toma! se nos hacia creer que debiamos morir, y nada decian de la transmigracion; y solo suponiendo que esta era la opinion de Pitágoras, ocultaban bajo un velo misterioso las poderosas razones que demuestran la verdad en que se funda. ¡Esto es una infamia! ¡Tampoco se nos habia revelado que podiamos andar á gatas! Esto es un horror,

una burla y engaño manifiesto. Tentaciones me asaltan de no cenar esta noche, y promover un alboroto y desórden en las calles de Paris, tal y tan grande, que por ahí empiece la regeneracion. Ganas tengo tambien de hacer pregonar por todos los ángulos de la capital que vayatodo el mundo á instruirse en la nueva academia. Debiera yo....

—Despacio, Petit-Jean, déjate de bravatas, y acuérdate del juramento que hiciste al entrar en la academia. Tú eres de temperamento vivo y colérico, y que te llevaria demasiado lejos si no te dejaras guiar de mi prudencia; haz que traigan la cena, despues descansarémos, y mañana te otorgaré cumplido poder para que puedas hacer en mi nombre todo lo que fuere menester para el buen órden y administracion de mis caudales. Lo que importa es que no estemos desprovistos de dinero, mediante el cual se allanan las dificultades.

El dia siguiente por la mañana se fueron en casa del escribano que estaba mas inmediato á la fonda: arreglaron sus asuntos, y Petit-Jean preguntó á su amo luego que salieron, si iria á comprar los caballos y demas que fuera

necesario para partir y empezar la regeneracion universal. Mr. Le Grand respondió que no llevaba bastante dinero, y le encargó de nuevo la prudencia y circunspeccion en todo; Petit-Jean no se curaba de esto, antes al contrario, era de parecer de batir el hierro mientras ardia, porque decia que podia haber peligro en la tardanza.

El héroe mandó á su criado que volviera á la fonda, y le dió las llaves de sus cofres y maletas para que examinase y se pusiese al corriente de todos sus papeles. Despues se fué á ver algunos amigos á fin de despedirse de ellos antes de emprender el viaje, sin que por esto les comunicara sus proyectos, por cuanto habia muchos de ellos que no estaban iniciados en los secretos de la academia. Luego que llegó Petit-Jean á la fonda, quedó sorprendido de ver el gran caudal de que podia disponer mediante los poderes que le habia conferido su amo, y entonces vino en conocimiento de las notables ventajas que ofrecen para viajar las letras de cambio. El taimado Petit-Jean no dejó, previendo lo que podia suceder, de proveerse de armas de fue-

go, en especial de pistolas y carabinas: en cuanto á armas blancas, no quiso comprar, y se contentó con seis floretes que pensaba llevar ocultos. Petit-Jean era hombre de coraje, bien que de talla mucho menos que mediana, y poco temeroso y mirado en puntos de honor.

Al volver de sus visitas, entró Mr. Le Grand en el cuarto en que estaba Petit-Jean poniendo las cosas en órden. —Me alegro, le dijo su amo, de haberte dado mis poderes; y de aquí en adelante, ya no tienes que hablarme de cosa alguna relativa á mis negocios. Haz y gobiérnalo todo como mejor te parezca, y procura principalmente preparar lo todo para el viaje, pues tendrá lugar dentro tres dias. Este tiempo lo aprovecharé en escribir algunas alocuciones y proclamas, y hacer lo demas que convenga y tenga relacion con mi mision regeneradora.

—Esto me place: decís que partirémor dentro tres dias, ¡ojalá fuese mañana! pues ya se me tarda el dar principio al viaje. Diciendo esto salió el criado del cuarto y fué á dar órdenes al coche

ro para que tuviera dispuesto el coche. Le mandó tambien que le acompañara inmedtatamente en casa de algun muletero ó mercader de caballos; llegaron allí con la mayor presteza, y luego, bajando Petit del coche, propuso al mercader si le queria comprar el coche tal cual estaba, ó trocarlo por tres buenos caballos, de los cuales el primero debia ser de superior calidad, y los otros dos algo inferiores. El mercader respondió que no podia dárselos enjaezados hasta el dia siguiente por la mañana; pero que tomaria en cambio el coche ó lo compraria. Petit le encargó tambien que les buscase un palafrenero de toda confianza, y se despidieron quedando en volver al dia siguiente.

El cochero y lacayo preguntaron á Petit qué queria hacer de ellos.—Nada, respondió el criado, antes bien queremos deshacernos de vosotros, y así, teneos por despedidos desde aquí en adelante, pero contad en que ademas de vuestro salario, recibiréis una buena gratificacion. De paso compró tambien algunos cofres y otros utensilios de que necesitaban para ponerse en camino, y por fin, así que llegaron á la fonda, ar-

regló y pagó las cuentas á los demas criados, y les despidió.

El dia siguiente á la hora indicada, volvió Petit en casa del mercader de caballos, compróle tres, de los cuales quedó muy satisfecho, y queriendo sondear un poco las opiniones del palafrenero que tambien habia tomado para cuidarlos el mercader, le llamó aparte mien tras estaban en la caballeriza, y empezó con él el diálogo siguiente:

Petit. ¿Cómo te llamas?

El criado. Señor, me llamo Jaime Condorcet.

Petit. Me gusta tu nombre, y creo que mi amo tendrá conocimiento de álguien de vuestra familia que se ha hecho famoso como filósofo.

Jaime. ¡Ah! ¡ah! Este será un hombre original, un pariente que ninguno de los demas le puede ver. No penseis que yo sea tan extravagante, aunque pertenezca á la misma familia.

Petit. ¿Qué dices? Mi amo pretende y está en el concepto de que es uno de los hombres mas sábios é ilustres del siglo. En llegando á saber que tú eres su pariente, puede ser que se le vuelva el juicio de puro contento.

Jaime. ¡Oh! En que es mi pariente, no hay duda, pero se ha empeñado en sostener las mayores locuras y disparates.

Entre otras me acuerdo haberle oido afirmar que el hombre, segun la nueva filosofía que él dice que profesa, no debe morir jamas. ¡Qué tal! Juzgad por la muestra si merece que le encierren en una casa de orates.

Petit. ¿Y qué sabes tú? Ten entendido que mi amo piensa como tu pariente, é yo como mi amo.

Jaime. No hay mas que oir á mi pariente para conformarse con su opinion. A mí me ha sucedido esto varias veces; pero cuando estoy lejos de él me asaltan mil y mil dudas.

Petit. Esto es otra cosa. Quieres decir que como te falta cierto fondo de instruccion.... lo mismo sucedió conmigo; pero á fe que ahora no estoy dudoso, porque muy bien me han despavilado los ojos.

Jaime. ¿Qué estabais por ventura ciego?

Petit. Si á fé, ciego era en este punto, y en muchos otros que profesa tu pariente.

Jaime. Razon teneis; el hermano de mi padre habla tambien de....

Petit. ¿Cómo? Mr. Condorcet es hermano de tu padre? ¿Con que eres su sobrino? ¡Ah! qué alegre estará mi amo cuando sepa tu estrecho parentesco con Mr. Condorcet.

Jaime. Decia que mi tio pretende que el hombre despues de muerto y sepultado puede transformarse en perro, caballo, ó lo que quisiere.

Petit. ¡Toma! Esto es lo mismo que afirma mi amo. Por algun tiempo yo no pensé en nada de esto, pero al presente me ocupo bastante en lo que seré despues de muerto.

Jaime. Si yo puedo resucitar, ya tengo determinado lo que seré.

Petit. ¡Hola! ¡Ya! Me gustara saberlo.

Jaime. Yo os lo diré; quiero convertirme en gato angora como el que tiene mi madre en casa: porque quiero que sepais que los mejores bocados se chupa, y cuidan mucho mas de él que de mí.

Petit. Adelante, ya veo que no tengo necesidad de preguntarte mas, pues to que estamos conformes.

Jaime. ¿Qué quereis decir?

Petit. Que hay simpatías entre nosotros y convenimos en nuestras opiniones y modo de pensar.

Jaime. ¡No lo dudeis! Yo os doy mi palabra de estar siempre de acuerdo con vos, ¿qué me importa esto, toda vez debemos vivir juntos?

Petit. Está bien; pero no basta estar de acuerdo conmigo, es menester que lo estés tambien con mi amo.

Jaime. ¿El amo tiene el genio muy malo?

Petit. No, no: Tambien es un buen Juan, á lo que creo se da la mano con tu tio.

Jaime. Basta, harto habeis dicho para mi gobierno.

Petit. Mira que debemos entendernos. No te hemos tomado para que sirvas al amo en Paris: al contrario, para que nos acompañes en nuestro viage, que tal vez tendrá principio mañana.

Jaime. ¿Y tardarémos mucho en volver?

Petit. Nada sé amigo, quizá no estamos seguros de la vuelta.

Jaime. ¿Y podríais indicarme á donde vamos?

Petit. No, porque el amo no me lo ha dicho todavía.

Jaime. ¿Y tampoco sabeis lo que harémos?

Petit. Nada sé.

Jaime. Ya veo que el amo es discreto, pero poco me importa; vamos á donde quiera, que todo el mundo me es patria.

Petit. Pues bien, no hablemos mas de ello; procura cumplir tu deber, y haz sobre todo que los caballos estén aparejados.

Petit-Jean dejó al sobrino de Condorcet para ir á dar cuenta á su amo de todo lo que habia hecho, y del criado que habia tomado para su servicio, pero Mr. Le Grand que estaba algo mohino del trabajo que le habian costado sus proclamas y alocuciones, le recibió muy mal, y dijo enojado:—Vete de aquí, ya te habia advertido que no me interrumpieses, y haz que todo esté dispuesto para emprender mañana el viaje.

El criado encorvó los hombros, salió del gabinete de Mr. Le Grand, y fué á preparar lo necesario para la marcha. Por la noche, así que acabaron de ce

lon, ¿olvidaste las órdenes del amo para entregarte al sueño lo mismo que si nada tuvieras que hacer? Vé al momento, salta de la cama y trae una luz y agua fresca para que pueda restañarme la sangre, porque si el amo despierta y no encuentra las balijas y provisiones hechas, y los caballos dispuestos, no te salvará de su cólera el estrecho parentesco con Mr. Condorcet. Jaime medio dormido se vistió apriesa, salió del cuarto, fué á buscar una luz, y viendo á Petit-Jean bañado en sangre, quiso, sin que éste lo advirtiera, divertirse un rato á su costa. Puso una rodilla en tierra, y con aire compungido le pidió perdon del mal que involuntariamente le habia causado, asegurándole que hubiera preferido verter una azumbre de la suya, por cada gota que salia de la nariz de Petit-Jean. Pero decia para sí; ¡Ah, miserable villano, las tripas debieras de arrojar por la nariz! de este modo tendrias mas cuidado de los criados que se acuestan á media noche, y vienes tú á despertar una hora despues. Como Petit-Jean no habia oido mas que las primeras excusas, quedó satisfecho y sosegado; por fin, los dos criados se

palafrenero, y mañana partirás conmigo en la antecámara las funciones de criado. De este modo nos harémos iguales poco á poco, despues ya nos igualarémos mas. Jaime, que era muy dormilon, con el resplandor de la luz que Petit Jean puso delante de él despertó sobresaltado, y queriendo sentarse en la cama y levantarse precipitadamente, dió de cabeza con la nariz de Petit-Jean, hizo caer la luz de la mano de éste y quedaron los dos á oscuras. Aquí fué el alboroto y gritería; ambos se injuriaban á porfia y decian mil vituperios, al paso que ni uno ni otro se entendia: tanta era la priesa y enojo con que hablaban.—Majadero, decia Petit-Jean, tú me has roto la nariz y ahora se me deshace toda en sangre. ¡Ah cuitado de mí! cómo será posible partir á las cuatro de la madrugada segun habia mandado el amo.

—¡Pardiez! ¿Y dónde estoy yo? decia Jaime. Creerias como estaba ahora soñando que me hallaba en casa de mi madre, y andaba corriendo tras del gato que se llevaba una morcilla destinada para mi almuerzo.—Mal haya tú y el gato, respondió Petit-Jean. Dí comi-

nueva doctrina, y qué maravillas no ofreceré! *Jam nova progenies descendit ab alto.* Ahora si que diré por todas partes que no hay necesidad de comer para vivir, sino de vivir para comer, y lo que es mejor, sin trabajar; que todos somos iguales, sin respecto á sexo, edad, estatura, nacimiento, ni nada; que de aquí en adelante podrémos vivir como se nos antoje, y cada cual con su cada cual, quiero decir, que podrá hacer duradero el género de vida que hubiere adoptado tanto tiempo como él quisiere, salva empero la libertad de mudar la condicion y estado de hombres y transformarse en peces ó reptiles. Pronto podrémos convertirnos en ballenas ó en pájaros, ó pajarracos terrestres y acuáticos, y lo mas singular, el sentimiento que tendrémos de habér vivido hasta aquí de un modo tan poco conforme á nuestra naturaleza. Ea, querido amo, adelante, ahí teneis la ropa: voy ahora á traeros el desayuno, y bajaréis luego en la caballeriza á ver los caballos que ayer compré, y el mozo que de acompañarnos para servirnos de palafrenero en nuestro viaje. Es nada menos que sobrino de Mr. Condercet, de quien

tantas veces se hizo honorífica mencion en la academia.

Mr. Le Grand estaba sobremanera gozoso de oir á Petit-Jean como razonaba sobre la filosofia moderna, pero no pudo dejar de interrumpirle, cuando le dijo el nombre del mozo que habia tomado para palafrenero.—¡Qué es lo que dices! exclamó, ¿y acaso está el sobrino iniciado en las doctrinas de su tio? ¿Habrá tomado algunas lecciones de él sobre la filosofia moderna?—Y tal si lo está y sí las ha tomado, si casi la sabe toda de memoria; pero lo mas singular es que hasta que yo le he convertido no hacia caso de ella. ¡Vah! que mentecato, ¿no es verdad, querido amo?—¿Y cómo lo hiciste tú para convertirle en tan poco tiempo.—¡Toma! ¿cómo lo hice? Estábamos hablando en la caballeriza, y al mismo tiempo que dabamos un pienso á los caballos, le iba trayendo á la memoria las doctrinas de su tio; luego empleé alguna de aquellas palabras mágicas que habia aprendido en la academia, y en fin, se obró el milagro ni mas ni menos que si hubiera salido de las tinieblas á la luz, ó le amaneciera en mitad de la noche.—Así es como

se verificará la conversion del mundo, cuando yo dé principio á la predicacion que tenemos proyectada. Pero es tarde, y así traeme el desayuno, y pon en órden todos mis papeles y efectos, á fin de partir al momento.

Poco despues bajó Mr. Le Grand para subir á caballo. Este era un alazan negro como un azabache, cuya crin le cubria todo el pecho, y la cola impedia quese le vieran hasta las herraduras. Todos los aparejos eran de un gusto exquisito, y estaban guarnecidos de plata. El fondista y todos sus criados no cesaban de elogiar al caballo; pero el amo se mostraba indiferente, como para dar á entender que ya estaba acostumbrado á tenerlos buenos. Habiendo preguntado al primero si estaban corrientes de la cuenta, se despidieron haciendo éste mil cumplimientos, y confundiendo á Mr. Le Grand con palabras de ofrecimiento y sin cesar de llamarle el marques. El héroe ordenó á Petit-Jean que distribuyera entre los criados algun dinero por vía de agujetas, y entonces empezaron otros nuevos saludos y cortesías que en accion de gracias estos le hacian á porfía.

En esto Jaime hacia de escudero teniendo del estribo á su amo, el cual montó á caballo; y se fué seguido de sus dos criados. Así que salieron de la ciudad:—¿Qué camino tomarémos? le preguntó Petit-Jean.—¿Eres tú por ventura quien ha de escojer el camino? le dijo Mr. Le Grand algo enojado.—Ya sé que he de ir tras de vos donde quiera que vayáis, pero lo preguntaba para poderos estar cerca y ayudaros en caso que el caballo diera algun mal paso.

Los tres viajeros caminaron como una legua sin hablar palabra, hasta que cansado Mr. Le Grand del silencio llamó á su lado al sobrino de Condorcet y le preguntó si era miembro de esta familia.—Sí señor, respondió Jaime, sobrino soy de aquel que lleva mi mismo apellido, y cuyos estudios le granjearon el título de filósofo.—Y puedes añadir, repuso Mr. Le Grand, de filósofo moderno.—Por lo comun llamaban á mi tio uno de los filósofos del dia.—Así es; nosotros hemos estudiado en unos libros que han sido desconocidos hasta el presente; por medio de ellos hemos llegado á descubrir los grandes principios de la libertad é igualdad, que con el

tiempo, y á no tardar, transformarán al mundo en un paraiso y lugar de delicias; pero para ello hemos de hacer un general trastorno y revolucion en todo lo que existe; en una palabra, felices podemos apellidarnos nosotros porque hemos nacido en un siglo que con razon se llama de las luces, y somos llamados para regenerar la especie humana. Mas dejemos esto á un lado, y dime, ¿con qué condiciones te has ofrecido á servirme?—Señor, no con otras que las de comer y dormir, y ganar cien escudos por vía de salario.—¿Y por lo que toca á vestir? repuso Mr. Le Grand.—Para esto pedí mi salario.—Está bien, todavía quiero mejorar tu condicion: tú vestido corre tambien de cuenta mia; ganarás cien doblones, y ademas, los gajes de costumbre.

Jaime no estaba muy contento, creyendo que las habia con dos locos, pero el salario de cien doblones, le hizo abrir los ojos y discurrir muy de otra manera.—Qué se me dá á mí de sus delirios, decia Jaime consigo mismo; si me acompaño con tahures y gente perdida, nada gano. De aquí, por lo menos, siempre saldré ganancioso. Adelante, pues al

fin y al cabo, todo ese mundo no es mas que una gran casa de orates.

Mientras que Jaime discurria así, Petit-Jean se llegó al amo y le dijo:—¿Habeis mirado á ese hombre que labra la tierra? ¡Vaya! y con qué gusto trabaja, ¿y no véis un poco mas allá á otro que está holgando y no hace mas que observar?—Es verdad, Petit Jean, respondió el héroe, he aquí una de aquellas desigualdadades que no me es posible tolerar. Aquí se me ofrece oportunidad de enderezar un tuerto, y dar principio con él á la regeneracion universal. Mr. Le Grand picó las espuelas al caballo, y llegó muy pronto al lugar en que se hallaba el labrador.—¿Qué es lo que haceis, buen hombre? le dijo.—Bien lo estais viendo señor, respondió el campesino: estoy trabajando segun las órdenes que me ha dado el dueño de este campo que es el que allá véis. —¿Y por qué no trabaja él como vos? añadió Mr. Le Grand.—Porque no lo necesita. Como es muy rico, harto hace en darnos ocupacion y pagarnos el jornal tanto á mí como á los demas labradores del lugar, de lo cual le estamos todos muy agradecidos, porque así nos halla-

mos en estado de poder alimentar nuestras familias.—De hoy mas, tampoco necesitaréis trabajar para vuestro sustento, lo mismo que ese rico aldeano. —¡Es posible señor! ¡Oh, si fuera verdad que tuviéramos esta dicha!—¡Cómo si la tendréis! Desde este momento. Haciendo entónces avanzar á su caballo, se puso delante del aldeano y le dijo:

—Vos que sois el propietario de esta quinta, ¿pensais acaso que os está bien vivir ocioso, mientras este desdichado suda y se afana en labrar vuestra heredad?—Sí señor, respondió con frialdad, para esto le pago el jornal.—¿Cómo os atreveis á responder de esta suerte, no habrá tal vez llegado á vuestros oidos que acá en el mundo todos somos iguales?—Perdonad, señor, replicó el aldeano, muy bien sé que todos los hombres son iguales en cuanto á nacer y morir, pero sé tambien que esta igualdad no existe en los demas.—Amigo, vos vivís equivocado, y os lo haré ver. Tomad desde luego estos instrumentos de labranza, yo os lo mando, y trabajad con ellos la tierra mientras tanto que descansa el colono, y en adelante pro-

seguid alternando de este modo; y obedeced sin réplica.

Atónito el criado de ver cómo practicaba su amo los principios de su doctrina filosófica, se sintió como enardecido tambien, y dijo al aldeano:—Verdad es lo que dice mi amo, y por lo que decís, se vé ignorais la nueva era que va á empezar para nosotros, y en la cual no ha de haber diferencia ni distincion alguna de persona á persona, ni de clase á clase. El pobre jornalero es vuestro semejante, y es muy justo que si él ha trabajado hasta aquí por vos, trabajeis vos por él de aquí en adelante; porque no se debe holgar ó vivir sin trabajar, mientras que estamos obligados á trabajar para vivir. Esperemos el dia en que todos podrémos vivir sin necesidad de trabajo; en tanto que llega, que se entregue al descanso por igual tiempo al que ha empleado en trabajar por vos.—Ya lo véis, repuso Mr. Le Grand; manos á la obra y quedad con Dios.

El propietario, que conoció por lo que le habian dicho los dos viajeros, que estos no tenian el entendimiento

muy sano, temió oponerse á sus razones, y así, tomando la arada, les dijo:—Señores, presto veréis que no me asusta el trabajo: mediante él he adquirido una parte de los bienes que poseo, habiendo heredado lo restante de mis padres, á quienes les costó tambien su sudor; ni conozco yo otros medios de enriquecerse los hombres.

—¡Hola! interrumpió Mr. Le Grand. ¡Conque vos sois rico y poseeis bienes, mientras que este desdichado jornalero no sabe de qué comer! Ahora bien, quiero que estos bienes se dividan en partes iguales, y que la una sea para él.—Segun vuestro principio sobre la division de la propiedad, me será tambien lícito pediros que me dejeis vuestro hermoso caballo para pasearme con él por estos alrededores.—¡Vaya! ¿Y por qué no? Para daros una prueba y ejemplo de lo que digo, quiero que subais en mi caballo, y aun teneros yo el estribo. No se hizo de rogar el aldeano; apenas se apeó Mr. Le Grand que subió sobre su caballo, y queriendo dar á entender que no era mal ginete ni desconocia las reglas de equitacion, dió de la espuela al fogozo alazan, y partiendo á todo galo-

pe le perdieron de vista á pocos instantes.

El taimado Jaime creyó desde luego que el caballo no parecia ya mas, y con la esperanza de alcanzarle todavía:— ¡Animo, Petit-Jean! exclamó, y sígueme: en una ocasion tan crítica no debemos estarnos mano sobre mano; el caballo de Jaime iba cargado con las balijas de los viajeros, y las ollas de cobre donde llevaban las provisiones; de modo que en mitad de la carrera se chocaron con tanta violencia, que los caballos espantados con tan gran ruido tascaron el freno, y se pusieron á correr á todo escape. Petit-Jean, que no era muy buen caballero, se desgañitaba gritando: ¡ayuda, ayuda! y Jaime le respodia que aflojara la rienda. Habrian andado como tres millas cuando llegaron á un valle, desde donde tampoco pudieron descubrir el menor vestigio del aldeano, ni del caballo de Mr. Le Grand.

Petit-Jean, un poco mas sosegado, se volvió á Jaime y le dijo mostrando valentia: Saca dos de esos palos que llevamos de florete, tu te servirás del uno y yo del otro, y vamos al momen

to á atravesar á ese bribon que tenemos delante.—¿Dónde está que yo no lo veo? —¡Toma! Yo tampoco; pero delante de nosotros ha de ser.—Esto no es posible, respondió Jaime Condorcet.—Tal vez se habrá escondido por ahí repuso Petit-Jean. Entonees le buscaron, y recorrieron gran trecho de tierra, aunque inútilmente, hasta que cansados ya, tomaron el partido de volverse. Al verificarlo vieron que venia á su encuentro Mr. Le Grand montado sobre su mismo caballo. Así que pudo hacerse oir la voz, le dijo Petit-Jean.—¿Y dónde habeis podido alcanzar al bribon?—Mira como hablas Petit-Jean: aquí no ha habido ningun bribon, ni es de sospechar que lo sea un hombre tan acomodado y rico: su intencion no ha sido otra que la de probar la marcha de mi caballo, y luego me lo ha devuelto tomando él otro camino. Esta es la razon porque no le habeis encontrado. Por lo demas, antes de separarnos le obligué á dividir sus bienes con aquel pobre jornalero que labraba la tierra por su cuenta. Este me miraba y hacia ademan de no creerlo, pero el aldeano que lo advirtió, dijo: no temas ni te inquie-

tes, que esta division será firme y valedera; escoge la porcion que quieras, y si te ves perplejo, echarémos suertes.

—Por el Dios que me crió, exclamó Petit-Jean, ¡y con cuánta facilidad estamos expuestos á engañarnos en este mundo! Ved ahí que habiamos tomado ese aldeano por un ladron, y es un hombre honrado. ¡Cuántas veces toparémos con otros que parecerán hombres de bien y serán unos bribones! Pero ahora se me ofrece una duda, y es que probablemente el jornalero no querrá dividir la porcion de bienes que le ha tocado del aldeano con otro vecino, y de consiguiente, tendrémos violado de nuevo el principio de la igualdad.—Un poco habrá de eso al empezar, porque se les hará á las gentes muy cuesta arriba el desprenderse de lo suyo; pero una vez hayan tomado el hábito y costumbre de repartírselo todo entre sí sin tener apego á cosa alguna, quedarán desvanecidas estas dificultades.

Oyendo Jaime hablar de esta suerte al amo y al criado, creyó que los dos habian perdido el juicio, y estaba ya por decirles que tanto el aldeano como el labrador se reian de ellos á su costa,

hasta que pensando mejor, discurrió así:—¿Qué me importa su locura? Si trato de hacerles conocer sus errores y disparates, á buen seguro que me despedirán, y luego tendré que buscar acomodo en otra parte; y en el dia reina tanto la codicia, que tengo por cierto que en ninguna parte hallaré tan buen salario.

Los tres viajeros habian andado algunas millas, cuando Petit-Jean dijo á su amo que la carrera que habia hecho á galope le habia excitado el apetito, y así creia conveniente que hicieran alto para sacar algo de las provisiones que llevaban de reserva.—No piensas mal, respondió Mr. Le Grand, pero mejor seria diferirlo para otra ocasion. No podemos distar de alguna venta ó poblado, y en llegando, donde quiera que sea, harémos que nos preparen una buena comida, y se dé un pienso á los caballos; porque seria mal caso y nos acreditariamos de inconsecuentes en nuestros principios si hiciéramos ayunar á estas pobres bestezuelas, mientras que nosotros comemos.

Apresuró entonces el paso toda la cabalgata, y no tardó en llegar á la posa-

da del primer lugar que hallaron en el camino. Luego que se apearon, pidió Mr. Le Grand un cuarto, y así que subia en él, observó en un pajar á mano de la escalera, un galgo atado con una gruesa cadena, viendo lo cual, exclamó: —¡Oh, libertad! ¡Oh, sacrosanta libertad! ¡cuán lejos están los hombres de conocerte! ¡Maldicion al primer tirano que usó de las cadenas para aprisionar á alguno de los séres dotados de vida! Y tú, perro fiel, que como una mansa oveja sufres sin gemir y sin quejarte las sinrazones que se te hacen, pide justicia al que pueda hacértela; si te dan la libertad, no harán mas que otorgarte un don el mas precioso, y del cual nadie tiene derecho de privarte. Mientras Mr. Le Grand discurria así, abrió el candado que estaba al cabo de la cadena, y el perro se fué á sus anchuras. —Vé, le dijo el filósofo, vé, animal inocente, y goza de la sagrada libertad, de la cual no se te puede privar sin una escandalosa infraccion de los sublimes principios de la nueva filosofía. En seguida pidió al mesonero que trajera de cenar para él y sus dos criados.—No hay inconveniente, respondió el meso-

nero, pero si deseárais comer en compañía, ha llegado un personaje que se dirige á Paris, y podriais cenar juntos. En cuanto á vuestros criados, lo pasarán bien, y si quereis, cenarán con nosotros.

Mr. Le Grand aceptó la oferta, y á la hora que avisaron, se juntaron los dos huéspedes por la primera vez, y despues de los cumplimientos y cortesías de costumbre, tuvo lugar entre ellos el siguiente coloquio.

Mr. Le Grand. El mesonero acaba de noticiarme que volveis á Paris; yo salí de allı esta mañana, y así, puedo daros noticias frescas.

El caballero. Os lo agradezco, pero cabalmente estoy en correspondencia con todos los ministros é impuesto por consiguiente de todo lo que ocurre. Lo que deseo, despues de la grave comision que se me ha encomendado, y la cual me ha hecho recorrer casi toda la Francia, es poder llegar y descansar en el seno de mi familia,

Mr. Le Grand. No dudo que habeis desempeñado muy bien esta comision, y así os la recompensará el gobierno como mereceis.

Caballero. Pues, señor, lo que yo siento es que no he podido desempeñarla, aunque estoy persuadido que el hecho cuya investigacion me estaba confiada no era sino muy cierto.

Mr. Le Grand. Como supongo que vuestra comision se halla envuelta en algun gran misterio, no me atrevo á preguntaros los motivos que tuvisteis para andar con tanta precaucion.

Caballero. Me figuro que hablo con un sugeto de confianza, y de consiguiente, no vacilo en manifestaros el objeto de comision. Esta consistia en que habia llegado á noticia del gobierno, que en todas las provincias del reino se habia repartido un número considerable de libros subersivos é inmorales, y se me confirieron plenos poderes para perseguir á los autores y espendedores de ellos.

Mr. Le Grand. Permitidme que os pregunte hasta dónde habeis podido llenar vuestra mision.

Caballero. He aquí lo que causa mi sentimiento. En manera alguna he podido hallar el hilo de esta trama. Me ha sido imposible descubrir la persona que ha enviado estos libros desde Paris, ni

los corresponsales que los han recibido, y finalmente, hasta aquellos que los leen. Me han dicho que están obligados por juramento á guardar en todo el mayor secreto bajo las amenazas mas severas.

Mr. Le Grand. A la verdad, siento que no hayan llegado á vuestras manos alguno de los libros que decis; quién sabe si hubierais encontrado en ellos algo de bueno en favor del género humano.

Caballero. Si así fuera. no debieran hacerlos circular en secreto y bajo juramento. No amigo, no creais esto, antes bien, debeis estar persuadido de que estos libros tienden á trastornar el gobierno, y promover una general revolucion en el reino. Acabo de recorrer toda la Francia, y he observado en ella el movimiento y progresos del comercio, de las artes y de la industria. Todo el mundo está conteto y bendice al soberano que nos ha procurado tanta dicha. Ya véis que si no se detiene con mano fuerte el libre curso de estas obras, no podrémos despues llegar á tiempo de conjurar la tempestad que amenaza. Esta idea me extremece, y os aseguro que si estas gentes caen en mis manos, haré que expien su audacia y temeridad.

Mr. Le Grand. ¡Guai! ¿No mas que por hacer un comercio de libros?

Caballero. Sí señor; advertid que son libros subversivos que proclaman la anarquía y el desórden; y que por consiguiente debieran ser abrasados antes, no caerán en manos de la juventud sin experiencia, que se deja deslumbrar fácilmente con esperanzas que jamas se cumplen. Dejemos esto, porque no soy dueño de mí mismo cuando considero que hay entre nosotros algunos hombres que no tiemblan de espanto al pensar en los peligros de una revolucion.

Mr. Le Grand. Si vos lo hubiérais leido, quizá hablaríais de ellos de otra manera.

Caballero. Y vos, ¿qué los leísteis?

Mr. Le Grand. Eso no; pero aun que así fuera, no os lo confesaria, porque harto apego tengo aún á la vida para que procure evitar el ser ahorcado.

Caballero. Algo sabeis, amigo; habladme con franqueza. A ver, decidme quiénes son estos miserables que quieren esparcir nuevas doctrinas por toda la Francia.

Mr. Le Grand. Lo que diré es que

voy tambien á recorrer todo el reino, pero con muy diferente motivo, y que si oigo algo relativo á estos libros tendré un gusto especial en anunciároslo.

Caballero. Siendo así, lo mejor será que os dirijais á uno de los ministros de Estado, pues este será uno de los medios mas seguros para poder conseguir nuestro objeto.

En seguida se despidieron los dos huéspedes, y retiraron cada uno á su cuarto á fin de descansar.

CAPITULO XVI.

Lo que sucedió á consecuencia de la libertad dada al galgo, y coloquio que con este motivo pasó entre amo y criado.—Principios de la igualdad observados por los tres viajeros al cenar y acostarse.—Mr. Le Grand es encarcelado en Lila, y poco despues puesto en libertad.

Algun tiempo despues que partió el comisario del gobierno, Mr. Le Grand dió órden á Petit-Jean de tenerlo todo dispuesto para salir de la posada. Estaban ya á punto de marchar los tres

viajeros, cuando entró el comisario de policía acompañado de gendarmes é intimó al posadero que hiciera efectiva la multa de doscientos francos, para indemnizar, por órden del juez de paz del distrito, los daños causados por el perro de la posada en algunas reses del rebaño del señor René. El perro, añadió el comisario, ha muerto veinte carneros, ha mordido al pastor, y gracias que se hallaba allí un cazador que le ha muerto de un tiro, si no tendríais que pagar una suma mucho mas considerable.

El posadero no pudo menos de extrañar lo que acababa de oir, sabiendo que su perro estaba siempre junto á la escalera, y atado con una gruesa cadena; pero así que subió y halló la cadena y el candado en tierra, prorrumpió en imprecaciones, y volviéndose al comisario, le suplicó que le concediera algun plazo para pagar la multa de doscientos francos, puesto que no los tenia, y esperaba recogerlos de los primeros viageros que se detuvieran en la posada. El comisario no quiso consentir en esto, y amenazó con la cárcel al posadero y á su familia: entonces subió

de punto el clamor y la confusion. La posadera se volvió al comisario y le dijo que si á la sazon no tenia dinero, tampoco podria procurárselo en la cárcel; sin embargo, añadió, si pagamos la multa, tambien estaréis obligados á restituirnos el perro.

Mr. Le Grand dió órden á Petit-Jean de pagar los doscientos francos inmediatamente, prévio el correspondiente recibo. No dejó de admirarse el comisario del modo expedito y pronto con que este viajero zanjaba las disputas. Muy luego todas las cosas se pusieron en órden. Mr. Le Grand manifestó que su intencion era que se repartieran entre los pobres encarcelados los veinte carneros que habia muerto el perro, toda vez eran suyos, y habia pagado su valor. Al mismo tiempo dejaron todos la posada, y terminó de este modo la aventura de la libertad del galgo, que le causó la muerte á él y á los veinte carneros, sin contar las mordeduras del pastor, y los doscientos francos que salieron de la herencia de Mr. Le Grand. Estaban los tres viageros á una milla del lugar, cuando Mr. Le Grand llamó á su ayuda de cámara y le dijo:—A fé

que hoy tengo que contarte cosas peregrinas sobre lo que me ha secedido en la posada; yo me alegro que tú no estuvieras presente, porque te fuera imposible contenerte, y lo echaras todo á perder. Creerias que el gobierno nos busca por todas partes, y ha despachado un comisario para inquirir ¿quién es la persona que ha inundado las provincias de tantos libros preciosos como viste en el almacen de Paris?

—Quisiera hallarme cara á cara con este comisario, respondió Petit-Jean, y pardiez que os presto daria cuenta de su persona.—Yo te aseguro que no estaba lejos de nosotros, por lo menos de mí que cenamos juntos.—¿Cómo? ¿Séria acaso aquel hombrecillo que se alojó ayer con nosotros en la posada?—El mismo, el cual desconociéndome me descubrió el objeto de su comision, añadiendo que no habia podido llevarla á cabo. Ya ves, Petit-Jean, que el gobierno toma este asunto con empeño: proveyó á este comisario de poderes para hacer ahorcar todos aquellos que han recibido ó hecho circular los libros ó que los han leido; y á nosotros dos, por consiguiente, que tan complicados estamos

en esta trama. Pero gracias al juramento que nos obliga á no revelar cosa alguna de lo que se lee en estas obras, y al temor de las penas en que incurren los que faltan al secreto, nada tendrémos que sentir, á pesar de todas las medidas del gobierno.—¡Ah! Si así es, no nos inquietemos, repuso el criado, que si ellos vienen tras de nosotros, nosotros tambien irémos tras de ellos; y os vuelvo á decir, que fué gran lástima no estuviera yo presente cuando nos amenazó con la horca, porque le hubiera cogido por el pescuezo, y á quieras que no le convirtiera y reengendrara. ¡Qué diferencia! El honrado aldeano á quien acabamos de dejar está repartiendo en la hora de esta toda su hacienda con el colono, mientras mi señor comisario y mandarin del gobierno nos amenaza con la horca porque proclamamos la igualdad. No nos hagamos ilusion, querido amo, no lograrémos hacer la regeneracion sin repartir sendos cachetes y porrazos. Digno sois de alabanza, y yo os doy el parabien por la paciencia que habeis tenido en disimular con este hombre.—Me fué preciso, dijo Mr. Le Grand, pues debes persuadirte á que to-

dos los espíritus no están dispuestos para la refórma, y por consiguiente debemos aguardar todavía el tiempo en que la nueva doctrina haya hecho mayor número de prosélitos.—Ahora que me acuerdo, interrumpió Petit-Jean, ¿sabeis que no comprendo por qué os han obligado á pagar la multa de doscientos francos por los daños ocasionados por el galgo? Estaba ya casi tentado de no obedeceros, y mucho mas en razon á que el posadero nos ha hecho pagar mas de un doble valor del gasto. Debia advertíroslo antes.

—Es indiferente, Petit-Jean, tambien lo hubiera pagado del mismo modo.—Si así lo haceis, no extrañaré que pronto nos veamos sin blanca, á pesar de la provison de dinero y letras de cambio que hicimos, porque todo tiene fin en este mundo, y no seria desacertado que hasta que haya tenido lugar la reforma nos portáramos con prudencia y cautela en el manejo de nuestros caudales. —Si he pagado los doscientos francos, sabe Petit-Jean, que lo hice porque hubo culpa de mi parte; esta vez conozco que me he engañado, porque persuadiéndome que el galgo agradeceria y

haria uso de la libertad, del mismo modo que el colono de la igualdad, le quité las cadenas, y en vez de la libertad halló la muerte.—Si es así, no tengo que responder, replicó el criado, pero no debierais olvidar que la regeneracion debe empezar por los hombres, y no por los animales; á lo menos, debemos aguardar que los primeros hayan hecho una transmigracion en éstos últimos.—Razon tienes Petit-Jean, se me habia pasado de la memoria ese gran descubrimiento.

No perdia una palabra de esta conversacion el taimado Jaime; únicamente temia lo que pudiera suceder en caso que se viera ahorcado su amo por alguna de sus locuras; pero al fin, consideró que un criado no puede ser responsable de las buenas ó malas acciones de su amo. Esto, y la paga puntual del salario, que no le faltaba todos los meses, le sirvió de algun consuelo.

Al anochecer, llegaron los tres viageros á un lugar; pero así que fueron á apearse, vieron que estaban en la posada gran numero de gentes. Petit-Jean, que habia puesto toda su confianza en el dinero, se volvió al posadero y le di-

jo:—En verdad que os arrepentiréis si no nos admitís en vuestra posada, por que las agujetas que suele dar mi amo, sin duda que exceden de mucho á la ganancia que podeis prometeros de todos esos huéspedes.—Lo siento, respondió el posadero, pero lo mas que puedo hacer, es dirigiros á otra posada que tambien corre de mi cuenta, y en donde estaréis tan bien tratados y asistidos como aquí.—Vamos allá, respondió Petit-Jean.

Cuando llegaron á la otra posada, Petit-Jean hizo observar á su amo que no convenia entrar en la sala de los demas viajeros antes que en su cuarto hubieran podido hablar á sus anchuras y henchirse las medidas de esto que llaman filosofía moderna. Mr. Le Grand echó de ver la exactitud de esta observacion, y dijo á su criado:—¡Voto á mí! que esta mañana ha venido á interrumpirme cuando estaba explorando las opiniones de mi palafrenero. Pero ahora se ofrece buena ocasion; quiero que nos traiga la cena, harémos que se siente junto á nosotros, y entonces verá puesto en práctica el famoso principio de la igualdad.—Está bien, respondió Petit-Jean,

voy á dar órden para que disponga la cena; y al salir decia consigo mismo:—Que yo me siente junto á mi amo es muy natural, pero un mozo de mulas, parece bajeza.

Trajeron la cena, y cuando Jaime se vió invitado por su amo á sentarse á su lado, quedó confuso y procuró escusarse diciendo que en todas las ventas y posadas en donde se habia hallado, cenaba en la cocina ó en cualquier parte junto con los demas criados.—¿Y no hacia otro tanto vuestro tio? le dijo Mr. Le Grand.—Mi tio nunca lo tuvo, respondió Jaime, se servia á sí mismo.—¡Ah! esto es otra cosa; si hubiera tenido criado, estoy cierto que hiciera lo mismo que yo.—Puede ser, repuso Jaime, porque muchas veces le oi decir que en este mundo todos eramos iguales.

—Tú te engañas, interrumpió el filósofo con viveza; tu tio no hablaba de este mundo, sino del mundo tal cuál será despues que nosotros le habrémos reengendrado. Esta réplica acabó de convencer á Jaime de la locura de su amo, y así, procuró sacar de ella el mejor partido posible.

Luego que estuvo la mesa dispuesta

se sentó Mr. Le Grand con sus dos criados, y abrió un pollo que estaba en medio de ella, en un plato muy bien aderezado. Sacó una pechuga, levantó los brazos y se quedó en una actitud como de quien hace una profunda reflexion. Procuró Petit–Jean sacarle de este enagenamiento, temeroso de que no le cogiera algun accidente, y le preguntó si sentia alguna indisposicion. Mr. Le Grand volvió un poco en sí, y le dijo.—

—Me halló perplejo, y sin saber cómo hacer que reine en esta cena una perfecta igualdad entre nosotros, porque para ello hubiera sido menester que nos trajeran manjares perfectamente iguales.—Si no hay nada mas que esto, interrumpió Jaime, pronto saldrémos del conflicto, porque lo mas acertado es cortar esa pechuga en tres porciones iguales, y así de lo demas.—¡Bravisimo! replicó el filósofo; bien se echa de ver en el expendiente que habeis propuesto, que la sangre de los Condorcets circula por vuestras venas. En seguida dividieron en tres porciones iguales cada una de las partes del pollo hasta la rabadilla, y terminó así la cuestion.

Mr. Le Grand prosiguió su conversa-

cion con el sobrino de Condorcet, y le dijo:—Ahora que nos vemos reunidos, y somos perfectamente iguales, ¿dime qué es lo que te parece de la empresa que hemos tomado de reformar á todos los hombres?—Digo, respondió Jaime, que es una cosa muy útil y hasta necesaria, porque no hay mas que pillos y bribones, y lo peor es que los hombres de bien deben parecerse á ellos por fuerza y conocer sus artimañas para no ser víctima de su bellaquería y malicia. —No es suya la culpa, replicó Mr. Le Grand: los hombres han vivido engañados hasta aquí y se les ha mantenido en el engaño, lo mismo que si hubieran tratado con chinos.—He aquí lo que decia mi tio, respondió Jaime, y nace de que los hombres no han aprendido un catecismo que se ha descubierto no ha mucho tiempo; sin embargo, este catecismo, á lo que parece, tampoco es del gusto del dia, y un amigo de mi tio habia dicho muchas veces á este en mi presencia, que un libro mas excelente de aquel en que se contienen las subli mes verdades de nuestra religion y la doctrina de Jesucristo, jamas saldria de manos de los hombres. Yo nada entien-

do de esto, pero si estuviera destinado para gobernarles, trataria de hacerles entrar por el camino de la justicia, ó dejara de ser quien soy.

—He aquí mi modo de pensar, dijo interrumpiendo la plática el ayuda de cámara; pero lo que dice Jaime en cuan to á rigor, lo hiciera yo de otra mane ra, á saber: diera de cachetes y patadas á mozos y viejos, y de nadie me doliera si se resistian á recibir la nueva filosofía.—Muy atrasados estais, les dijo Mr. Le Grand; ya veo que no os faltan medios, pero conozco que os precipita riais y dariais al traste con todo. Mas tarde tendré ocasion de manifestaros los que yo quiero emplear para la regene racion del género humano. Mientras tanto, quiero que traigan dos camas perfectamente iguales, y que descanseis y durmais cerca de mí.

Con efecto, trajeron las camas, y Mr. Le Grand las hizo ocupar por sus dos criados, y para que no se notara la me nor desigualdad durante el sueño, propuso que cada uno de ellos velara una hora mientras dormian los demas. Mr. Le Grand fué el primero que estuvo de vela, y al cabo de una hora despertó á

Petit-Jean, le entregó el relox, y dió órden de despertar á Jaime dentro una hora, y proseguir alternado así toda la noche. Cuando llegó el turno de Jaime no pudo menos de maldecir á estos dos locos, y echarles mil imprecaciones; pero por último, consintió en escuchar sus delirios, con la esperanza de que cesarian costándoles tanta fatiga. Al dia siguiente por la mañana se pusieron en camino, y dentro algunos dias llegaron á Lila el filósofo y sus compañeros, sin acontecerles la menor desgracia.

El corresponsal que tenia Mr. Le Grand en Lila, le habia preparado ya un buen alojamiento y advertido al mismo tiempo de su venida á algunos afiliados de la sociedad que se habia formado para estudiar la nueva filosofía. Instaláronse los tres viajeros en su alojamiento, y muy en breve vieron llegar en él como una docena de jóvenes, que deseosos de conocer al héroe reformador, iban á anunciarle cómo habian escogido un local conveniente para celebrar sus sesiones académicas, á semejanza de la de Paris. Mr. Le Grand les ofreció su asistencia, añadiendo que

tendria el honor de presidirlas durante la corta detencion que pensaba hacer en Lila. Al separarse acordaron que el dia siguiente irian á buscarle para mostrarle todas las curiosidades de la ciudad. Aceptó el héroe la oferta, aunque ya sabia que Lila era capital de la Flandes francesa, y muy famosa por su ciudadela, que se reputaba entonces como la mejor de Europa, y la cual habia sido tomada á los españoles por Luis XIV en el año de 1667.

Al dia siguiente por la noche se fueron á la academia, la cual presentaba un remedo de la de Paris. El héroe ocupó el lugar del presidente. Suscitáronse graves cuestiones políticas, y Mr. Le Grand no pudo menos de admirar en ellas el talento, sagacidad y ardor de algunos académicos, aunque jóvenes todavía. Sobre todo, se hacia notar uno de ellos por su gran fogosidad y audacia; en nada hallaba dificultades, y pretendia que la regeneracion debia hacerse á punta de lanza, haciendo saltar las cabezas de los gobernantes, y llevándolo todo á raja-tabla. Mr. Le Grand estaba como enagenado escuchando á este jóven, cuando llegó repentinamente

á la sala de los pasi-perdidos una regular escolta de alguaciles. No tuvo mas tiempo nuestro héroe, sino el de preguntar qué era aquello, pero nadie le respondió, porque los alumnos de la nueva filosofía, al ver el peligro que corrian sus vidas, se escurrieron todos por una puerta falsa.

Los alguaciles allanaron la entrada, y volviéndose á Mr. Le Grand le dijeron.—¡Teneos al rey! ¿En dónde están vuestros cómplices? Entonces el héroe sin inmutarse y con la mayor serenidad. les respondió mostrándoles la puerta. He aquí por donde creo que habrán escapado. Buscáronles por todas partes, pero inútilmente; y así, viendo que nadie parecia, tomó uno de ellos del brazo á Mr. Le Grand, y le invitó de llebarle donde la justicia le tenia preparado alojamiento, á fin de responder del objeto de aquella reunion clandestina, y del número, nombres y morada de cada uno de los miembros que la componian.

El héroe no se alteró por esto, fné por sus pasos á la cárcel, y pasó en ella la noche sin la preseneia de Petit-Jean y del sobrino de Condorcet. Toda ella

la pasó discurriendo los nombres que podria inventarse en caso que le preguntara el juez cómo se llamaban sus colegas. Pero no comprendia todavía las dificultades de su posicion, antes estaba por creer que su arresto lo motivaba algun error en que habria incurrido la justicia, persuadiéndose de que algun académico se habia llevado á otra nueva Elena, ú otra cosa así, que él no podia atinar.

No se contaban muy seguros los académicos. El mas osado de entre ellos, que era el que habia hablado últimamente, trató de sacar á su presidente del apuro en que se hallaba. A este efecto hizo una suscricion entre sus camaradas y se fué en derechura á casa del escribano, á quien encontró que acababa de llegar de la cárcel. Amigo, le dijo, es muy fácil perder á un hombre honrado; el que han puesto preso es un capitalista muy rico, generoso, y sobre todo, amigo de hacer que prospere el género humano. Sus intenciones son puras é inocentes. Estábamos reunidos para obsequiarle con un banquete y tratar de una operacion mercantil: sin duda que los zelos de los comerciantes de

la ciudad habrán pintado esta reunion con muy negros colores, y supuesto que tenia por objeto llevar á cabo algun negocio de contrabando ú otra cosa así; pero no hay nada de esto, yo os lo juro. De otra parte no ignoro que vuestra familia es numerosa, y que de escribanos hay muchos; por consiguiente, os suplico, os acepteis este pequeño presente, siquiera para vestir á vuestra esposa é hijos; al menos que pueda vuestra familia presentarse con decencia, ya que hay escribanos cuyas mugeres eclipsan con su porte galante á las primeras damas de la corte.

—Teneis razon, respondió el escribano, y en verdad, que no alcanzo de qué modo lo hacen; porque yo no soy vicioso, y sin embargo, no sé cómo mudarme esa casaca tan raida que veis. Pero decidme, ¿no hay álguien que acompañe á ese caballero que está en la cárcel?—Perdonad señor, trae un ayuda de cámara que es su mayordomo.—Si es así, prevenidle que yo deseo hablar con él antes de una hora. El académico se volvió inmediatamente á la posada donde se habia alojado Mr. Le Grand. Llamó á Petit-Jean, á quien dijo en to-

no altivo:—No hayas miedo amigo, tu amo está en la cárcel, y es menester que....—¡Cómo! exclamó Petit-Jean. mi amo....—¡Chiton! Déjate de exclamaciones. Se trata de salvarle, y para ello se necesita hacer algun desembolso.—Bien, por vida mia, si nada mas es menester, pronto estará libre. Aquí teneis muchas letras de cambio pagaderas á la vista.—Ahora bien, tomad esta de doscientos francos, para librarla á la órden del escribano N. y diciendo esto, acompañó á Petit-Jean en casa de aquel, y así que entró en su despacho:—He aquí, le dijo; el secretario de Mr. Le Grand os trae por de pronto doscientos francos, pero no dudo que la generosidad y el agradecimiento de su amo, no se limitará á esta friolera.

—Muy á tiempo llega esta suma, respondió el escribano, y ante todo, convendrá que se emplee en ganar á los testigos. En cuanto al juez que instruye las diligencias, no podemos hacerle tan corta demostracion, aunque en la actualidad harto lo ha menester.—Es una cosa muy natural, exclamó el académico; y así, no teneis mas que indicar la cantidad que se necesita, y pron-

to volverémos con ella.—Me parece, respondió el escribano que el juez se contentará con doscientos luises.—Pues bien, voy á buscarlos. ¡Ojalá que esto bastara para poder ver libre á mi amo!

Fué Petit-Jean á buscar el dinero y dejó solo al académico en el cuarto del escribano, quien habló en estos términos:—El regalo que tratamos de hacer al juez de doscientos luises, será un seguro garante de su benevolencia, y de consiguiente, manos á la obra. Conviene digamos que Mr. Le Grand se hallaba en aquella reunion con los demas sócios, para concordar sobre los medios que habia de establecer una fábrica de tejidos, semejantes á los que vienen de la China; y que este honrado negociante ha sido víctima de una denuncia calumniosa. Se debe entregar una copia de esta deposicion á cada testigo, y otra á Mr. Le Grand. Su uniformidad hará abrir los ojos á la justicia, y pronto quedará libre.

El escribano preguntó al académico si habia sido alguna vez empleado del tribunal.—Jamas, respondió el filósofo, pero mi padre era escribano é yo le ha-

cia algunas veces de secretario ó amanuense.

Todo salió como habian discurrido; los testigos fueron preguntados segun la deposicion que habian aprendido de memoria, y el héroe fué puesto en libertad sin nota ni menoscabo en su honor, antes bien, le declaró el tribunal ciudadano benemérito de la patria, por los esfuerzos que habia hecho en pro pagar la industria en su país.

Petit-Jean estaba fuera de sí de puro contento: sirviendo el desayuno á su amo y viéndole libre de la cárcel, preguntóle lo que le habia sucedido en la víspera, cuando entró el académico; y abrazando con toda cordialidad á Mr. Le Grand:—Concluyamos, le dijo, este negocio. Conviene todavía hacer algun sacrificio para mitigar el rigor del escribano: esos togados no quisieran sino azotes y galeras, y les tengo miedo. El criado tomó otras dos letras de cambio de doscientos francos cada una, y acompañó al académico en casa del escribano; así que entraron en su despacho le dirigió el filósofo la palabra, y dijo:—Muy contentos estamos del buen sesgo que habeis dado á este negocio, y os

rogamos que acepteis estas dos letras, cuyo importe es de cuatrocientos francos, como una pequeña muestra de nuestro reconocimiento.—¡Qué disparate! exclamó el escribano.—Os pedimos por favor que no los rehuseis.—Pero si esto no viene al caso; ya creo que vosotros estais contentos; pero yo no puedo estarlo. El juez quiere que se le entregue por lo menos una suma igual á la que antes se le dió; ademas, los testigos pretenden que nunca han prestado juramento á tan bajo precio. En cuanto á mí, quedaré satisfecho si recibo una suma igual á la del juez.

El académico, que no habia visto jamas un latrocinio semejante en el despacho de su padre, indignado de tan gran escándalo, se volvió al escribano y con furor le dijo:—¡Vos sois un malvado y un ladron! Os hice un gran servicio, y ahora quereis abusar de nuestra posicion; pero tened entendido que yo os denunciaré como falsario, y os costará caro vuestro crímen.

—Poco á poco, replicó el escribano, voy á hacer pedazos de este proceso, y á sustituirle por otro que encierre el cuerpo del delito. ¿Pensais acaso que

yo soy tan mentecato que ignore que Mr. Le Grand es un gran revoluciona rio que ha esparcido una multitud de li bros subversivos por todo el reino, y que vos y demas cofrades habeis forma do una asociacion á imitacion de una academia de Paris? Tampoco ignoro que ha habido persona en estas reunio nes clandestinas, que se ha atrevido á proferir que para hacer la regeneracion de la sociedad actual es necesario ver ter mucha sangre, siendo la primera la de los gobernantes. Retiraos, y vivid persuadidos que á Mr. Le Grand y á todos sus cómplices, pronto los veréis entre la horca y el verdugo.

El nuevo académico temblaba como un azogado cuando oyó la relacion del escribano, la cual probaba lo muy ins truido que estaba en el busilis de aquel negocio, y afectando una serenidad que estaba muy lejos de tener, le dijo:—No hay para que enojarse, señor, todo es posible. No porque se os ofrezcan cuatroscientos francos, queremos decir que pare hasta aquí nuestra gratitud, aunque hayamos desembolsado ya seis cientos francos de una parte, y cuatro cientos luises de otra.—Vos sois un

charlatan, repuso con viveza el escri bano. Yo no recibí mas que los dos cientos francos que distribuí entre los testigos, y los cuales se les debian de justicia.—Pero bien, nosotros os trajimos otros cuatroscientos francos.—Poco importa; ahora todavía necesito dos cientos luises para el juez, y otros cua troscientos para mí, porque seria nece dad contentarme con menor cantidad, teniendo en mis manos el secreto de que depende vuestra vida ó vuestra muerte.

—Apriesa, Petit-Jean, dijo el académico, trae al momento esta suma que dice el escribano, porque ya ves que lo que pide es una cosa razonable, y de la cual depende nuestra vida. Bajaron la escalera, pero el socarron del escribano les hizo acompañar por un alguacil, con órden de no dejarles y de reclamar so corro del primer cuerpo de guardia y detenerlos al instante, si intentaban escapar. Sin, embargo, no hubo necesidad de llegar á este extremo, porque cumplieron su palabra; y así pudo Mr. Le Grand continuar gozando de la libertad que habia conseguido, gracias á la le tra de cambio de que iba provisto.

CAPITULO XVII.

Mr. Le Grand se despide de los académicos de Lila, y dirige hácia las costas de Calaís.—Reconoce la mar y sus orillas.—Mr. Le Grand cae en las olas.—Viaje del héroe por debajo las aguas.—Llega á la casa de su corresponsal en Calais.

Así que volvieron á la posada, Petit-Jean y el académico hallaron á Mr. Le Grand que estaba solo bailando y entonando arietas.—¡Pardiez! dijo el académico, bien podeis cantar ahora á vuestro sabor, merced á los pasos y diligencias que acabamos de hacer con el escribano. Mal rato nos ha dado; pero yo os aseguro que no está lejos el tiempo en que jóvenes muy osados entrarán en las vastas miras de regeneracion, y entonces sí que no nos quedarémos con las cosas á medio hacer.

Mr. Le Grand seguia cantando y bailando sin poner atencion en lo que decian; é interiormente pensaba en el viaje que debia emprender por la costa del mar, y llegar á sus orillas para ir en

busca del huevo que habia empollado al primer hombre. El nuevo filósofo consideró que no era cordura distraerle de su enagenamiento, y se retiró con ánimo de volver por la noche. Petit-Jean quedó solo con su amo, y le miraba cara á cara sin proferir una palabra. Al cabo de un buen espacio, el criado exclamó: —¡Bendito sea Dios! querido amo, por la serenidad que mostrais en todas las calamidades que nos afligen. Mil veces dichoso es el hombre que como vos se sobrepone á todos los reveses é infamias que se sufren en este mundo. En cuanto á mí, no puedo prescindir de la pesadumbre que me ha causado el desembolso de cuatrocientos y pico de luises que costó el mal paso que ahora os hace bailar.

—¿Es decir que no me cuesta mas que cuatrocientos luises el haber obtenido el titulo de benemérito de la patria?

—¿Quién os dió ese título?

—El juez que pidió por mí esta gra cia al rey y á la justicia.

—¿Y os parece cosa de burla el habernos sonsacado el escribano mas de cuatrocientos luises?

—No; pero yo no ví mas que al secretario del juez que me leyó el título y grado con que se me decoraba.

—¡Mal haya vuestro grado! Salgamos, querido amo, de Lila cuanto antes, y yo os contaré en el camino lo que ha pasado, y creedme, no volvamos á esta ciudad, hasta que la regeneracion esté concluida.

—Si es así, preparalo todo para el viaje, y saldrémos mañana; esta noche iré á despedirme de los académicos. Mr. Le Grand se fué, en efecto, á otra casa en donde celebraban las sesiones los académicos, los cuales al verle, le abrazaron todos á porfia. Regocijábanse de la feliz idea que les habia ocurrido de dejarle solo, cuando les sorprendió la justicia, y estos nuevos filósofos se daban el parabien del feliz éxito que habia tenido este asunto. El héroe les exortó á continuar sus trabajos en el estudio de la nueva filosofía, y á escribir una carta circular á todos los académicos, y sobre todo, á la de Paris, en caso de que se les presentasen nuevos obstáculos. El académico que habia dado tantos pasos, y activado con gran diligencia la libertad de Mr. Le Grand,

preguntó á éste qué partido tomarian en caso de necesitarse algunas cantidades de dinero para salir de algun grave conflicto. El héroe le aconsejó que se dirigiera al presidente de la academia de Paris, quien proveeria á todos los gastos, y con esto se despidió de sus colegas.

Al dia siguiente, muy de mañana, nuestros viajeros tomaron el camino de la costa; y al cabo de algunos instantes Petit-Jean se adelantó y puso al lado de su amo. Preguntóle luego cómo habia podido pasar toda una noche en la cárcel, privado de la compañía de sus criados, no teniendo mesa para comer ni cama donde acostarse.—Todo ese tiempo lo pasé, respondió Mr. Le Grand, cantando y bailando, es decir, no hice mas que esto hasta las tres de la madrugada en que vino el alcaide y me entregó un papel con encargo de aprenderlo de memoria. Lo leí y ví que hacia relacion á un pretendido proyecto de fabricacion de tejidos á imitacion de los de la China. Híceme un deber de aprenderlo, y al dia siguiente lo recité delante del juez y de algunos testigos. Estos repitieron la misma cantinela, pero yo solo

fuí el que obtuvo el premio, con el grado del cual ya te he hablado.

—Ahora sí, replicó Petit-Jean, que conozco la exactitud de aquella sentencia de Freret donde dice, que las ideas de vicio y virtud, de justicia é injusticia son absolutamente arbitrarias. Ea pues, sabed querido amo, que todo esto ha salido bien por la actividad y diligencia que ha desplegado el académico de Lila que vino á visitaros. Este fué el que dictó al escribano lo que debia extenderse en el proceso, y este ladron me ha exigido mas de cuatrocientos luises por su cuenta, y para sobornar á los testigos; y aun Dios y ayuda que no hayan sonsacado alguna cosa de estos miserables. Deja al ladron, replicó Mr. Le Grand, que esto no puede durar sino el tiempo que se tarde en hacer la regeneracion que ya está cerca.—¿Acaso no hurtarán entonces?—Querrian hurtar pero no podrán, porque la regeneracion los transformará en ángeles.—¿El escribano tambien se convertirá en ángel—Este y algunos otros entorpecerán un poco la regenaracion; pero una vez establecidos los principios de libertad é igualdad, lo demas marchará por sí mismo.—Yo

no sé si seria conveniente otorgar ma yor libertad á ese escribano, porque quiero que sepais que se ha atrevido á jactarse delante de mí, que en sus ma nos estaba vuestra vida y la de vuestros colegas.—Esas son bravatas: tambien yo tengo en mi mano la suya y la de muchos otros, pero es del caso ocultar- o hasta que llegue el momento de- seado.

Por la conversacion de Mr. Le Grand con Petit-Jean coligió el taimado Jai me que su amo habia pasado toda una noche en la cárcel; mas, se confirmó en la opinion de las grandes riquezas de Mr. Le Grand al oir la cantidad consi- derable que Petit-Jean habia tenido que satisfacer para lograr su libertad.

El héroe se dirigió hácia Calais, y hablaba á sus criados de la toma de es- ta ciudad por Eduardo III de Inglater- ra, en el año de 1347. Les explicó tam bien del modo con que la recobró de los ingleses el duque de Guisa, en el año de 1558, y cómo el archiduque Alberto se apoderó de ella en 1596, y al cabo de dos años fué restituida á la Fran cia por el tratado de Vervins. A medi da que Mr. Le Grand iba adelantando

camino, era mayor la sorpresa que le causaba la elevacion de las aguas, que á manera de montañas divisaba desde lejos, y las cuales le parecia que nada tenian que ver con los rios mas caudalosos que hasta alli habia visto. Preguntó á los demas viajeros si eran por ventura las aguas del mar aquello que ante sí veian. Respondiéronle que sí, y que no habia mas que aproximarse un poco á la orilla para alcanzar á ver las costas de Inglaterra, que únicamente distaban siete leguas de Calais.

El ruido de las olas asustó algun tanto á Mr. Le Grand, pero su palafrenero Jaime, como estaba acostumbrado ya á ver el mar en Brest y Burdeos, donde habia vivido mucho tiempo, trató de sosegarle. Llegaron los tres viajeros á una cordillera de montañas que se elevaba cincuenta toesas sobre el nivel del mar; y como Petit-Jean advertia que las olas venian á estrellarse con ímpetu al pié de aquellos peñascos, preguntó á su amo si era posible ahogarse en aquellos parajes, en caso que las olas traspasaran los límites de los cuales hasta entonces no habian salido. Mr. Le Grand respondió:—Me acuerdo haber leido, no

sé dónde, que á estas aguas se les dijo: llegaréis hasta aquí, y no mas allá. Sin embargo, á mí se me ofrecen bastantes dudas sobre esto, porque hay autores que son de parecer que el mar ocupó en otro tiempo todo este espacio que en el dia llamamos tierra. Así es que nosotros podemos concebir fácilmente que tenemos el mismo origen que los peces, segun la opinion de Telliamed. Segun dijo este autor, pudo muy bien suceder que al retirarse el mar, dejase algun huevo sobre la tierra, del cual, empollado por el sol, tuviera principio el primer hombre. En la actualidad podemos muy bien examinar por nosotros mismos todo esto, para cooperar á los progresos de la nueva filosofía.

—Si quereis hacer estas investigaciones, interrumpió Jaime, mejor será que nos acerquemos á la playa. En efecto, siguiendo este consejo, se llegaron á un llano que era muy pantanoso, y en donde las olas no hacian mas que acrecentar la admiracion de Mr. Le Grand. Tan cerca las tenian, que mojaban las patas de su caballo, el cual tropezaba de cuando en cuando; pero como el héroe se picaba de buen ginete, le aguijaba con

la espuela y hacia entrar mas en el agua. Vino en esto una ola enorme, y dió con tan gran ímpetu sobre Mr. Le Grand, que dando su caballo un salto hacia atras, lanzó por delante al caballero, y á gran galope se puso á la otra extremidad del llano. La ola arrojó al héroe afortunadamente en el lugar donde se hallaban sus criados; mas como Jaime sabia por experiencia que su amo podia ser arrastrado al mar al volver otra oleada como la primera, sin dejar su caballo tomó del brazo á Mr. Le Grand, y le retiró bastante lejos para poder ponerle á salvo.

Petit-Jean estaba á punto de desmayarse al ver el peligro inminente en que se hallaba su amo, pero cuando le vió cerca de sí, dió mil gracias y colmó de alabanzas al palafrenero, llamándole el libertador del héroe filósofo, y esforzándole á que subiera su amo á caballo; tanto temia que no fueran víctimas del mar embravecido. Jaime que estaba acostumbrado á las mareas, ordenó que el ayuda de cámara fuera á buscar el caballo de Mr. Le Grand, y luego le subieron en él. El héroe estaba como muerto, le pusieron tendido sobre las male-

tas del caballo, pero como éste iba al trote, contribuyó mucho aquel movi miento á que el agua del mar que bebió en la caida hiciera su efecto, y empezase á provocar con todas sus fuerzas, de suerte que iba regando todo el camino por donde pasaban. Al llegar á una pradería en donde los caballos podian pácer, volvió en sí Mr. Le Grand: luego le mudaron la ropa, y cuando se sintió con bastante aliento para hablar, prorumpió con esta exclamacion: —¡Oh venturosas sardinas! A vosotras y sólo á vosotras, conviene la república. A los rodaballos no les otorgaria yo mas que un gobierno aristocrático, y por fin reservaria la monarquia absoluta para las ballenas en remuneracion á sus descomunales formas.

Atónito estaba Petit-Jean de oir hablar á su amo de este modo, y dirigiendo la palabra á los peces, como si se hallara con ellos en lo hondo del mar. —¡Animo! le dijo; recobraos, y os conjuro á que empeceis la regeneracion de los hombres, antes de emprender la de los habitantes de las aguas, á menos que la nueva filosofia no se xtienda tambien á los peces.—Como si se extiende,

respondió Mr. Le Grand con alguna mayor entereza. Sabe que acabo de darles la felicidad mayor que pudieran apetecer, y en una palabra, que los he reengendrado. He abolido las contribuciones é impuestos odiosos que pesaban sobre ellos, y toda clase de vejacion, y he proclamado los sagrados principios de *libertad*, *igualdad y seguridad.*

—¿Y qué contribuciones son las que se exigen en estas regiones acuáticas? preguntó Petit-Jean.

Las mas insoportables que puedes imaginar, respondió su amo. No te diré mas, sino que sin saber por qué, ni por qué no, se devoraban unos á otros, no reconociendo otras leyes ni otros derechos que el del mas fuerte. Vaya, ¡qué me chocó ese tiránico modo de vivir! Propuse desde luego una reforma segun las luces del siglo, ó mas bien, segun el siglo de las luces. Resolvime á recorrer todos aquellos países sub-acuáticos, á examinar sus producciones, sus costumbres, su historia, y en fin, todo lo que puede interesar á la academia, para llevar á cabo la mision de que estoy encargado. Viajé por el mar Atlántico, por el de la India, el Océano Pa-

cífico, y volví por el del Norte, en donde he establecido la monarquía absoluta, y dejado á las ballenas como verdaderos y legítimos reyes de aquellos mares. Como este gobierno difiere bastante de los demas, porque requiere fuerza y actividad, he creido que no debia establecerse sino en aquellas partes que hay posibilidad de sostenerlos. Ningun habitante del mar puede oponerse á la ballena, y he aquí la razon porque he juzgado del caso establecer en estos mares la monarquía. En otros he erigido repúblicas, aristocracias, y fundado senados, dándoles códigos y leyes análogas á la reforma de sus gobiernos, para plantear todo aquello que pueda contribuir á su prosperidad y verdadera felicidad.

Petit-Jean, aunque sabia que su amo no habia pasado cinco minutos sumergido en el agua, no quiso contradecirle, y solo le preguntó con mucha seriedad: —¿Acaso los peces no se devoran ahora unos á otros como hacian antes?— No por cierto, respondió el héroe; no solo no se devoran, sino que puedo asegurarte que he visto pasar á los delfines y tiburones por delante los cangre-

jos, gobios y otro *pesci minuti*, y saludarse entre sí con mucho comedimiento y amistad, é invocando la libertad á la cual son deudores de tamaño beneficio. —¿Y lo mismo sucederá á los hombres cuando estén reengendrados? preguntó el criado.—Ni mas ni menos; sobre todo, habiendo ya empezado esta operacion con los habitantes de las aguas y producido tan buen resultado, porque segun Telliamed, el hombre en su orígen fué un pez, y debiendo ser, segun las leyes de la nueva filosofía las inclinaciones y hábitos de los hijos semejantes á los de sus padres, es evidente que si los peces son reengendrados no puede tardar el tiempo de serlo toda la especie humana.

Jaime perdia la paciencia oyendo las sandeces de Mr. Le Grand, y las necedades de Petit-Jean; y así, determinó ir al primer lugar que hallasen para consultar al médico, qué medio habria de curar á su amo. Luego, llamando aparte á Petit-Jean, le dijo:—Despacha y ven conmigo, porque yo no dudo que nuestro amo ha perdido el seso; por lo menos, las señales son infalibles.

—¡Hola! poco á poco. Yo puedo asegurarte que todo lo que ha dicho mi amo acerca de la *regeneracion*, de la *libertad* y de la *igualdad*, es una cosa muy acertada y puesta en razon, y que lejos de probar lo que tú supones, prueba todo lo contrario. Ahora, en lo que toca á los viajes sub–acuáticos, me parecen algun tanto difíciles de creer, á menos que la nueva filosofía le haya facilitado el secreto de ausentarse por espacio de diez años; y á nosotros parecido todo este tiempo no mas que cinco minutos.

Siguióse el parecer de Jaime; y éste y Petit–Jean, preguntaron á Mr. Le Grand si se hallaba en disposicion de continuar el viaje. El héroe respondió que habiendo recorrido ya el interior de los mares, se sentia ahora con fuerzas y aliento no solo para atravesar la tierra, sino tambien para viajar por los aires. Entonces se pusieron en camino con direccion á Calais, en donde se apearon á la casa del corresponsal de Mr. Le Grand. Este habia ya preparado digno alojamiento al héroe y á sus criados. Así que llegaron, lo primero que le preguntó Mr. Le Grand, fué si habia hecho circular los libros que le habia remitido

desde Paris, y si se notaban ya los efectos de su lectura.

En cuanto al despacho de los libros, respondió el corresponsal, llegó á tal grado, que no parecia que los compraban, sino que los arrebataban; por lo que mira á los efectos de su lectura, puedo aseguraros que los ha producido en efecto, si puedo juzgarlo por la mudanza que he experimentado en mi mismo hijo, á quien cuento perdido para mí y para toda mi familia. Siempre estamos con él en guerra abierta; se considera igual á mí bajo todos aspectos, y no pasa dia que no reciba de él algun insulto; de modo que estoy para echarle de casa. Ese ingrato y mal hijo, que se ha pervertido con la lectura de libros infames, ¿creeréis que un dia se atrevió á sostener que los padres no tienen ningun poder ni autoridad sobre sus hijos, y que si los engendran es únicamente por su gusto y mero deleite? Si recibimos de ellos el alimento, añadió ese hijo desnaturalizado, es para servirles; si nos dan crianza, es por capricho; y si somos viciosos, es por sus malos ejemplos.

Yo me inclino á creer que esta mudanza no puede nacer sino de la malig-

na influencia de todos estos libros; y parece que los jóvenes han formado reuniones clandestinas para entregarse á la lectura de todas estas obras.

—¿Y dónde está vuestro hijo? preguntó Mr. Le Grand.—Difícil me seria responderos, porque entra y sale cuándo y como quiere, y sin que yo pueda saber en qué emplea el tiempo; sin embargo, no dudo que le extravian los malos consejos de sus amigos; pero si así es, yo haré que le metan en la cárcel antes no me dé mayores disgustos. Yo os ruego, señor, que ayudeis á mi hijo con vuestros buenos consejos, y le desvieis de tan malos pasos. Ahora voy á ver si mi muger está visible para tener el honor de hacerósla conocer.

Apenas el comerciante habia salido del cuarto de Mr. Le Grand, cuando se presentó su criado, y con aire compungido: ¡Desdichados de nosotros! exclamó; yo os conjuro, mi querido amo, que no despleguéis los labios para mentar la regeneracion mientras permanezcamos en esta casa, porque es menester que sepais que este corresponsal es nuestro enemigo, y no menos formidable que el escribano de Lila. Salgamos

de aquí y de esta ciudad, y tomad por ahora mi consejo. que es bueno, y propongo que en adelante seguiré tambien los vuestros. Pero decidme, querido amo, ¿es cierto que estais mas dispuesto á emprender nuevos viajes despues de la larga expedicion que habeis hecho por debajo de las aguas, que no á llamar al médico para consultarle si os convendria vizmar el cuerpo, que sin duda os lastimásteis en la caida?

—Mira, Petit-Jean, una vez he dado feliz cima á la regeneracion de los peces, experimento un tal vigor y esfuerzo, que me infunde nuevos bríos para llevar á cabo la misión en que estoy empeñado; y á tal punto llega mi entusiasmo, que me parece que nadie tuviera mas fuerza en acometer, mas prudencia en deliberar, ni mas genio en inventar.

—Si es así, replicó Petit-Jean, convendrá que salgamos sin falta, porque yo creo que en Calais, ni este comerciante que es vuestro corresponsal, ni muchos de sus amigos querrian entrar en los nuevos caminos que les preparamos, aunque á fuerza de mogicones y porrazos, les obligásemos á ello.

En aquel instante se presentó la muger del corresponsal acompañada de su hijo, de quien habia hablado el padre, y de su hija, que era una madamita de diez y ocho años. Despues de los saludos y comedimientos acostumbrados de una y otra parte, se habló de cosas indiferentes, hasta que vino el criado á anunciar que estaba ya dispuesta la mesa.

Durante la comida fué Mr. Le Grand el objeto de todas lss atenciones de la familia, quien preguntó si se conservaban todavía en Calais algunos monumentos del tiempo de la conquista de aquella ciudad por los ingleses, y de la reconquista por el duque de Guisa. El hijo de la casa, que se llamaba Benjamin, tomó la palabra y respondió en estos términos:—¡Oh cuánto mejor nos iria si esta ciudad perteneciera á los ingleses! —¡Hola! ¿Y por qué?—Porque si estuviéramos bajo el dominio de los ingleses tendriamos una constitucion como la suya, una cámara baja ó de los comunes, la ley de *Habeas corpus*, la libertad de imprenta y de cultos, proteccion del comercio, manufacturas, y finalmente, otras muchas cosas de que

nos hallamos privados bajo el gobierno monárquico.

Enriqueta, que así se llamaba la hermana de Benjamin, pidió permiso á su padre para responder, y concedido que le fué, se expresó así:—Ya te dije varias veces, amado hermano, que te engañas enormemente si piensas que no puede conseguirse la felicidad bajo un gobierno monárquico, y que para ello es necesario adoptar una constitucion como la inglesa. Bajo cualesquiera forma de gobierno se puede hacer la dicha de los pueblos.

Si las pasiones de los hombres han sido en todos tiempos el escollo en donde se estrella el bien general, siempre daria yo la preferencia á las pasiones de un solo hombre sobre las de muchos individuos, que cabalmente deben reunir las pasiones de todos, cosa que es imposible bajo el gobierno de uno solo. Luis el Grande y Enrique IV en Francia, Isabel y Felipe II en España, Pedro el Grande y Catalina II en Rusia, Federico II en Prusia, y Cárlos XII en Suecia, han hecho prodigios por el bien general de sus pueblos; sin embargo, estos reyes gobernaron á sus pueblos

bajo un gobierno monárquico, y así, ya ves que es una ridiculez y aun quimérico el suponer que no puede aspirarse á la felicidad sino bajo el régimen republicano.

—¿Y qué sabes tú de esto, bachillera? si no has leido mas que la historia antigua, ó ignoras los grandes adelantos que en este punto ha hecho la nueva filosofía.

—Poco á poco, hermano, dejémonos de personalidades, lo que yo digo es que respeto y abrazo aquello que es bueno y útil, venga de donde viniere, pero no de suerte que me preocupe hasta creer como tú crees que los filósofos del dia son infalibles, y al cabo no mas que por haber hecho dos ó tres descubrimientos.

—¡Vaya! y qué posmas son mis hijos, dijo el corresponsal; debiéras tener ahora mas miramiento á Mr. Le Grand, que se ha dignado hacernos el obsequio de comer con nosotros.—Ved ahi, señor la escena de todos los dias; pero por lo que yo alcanzo, conozco que las reflexiones de mi hija son mucho mas sólidas y juiciosas que las de su hermano. Mr. Le Grand manifestó que habia ex-

perimentado el mas vivo placer en oir á los dos hermanos; añadió que el jóven Benjamin no habia dicho sino la pura verdad, en órden á los descubrimientos de la nueva filosofía de que habia hablado, y que sentia infinito que madama Enriqueta no hubiera hecho un estudio profundo de algunas de las obras que habia leido su hermano.

Ufano Benjamin de las alabanzas y aplausos de Mr. Le Grand, queria hablar; pero su padre levantó la sesion so pretexto de que su noble huésped debia descansar, para poder despues visitar las curiosidades de la ciudad. Mr. Le Grand mandó á su ayuda de cámara que fuera con él, y resolvieron entre sí que á los dos dias saldrian de Calais.

CAPITULO XVIII.

Coloquio interesante de Benjamin y Mr. Le Grand. Petit-Jean aconseja á su amo que dejen el camino de Amiens.—Mr. Le Grand manda á Petit-Jean que tome el caballo, y haga las funciones de palafrenero.

Mucho deseaba Petit-Jean reunirse con su amo, para referirle lo que habia oido decir á los criados de la casa en órden á Benjamin. Así es que luego que tuvo ocasion le dijo:—Un proverbio enseña, que el que abriga una serpiente en su seno es víctima de su ponzoña. Mal haya el que es ingrato y no sabe reconocer los beneficios de su amo. Digo todo esto, señor, por lo mucho que he oido murmurar á esos bribones de criados. Segun ellos, nuestro huésped no ha hecho su fortuna sino con miras interesadas, prescindiendo siempre del honor y de la probidad; y como sea notorio que lo que se adquiere de este modo no es muy duradero, sacan de aquí la consecuencia que esta casa debe dar

un vuelco con la muerte del amo. Su pone que el hijo es un ganapan que no se acompaña mas que con holgazanes y gente perdida, en una palabra, con lo mas soez de la ciudad. Añaden sus ma las lenguas, que segun ciertos rumores que circulan, los bienes de este comer ciante serán confiscados. Ved ahí todo lo que he podido adquirir, y me parece que harto es para salir de esta ciudad, y buscar otra donde los habitantes no sean tan ruines, por lo menos, hasta que se verifique la regeneracion; y ¡quiera Dios que aun entonces estemos libres de chismes y malas lenguas!

—No te apartas de la verdad en lo que acabas de decir, y aun algo mas di rias si hubieras oido lo que el mismo padre me ha confiado con respecto á su hijo. Convengo en salir pasado mañana, pero antes recorreré la ciudad acompa ñado de Benjamin, á quien yo considero ya iniciado en los secretos de la nueva filosofía; despues emprenderémos nues tro viaje, y tomarémos el camino que convenga, segun lo que aconsejen las circunstancias.

Al dia siguiente, el hijo del corres-

ponsal propuso á Mr. Le Grand que fueran á dar una vuelta por la ciudad; éste aceptó de muy buena gana la oferta, queriendo aprovechar esta ocasion para explorar los designios del jóven, ó mas bien, los progresos que habia hecho en la nueva filosofía.

Poco habian andado, cuando el héroe le preguntó si habia leido las obras que su padre recibiera desde Paris. —No concluí la lectura de todas ellas, respondió Benjamin, sin embargo, hemos ya formado una sociedad de muchos de los jóvenes de esta ciudad, y puesto al corriente de las de Rousseau, Voltaire, Diderot, Maupertuis, Condorcet y otros. A mas, estamos poseidos de un entusiasmo extraordinario por los descubrimientos que estos hombres inmortales han hecho en religion, moral, política y otras tantas materias, tratadas por ellos magistralmente. Ellos sí que han demostrado con evidencia que nuestros abuelos fueron unos imbéciles. Por lo demas, ya os he dicho que celebramos nuestras reuniones en un lugar escondido, para que mi padre y muchos otros no puedan sorprendernos. Todos esos viejos son retrógados por esencia, ami-

gos de antiguallas é indóciles, si no rebeldes, á la nueva filosofía, aunque supieran que infaliblemente les ha de traer la abundancia y felicidad á ellos y á todo el género humano. Para esto convendria poner en práctica lo que aconsejan estas obras, empezando por derribar todo lo que existe en gobierno, leyes, religion, moral, costumbres, &c., estableciendo en su lugar los dos principios de *libertad* é *igualdad*, la mas amplia y absoluta que pueda caber en el entendimiento humano: esto bastaria para ser libres é iguales, y por una consecuencia forzosa, tambien dichosos. Ya veis que no hay cosa mas sencilla ni mas mañera que esta, y con todo, mi padre y muchos otros que piensan como él, siempre nos están gruñendo, y suponen que es una cosa imposible establecer esta igualdad sin límites, y que si por desgracia se lograra, acabariamos con llegar á las manos y despedazarnos como las fieras, unos á otros, sin otra ley ni derecho que el del mas fuerte. Les compadezco en extremo, y siento su ignorancia, porque es un obstáculo que entorpece la marcha y ejecucion de nuestros proyectos. No tienen otras mi-

ras que conservar sus antiguos usos y costumbres, y se les hace muy cuesta arriba el comprender, y mucho mas consentir, que los filósofos del dia hayan de destruir todo lo que existe para llevar á cabo una regeneracion univer sal; pero lo peor es que mi padre y esos otros viejos mómias han tratado de de denunciarnos á la autoridad como re volucionarios y perturbadores del órden público con inminente riesgo de que nos llevaran á la horca. Mi hermana Enriqueta me informó de todos estos manejos, é yo, como era muy natural, dí parte de ellos á mis consocios. Para poder evitar demandas y respuestas que no vinieran al caso, estos se fueron á Amiens, donde han instalado una academia que promete mucho, segun los progresos que hace allí la nueva filosofía. Invitáronme tambien á formar parte de ella, mas como necesite dinero, tanto para el viaje como para permanecer allí el tiempo que sea menester, y de otra parte previese que mi padre no querria darme un ochavo, me resolví á dar un asalto á sus talegos y apoderarme de ellos. Esto servirá de leccion y hará abrir los ojos á él y á tantos viejos

chochos y avaros que no piensan sino en atesorar.

—Mil parabienes os doy, interrumpió Mr. Le Grand, por los grandes progresos que habeis hecho en la filosofía moderna. Lástima es que Enriqueta vuestra hermanita, á quien no falta talento y médios de cultivarlo, no haya echado tambien mano de estas obras para leerlas y aprovecharse de su lectura. Las mugeres están llamadas á hacer un gran papel en la brillante carrera de las luces por el mucho ascendiente é influjo que ejercen sobre todas las acciones de los hombres.

—¡Ah, señor! Tan imposible es esto, como despreocupar á mi padre ó sacarle de la cabeza los errores de que está imbuido. ¿Cuándo será, cuándo, el dia en que harémos creer á esos Mathusalenes la dicha que nos aguarda en las selvas, comiendo bellotas debajo robustas y sombrías encinas, andando á gatas y trocando nuestra razon por el instinto de los irracionales? Ya recordaréis que estas son á la letra las palabras de uno de nuestros mejores filósofos modernos; pero sin embargo, mi padre será siempre en esto un incrédulo. Jamas se con-

vencerá de los incalculables beneficios que puede reportar el principio de la igualdad, sobre todo, en tratándose de la division y distribucion de sus caudales. Mas bien se dejaria desollar vivo, y si él me escuchara ahora, aun trataria de hacerme ahorcar solo por haber enunciado un principio de verdad eterna. Por esto he preferido tomar el mejor partido posible, es decir, apoderarme de la llave del arca, vaciarla del todo, y llevar lo que contenia á la academia de Amiens, en donde mis esfuerzos, reunidos á los de mis cofrades, nos pondrán en estado de emprender la reforma del género humano, que tanta necesidad tiene de ella.

—Así es, repuso Mr. Le Grand, hay una necesidad extrema, y he aquí precisamente en lo que me estoy ocupando, y no quedaré satisfecho hasta que lo haya revuelto todo de arriba abajo; pero tened cuenta en que este es un secreto que no he confiado á nadie mas que á vos. Sabed, amigo, que yo soy el héroe filósofo moderno, comisionado por la academia de Paris, para hacer por mí mismo la regeneracion del género humano. Soy el que hizo distribuir

en todas las provincias las diferentes obras que habeis leido en casa de vuestro padre, y que por sí solas bastarán para hacer un trastorno y revolucion universal. Acabo de salir de Lila, donde he visitado su academia, y ahora me dirijo á Amiens, con objeto de presidir la de esta ciudad; y voy, en fin, á recorrer toda la Francia, para acelerar la época en que la regeneracion debe tener lugar. Ya nos verémos en Amiens; sobre todo, debeis gobernaros con prudencia en el asalto que intentais dar á los talegos de vuestro padre, no perdiendo nunca de vista, que tanto él como vuestra hermana no han estudiado mas que la antigua y rancia filosofía, y que por consiguiente, siempre serán enemigos de la felicidad que yo pienso ofrecerles.

Atónito y sobremanera sorprendido quedó Benjamin de hallarse mano á mano con el héroe filósofo, y mas al oir que queria salir el dia siguiente á la madrugada:—Por favor, exclamó, dignaos diferir vuestra partida por dos ó tres dias mas; por lo menos hasta tanto que me haya apropiado del dinero de mi padre, que si esto os consigo, os pro-

meto, por vida mia, que predicaré la igualdad por todo el mundo.

—Vos sois demasiado jóven todavía, respondió Mr. Le Grand, y temo que alguna indiscrecion echará á perder vuestros designios. Al salir de la casa natal debeis procurar que nadie conozca la direccion que babeis tomado: cuando llegueis á Amiens, ya encontraréis amigos capaces de dirigiros en lo sucesivo.

Mr. Le Grand volvió á casa de su corresponsal, se despidió de toda la familia, y el dia siguiente al amanecer se puso en camino para Amiens, pensando de continuo en los medios de hacer una revolucion universal, ya fuera vertiendo mas raudales de sangre que no lleva el Sena en sus aguas al pasar por Paris, ó ya empleando la persuasion y otros medios suaves de lograr que las cabezas de los franceses se pusieran al nivel de la suya.

Contento con los progresos que hacian las luces en Lila, Calais y Amiens, el héroe llamó á su lado al ayuda de cámara y le dijo:—Admirado, estoy Petit-Jean, de los rápidos progresos que han hecho las doctrinas de las obras que

remití en todas las provincias. Tú has sido testigo del entusiasmo de la juventud de la academia de Lila; la de Calais no le va en zaga; y la de Amiens, ya verás cuánto mas adelantada se encuentra. Te aseguro que si la inconsideracion ó impetuosidad de algunos jóvenes no echan á perder los planes que hemos concebido, no tardará la Francia en hallarse en estado que la desconocieran nuestros abuelos. Benjamin, ese jóven de quien acabamos de separarnos, hará maravillas, y no dudo que por su audacia, llegará á distinguirse entre todos sus colegas. Está ya resuelto á plantear el principio de la igualdad, y para esto, ha determinado apoderarse de los talegos de su padre, y distribuirlos entre tantos desdichados que ignoran cuántas y qué monedas contiene una talega.

—Ahora caigo en la cuenta, interrumpió Petit-Jean; he aquí por qué los criados decian que esta casa caminaba á pasos agigantados á su ruina. ¡Qué será del padre de Mr. Benjamin cuando se halle sin hijo, y sin los tesoros que le habrán costado sudores de amontonar! ¿Acaso habrá en estos nuevos li-

bros aprendido tambien el modo de hacer suyo lo ageno, sin voluntad de su dueño?

—¡Oh, no! estos libros nada dicen sobre el particular, respondió Mr. Le Grand; pero el despojo del padre debe ser una consecuencia necesaria de su lectura; porque siendo las ideas de justicia é injusticia, y de vicio y virtud, ab solutamente arbitrarias, es necesario que todos seamos iguales en el mundo. He aquí este gran principio perfectamente reconocido por aquel rico labrador á quien dejamos ocupado en repartir su hacienda con su colono.

—¿Y si el padre de Benjamin sigue la pista á su hijo, le coje infraganti y acude á la justicia, y la justicia echa mano de nosotros y nos conduce á la cárcel, y aun mas arriba, *quid faciendum* entonces? por lo menos si topáramos con otro escribano como el de Lila, fácil nos seria salir del pantano; pero si en su lugar encontramos un hombre de chapa, que exija del anciano algunos talegos mas para hacerle recobrar los perdidos, ¿qué será de nosotros? yo no me doy por seguro. Mejor seria, á lo que alcanzo, mudar de direccion, y no

ir á Amiens para evitar la compañía de esos jóvenes inespertos que harán alguna calaverada, y nos dejarán metidos én el lodazal; y despues, ¿quién hará la revolucion?

—A fé mia, replicó Mr. Le Grand, que nada te falta de pacato y cobarde. Si me dejara guiar de tí, siempre iria el mundo siguiendo su curso, y sin adelantar un solo paso. Pero amigo, en esto se empeña mi honor. Amiens es una ciudad rica y populosa, y conviene ilustrarla con las luces del siglo.

—¿Hay allí mucha industria?

—Solo las fábricas de paño dan trabajo á mas de treinta mil personas.

—¿Y estos trabajadores, han leido tambien los libros que habeis remitido en aquella ciudad?

—No por cierto, todas estas fábricas fueron creadas durante el régimen de la filosofía antigua, pero la moderna habrá hecho en ellas nuevas mejoras y descubrimientos.

—¿Eran entonces los paños de mejor calidad?

—No hay duda.

—Ahora me acuerdo, añadió el criado del héroe, haber leido en uno de los

libros de vuestro difunto padre, que los españoles estaban en esto muy adelantados en el siglo diez y seis.

—Ya que hablas de los españoles, repuso Mr. Le Grand, conviene que sepas cómo se apoderaron de Amiens, cuya ciudad ocuparon por muchos años. Fernando Tello, gobernador de Dullens, tomó esta plaza en nombre del rey de España el año 1537, del modo siguiente: algunos soldados españoles, disfrazados de paisanos, conducian una carreta de nueces; así que llegaron á las puertas de la ciudad, dejaron caer algunos, y al instante acudieron á recojer las nueces los soldados del cuerpo de guardia. Entocces salieron los españoles que estaban emboscados, y aprovechándose de esta circunstancia, se apoderaron de la ciudad; pero algun tiempo despues fué reconquistada por Enrique IV, é hizo construir una ciudadela.

—En esta historia echo de ver, querido amo, la diferencia que hay entre las dos filosofías: los españoles desparramando las nueces obraban segun la nueva, y los soldados que estaban de guarnicion en la ciudad, echándose sobre ellas, se gobernaron por la antigua,

infiero yo de esto que los españoles e taban tan adelantados entonces como lo están en el dia. Ahora me acuerdo haber leido no sé dónde que esta nacion era en aquella época muy superior á las restantes de Europa, en ciencias, artes, comercio, industria, y hasta le son deudoras las demas del descubrimiento del nuevo mundo; á mí me parece que si la nueva filosofía pudiera descubrir otro mundo semejante, no habria necesidad de aporrearnos en daca la regeneracion en este que vivimos; pero no se hizo Zamora en una hora, ¡quién sabe lo que sucederá andando los tiempos! Mirad si no lo que eran los caldeos, los egipcios, los griegos y los romanos, ó mejor diré, lo que era el mundo en cada una de estas diferentes épocas. Todas estas revoluciones y mudanzas han tenido lugar sin la intervencion de ningun regenerador, y sin el socorro ni ayuda de juntas, ni academias, ni remesas de libros en las provincias. El tiempo fué el único reformador, y todo induce á pensar que lo mismo sucederá en el dia; y así no tenemos para qué exponernos á que la justicia nos eche la garra. Vos dispondréis como querais, pero si hu-

biérais de seguir mi consejo, ya que el padre de Benjamin no se halla en disposicion de repartir sus tesoros, y que todos aquellos que tienen que perder son de la misma opinion, les dejara gozar con tranquilidad y sosiego de sus riquezas, hasta que con el tiempo, que es el regulador de todas las cosas, se haga por sí mismo ese reparto y division de la propiedad. Así evitarémos demandas y respuestas, y las gentes no tendrán que echarnos en....

Iba Petit-Jean á proseguir, pero le interrumpió su amo, y con tono colérico le dijo:—¡Vá de mí! ingrato, villano, en otro tiempo te fastidiaba la calma con que yo trataba de hacer la regeneracion; ¿no querias tú predicar, ó mas bien, convertir á tuerto ó á derecho á todo el mundo? ¿no querias empezar la regeneracion en Paris, y despreocupar á sus habitantes? ¡Vete de mi presencia! no es digno que me acompañe el que pone obstáculos al cumplimiento de la comision que me ha dado la academia, y quiere privarme de la gloria de ser el regenerador y reformador universal. Ve y ocupa el lugar de Jaime, que mejor me estaré yo con el sobrino de Condor-

cet, que no contigo. ¿Se ha visto una persona mas imbécil que me aconseje dejar al mundo que siga como hasta aquí, y espere que el tiempo haga por sí mismo la reforma? Tentado estoy de hacer en tí tal estrago, que sirva de leccion y escarmiento á los pusilánimes y cobardes que quieran imitarte.

El criado, que jámas habia visto á su amo con tanto enojo, subió en el caballo de Jaime, no sin derramar algunas lágrimas, y el palafrenero se fué á ocupar el lugar de Petit-Jean cerca del héroe. Luego que Mr. Le Grand advirtió que el sobrino de Condorcet estaba á su lado, tuvo lugar el coloquio que verá el curioso lector en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIX.

Mr. Le Grand explica á Jaime los principios de la nueva filosofía.—Proyecto del héroe de hacerse alas para volar.—Coloquio de Petit-Jean con Jaime sobre la filosofía moderna.—Llega Mr. Le Grand á la academia de Amiens.—Excelentes disposiciones de estos académicos.

—Ya sabrás querido Jaime, por el tiempo que ha que me sirves, quién soy yo, cuál es mi profesion, mis títulos, y la comision que me ha dado la academia. Tampoco debes ignorar que la nueva filosofía, de la que puedes gloriarte por haber sido Mr. Condorcet una de sus principales antorchas, ha hecho grandes progresos. Ella es la que ha abierto un nuevo camino y dado distinta direccion á todo lo que se ha visto y conocido hasta el dia. En una palabra, ha inventado principios y medios, y deducido consecuencias que enseñan á los hombres lo que jamas supieron ni soñaron, y les hará disfrutar lo que les pareciera que á ninguna costa podian con-

seguir; nada menos que á vivir en la tierra como en un paraiso y lugar de delicias. Solo faltaba para llegar á esa suprema dicha, un héroe que supiera prepararla y establecerla mediante un órden nuevo, sólido y desconocido de la antigüedad.

La academia reconoció en mí el estudio inmenso y profundo en esto que llaman filosofía moderna, reconoció tambien mi disposicion y los deseos que me animan de que mi nombre pase al través de los siglos y llegue hasta las últimas generaciones. Esto es lo que me ha hecho emplear grandes cantidades de dinero de los millones que me han tocado de la sucesion de mi padre, y teniéndolo tambien en consideracion la academia, se dignó condecorarme con el grado de *héroe político, filósofo moderno y regenerador de todo el género humano.* Esta respetable sociedad sabe ya que para esparcir las nuevas luces por todo el reino he desembolsado mas de cuatro millones de francos; cuya suma se ha empleado en hacer provision de libros, los cuales explican los puntos fundamentales de la nueva filosofía; y á fin de generalizar los principios

que contienen, he procurado distribuirlos por todas las provincias; por último, he tratado de trastornar las ideas de todos los hombres, y hacer que crean en que las nuevas luces muy en breve van á mudar la haz de la tierra, y convertir lo que hasta aquí ha sido un valle de lágrimas en un celestial paraiso.

Pensaba que ese ayuda de cámara, que por desgracia llevo en mi compañía, habia calado mi pensamiento, tanto por lo que me ha oido decir, como por las lecciones que podia haber recibido en la academia de Paris, y así es que le hablaba de todos mis planes, cuyos principios ha visto adoptados en las academias de Lila y de Calais, y muy luego lo serán en Amiens, á donde nos dirigimos. Si esto marcha como hasta aquí, ya verás, querido Jaime, cómo en breve hacemos maravillas en punto á regeneracion, porque mi objeto es poner en menosprecio y total olvido todo lo que se sabe en el dia con respecto á religion, gobierno, moral, leyes, usos y otras cosas. Todo esto podrá presentar dificultad al que no esté iniciado todavía en las nuevas doctrinas; pero por poco que se medite en ello, se echa de ver que es

la cosa mas fácil y trivial del mundo, porque planteando una libertad y una igualdad sin límites, se tiene un manantial perenne de felicidad y ventura. En calidad de sobrino de Mr. Condorcet, creo que no ignorais todas esas doctrinas, esto es lo que ha excitado en mi deseo el de tomaros en mi servicio; sin embargo, no quisiera tampoco desprendèrme de ese pobre y amilanado Petit-Jean. Al principio hacia muy del fanfarron, todo lo queria acometer y desafiar; y he aquí que ahora no piensa ni sueña mas que en justicia, azotes, galeras, y esto sin que haya corrido todavía su persona el menor riesgo. Mira qué forma de hombre he tomado en tan árduas y dificiles empresas. Por lo menos tú nò eres como Petit-Jean, quiero decir, tan chico de cuerpo y alma como ese para-poco y mentecato. Por cierto que lo acerté en no llevarle conmigo en los grandes viajes marítimos que hice cuando regeneré á los habitantes acuáticos, porque ¿qué es lo que hubiera hecho ese ganapan? Tú por lo menos eres de otro temple.

—Os hago saber, querido amo, interrumpió Jaime, que por debajo las aguas

no os hubiera sido yo de mas provecho que Petit-Jean, porque el agua me es un elemento muy contrario. Tomadme á mí para ir por tierra firme y al aire libre, así es como puedo valer y servi ros en algo.—¡Bien, bien! no me disgusta esto, replicó Mr. Le Grand, por tierra es por donde ahora debemos obrar, porque los reinos acuáticos ya han quedado del todo corrientes y arreglados. —¿Y es verdad que los habitantes de debajo las aguas quedaron contentos y muy ufanos de verse iguales entre sí? —Al principio no tanto, porque los mayores tenian la mala y villana costumbre de comerse á los menores; esto para ellos era como una prerrogativa que creian competirles de tiempo inmemorial, y de la cual nadie podia despojarles; pero yo les demostré los inconvenientes graves de ella, les hice leer una proclama y un código legal que llevaba ya formado algun tiempo habia, y todo se puso en armonía y buen órden bajo las nuevas leyes á que se sometieron. —¿Y visteis los efectos saludables de estas nuevas leyes, es decir, el fin de aquellas sangrientas guerras en que los unos se devoraban á los otros?—No; no

tuve tiempo, repuso Mr. Le Grand. Los reinos que yo debia recorrer eran pobladísimos, y los habia de mucha extension, y de consiguiente, no pude detenerme en ellos mas que el tiempo necesario para establecer en cada uno la forma de gobierno análoga al carácter de sus habitantes.—Admirado estoy, señor, de vuestros vastos conocimientos y gran saber, porque no habiendo jamas vivido en aquellos países acuáticos, supísteis darles lo que habian menester sus habitantes, segun su naturaleza y caracter.

—Admirado debieras estar de mi saber si lo hubiera adquirido en los antiguos libros, pero al contrario, mediante el estudio profundo de la nueva filosofía, he hecho en esto tantos progresos, que me creo capaz de hacer la regeneracion del género humano, no mas que estableciendo academias donde se enseñe la nueva filosofía. Porque en consiguiendo esto los mismos discípulos la propagarán por todo el reino. Así es que, ante todo, me propongo recorrer todos los diferentes puntos en donde se han instalado academias para darles la mejor direccion que sea posible. Cuan-

do tomé el camino de Amiens era con intencion de presidir la reunion de los filósofos de aquella ciudad, y he aquí que ese indolente Petit-Jean me aconseja mudar de direccion, abandonar mi empresa, y con su espantajo de justicia, de cárceles y galeras, dejar de....

—Mal haya el miedo de Petit-Jean, dijo Jaime: ¿qué diantre os hará la justicia, ni que miedo teneis de ella no habiéndolo tenido y salido libre del rodaballo, y de los delfines y ballenas? ¡Toma! ¿Vos que habeis dado leyes á los habitantes de los mares, tendríais miedo á un alguacil? Las armas del escribano son las plumas, é yo os miro capaz de serviros de sus plumas para haceros alas, y volar y dominar á los aires del mismo modo que os sumergísteis y llegásteis á dominar las aguas.

—No pienses, querido Jaime, que muchas veces no se me haya encajado ese proyecto en la cabeza. En este caso no me serviria de globos, sino de alas hechas con resortes que pudiera yo manejar á mi voluntad, y elevarme sobre unas doscientas toesas para ir despues á mi antojo.—Tambien ocurrió á mi tio este pensamiento, dijo el palafre-

nero.—Un dia me acuerdo que le ví muy placentero por haber inventado otra cosa que decia era necesaria para volar. —¿Y no sabes qué cosa era esta?—Perdonad, señor: yo creo que era una cola de la que se servia á manera de timon ó gobernalle.—¡Ah, querido Jaime! mas obligado debo quedarte por este descubrimento que me has indicado, que si me hubieras facilitado la posesion de todas las minas del Potosí. Todos los dias estaba viendo las colas de los pájaros sin hacer caso de ellas. Ahora si que estoy cierto de salir con mi empresa; poco costará levantarme por los aires con alguna pieza de artillería y buena provision de metralla, y á ver entonces quién se atreve á oponerse al héroe filósofo moderno. Déjame solo por espacio de un cuarto de hora. Quiero sazonar este descubrimiento en mi cabeza, porque en teniendo alas y cola, debo pensar cómo me acurrucaré y encorvaré las piernas como hacen las aves cuando vuelan por los aires.

Jaime fué á juntarse con Petit-Jean, y le dijo:—Mucho os compadezco, hermano, porque siendo así que sabeis que nuestro amo es loco de atar no haceis

mas que contradecirle. A los locos es menester, ó traerles la mano por el cerro, ó atarles; siempre que se ven contrariados, se desesperan mas y aumentan su furor. Despues de tanto tiempo y de haberle oido contar tantos disparates, sobre la regeneracion de los peces, al paso que no permaneció mas que cinco minutos tendido en la playa, ¿no le conoceis todavía?—Es que vos no sabeis, respondió Petit-Jean, el tema que ha tomado y el compromiso del cual le he librado casi por una especie de milagro. Sabed, amigo, que le pusieron preso en la cárcel de Lila por haber allí presidido una academia; con todos los trabajos del mundo alcancé su libertad, y ved ahí que ahora ha salido de nuevo en que se quiere ir á Amiens para presidir otra academia tan buena, dice él, y mejor que la de Lila.—¿Y cómo le sacásteis de tan mal paso? preguntó Jaime.—Escurriendo algunas monedas á los empleados de justicia, ó mas breve, dándoles algunos centenares de luises. —¿Y faltarán á nuestro amo luises en Amiens si fueren menester? ¡Oh! no: en cuanto á dinero está bien provisto de él tanto en Amiens, como en otros

departamentos, y hasta en muchas ciudades de fuera del reino.—Si es así, dejadle que se hunda, aunque sea en los profundos abismos del infierno, porque me parece que no pueden dejar de ser los diablos amigos del dinero. La dificultad que yo encuentro ahora es de seguirle á la luna, á donde se quiere elevar.

—¿Pretende quizá ahora nuestro amo regenerar los habitantes de este planeta, antes de empezar por los de aquí abajo?—¿Sois, interrumpió Condorcet, tambien de los del número de los que creen que la luna está habitada?—Lo creo, respondió el criado, del mismo modo que creo en los habitantes de Mercurio, Vénus, Marte, Júpiter y Saturno.—¿Y en los del sol?—De estos no se halla mi amo muy seguro, puesto que la nueva doctrina no ha podido analizar todavía la materia del sol; pero pronto va á someterse á la accion de algunos reactivos químicos.—¿Los filósofos, preguntó Jaime, subirán para hacer sus experimentos hasta el mismo sol, ó harán que este baje hasta nosotros?

—No lo sé; sin embargo, mi amo di-

ce, que el descubrimiento tendrá lugar este mismo año.—¿Y vos tambien nos regalaréis algun descubrimiento sin duda, despues de las lecciones que habeis recibido en la academia de Paris?—No me enseñaron mas, respondió Petit-Jean, que el modo de reformar el género humano. A este efecto hemos tratado mi amo y yo de prediear por todas partes la filosofia moderna; segun sus doctrinas, para ser dichoso, conviene mudar la religion, la moral, el gobierno, y algunas otras cosas, y dar por el pié con todo cuanto hicieron nuestros abuelos; sin embargo, son escusables por no haber podido estudiar los libros de los filósofos modernos.

—¿Y si mudais el gobierno actual, qué pondréis en su lugar?

—El amo dice que para vivir como en un paraiso, conviene establecer la república.

—¿Y qué harémos entonces del rey y de la familia real?

—No sabia yo que para establecer una república fuera necesario sacar de por medio al rey y á la familia real.

—¿Conque ignorais vos lo que es una república? exclamó el palafrenero muy

colérico. ¿No sabeis que ès un poder de muchos en contraposicion á la mo narquía que es gobierno de uno solo, y sin embargo, queréis reemplazar el go bierno actual por otro, cuyas consecuencias no conoceis? Bajad de mi caballo, tomad el vuestro, é idos con el amo, que es loco rematado, y seréis dos. Por lo que á mí toca, no quiero cuidar mas que de mis caballos, y con tal que me paguen los cien doblones anuales de la contrata, me rio de lo demas. No tardó Jaime un instante en poner en ejecucion lo que habia resuelto. Envió al ayuda de cámara á su amo que iba delante, y luego que este llegó á Mr. Le Grand, le dijo con voz desmayada:—¿Sabeis, querido amo, que Jaime no me quiere en su compañía, porque ignoro que en las repúblicas no puede haber reyes?—El sobrino de Condorcet tiene mucha razon, respondió el héroe; bestia que tú eres, ¿no sabes que en un gobierno republicano hay tantos pareceres como cabezas?—Si es así, interrumpió el cria do, todavía habrá mas de un rey, ó mas bien, serán tantos cuantas fueren las cabezas.—Sin duda, exclamó Mr. Le Grand; en esta forma de gobierno todos

tienen derecho de ejercer la soberanía, y no hay cosa mejor.

—Pues no me lo parece á mí, porque siempre he oido decir que nadie se puede averiguar en una casa en la que todos mandan, y en prueba de esto, yo conocí una familia en la que el padre, la madre y el heredero, todos daban órdenes á los criados, y les aconteció mas de una vez el dejar de ser obedecidos, por no saber á quien de ellos dar la preferencia; de modo que un dia entre otros les hicieron ayunar, sin embargo de que no era cuaresma.

Dejemos esto para otra ocasion, y no me interrumpas en mis proyectos. Yo te prometo que si salgo bien de ellos llegarémos á sojuzgar el mundo entero.

—Si nos hacemos dueños de todo el mundo, respondió Petit-Jean, ¿la regeneracion se hará como queremos?—No hay en ello la menor duda, respondió Mr. Le Grand; y se hará sin que sea necesario escribir, ni predicar, porque todo el mundo deberá someterse por fuerza á mi voluntad. Y harto somos los dos para someter á todos los reinos é imperios de la tierra.

—¡Al diantre! exclamó Petit-Jean;

cada dia me hallo mas sorprendido de lo mucho que sabeis. Pero, ¿cómo lo harémos para reunir y desplegar tanto poder? Escucha; la única dificultad que encuentro es hacerme unas alas con re sortes, como las tablillas de las persia nas, y de las cuales pueda servirme para elevarme sobre los aires. Si yo puedo poseerlas, ya te las facilitaré ó cuidaré que hagan unas para tí. Entonces no tendrémos mas que levantarnos bien provistos de pólvora y metralla, é inti mar la rendicion á todo el género humano, habiéndonos antes colocado en un punto desde donde podrémos ofender sin ser ofendidos; ya ves que de este modo será muy fácil hacer la conquista del mundo entero.—Esto me place, porque cuanto mas altos nos hallemos mejor podrémos manejar nuestras álas, como sucede á las aves de rapiña, al paso que á las palomas y perdices les cuesta harto trabajo sostenerse.

—Esto es, repuso Mr. Le Grand, á causa de que las aves que tú dices, tie nen las alas muy cortas, y no pueden extenderse sobre una columna de aire capaz de sostenerlas, nosotros las harémos de un cuarto de legua cada una,

mira entonces quién habrá que pueda volar mas alto. En esto se ocuparon amo y criado, hasta que llegaron en Amiens. Así que Mr. Le Grand entró en el cuarto que le habian destinado, envió un recado á Mr. Basinier su corresponsal, y le preguntó si habia recibido la remesa de libros que se le dirigió desde Paris. El comerciante respondió que á excepcion de una media docena que se habia reservado, todos los demas se hallaban ya en manos de los jóvenes de la ciudad, los cuales se habian entusiasmado tanto, que tenian una academia donde sus doctrinas se discutian con calor, y en la que se trataba nada menos que de hacer una revolucion general, empezando por la religion, pasando en seguida al gobierno y á las leyes, y en una palabra, revolver el estado actual de cosas para substituirle con un género de vida absolutamente desconocido de nuestros mayores.

—¿Y dónde se ha instalado esta academia? preguntó el héroe. Basinier respondió que los que estaban iniciados en ella no podian revelar el lugar.—¡Y si yo quisiera inscribirme?—Os conduciré á él.—¿Sois, pues, afiliado?—Sí se

ñor; ocho dias despues de la muerte de mi padre, que acaeció á mediados del mes pasado, me inscribí en esta asociacion imitable, y cada dia me hallo mas contento y ufano de las bellas cosas que en ella se enseñan. No habrá aun tres semanas que me inscribí, y sin embargo, me envanezco tanto, que me parece que ya tengo á todo el mundo en poco.

—No me espanta eso, repuso Mr. Le Grand, porque todo el mundo es ignorante, y no sabe mas que las antiguallas de nuestros predecesores. A lo menos, ya que no saben, hubieran estudiado los libros que yo remití á vuestro padre, pero ni verles quieren. ¡Rutinarios!....

—Cómo verles, dijo Mr. Basinier; mi padre sin haber visto mas que los rótulos no quiso retenerlos en casa. Esto fué lo que picó mi curiosidad, tomé algunos, y ahora estoy contentísimo de haberlo hecho. Pero lo que me parece es que debiérais tasar estos libros á un precio muy subido. Me acuerdo que mi padre nunca abrió cuenta sobre estos libros, y que todos los despachó grátis.

—Estas eran mis órdenes, repuso Mr. Le Grand; porque mi objeto no era otro que el de esparcir las luces por todo el

reino. Ahora voy viajando para examinar los progresos que hacen estas doctrinas en las academias súbalternas que se han creado en diferentes puntos de Francia, despues que en la principal y central de París he obtenido el grado de héroe político y filósofo moderno.— Por lo que veo, seréis vos, á no dudar, el visitador que esperábamos hace muchos dias, y cuya venida nos anunció el presidente.—El mismo soy en efecto; yo suplico que deis parte de mi llegada á la academia, y de los deseos que me animan de presidir en ella lo mas pronto que sea posible.—Pues bien, volveré á media noche para conduciros allá, dijo Mr. Basinier; y con esto se despidió del héroe.

A la hora convenida, el corresponsal de Amiens, fué á ver al héroe que ya le estaba aguardando con impaciencia, llevando las insignias de su grado debajo del brazo, para entrar en la academia con toda pompa y solemnidad. Con efecto, todos los asociados formaron en dos filas para que pasase Mr. Le Grand por en medio de ellas, y el presidente anunció que aquella ilustre corporacion tendria el honor de poseer en su seno

en aquella misma sesion, á Mr. Le Grand, condecorado por la academia de Paris, con el grado de héroe político, filósofo moderno, y regenerador del género humano; en seguida cedió la silla de la presidencia á Mr. Le Grand, rogándole que se dignara examinar sus progresos, y con sus estudios y talentos procurase darles la mejor direccion.

El héroe no respondió á esta arenga sino meneando la cabeza con mucha dignidad. Toda la asamblea mantuvo un silencio profundo, el cual no fué interrumpido sino por Mr. Le Grand, con su discurso, que empezó así:—Bien sabeis, mis amados colegas, que el mundo en que vivimos está muy mal dirigido por falta y crasa ignorancia de los gobernantes que ha habido en él desde Adan hasta nuestros dias. Nadie ha sabido hasta aquí trazar el camino que conduce á la verdadera dicha, y solo estaba reservado al genio de los filósofos modernos el enseñarlo. Estos han venido á traernos las luces que deben obrar como por milagro, la transformacion del género humano; aprovechémonos de ellas, y á este efecto hagamos

circular los libros en que se hallan con signadas las sublimes doctrinas de la nueva filosofía, y de los cuales remití una porcion considerable á esta ciudad.

—Veo con satisfaccion que los jóvenes que me rodean, y tengo el honor de presidir, se han entregado con el ma yor celo y eficacia á estos estudios. Per mitid, amigos mios, que os manifieste las ventajas en la organizacion y otras buenas disposiciones que tienen todos aquellos que por inclinacion han tomado parte en los trabajos de la nueva filosofía. No debo desdeñarme de oir los dictámenes de todos los que han profesado estos principios, y por consiguien te, os otorgo á todos la palabra para que exponga cada uno de vosotros lo que mejor le pareciere.

Pidió la palabra un jóven de diez y seis años, y dijo:—Si debemos hacer progresos con la lectura de los libros que nos ha remitido Mr. Le Grand, es necesario decidirnos para una revolu cion, de otro modo nada adelantarémos. Nuestros gobernantes, instruidos en la vieja y rancia filosofía, no dejarán circular los libros que nosotros pretende mos para difundir la nuestra, y así, lo

mejor es derribar á esos hombres del poder y reemplazarles por los que sean de nuestra mismas profesion, á fin de que puedan consolidar nuestras doc trinas.

—Aprobado, respondió Mr. Le Grand; y luego concedió la palabra á otro sócio que se habia levantado para pedirla. Este se explicó así:—En la hipótesis del preopinante no hay duda que es necesario hacer una revolucion, y aun añadiré que conviene ante todo, atacar de frente á la religion, porque nos impone la obligacion de respetar las autoridades constituidas, dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, con muchos otros preceptos que están en abierta contradiccion con nuestras doctrinas, tales son, por ejemplo, todos los del Decálogo. El sábio La Metrie dice que: "el verdadero filósofo "no admite sino una felicidad temporal; "que no hay vicio ni virtud, ni bien ni "mal moral, justicia ni injusticia, y que "está demostrado que no hay mas que "una vida y una bienaventuranza." Luego siendo esta doctrina del todo contraria á lo que enseña la religion, y á lo que aprendimos desde la infancia,

conviene combatirla con todas nuestras fuerzas, y empezar desde luego la revolucion por ella.

—Vuestro argumento, respondió el presidente, no admite réplica; quedo satisfecho. En seguida concedió la palabra á otro orador, que se expresó así: Antes de hacer una revolucion, es preciso que sepamos la forma de gobierno que conviene establecer, porque si los gobernantes que elegimos no han estudiado la nueva doctrina, es evidente que ningun interes tendrán en sostenerla. Por consiguiente, mi parecer, salvo el de la corporacion, seria que nos repartiéramos con anticipacion todos los empleos, y que cada uno escogiera el que le tuviera mas cuenta, segun su inclinacion y la direccion que haya dado á sus estudios. En cuanto á mí, pronto habrá escogido, pues me parece como que nací para director del tesoro del reino, y con esto me contento.

—Siendo así, interrumpió otro jóven, de unos diez y nueve años, estoy cierto que yo vine al mundo con la mejor disposicion para ocupar el ministerio de hacienda, y no creo que me falte talen-

to y direccion para serlo no solo de Francia, sino de toda Europa.

Antes que Mr. Le Grand pudiera responder palabra, se levantó de su silla otro jóven de veinte y dos años, y dijo volviéndose á la asamblea.—Señores, yo no nací para director del tesoro, ni para ministro de hacienda, pero sí que me creo capaz de llenar el puesto de embajador, y así, mis deseos serian de poder recorrer sucesivamente las embajadas de Viena, Berlin, Petersburg, Stokolmo, Copenhage, Lóndres, y de volver á Paris despues de haber repre sentado en todas partes á la Francia con el mayor brillo y ostentacion.

—Observo, señores, no sin bastante sorpresa, exclamó Mr. Le Grand, que ninguno de vosotros ha hecho eleccion de la plaza de general de infatería ó caballería, y ved ahí precisamente por dónde debemos empezar si queremos hacer la revolucion, y repartirnos despues todos los empleos. El héroe queria proseguir, pero la voz estentórea de otro sócio, le hizo guardar silencio diciendo:

—Vivís equivocado, Mr. Le Grand, si creeis que alguno de vosotros ha ve-

nido aquí para aprender el arte de morir matando. A otro perro con ese hueso; á nosotros lo que interesa es ponernos de atalaya, hasta que en la terrible lucha que amenaza, venza de los dos partidos el que haya derramado mas sangre y cebado mejor en la matanza; despues ya saldrémos para gobernar á los vencidos.

El presidente tomó la palabra y dijo:
—Conozco, señores, que habeis hecho rápidos progresos, y que todos estais animados de la firmeza y audacia necesarias. No hay que desmayar, porque con estas prendas es imposible que deje de lograrse lo que tanto apetecemos. Por ahora suspendamos la sesion para proseguirla mañana y continuar los trabajos pendientes. Levantóse, en efecto, y los sócios se retiraron cada uno á su casa.

CAPITULO XX.

El prefecto de Amiens entra de sorpresa en la academia.—Curioso coloquio entre los académicos delante del prefecto.—Discurre éste con Mr. Le Grand sobre la nueva filosofía.—Prudente determinacion del prefecto con respecto á los sócios y su presidente.

Al dia siguiente por la noche, y poco mas ó menos á la misma hora que en la anterior, el héroe filósofo abrió la sesion, é inmediatamente pidieron la palabra á la vez siete sócios. El presidente no sabia á quién concederla primero, pero los gritos y el ruido se aumentaban. El uno decia: yo soy quien la pedí primero. Mentís, respondia el otro; y sin duda llegaran á las manos si Mr. Le Grand no hubiera agitado con fuerza la campanilla, y dicho con una voz de trueno:—¡Orden y silencio, señores! A mí ès á quien toca decidir vuestras diferencias; y diciendo y haciendo, sacó de la faltriquera siete palillos de dientes, los metió en su mano derecha procurando

que no salieran mas que los cabos, y ordenó que cada uno de los siete oradores sacase uno, con la condicion de que seria concedida la palabra á aquel que sacase el mas largo, y que los demas seguirian por el mismo órden.

Esta idea mereció la aprobacion de todos, quienes llamaban al héroe el mas sábio de los filósofos; y el orador á quien favoreció la suerte, habló en los términos siguientes:—He advertido, señores, que hasta aquí, no se ha pensado mas que en revolucionar la Francia. Nuestras doctrinas son, sin embargo, aplicables á todo el mundo, y no sé por qué motivo no podemos tratar de hacer igualmente la revolucion en Rusia, Alemania, Turquía y otras muchas partes. A mi parecer, es muy conveniente que se dé á uno de nosotros la comision de ir á revolucionar los demas países, introduciendo en ellos libros de la nueva filosofía. Si me lo permitís, yo me encargaré de introducirlos y de atizar el fuego de la revolucion en Polonia, porque tengo allí parientes que hacen su comercio con los judíos, y estoy persuadido que son tanto y mas revolucionarios que nosotros.

El orador á quien por suerte cupo despues la palabra, dijo á la asamblea:

—Acabo de recibir cartas de mis amigos de Italia, y dicen que están sobre manera ansiosos de repartirse entre sí algunos de los estados pontificios. Si esta ilustre academia quiere nombrarme su comisionado en Italia, yo haré que mi buen desempeño no le dé lugar al arrepentimiento.

Iba á hablar el tercer orador, cuando llegó el centinela de la academia para advertir que la casa estaba rodeada de gente armada, y que el prefecto de la ciudad habia penetrado ya hasta el salon de los pasi-perdidos. Todos los sócios querian escapar, pero no pudieron, porque al instante se presentó el magistrado en medio de la asamblea. Saludóle cortesmente Mr. Le Grand, á lo que correspondió el magistrado, y volviéndose á los filósofos, dijo:—No temais, señores, y no intenteis escapar, porque os seria imposible, y agravaríais vuestra posicion: ocupe cada uno su asiento, y no tenga la menor inquietud, porque yo tambien he estudiado la filosofía moderna.

Oyendo esto Mr. Le Grand, se levan-

tó y dijo:—Siendo así, os toca de dere cho la presidencia, como magistrado y como filósofo moderno: y en efecto, pasó luego á ocupar el lugar del presiden te. Despues, á fin de inspirar confianza, invitó á los sócios que continuaran èn sus deliberaciones, puesto que él habia hecho tambien un estudio profundó de las obras de los filósofos modernos, tales eran las de *Voltaire*, *Rousseau*, *Mau pertuis*, *Maquiavelo*, *Delisle*, *La Mattrie* y otros.

El héroe que oyó que el prefecto acotaba todas las obras que él habia leido: —Amigos somos, exclamó con la mayor alegría; y experimento el mas vivo placer en tratar con quien puede com prenderme; ya que sois de nuestra co munidad, podrémos andar de acuerdo en adoptar los medios que sean mas oportunos para la reforma y regeneracion del género humano. Esto nos ocupaba cuando vos entrásteis, y puedo aseguraros que hay aquí académicos de un mérito distinguido.

—No lo dudo, respondió el prefecto; y así espero que proseguirá su discurso el orador que tiene concedida la palabra.

Entonces el que deseaba se le confiriese el cargo de sublevar la Polonia, se levantó y dijo:—Señor prefecto, estaba diciendo que lo mejor era hacer la revolucion, primero en Francia, despues en Europa, luego en América, en seguida en Asia, y por último, en Africa.

—Muy bien, replicó el prefecto, necesario es que los africanos sean los últimos, porque están muy atrasados, y seria dificil averiguarse con ellos. ¿Y cómo pensais revolucionar á estas diferentes partes del mundo?

—Es la cosa mas fácil. No hay mas que hacer circular nuestras obras, y en logrando que lleguen á manos de la juventud, ya veréis cuánto habrémos andado para conseguir lo demas.

—¿Qué quiere decir lo demas? preguntó el prefecto.

—Ya se entiende, hacer una revolucion, derribar al gobierno constituido, remover y acabar con las autoridades que no han leído mas que la filosofía antigua, filosofía contraria á la naturaleza en punto á religion, política, moral, leyes y costumbres.

El prefecto se volvió entonces á Mr. Le Grand, y le preguntó si tenia algo

que añadir al discurso del orador. El héroe se incorporó en su asiento y respondió:

—Aunque dije que hay aquí algunos jóvenes de mérito, ya podeis suponer que no son mas que alumnos en comparacion á los hombres de nuestra edad y experiencia. Por esto quisiera yo, señor prefecto, que los dos discurriéramos las medidas mas eficaces para la regeneracion del género humano, dejando la ejecucion para estos jóvenes y tantos otros que hay en todo el reino, iniciados en los secretos de la nueva filosofía.

—¿Y qué medidas pensais adoptar vos para la regeneracion universal? preguntó el prefecto á Mr. Le Grand.

—Mucho hay que decir sobre esto. En primer lugar, la filosofía moderna ha simplificado el arte de gobernar á los hombres y hacerles dichosos, fundándolo sobre principios infalibles; tales son la *libertad*, *la igualdad*, *la prosperidad*, *la seguridad* y otros. Un gobierno establecido sobre estas bases, hará indefectiblemente la regeneracion que intentamos.

—¿Y cómo pensais establecer este

nuevo gobierno sin contar con el qué existe?

—Por supuesto, por medio de una revolucion y aboliendo la monarquía.

—¿Y qué gobierno debera sustituir á la monarquía que tantos siglos ha que rige á la Francia?

—Ocioso es decirlo: ¡la república!—¿Cómo os llamais? preguntó el prefecto al que le habia cedido el lugar de la presidencia.

—Me llamo Mr. Le Grand, héroe filósofo moderno, encargado por la academia de Paris de hacer la regeneracion universal.—Bien, Mr. Le Grand. Siendo así, discutamos los dos esas doctrinas, y los señores que nos contemplan podrán aprovecharse mejor y penetrarse mas fácilmente de ellas. En seguida empezó el diálogo que sigue:

El prefecto. ¿Habeis leido y meditado la historia universal?

Mr. Le Grand. ¿Habeis leido todos los autores que citásteis hace pocos instantes?

El prefecto. He leido muchos mas de los que he citado; pero cuando se quiere cambiar la forma de gobierno en un país, es necesario conocer su histo-

ria y estudiar el carácter de la nacion que se quiere regenerar. Si obrais de otro modo, os exponeis á escoger para la Francia una forma de gobierno que no se avenga con sus intereses y costumbres.

Mr. Le Grand. ¿Cómo podrémos gozar bajo un gobierno monárquico de la libertad que gozaron los griegos durante la república?

Prefecto. Ya que recurrís á los tiempos antiguos, preguntad á la historia, y ella os dirá si los macedonios fueron mas libres debajo de la monarquía, que los griegos con su república.

Mr. Le Grand. En hora buena, pero ¿qué diréis de la república romana?

Prefecto. Diré, ó mas bien dirá la historia, que nunca los romanos sufrieron mayores vejaciones que en tiempo de la república, pues que tuvieron que padecer hambre, cárcel y hasta la muerte por sus inmensas deudas. Los senadores y patricios monopolizaron los granos, causando por su codicia una suma escasez y miseria en el pueblo, hasta tanto que éste, oprimido por los nobles, se sublevó y acordó el nombramiento de tribunos ó protectores para la defensa

de sus derechos. Durante la república fué cuando el pueblo tomó la determinacion de abandonar la ciudad y retirarse en el monte sagrado, y esta mudanza de monarquía en república, costó la vida á Bruto que habia sido el autor de tan gran trastorno. Este pereció á manos del hijo de Tarquino, el último de sus reyes, y quedaron los dos atravesados en el campo de batalla. Once mil trescientos veyenses tomaron el partido de los Tarquinos, pero todos perdieron la vida, y perecieron otros tantos romanos. á excepcion de uno que fué el que decidió la victoria por parte de la república. Estas son las consecuencias de toda mudanza de gobierno, despues de haberse derramado la sangre á torrentes, nos quedamos como de antes y todavía peor. Pero dejemos la historia, y comparemos las ventajas de la monarquía con las de la república.

Mr. Le Grand. He aquí lo que deseo, porque me parece que ignorais lo que es una república.

Prefecto. Ya sé que la república es gobierno de muchos en oposicion á la monarquía, donde es uno solo el que gobierna.

Mr. Le Grand. ¿Y preferís ser gobernado por un solo hombre, á dos ó trescientos que puedan discutir todas las cuestiones relativas al gobierno?

Prefecto. Si la autoridad suprema debe residir en estos dos ó trescientos hombres, sin duda que prefiero que no resida mas que en uno solo, y que todos los demas sean consejeros del soberano.

Mr. Le Grand. ¿Y qué ventajas ofrece la monarquía, comparadas con las de una república?

Prefecto. Muchas, y de la mayor utilidad para la prosperidad de los pueblos. Desde luego vemos que hay en la monarquía un solo centro de poder, lo que sirve para mantener la union entre los ciudadanos, dar á todos los resortes de la máquina política el movimiento universal, que es la vida del cuerpo social y político; y á las leyes la fuerza de la magestad necesaria para ser respetadas. El monarca obra como soberano, como legislador, y como poder ejecutivo de las leyes. Se halla armado con la fuerza militar, y así puede, con la mayor facilidad, obviar todas las injusticias y alborotos populares y mantener

la tranquilidad pública. El secreto en los consejos, la actividad en las medidas, y la prontitud en la ejecucion, son las cualidades que distinguen al gobierno monárquico, y dificilmente se hallarán en las formas mixtas, y menos en las aristocráticas y populares.

Mr. Le Grand. ¿Y qué os parece de tres ó cuatrocientos soberanos que se ocupan sin descanso en proyectos de ley, empresas útiles, trabajos de estadística y de todo lo que hay de mas útil y provechoso para una nacion?

Prefecto. Me parece que si todo esto es útil, mejor es confiarlo al cuidado del soberano. Ninguno está mas interesado que él en el bienestar de sus súbditos. Estos experimentarán la mayor complacencia al ver que todo se realiza con imparcialidad, y sin que las divisiones de los partidos atenten contra el gobierno, y aun contra el reino, como sucede en los gobiernos populares.

Mr. Le Grand. Nada de esto he leido en mis libros; al contrario, afirman que un gobierno fundado sobre la libertad, la igualdad, la seguridad y otros principios, producen una tal felicidad,

que el mundo se transforma en un paraiso.

Prefecto. Hubo un tiempo que lo mismo pensaba yo, pero en el dia me hallo desengañado, porque, ¿qué es la libertad sino la facultad de hacer todo lo que no sea contrario á las leyes divinas y humanas? Así es como se ha entendido siempre en todos tiempos y por todas partes. Si nos apartamos de esto, no tendrémos libertad, sino licencia.

Mr. Le Grand. Conozco que habeis olvidado las doctrinas de mis libros, si en realidad los habeis leido. Segun lo que acabais de decir de la libertad, estoy por creer que tambien habeis formado mal concepto de la igualdad, suponiendo que tampoco existe, ó que verdaderamente no somos iguales.

Prefecto. Todos convienen en que la igualdad no consiste en otra cosa que en serlo delante la ley, y siendo así, se halla establecida en todas partes, porque es evidente que no se establecerán leyes que prohiban á los unos el huerto y lo permitan á otros. Yo no sé cómo nos quieren alucinar con estas palabras; no seais niño, Mr. Le Grand, vos habeis cumplido ya los veinticinco años.

Los extravíos pueden perdonarse á la juventud, pero en vuestra edad ya no tienen escusa. Yo he sido jóven como todos los demas que me escuchan, y caí tambien en el lazo; porque estas ideas lisonjearon por algun tiempo mi imaginacion; pero la lectura de la historia y el estudio reflexivo de las pasiones del hombre me han hecho pensar de otra manera: sonrojémonos, pues, de dar á estos jóvenes un ejemplo tan criminal como imperdonable. Es una temeridad querer trastornar el gobierno y las leyes, porque no puede tener lugar sin una revolucion y grande efusion de sangre, y no podeis dejar de conocer, como yo mismo, que siendo el objeto de la sociedad el vivir dichosos, seria opuesto á ella llevar una vida peor que la que llevan las bestias, fieras en medio de las selvas.

Mr. Le Grand. Perdonad, señor: que os diga que el hombre ha degenerado con la civilizacion, y que no puede recobrar su primitiva perfectibilidad. si no *andando á gatas, alimentándose de bellotas, y trocando su razon por el instinto de los irracionales*. Esta es la opinion de un gran filósofo moderno; y así, me pa

rece, que no hay para que os escandaliceeis si os digo que mediante la revolucion, lograrémos volver á nuestro primitivo estado.

Prefecto. No ignoro que este filósofo es Juan Jacobo Rousseau, quien como muchos otros ha proferido y mezclado luminosas sentencias con grandes desvaríos, ó mas bien, las verdades con los errores. Es lástima que estos no se hayan corregido, porque se hubiera evitado á estos jóvenes extravíos muy peligrosos. Entre los que me escuhan hay uno que ha cometido faltas muy graves, y que en pena mereciera remar en galeras; no obstante, yo no le condenaria á tanto, por la consideracion de que cuanto antes se desviará del mal camino que sigue, y me dará palabra de conducirse en lo sucesivo como hom bre honrado.

Mr. Le Grand. Ya sabeis que entre los doce apóstoles se halló un Júdas. Si el académico de quien acabais de hablar no cumple con su deber ó no se enmienda, yo trataré de castigarle.

Prefecto. Mal castigará á los demas quien merece ser castigado. He aquí el caso en que vos os hallais. ¿Todavía

proseguís en leer los delirios que están consignados en los libros de la filosofía moderna?

Mr. Le Grand. Es decir que quisiérais persuadirme que los Diderots, los La Mettries, los Maupertuis se han engañado miserablemente, y que yo debo renunciar al proyectò de regenerar el género humano. No; no puedo dejar al mundo en el atraso que en el dia se halla, ni abjurar mi profesion de filósofo moderno: creo, señor prefecto, que habeis empleado en divertiros vanamente el tiempo que debiérais emplear en estos estudios.

Prefecto. ¿Cómo osais condecorar con el nombre de filosofía todos estos delirios, y arrastrar á tantos jóvenes al precipio y á la ruina de sus familias? ¿Qué filosofía es la que aconseja la destruccion del género humanó? La ciencia que lleva este nombre no tiene otro objeto que la dicha de nuestra especie. ¿Vos queréis mudar nuestro gobierno y nuestras leyes, y abolir la monarquía que ha elevado á la Francia al grado de esplendor y de gloria que en el dia se encuentra? ¿Habrá sido malogrado el tiempo que he empleado en querer persuadiros

amigablemente que abjuráseis vuestras locas empresas? Ahora bien, sabed que yo soy un magistrado encargado de mantener el órden público en la ciudad de Amiens, y que no será, de consiguiente, turbado impunemente por facciosos ni anarquistas; yo os lo aseguro. y empeño en ello mi palabra. No ignoro que vos sois un gran revolucionario, que habeis esparcido libros inmorales y subersivos para sumergir á la Francia en una anarquía completa; pero entended tambien, que la casa está circuida, y que vos y vuestros cómplices iréis á dormir en la cárcel, y que....

En este instante fué interrumpido el prefecto por un académico que dijo:— Yo no estoy inscrito todavía en esta academia. Esta es la primera vez que me encuentro aquí, y solo por ceder á las instancias del compañero que está á mi lado derecho. Este me persuadió que si estuviera inscrito en ella me seria fácil lograr un buen destino, y que arrastraria coche antes de un año. Soy hijo único, y de consiguiente, quisiera evitar á mis padres la pena de verme encarcelado. Os suplico, señor juez, que no les hagais pasar por una

afrenta que les hiciera perecer sin remedio, é yo ya propongo abandonar esta sociedad, atendidas las sólidas razones que habeis manifestado.

Prefecto. Si persistís en vuestros delirios, ¡ved cuántos jóvenes arrastrais á su ruina! Pero conozco á uno que se llama Benjamin, á quien aguarda su padre en mi misma morada, donde espero yo que volverá los talegos que le ha hurtado, y despues irá en un calabozo. ¿Dónde está ese Benjamin?

—Es el que se halla al cabo de aquel banco, respondió uno de los sôcios.—Acercaos aquí, Benjamin, y no temais. No quiero saber mas qué dónde está el dinero que hurtásteis á vuestro padre, y prometo hacer que os perdonen si me dais cuenta de él.

—Señor, respondió Benjamin temblando de piés á cabeza, está en las arcas del tesoro de la academia.—¡Hola! conque tiene ya la academia tesoro y tesorero; ¿y dónde está?—El tesorero es Mr. Rafle, el que ocupa el tercer asiento, despues del presidente.—¿Es verdad que habeis recibido el dinero de Banjamin?—Sí.—Está bien, dijo el prefecto. Despues añadió: mi deber, ya veis Mr.

Le Grand, que seria de haceros probar á todos el cáñamo, pero prefiero tomar lo como una fanfarronada y bobería de jóvenes, inspirada por la perniciosa lec tura de los malos libros, de los cuales experimenté yo mismo en otra época su funesta influencia. Quiero por la pri mera vez ser con vos menos un juez severo, que un padre indulgente que perdona las faltas cuando reconoce un arrepentimiento sincero en sus hijos. Una de dos, ó va á entrar la gente arma da para conduciros á todos á la cárcel donde esperaréis el condigno castigo, ó me daréis palabra de abjurar vuestras doctrinas, y renunciar al trastorno y revolucion del estado. Si adoptais este último partido, cada uno será libre de volver á su casa, y Mr. Le Grand saldrá de la ciudad en el término de veinti- cuatro horas, prestando antes juramen to de no volver á ella. ¿Qué decís á esto, Mr. Le Grand?

Mr. Le Grand. Yo haré lo que re suelva la asamblea, á pluralidad de vo- tos. Luego procedieron al escrutinio, y resultó adoptado por unanimidad la úl- tima parte del dictámen propuesta por el prefecto. Este disolvió la propuesta

y se llevó á Benjamin y al tesorero. El comerciante de Calais aguardaba en ca sa del prefecto el resultado de aquel negocio, y viendo entrar á su hijo sin esposas ni ataduras, exclamó:—¡Es po sible, señor prefecto, que dejeis libre á ese gran bribon!—Perdonad, padre mio, dijo Benjamin, arrojándose á sus piés: perdonadme por esta vez, que yo ya procuraré nunca mas ofenderos, estando como estoy desengañado de la inmo ralidad y malas doctrinas de los libros que en hora menguáda leí para mi daño. El señor prefecto es quien me ha hecho reconocer mis errores, y os pro meto que si llega á mis manos en ade lante alguno de estos libros, le pondré desde luego en las vuestras, ó le arrojaré al fuego.

—¿Dónde están mis talegos, bribonazo? dijo el padre con la mayor indigna cion.—El señor tesorero, que aquí veis, respondió volviéndose á Mr. Rafle, podrá entregároslos. Ni un maravedí á sa lido todavía de ellos. Entonces Mr. Rafle confirmó la relacion del jóven, y el padre se tranquilizó:—Solo á este precio puedo perdonar tu mala accion.—Vaya, repuso el prefecto, no os olvideis

de vuestra mocedad, y así seréis mas indulgente. Ya teneis los talegos en vuestro poder, y este es el mejor resuldo que podíais esperar de vuestras diligencias; en lo venidero no os olvideis que el dinero está expuesto á mil contingencias. Y vos, señor tesorero, idos inmediatamente á buscar todo el dinero de vuestra caja, porque no será extraño que otros jóvenes de la sociedad hayan depositado en ella su dinero á imitacion de Benjamin.—Así es, señor, respondió Mr. Rafle; mis libros están en regla, y afortunadamente no se habia votado todavía la inversion de los fondos.

Todo se hizo á tenor de las órdenes del prefecto. El comerciante se llevó á Calais á su hijo con los escudos que habia hurtado, y Mr. Rafle depositó todo el dinero en casa del prefecto; éste mandó reunir á todos los sócios, y en seguida devolvió á sus padres todas las cantidades que les habian hurtado. Todavía os conserva en Amiens el recuerdo de tan noble conducta, y la memoria del prefecto continua en recibir las bendiciones de los naturales de aquella ciudad. No se estableció en ella ninguna sociedad que pudiera hacer sombra ni

dar que temer al gobierno. Este magistrado preferia prevenir los delitos á la dura necesidad de castigar á los delicuentes, y la prudencia guiaba todas sus precauciones. Durante su administracion reinó en Amiens la mayor tranquilidad.

CAPITULO XXI.

Mr. Le Grand refiere á Petit–Jean lo que le sucedió con el prefecto de Amiens.—Entra el héroe y su criado en la academia de bellas letras de Rouen.—Coloquio entre uno de los empleados y Mr. Le Grand, sobre el permiso para leer libros prohibidos.—Los tres viajeros llegan á Orleans.—Relacion que hace Mr. Le Grand de las hazañas de Alejandro el Grande á vista de la estatua de Juana de Arc.

Apenas llegó Mr. Le Grand á la fonda cuando preguntó por su criado, y le mandó disponerlo todo para salir el dia siguiente al amanecer.—¿Y por qué tan presto? respondió Petit–Jean. Por lo menos debiéramos estar aquí ocho dias

para poder recorrer la ciudad de Amiens.
—Déjate de observaciones, repuso el héroe muy colérico; y repito que marcharémos mañana muy de madrugada.

En efecto, á la hora determinada, se pusieron en camino. Mr. Le Grand se dejó guiar por su caballo, el cual tomó la direccion de Rouen, tanto le habia incomodado y distraido la escena que tuvo lugar en Amiens. Acordóse en el camino que Rouen era la silla de un arzobispado, cuyo prelado tenia el título de primado de la Normadia; que habia un parlamento desde el año 1515, un consejo de cuentas, una casa de moneda, colegio, academia de bellas letras, dos abadías, un castillo, y muchas iglesias.

Mr. Le Grand deseaba examinar la famosa campana llamada *Jorge de Amboise*, reputada por una de las mayores del mundo, y al efecto pensó detenerse allí dos dias. Estaba triste y pensativo, sin hablar con su criado ni con el sobrino de Condorcet. Luego que llegaron al primer lugar se fué á una posada para descansar un poco: inmediatamente ordenó á Petit-Jean que le trajera la maleta donde tenia sus libros favaritos.

—¿Cómo es esto, señor? ¿Queréis divertiros en leer sin haber tomado alimento desde que salimos de Amiens? Ante todo conviene que comamos, y despues podréis leer á vuestro sabor.

—¿Sabes, Petit-Jean, que en Amiens han querido persuadirme que mis estudios no son mas que delirios, y mi filosofía un tejido do necedades? Vengan á mí desde luego las obras de Dirot, de Maupertuis, de Dumarsais, de La Mettrie y algunos otros, que yo quiero revisarlos, y conocer si el prefecto de Amiens los ha estudiado mejor que yo.

—¿Por qué motivo y en dónde habeis visto á ese prefecto?

—¡Ah! ¡Si tú hubieras visto la brillante runion de aquellos académicos! Yo no puedo pensar en ello sin afligirme. ¡Qué ardor y entusiasmo, qué audacia se descubria en aquellos jóvenes! ¿Creerás que habian ya resuelto nada menos que esparcirse por la Polonia, Italia y América, para propagar la nueva doctrina?

—Pero qué tiene esto que ver con el prefecto, exclamó Petit-Jean; yo desearа saber lo que os ha sucedido con él y

los motivos de nuestra marcha precipitada.

Entonces Mr. Le Grand contó á su criado del modo que el prefecto se introdujo en la asamblea, cómo la casa estaba circuida de gente armada, y cómo el prefecto se habia dado á conocer con el título de filósofo moderno, al paso que estaba muy distante de comprender, como él y los demas académicos, las doctrinas de la filosofía moderna, y que, en fin, habia llegado hasta llamar sueños y delirios las proposiciones de los nuevos filósofos. Yo no hubiera cedido, respondió el héroe, pero como nos amenazó con la horca, ¿qué habiamos de hacer? fué necesario rendirnos á su voluntad, pero lo peor fué que me impuso la obligacion de salir de Amiens dentro veinticuatro horas. ¿Qué te parece de esto? Petit-Jean.

Me parece, respondió el criado, que este prefecto masca á dos carrillos, es decir, que ha cursado las dos filosofías, la antigua y la nueva; en consideracion á la última os habrá dejado libre: si se hubiera gobernado no mas que por la primera, mal año como no hiciera que todos lo pasárais mal. En qué berengue

nal os habeis metido, ¿no os lo predije yo al salir de Calais, cuando hablamos de Benjamin y de sus cofrades?

—Ahora que hablas de Benjamin, dijo Mr. Le Grand, sabe que su padre le esperaba en casa del prefecto, probablemente para recobrar sus talegos, los cuales en esta hora habrá ya recibido, porque el prefecto me ha parecido hombre de bien y de talento; pero sin duda habrá entendido mal nuestros autores, y he aquí por qué quiero volver á leerlos, temiendo que el daño no esté de mi parte en no haberlos comprendido bien.

—¿A cuatro ó cinco leguas de Amiens queréis deteneros para leer? ¡Qué disparate! Ved ahí el mejor medio de ser alcanzados por los agentes del prefecto. No nos detengamos mas que el tiempo necesario para tomar algun alimento, y creedme, como me llamo Juan, que lo que importa es despachar presto y arrear. No os fieis de hombres que han estudiado las dos filosofías, bien librados salimos todavía de este lance, no habiendo tenido que pagar nuestro tributo al escribano; partamos, y aprovechaos de mi consejo por ahora, que

yo despues ya seguiré el vuestro. Hízo lo así el hérde, y el dia siguiente por la tarde hicieron su entrada en Rouen, y se alojaron en la mejor posada de la ciudad.

Despues de haber descansado toda la noche, Mr. Le Grand salió al amanecer con su criado, con direccion á la academia de bellas letras, para procurarse algunos libros de la nueva filosofía. Pidió al bibliotecario las obras de la Mettrie, de Dumarsais y otros, y se las iban á presentar, cuando él llamó aparte á su criado y le dijo:

—Mira tú cómo se encuentran aquí todas las obras de los filósofos modernos, y el majadero del prefecto de Amiens queria persuadirme que estaban llenas de delirios.—¡Ah! querido amo, respondió Petit-Jean, no os aparteis de mi consejo todavía; que nos entreguen tres ó cuatro volúmenes de estas obras, las examinarémos, y echarémos de ver con una ojeada, si están impresas como las de la academia subterránea, ó si se ha tocado ó cercenado de ellas alguna cosa que haya disgustado al prefecto de Amiens.

–Tienes razon, repuso Mr. Le Grand,

porque siendo así no tendria nada de extraño que las franquearan.

Acercóse el héroe á uno de los empleados, y le dijo que deseaba leer cinco volúmenes de las obras mas famosas que hubiera en religion y política.—Luego voy, respondió el empleado, con tal que me enseñeis el permiso del gobierno para leerlos.—Ignoraba que fuese necesario este requisito, repuso Mr. Le Grand.—Lo siento, señor; pero así es: las doctrinas de estos autores, ya sabréis que no son para todos. Siendo como somos desiguales en nuestros pensamientos, discursos y maneras de ver las cosas, sucede que algunas veces nos conformamos y atinamos con la verdad en lo que pensamos. al paso que otras veces caemos en el error: las obras que vos pedís requieren mucha sensatez y buen juicio por parte del lector, de otra manera correria peligro de perder el seso y aun de causar grandes turbaciones al estado, y por esto el gobierno ha determinado justamente, y con mucha sabiduría, que la lectura de estos libros no fuera permitida mas que á las personas conocidas ya por su religion y moralidad. No quiero decir por esto

que echeis de menos estas prendas, sino que os será fácil valeros de los agentes del gobierno para conseguir el permiso, y entonces será para mí un deber poner en vuestras manos los libros que pedís.

Petit-Jean hizo una seña á su amo y se despidieron del empleado de la academia. Este leal criado dió á entender á Mr. Le Grand que era arriesgado de tenerse en Rouen, porque el prefecto de Amiens podia haber advertido al de Rouen que vigilara sobre la conducta del héroe, é impedirles presidir otra academia como aquella en que se decidió insurreccionar la Polonia y la Italia, y añadió que no habia remedio para ellos si tenian la desgracia de caer en manos de un juez que no supierá mas que la filosofía antigua. Petit-Jean terminé su discurso aconsejando á su amo que tomaran desde luego las de villa diego, sin detenerse para examinar cosa alguna mas de la ciudad, ni aun para ver los bajeles que llegaban por la embocadura del Sena, y alejarse cuarenta ó cincuenta leguas, hasta que el prefecto de las dos filosofías hubiera perdido el recuerdo de sus dos ilustres personas.

Mr. Le Grand siguió el consejo de su criado, pareciéndole que todavía sonaban en sus oidos las palabras del bibliotecario de Rouen, y dejando la coriente del Sena, se encaminaron los tres viajeros por la ribera derecha de Loira, y al cabo de cuatro dias llegaron á Orleans. El héroe habló á sus criados de la catedral de esta ciudad, que es una de las mas suntuosas del reino, y donde cuentan á Jesucristo como su primer canónigo. Por este motivo está destinada al altar mayor doble porcion. Refirió los famosos concilios que se habian celebrado en Orleans llamados Aurelianenses, de los cuales se encuentran tres en la antigua coleccion española. Al dia siguiente, el héroe recorrió la ciudad, acompañado de Petit-Jean, y se detuvieron delante la estatua de Juana de Arc, llamada vulgarmente la doncella de Orleans. Explicó á su criado có mo habian sitiado esta ciudad los ingleses, y los muchos prodigios de valor que hizo aquella heroina para salvar á su país, lo que le merecio tal gratitud y reconocimiento de sus compatriotas, que llegaron á inmortalizarla, levantando en su honor y memoria aquella estatua.

—¿Y no os viene á las mientes de derribar y hacer pedazos esta estatua del mismo modo que pensábais hacerlo en Paris con la de Luis el Grande? preguntó Petit-Jean.—Hay una gran diferencia entre un héroe y una heroina, respondió el amo, y mas si es doncella. Los héroes mas famosos han sido por lo comun grandes criminales, como por ejemplo, Alejandro el Grande. Este, cuando tomó por asalto la ciudad de Tebas, hizo vender en pública subasta á los que pudieron escapar de la muerte, y prohibió que dieran hospitalidad á los fugitivos. Persiguió tambien con el mayor furor al famoso y elocuente Demóstenes, quien se vió precisado á tomar un veneno para escapar de tan terrible persecucion; y despues del paso de Granica, redujo á polvo la ciudad de Halicarnaso, defendida por los persas. Saliendo de la batalla de Iso, en la que quedó dueño, dijo por mera vanidad y jactancia: vamos á refrescarnos en los baños de Dario; y cuando recorria los edificios y magníficos aposentos de su rival vencido, exclamaba: *Este sí que podia llamarse rey*.

Otro tanto, si no mas reprensible,

fué en la visita que hizo al templo de Júpiter-Ammon. Expuso su ejército á perecer en los páramos del desierto, para ufanarse y tener la vanidad de ser llamado hijo del dios que adoraban allí, y hasta llegó al extremo de exigir de la austeridad de los macedones, la adora cion que le tritbutaban los persas ven cidos. Clito, soldado que le habia salva do con su cuerpo de un inminente peli gro, estando en la mesa del rey, se llenó de indignacion porque querian levantar á este monarca sobre Castor y Polux, y aun á mas grado que al mismo Hércu les. Manifestólo así, y excitó tanto con esto la cólera de Alejandro, que mandó arrestarle, y no queriendo obedecer, se apoderó como un frénetico de la espa da de uno de sus guardias, y atravesó con ella el cuerpo de Clito, que cayó muerto á sus piés. He aquí los actos heróicos de este hombre, que desde la Macedonia pasó el Mediterráneo, llegó á Egipto, traspasó la Lybia, costeó el Mar Rojo y el golfo pérsico, penetró en la India, atacó á los Scitas, y recorrió el mar Cáspio y el lago de Meotis. He aquí el hombre que rindió tantas ciuda des, ganó tantas batallas, y desafió la

intemperie de los climas, y sufriendo el hambre y todas las fatigas militares, así como el dolor de sus heridas, se vió siempre á la cabeza de un ejército tan aguerrido é intrépido como él mismo. El fué el único héroe que en el espacio de diez años formó el mayor imperio del mundo.

—¿Pero, señor, dijo Petit-Jean, haríais pedazos una estatua de Alejandro, así como quisísteis hacerlo en Paris con la de Luis el Grande?—Por cierto, respondió el héroe; porque no puedo consentir que se inmortalicen los verdugos de la humanidad. ¿Y con qué derecho Alejandro el Grande se hizo dueño de tantos reinos? ¿qué agravios habia recibido de tantas víctimas sacrificadas á su ambicion? ¡Cuántos huérfanos no hizo, cuántos padres no quedaron sin el consuelo de sus hijos, y cuántas mugeres sin el apoyo de sus maridos! ¡qué llanto y qué desolacion no ha experimentado el mundo, únicamente porque un hombre ha sabido formarse un ejército aguerrido, y acometer á tuerto ó á derecho á todo el género humano, sin mas ley que la de la fuerza! De este modo el leon, como el mas fuerte, debe-

ria despedazar á todos los demas animales. Esto que sucediera antes de entrar el hombre en sociedad, ¡vaya! porque entonces era peor que los brutos, y vivia sin otra ley ni regla que la del mas fuerte, apoderándose de todo lo que queria y podia; pero amaneció un dia que echó de ver que este género de vida era salvaje y bárbaro, y determinó reunirse en sociedad con los demas. En seguida se formó una especie de convencion para equilibrar las fuerzas y someterse á las leyes, cuya justicia mediante, han llegado ahora á ser todos iguales. Muy bien puedes conocer é inferir de aquí, que Alejandro y sus imitadores no han seguido el camino de la justicia, y que injustamente se les ha dado el título de héroes, y erigido estatuas en honor á su memoria. Repito que no consentiré en esto, aunque deba sacrificar á la regeneracion todos mis bienes y hasta mi vida.

—Por lo que mira á los bienes, me parece que muy adelantado está el negocio, respondió Petit-Jean; pero desearia saber si despues de hecha la regeneracion habrá guerra todavía, ó si el hombre llegará entonces á conocer á

Dios, y amarle sobre todas las cosas, y al prójimo como á sí mismo?

—Muchas veces te he dicho, repuso el héroe, que despues de la regeneracion no habrá penas, ni padecimientos, y que el mundo se convertirá en un paraiso luego que se haya establecido un gobierno sobre los principios de libertad é igualdad, que transformarán á los hombres en ángeles.

—Pero os vuelvo á decir, querido amo, que esto no podrá hacerse sin una revolucion, y entonces ya tendrémos muchos huérfamos y viudas, y llanto y desgracias, y estrago por todas partes, como en tiempo de Alejandro el Grande. Lo peor es que estas ideas de matanza os repugnan y no entran en vuestros principios.

—Tú eres un imbécil, dijo Mr. Le Grand, y muy menguado de memoria. Cuándo hice la regeneracion por debajo las aguas, ¿qué víctimas hubo ni qué extragos? sin embargo, yo llevé á cabo mi objeto de establecer todos los nuevos gobiernos que enseña la filosofía moderna, en términos que ahora están gozando aquellos habitantes de los mismos beneficios anexos á la regeneracion;

siendo igualmente libres y libremente iguales.

—Si otro tanto pudiérais conseguir sobre la tierra, dijo Petit-Jean, la regeneracion se haria sin efusion de sangre.

—¿Y cuántos años crees tú que he empleado en regenerar á los habitantes de las aguas?

—¡Años! interrumpió el criado con viveza. ¿Qué decís? ni dias, ni horas empleásteis en ello, porque no estuvísteis mas que unos cinco minutos debajo las olas.

—¡Oh! esto es bueno para dicho, tú mudaste el color cuando me viste entrar en el mar.

—Puede ser muy bien, querido amo, y aunque perdiera el conocimiento; pero Jaime que estaba en su acuerdo, y muy despierto, puede confirmaros lo que os acabo de decir.

—Basta de disputas, dijo Mr. Le Grand, porque á mí no me gustan; y mejor harás en confesar que tambien dormias en las sesiones á que asistimos en la academia de Paris. He aquí por qué nosotros nunca podrémos entendernos por mas que hablemos.

Volviendo á la fonda amo y criado,

entraron en la calle algunos estudiantes, lo que movió á Petit-Jean á ir á la Universidad, para ver si les facilitarian algunos libros de los que habia pedido en Rouen. Mr. Le Grand dijo que tenia la misma intencion, pero que queria aguardar al dia siguiente, porque á la sazon iba en derechura á la posada para reparar sus debilitadas fuerzas.

CAPITULO XXII.

Discusiones filosóficas entre Mr. Le Grand y los estudiantes de Orleans.—Aventuras de Petit-Jean

Al dia siguiente el héroe y su criado fueron á la Universidad, y al instante se vieron rodeados de una multitud de estudiantes, que preguntaban entre sí de dónde podrian haber salido aquellos forasteros, de los cuales el uno era tan grande y el otro tan pequeño, que no parecian sino á San Jaime y la calabaza. Uno de aquellos jóvenes que era bastante descarado, se puso junto á Petit-Jean, y le preguntó cómo se llamaba su compañero; el criado respondió. Mr.

Le Grand, *héroe político, filósofo moderno, regenerador del género humano, &c.* El interlocutor se retiró, y acordándose de la burla que hicieron á D. Quijote cuando fué á Barcelona, escribió esto en un papel que sujetó con un alfiler en el frac de Mr. Le Grand, sin que éste lo advirtiera. Continuaron los dos caba lleros, Le Grand y Petit, recorriendo las galerías de la Universidad, rodeados de mas de cincuenta estudiantes. Los que iban mas atras, no cesaban de gritar: ¡Mr. Le Grand! héroe político, filósofo moderno, regenerador del género humano, &c. &c.; de modo que el héroe y su criado estaban atónitos de ver que la fama de Mr. Le Grand hubiera pene trado dentro de la Universidad de Or leans. La franqueza de aquellos jóvenes dió lugar á Mr. Le Grand de preguntar les que era lo que se enseñaba en la primera cátedra.

—Aquí, respondió uno de ellos mostrando un gran salon á la izquierda, se enseña la forma del silogismo.—No entiendo esto, dijo Mr. Le Grand.—Esta es una ciencia, por medio de la cual os probaré que llevais astas en la frente, porque *aquel que lleva astas es un ani-*

mal, es así que el hombre es animal; luego el hombre lleva astas: vos sois hombre, luego llevais astas. El héroe pasó la mano por la frente, y respondió:—Esto puede ser; pero yo no me apercibo de ellas.—No importa, replicó el estudiante, cón tal que os lo pruebe con silogismos, quedará sentado como principio que vos llevais astas. Acercóse á Mr. Le Grand, y le dijo:—Vos, á lo que parece, sois filósofo; y lo que es mas, filósofo moderno. Ahora bien, yo quiero probaros que sois un asno: *el asno es un animal, es así que el hombre es un animal, luego vos que sois hombre y animal, sois un asno.* El héroe respondió con bastante indignacion;—*Es así que vos tambien sois hombre y animal; luego tambien sois un asno.*—Es así, dijo el estudiante; pero en el mismo caso se hallan todos los demas hombres, que siendo animales, pueden ser considerados como asnos. —En buen hora, repuso Mr. Le Grand; pero esto tendrá lugar únicamente con aquellos que no han estudiado mas que la filosofía antigua.

Desde allí se fueron á otra cátedra en donde oyeron á algunos estudiantes que alzaban el grito como si fueran energú-

menos. El héroe preguntó si habia allí alguna riña, pero le respondieron que aquella gritería procedia de una cues tion problemática que se habia agitado. —¿Y qué es esto? repuso Mr. Le Grand. —Es una especie de argumento, por medio del cual se prueba que lo blanco es negro, y lo negro blanco. Ahora disputan que estamos en mitad de la noche, y veis que tenemos al sol encima de nuestras cabezas.—¿Y todo esto se aprende con la forma silogística? pre guntó Mr. Le Grand.—Sí, por cierto, respondió el estudiante, y muchas otras cosas todavía mas extraordinarias.—No me gusta vuestra filosofía, repuso el héroe, porque huele á antigualla. Si fuera como la lógica de los modernos, otras consecuencias se sacarian mas exactas y mas ciertas.—¿Y cómo se maneja la lógica moderna, ó qué reglas sigue? dijo el estudiante.—Las mismas reglas que las matemáticas y ciencias de cálculo, respondió Mr. Le Grand: es, por ejemplo, como si dijéramos que la línea recta, siendo mas corta que la curva, va mas presto que no ésta á un punto dado.—¡Ah! ¡ah!.... dijo el estudiante, tambien se enseña aquí; y en seguida

condujo al héroe á otro salon, donde presenció la disputa de otros dos, de los cuales el uno defendia que dos líneas pueden aproximarse sucesivamente sin llegar á unirse. Y lo apoyaba en que al formar un ángulo podian cortarse, y de este modo continuar prolongándolas sin tocarse hasta lo infinito.

El héroe no quedó satisfecho de semejantes argucias: acompañáronle á ver otro estudiante que pretendia y sustentaba haber hallado una cosa que no tenia principio ni fin.—Esto es un dispa rate, exclamó Mr. Le Grand, porque no hay otro que Dios de quien pueda decirse esto con verdad.—Atended, señor, replicó el matemático; es cierto que no puede atribuirse sino á Dios la cualidad de no haber tenido principio ni fin. No pudiendo alcanzar esto el espíritu del hombre, nada tiene de extraño que le sea dificil penetrarse de la esencia de la Divinidad; pero sí los hombres podian encontrar en la naturaleza una cosa ideal que no tuviera principio ni fin; ¿no es verdad que entonces probarian mas fácilmente la posibilidad de la existencia de Dios, sin principio ni fin?—¿Y dónde está en la naturaleza una cosa

ideal ó material que no tenga principio ni fin? replicó Mr. Le Grand.—Este se encuentra, respondió el estudiante, en la unidad para todo el que esté iniciado en las matemáticas: la unidad, siendo una cosa arbitraria, puede tomarse donde quiera, ya sea subiendo por docenas, centenas, millares, y hasta el infinito, ó ya sea bajando desde la misma unidad, por docenas, centenas y millares, tambien hasta lo infinito: porque donde quiera, y de cualquiera modo que se tome, no se la encontrará jamas principio ni fin.

—No me acordaba de esto, aunque ya sé que los matemáticos fueron los inventores de aquella arte maravillosa que representa todas las cantidades imaginables, con solo nueve guarismos y un cero, mediante la sencilla operacion de hacerles mudar de lugar. Pero lo que deseara saber, es si enseñan en esta Universidad la teoría de la transmigracion, tal como la enseñaba el famoso filósofo Pitágoras, ó segun las doctrinas y principios del moderno filósofo Diderot.—Ninguno de los dos se sigue aquí, respondieron los dos estudiantes, porque está demostrado que ambos andu-

vieron equivocados en este punto. La transmigracion no existe, y es un error creer que ningun hombre se haya transformado despues de muerto en perro, gato, ú otro animal cualquiera. De este error fácilmente podréis conocer el orígen; en la naturaleza los séres no hacen mas que descomponerse, ninguno de ellos se pierde, anonada ó aniquila; y así es que nosotros la vemos reproducirse siempre en todos los reinos animal, vejetal y mineral. El cuerpo del hombre, despues de muerto, así como el de los demas animales, y hasta las plantas, vuelven en el seno de la tierra, es decir, que volvemos á ser lo que fuimos antes de nacer; ó mas bien, volvemos á la nada de donde salimos. Los desechos ó desperdicios de los cuerpos, ó mejor diré, los elementos, sirven para procrear otros de nuevo, pero el hombre que dejó de existir, no vuelve ya, y lo mismo sucede con los árboles y demas animales. En su estado de putrefaccion, se engendran insectos; mas esto nada tiene de comun con su padre, de quien apenas hay ya memoria, ó con el ser que dejó de existir. Todo lo que yo digo lo sé de mi catedrático que es

muy sábio, y está en la opinion de que merecerán ser encerrados en una casa de locos todos los que tienen la contraria.

Admirado por demas quedó Mr. Le Grand de lo que sabian y adelantaban los estudiantes de aquella Universidad, y tanto que no se atrevió á ir en busca de los catedráticos, segun habia propuesto; antes bien fué á ver dónde estaba Petit-Jean para volverse á la fonda; pero le informaron que habia salido con algunos estudiantes, de los cuales se hizo conocido disputando con ellos sobre la filosofía. Volvióse entonces solo á la fonda, y el primero que encontró fué Jaime, á quien preguntó noticias de Petit-Jean. El palafrenero respondió que no habia llegado; sin embargo, como aún no era medio dia, no causó esto ninguna inquietud al héroe; pero viendo al anochecer que su criado no habia parecido, envió en su busca á muchos criados de la fonda, cuyas pesquizas fueron del todo inútiles, puesto que ninguna noticia pudieron adquirir de él. El dia siguiente al amanecer se presentó Petit-Jean en su alojamiento. El héroe se disponia para darle una buena

fraterna; pero cuando le vió que venia todo estropeado, se contentó en decirle: ¿Y qué significa esto, Petit-Jean? ¿Qué quiere decir tanto desórden, despues de veinticuatro horas de ausencia?

—Nada es, querido amo: ya os lo contaré en el camino. Vos os vísteis obligado á salir de Amiens, y yo de Orleans, y antes no lluevan sobre nosotros nuevas tempestades, salgamos de aquí y abandonemos esta maldita ciudad. ¡Levantaos! levantaos pronto digo, y pongámonos en camino.

No dió lugar Mr. Le Grand á que le repitieran lo que acababa de oir, y á las ocho de la mañana salieron los tres viajeros y tomaron la derrota de Tours. Petit-Jean volvia algunas veces la cabeza para ver si les seguia algun satélite enemigo suyo. Jaime que lo advirtió, dijo con mucha sorna:—A lo que parece dejais en Orleans alguna cosa que os interesa mucho; no importa, si queréis volver allá. ya irémos despacio para daros el tiempo necesario de hacer lo que os cumpla, y poder despues alcanzarnos.—Dejémonos de pullas, Jaime, y andemos aprisa, porque todavía no nos hallamos á salvo.—El miedo

abulta mucho los objetos, amigo Petit-Jean: aseguraos de que nuestros caballos han comido bien, y que en caso de necesidad podriamos sacar de ellos buen partido. Cobró ánimo Petit-Jean con el buen continente de Jaime: —Vamos, exclamó Mr. Le Grand, volviéndose á Petit-Jean, que ya veo que eres un cobarde; tú me has hecho salir de Rouen y Orleans para escapar de peligros imaginados que no habrán existido mas que en tu cabeza. A fé que si seguimos como hasta aquí, mucho me temo que no tendrá lugar la regeneracion. Pero cuéntanos lo que te ha sucedido en todo este tiempo.

—Ya que ese buen Jaime, dijo Petit-Jean, me obliga á ello, voy á referiros lo que esos malditos estudiantes hicieron de mí cuando me apartaron de vuestra compañía. Desde luego me rodearon una docena y media de aquellos condenados, quienes al principio me parecian unos ángeles. Me dieron golpes, llamáronme su cofrade, y me preguntaron dónde habia hecho mis estudios. Respondiles que mis estudios se limitaban á las visitas que habia hecho en las diferentes bibliotecas de Paris,

donde habia aprendido algunas cosas relativas á la nueva filosofía. Entonces me interrumpió uno de ellos que pretendia haber frecuentado tambien las bibliotecas de Paris y hasta la academia. Me dió algunas señas para confirmacion de lo que allí hacian, y recitó de memoria aquella leccion de Maupertuis que dice: "Una cierta dósis de opio "mezclada con otros ingredientes, in"funde el espíritu de prediccion, y nos "conduce al mundo pithio, sibilítico y "profético." Quise hacer ver al estudiante, prosiguió Petit-Jean, que no me iba en zaga. y me apresuré á citarle el siguiente texto de Telliamed: "El hom"bre era un pez que saliendo del mar "perdió todos los atributos de un ani"mal acuático, y con el transcurso del "tiempo ha llegado al punto que vemos "en el dia".

—¡Perfectamente! interrumpió Mr. Le Grand. Lástima que yo no estuviera allí, que le hubiera citado el texto de Delisle de Sales, donde dicce: "Que con "el transcurso del tiempo hemos pasa"do por los anillos de una gran cadena, "y sido primero piedras, y despues ve"jetales y cuadrúpedos; que la natura-

"leza ha criado al hombre mediante la "mezcla de diferentes especies, y sobre "todo, por el coito del orang-utang; en "fin, que el hombre, *que es el rey del* "*universo*, está unido con los demas sé- "res, de los cuales, á su vez, los unos "son atraidos por los otros." Esta leccion, dijo Petit-Jean, era para mí demasiado larga; pero no importa, porque ya le envidé la de otro filósofo que pretende: "que seria inútil, y aun injusto "obligar á un hombre á abrazar la vir- "tud si con ella habia de ser desgracia- "do, y que al contrario, debe amar al "vicio, si con él se halla dichoso."—¿Y sabia el estudiante estas doctrinas? preguntó Mr. Le Grand.—Por lo ménos, respondió el criado, parece que no le causaron gran novedad.—Siendo así, todos ellos estarán iniciados en la nueva filosofía; amigo, los que á mí me acompañaron, lo estarian muy poco. Hiciste mal, Petit-Jean, en no ir á buscarme para tomar parte en la disputa.

—Esto deseaba yo, pero los estudiantes no me dejaban respirar, y me atropellaban con preguntas, sobre quiénes éramos, á dónde, y á qué íbamos, á todo lo cual respondia lo que sé, y sobre to-

do, la empresa que nos hemos propuesto de hacer una regeneracion universal. Me preguntaron tambien si teníais mayordomo; díjeles que yo hacia las funciones de tal y las de ayuda de cámara, y que nos acompañaba uno que se llamaba Jaime, que era sobrino de Condorcet, y nuestro palafrenero. ¡Va de mí! respondió este con mucha indignacion:—Otra vez que os suceda, haréis el favor de no meteros conmigo y dejarme tranquilo en mis tareas.

—No hay de que ofenderse, interrumpió Mr. Le Grand.—Esperad, repuso Jaime, y dejad que concluya ese badulaque, ya veréis cómo al fin y al cabo habrá hecho alguna majadería.—Acaba la historia, repuso el héroe volviéndose á Petit-Jean; haria cualquiera apuesta que estos estudiantes han asistido á nuestra academia de Paris.—Yo al principio así lo creí, mayormente cuando me obligaron á ir á la posada de uno de ellos, donde fuí preguntado si habia leido las obras de Freret. Les respondí que de este autor no conocia mas que el texto que sigue: "Las ideas de "vicio y virtud, de justicia é injusticia, "son enteramente arbitrarias, y depen-

"den del hábito." Entonces uno de los estudiantes dijo: basta de exámen, y me preguntó si era mi amo quien habia enviado de Paris los libros de la nueva filosofía, á lo que respondí que no solo habíais enviado libros á Orleans, sino tambien á todas las provincias del reino, á fin de esparcir las luces por todas partes, y preparar de este modo la regeneracion universal del género humano.—Preguntaste, interrumpió Mr. Le Grand, ¿si han recibido los libros que remití sobre política, y los que enseñan la manera de establecer un gobierno sobre los principios de *libertad*, *igualdad*, *seguridad*, *&c.*, *&c*?

—Era por demas, porque ya los habian leido, aunque muy por encima; y así es que les pregunté si pensaban en hacer la regeneracion.—Los estudiantes respondieron que sí; pero que antes deseaban ponerse de acuerdo con nosotros.—Siendo así, dijo Mr. Le Grand, debias inmediatamente ir á buscarme.—Esta era mi intencion, pero me rodearon y esforzaron tanto á que fuera con ellos á un bodegon, que de nada sirvieron todas mis excusas. Luego que llegamos, en él conté diez y ocho per-

sonas, sirvieron una comida de diez francos por barba, y dieron órdenes de preparar una cena para treinta, en la que debíais asistir vos y los demas estudiantes que habian ido á acompañaros. Sosegado con la esperanza de veros me senté á la mesa, y despues de concluida la comida, me condujeron á ver seis estudiantes, á los cuales al dia siguiente debian trasladar á la cárcel pública. Pregunté el motivo de su arresto, pero únicamente respondieron que eran mis cófrades y condiscípulos de la nueva filosofía; que no tardaria yo en acompañarles, y finalmente, que sufriria igual suerte, la cual, segun todas las apariencias, no seria de las mas brillantes.

Entonces sentí todo el peso de mi desgracia, y empecé á temblar, á pesar de todos los esfuerzos que hice en ocultar el miedo. Uno de los interlocutores trataba de consolarme diciendo que tendria de haberlas con la justicia ordinaria para darme á conocer todos los horrores de mi situacion; me condujeron á la cárcel pública en donde ví seis jóvenes detenidos en calabozos y cargados de grillos por haber leido las obras de

la nueva filosofía. Apenas entré en uno, cuando llegó el escribano del tribunal para leer á aquellos desgraciados la sentencia de los jueces, concebida poco mas ó menos en estos términos.... "Y "atento á que los referidos..... se han "hecho reos del crímen de alta traicion, "queriendo establecer la república y "derribar el gobierno actual, les conde- "namos á la pena de morir ahorcados, "y que sean expuestos y colocados los "unos frente los otros, para servir de "ejemplar y escarmiento á la juventud "turbulenta."

Cuán atónito y admirado quedé al es cuchar la sentencia pronunciada contra aquellos desgraciados, no hay para qué encarecerlo. Poco faltó que no desmayara. Uno de los estudiantes que lo advirtió, me hizo salir fuera para que me diera el aire; ¿pero dónde diríais que me condujo? —¡Toma! repuso el héroe con impaciencia, ¡qué sé yo dónde fuísteis á tomar el aire!—Por cierto que el aire me rodeaba por todas partes, porque me condujeron en el patio del suplicio, y junto á la horca. Me explicaron su mecanismo, y del modo que el ejecutor se preparaba para hacer dar un vuelco

á los que caian entre sus piernas. Faltóme el valor, y advirtiéndolo los estudiantes me llevaron á una taberna, en donde pidieron lo que tuvieran de mejor; comieron con abundancia, pero cuando se trató de pagar hubo entre ellos una acalorada disputa sobre quién debia correr con el gasto. Acordaron por último hacer un circulo y asirse de las manos unos de otros, y poniéndome á mí en medio con los ojos vendados, que tentase con la mano á alguno de ellos, y que aquel á quien tocaria el azar, deberia pagar por los demas. Dicho y hecho, iba yo tentando por todas partes, hasta que subió el tabernero al primer piso donde estábamos, inmediatamente le puse la mano encima y dije: tú eres: me quito al instante la venda, y viéndome engañado, le pregunté por los estudiantes.

—Todos han salido, respondió, diciéndome que vos estábais aguardando para pagarme. Sin duda que me ejecutaran si yo no tuviera la prevision de llevar siempre las faltriqueras bien provistas, é incontinenti no saldara la cuenta del tabernero. Llegué á la calle, donde encontré una docena de estudiantes,

que dijeron venian á buscarme para ir á cenar con los demas compañeros, que ya estaban con Mr. Le Grand.

Esta nueva me llenó de alegría y me dí prisa á llegar para reunirme con vos. Entramos en una fonda, en la cual me encontré con muchos otros estudiantes que bailaban; uno de ellos me obligó á bailar, y viendo al cabo de tres horas que todavía no os parecíais, nos sentamos á la mesa. Hubo bastante que cenar, y aquellos jóvenes no se portaron mal: en cuanto á mí no pensaba sino en veros llegar de uno á otro momento. Cuando los vapores del vino se subieron á la cabeza de aquellos frenéticos, uno de ellos me dijo con tono burlon: Mr. Petit-Jean, recitadnos algun trozo de leccion de Voltaire, Rousseau, Dumarsais, La Mettrie, ú otro filósofo moderno. Ya estaba preparándome para responderle, cuando llegó un mozo de la fonda á anunciarnos que los agentes de la autoridad acababan de entrar en la casa acompañados de gente armada, preguntando por uno que se llamaba Petit-Jean, y que era criado del caballero Mr. Le Grand.

Como no quedé muerto en el acto,

me parece que no he de morir jamas; los estudiantes respondieron por mí, preguntando al comisario qué motivo tenian para ir en busca mia. El empleado respondió que debia atarme y llevar á la cárcel, por cuanto habia sido junto con mi amo la causa de conducir aquel mismo dia al cadalso seis individuos como revolucionarios. No puedo explicar lo que sentí al oir las palabras del comisario. La sangre se heló en mis venas, y advertí que todo mi cuerpo estaba bañado de un sudor frio que me atravesaba la ropa, y que despedia tambien por las partes traseras alguna cosa mas que sudor. En esto uno pensó hacerme un gran servicio y excusarme con el comisario, asegurándole que yo era un hombre de probidad, y sobre todo, filósofo moderno.—He aquí precisamente que en calidad de tal, debo echar mano de este caballero, interrumpió el comisario; porque en tanto que haya de esta clase ó plaga de filósofos, no podrémos vivir en paz y tranquilidad en el mundo, sino en continuas revoluciones.

En vano insistió el estudiante que yo no era mas que un ayuda de cámara de Mr. Le Grand; añadió el comisario que

ya tenia noticia de quién era, y de la gran empresa de que se jactaba mi amo, que era de hacer una revolucion universal. Llegóse á mí el estudiante y preguntó si llevaba algun dinero: á lo que respondí que únicamente traia en mi cartera billetes por valor de 6000 francos. Confieso que en aquel instante setí que no llevase mayor cantidad de dinero, pero el comisario quedó satisfecho luego que los endosé á su órden, pero con la advertencia de que procurase que al dia siguiente, á las ocho horas de la mañana, estuviéramos ya lejos de nuestra posada, porque pensaba hacernos una visita domiciliaria, y llevarnos á la cárcel si nos encontraba en ella.

Seria mas de media noche cuando iba á advertiros de nuestro comun peligro, pero fuí detenido por una patrulla. El miedo me aconsejó la fuga, aunque inútilmente, porque al instante me asieron de las faldas de la casaca; no me detuve por esto, antes bien, dí un empujon y me quedé sin una de ellas; luego despues me cayó el sombrero, pero tampoco me detuve en la carrera. He ahí la razon por qué me veis roto y de tan mala traza.

CAPITULO XXIII.

Sale el héroe de Orleans con direccion á Tours y á Nantes, en donde recibe una nueva comision de la academia de Paris.—Coloquios de Petit-Jean con su amo sobre la regeneracion de los americanos.

Apenas el medroso Petit-Jean hubo concluido su discurso, que espantado su amo no cesaba de mirar atras por temor de que no fueran alcanzados de los satélites de la justicia; pero viendo que nadie les perseguia, se recobró un poco y dijo á su criado:—Maravillado estoy que los estudiantes y autoridades de Orleans hayan sabido tan pronto nuestro proyecto de regeneracion; sobre todo, no habiendo yo hablado de él á alma viviente, y sin tener tiempo de conferenciar con mi corresponsal.—¿No veis mi amo, exclamó Jaime, que todo esto no ha sido mas que un enredo y trama urdida por los estudiantes de Orleans, para hacer donaire y burla de Petit-Jean? Ellos mismos habrán repre-

sentado los papeles de escribano, comisario, soldados, y destinado algunos lugares para hacerle creer que eran calabozos y patios de ajusticiados, ó en fin, cualquiera otra cosa que les haya venido á las mientes, y todo no mas que para tomar pasatiempo con ese mentecato.

—¿Pero cómo pudieran averiguar, repuso Mr. Le Grand, que yo soy el héroe filósofo moderno y regenerador universal?—Nada mas fácil, respondió el palafrenero: habrán tratado de sonsacar á Petit-Jean, y él, con la mayor inocencia del mundo, ha caido en el garlito de decir todo cuanto sabia, como acostumbra hacerlo en semejantes casos; lo demas no es extraño le haya sucedido, rozándose con estudiantes que suelen ser gente de buen humor; pero aunque ahora ha salido bien de esa aventura, quiera Dios que algun dia no nos dé otra pesadumbre. Ved ahí por qué no quisiera que me mentara á mí en sus tracamundanas.

Movido de las razones de Jaime, el héroe llamó á su ayuda de cámara y le dijo.—Me veré obligado á despedirte, á causa de tu incapacidad y mentecatez. ¿Qué necesidad tenias de hablar

con los estudiantes de Diderot, de La Mettrie, de Maupertuis y demas autores que he remitido á las provincias?—Incomprensible me sois, querido amo, y no sé como gobernarme. Habrá pocos momentos que vos mismo me reprendíais porque no hablaba de los libros que enseñan á derribar el gobierno y establecer otro sobre las bases de *libertad é igualdad*, &c.

—¡Bien! pero yo estaba en la inteligencia, por lo que tú me dijiste, que los estudiantes eran tambien de la academia de Paris, y por consiguiente, compañeros nuestros.—Yo tambien lo creí, y así no hay para qué reprenderme, porque si os hubiéseis hallado en medio de ellos, aun saliérais quizá mas mal librado que yo.

Mr. Le Grand seguia la ribera derecha del Loira, y al cabo de dos dias hizo su entrada en Tours, despues de haber atravesado el rio. No se detuvo allí mas que un dia, y salió de esta ciudad con el sentimiento de no haber podido examinar los ricos manuscritos que se conservan en su catedral. El héroe se dirigió á Nantes, y durante el viaje referia á sus criados lo que sabia de la capital

de Turena. Hablóles del Arzobispado, del Tribunal, de la Intendencia, casa de moneda, y del Illtre. Cabildo cuyo primer canónigo era el rey de Francia desde tiempo inmemorial. De propósito no quiso dar aviso á su corresponsal que él se dirigia á aquella ciudad, por temor de que los estudiantes ó las autoridades de Orleans no fueran en seguimiento de su ayuda de cámara. Así que llegaron á Nantes, se apearon los tres viajeros en una buena fonda, en donde se presentó al instante el corresponsal de Mr. Le Grand para darle cuenta de las remesas de libros que habia recibido de Paris.

El comerciante aseguró que las nuevas luces se habian esparcido de tal modo por toda la ciudad, que casi la desconocia por lo mucho que habia mudado. Añadió que su intencion era cerrar la tienda y dejar el comercio, toda vez que la regeneracion universal debia verificarse á no tardar, segun las últimas noticias que habian llegado de Paris, cuyo acontecimiento haria de allí en adelante inútil toda especie de comercio; y concluyó su discurso manifestando que en la academia que se habia

formado en aquella ciudad, y de la cual era miembro, se sabia ya como el héroe habia llegado, y todo lo que habia hecho en Lila, Calais, Amiens, Rouen, Orleans y Tours, y por último, que el secretario esperaba á Mr. Le Grand para poner en sus manos un despacho que habia sido dirigido á él desde Paris con el título de: *Héroe político, filósofo moderno, y re generador de todo el género humano.*

Al decir estas palabras, el héroe exclamó: ¡Voto á tal! que este despacho no hay duda que es de la academia de Paris, y que sin falta alguna deben entregármelo. Andad. pues, amigo, á ver al secretario para que inmediatamente pueda saber yo y poner en ejecucion lo que es aquella corporacion me ordena. El académico corresponsal, conociendo la importancia del caso, se fué desde luego á buscar al secretario, á fin de noticiarle la llegada de Mr. Le Grand.

Media hora despues el socio en quien estaba depositado el despacho hizo una visita á Mr. Le Grand y se le presentó puesta una rodilla en tierra, besando la mano del héroe y murmullando entre dientes cuán dichoso era por hallarse en presencia del grande hombre, para

quien estaba reservado el esparcir las nuevas luces por toda la superficie de la tierra. Mr. Le Grand echó de ver entonces la importancia de su mision, despidió cortesmente al académico, y quedándose solo abrió la carta, que estaba concebida en estos términos:

"La academia acaba de saber por da "tos ciertos, los brillantes progresos que "han hecho las nuevas luces esparcidas "en las provincias de Francia; sobre tò "do, se han distinguido muy particular "mente, las del Delfinado, Irlanda fran "cesa, Artois, Champagne, Lorena, "Normandía, Turena, Picardía, Orlea "nés, Alsacia y Bretaña. Tampoco duda "la academia que la regeneracion uni "versal tendrá lugar cuanto antes, por "que los progresos de las nuevas luces "han sido rápidos y eficaces. Esta cor- "poracion está tambien persuadida del "gran mérito que ha contraido su héroe "filósofo, el incomparable Mr. Le Grand, "y así quedó aprobado en la última se "sion que tuvo lugar en el dia de ayer á "media noche, que el referido héroe y "regenerador en comision, saldrá inme- "diatamente del reino por Burdeos, pa- "ra ir á propagar estas mismas luces y

"todos sus conocímientos en las demas "partes del globo, empezando por las "Américas ó Nuevo-Mundo. Desde allí "se dirigirá á las costas del mar de la "India, pasando por el cabo de Buena- "Esperanza, isla de Madagascar, el Mar "Rojo, las costas de Arabia, la Persia, "el Malabar, isla de Ceilan, costas de "Coromandel, Bengala, isla de Suma- "tra, Malaca, Batavia y Borneo. Irá "despues costeando las islas Filipinas, "recorrerá la China, el Japon y las is- "las Marianas; y subiendo por las demas "islas del Norte de Asia, hasta el grado "70 de latitud, y bajando por las del "norte de América, se detendrá en Aca "pulco, desde donde volverá á pasar la "línea, doblará el Cabo Hornos, luego "subiendo por el Brasil, regresará á "Francia, y dirigirá á Paris para dar "cuenta de su importante mision.

"El buen éxito que ha producido la "circulacion de libros filosóficos que "Mr. Le Grand ha hecho distribuir por "toda la Francia, deberá empeñarle á "hacer un nuevo acopio y provision de "ellos para repartirlos en todos aque "llos países. El estado actual de cosas "induce á creer que con la ayuda de

"estos medios se acelerará el trastorno "universal, cuanto mas andando ya muy "válida la voz, ó mas bien, sabiendo co- "mo sabemos con certeza, que debe em- "pezar en Francia el primer estallido, "y antes de un año.—Paris, academia "de la nueva filosofia, en 26 de Setiem- "bre de 1788.—El secretario, *Picard.* "—Al muy ilustre académico Mr. Le "Grand, héroe político, filósofo moder- "no y reformador del género humano."

Es indecible la admiracion que causó al héroe el cargo de tan vasta empresa. Empezó á bailar y á dar tan grandes saltos, que parecia que intentaba llegar al techo con las manos. Fatigado de tan violento ejercicio se tendió sobre un sofá, y volviéndose á todos los autores de la nueva filosofia, como si los tuviera delante de sí, les apostrofó del modo mas lisongero, diciendo: Benditos sean amén vuestros nombres, oh incomparable Telliamed, divino Diderot, Maupertuis sin par, virtuoso La Mettrie, inmortal Dumarsais, así como los de tantos otros que se han levantado á una altura incomprensible sobre la especie humana. Cuántas gracias no debemos tributaros por los beneficios inmensos que no ha

beis cesado de prodigar á todos los habitantes de la tierra desde la creacion del mundo. A vosotros. ¡Oh, sí! á vosotros serán deudores los hombres de la dicha que las nuevas luces van á derramar sobre todos los ángulos de la tierra. Nuestros contemporáneos y descendientes cantarán himnos en loor de tan grandes hombres. Con razon dirán que por vuestros cuidados y filantrópicos desvelos, el hombre vendrá al mundo sin tener que sufrir dolores, penas, enfermedades ni pesadumbres, y que vivirá nadando en la abundancia y en los placeres desde la cuna hasta el sepulcro, esto en el caso de que muera. Vuestras obras han hecho conocer al hombre que si el nacimiento es el principio de la muerte, tambien la muerte es el principio de la vida; y así poco importa en el dia que tarde ó temprano todos mueran, si al cabo de pocos instantes, qué digo, en el instante mismo quedan transformados en perros, ó gatos, ó caracoles. Y aunque el perro, y el gato, y el caracol, al fin y al cabo vengan á morir, tampoco debe asustarnos esta muerte, puesto que un huevo empollado por el sol basta para que

sean transformados en sardinas, merluzas ó cangrejos. ¡Autores incomparables! ¡Talentos insignes! Vosotros sí que sois séres sobrenaturales que habeis echado los cimientos de la verdadera dicha. Yo no hago mas que seguir vuestras huellas y doctrinas; las obras, fruto de vuestro sublime ingenio, harán sin duda la felicidad del mundo entero: en ello emplearé los millones que heredé de mi padre, pero de vosotros solos será el honor y la gloria de tan árdua y vasta empresa: harto feliz seré si consigo secundar vuestros esfuerzos, intentando hacer una regeneracion universal, mediante vuestros libros, y....

Aquí llegaba el héroe, cuando su criado abrió la puerta del cuarto y le dijo:

—¿Qué hay de nuevo, querido amo? He oido que bailábais y estábais hablando, y como tengo tanto miedo de veros bailar, por acordarme del grande y peligroso salto que dísteis una vez en Paris, me he determinado á entrar: al principio no me atrevia, y así estaba esperando á la puerta que me llamárais para acompañaros en el baile.

—Motivos tenemos para regocijarnos, dijo Mr. Le Grand, y no es justo que

me regocije solo.—¿Qué tenemos pues?
—No es poca cosa; sabe, Petit-Jean, que acabo de recibir noticias de la academia, en las que me afirman que dentro muy poco tiempo se verificará la regeneracion en Francia; me dan comision al mismo tiempo de ir á prepararla por todas partes, embarcándome al efecto en Burdeos para América, y desde allí dar la vuelta al globo.

Me dejais atónito, interrumpió Petit-Jean, en términos de no dar fé á lo que decís, porque yo soy buen testigo de lo poco que hemos hecho, para que la regeneracion esté tan adelantada.—Te acuerdas, respondió Mr. Le Grand, de aquel almacen de libros que tenia en Paris, y los muchos fardos que despaché á las provincias?—Como si me acuerdo, dijo Petit-Jean, por cierto que no cabian en la posada donde vos los hicísteis depositar, de modo que os lo hice advertir. Entonces vos enviásteis tres carreteros con las cartas que escribísteis no se á quién, ni para dónde, y creo que el mismo destino daríais á los demas libros que se hallaban en el almacen.—Pues mira tú, replicó el héroe, la bella y feliz idea que me ocurrió; no

hay necesidad de que te diga mas. Bien claro me decia el corazon que no habia mas que sembrar la doctrina esparcida en estos libros, para dar ópimos y abundantes frutos; en efecto, la academia acaba de participarme los progresos que estas luces han hecho por toda la Francia, donde á no tardar se verificará la regeneracion. Para que esta sea universal, me ordena ahora que me embarque con una buena provision de estos libros, y dé la vuelta al globo, dejándolos y desparramándolos por todas partes.

—Si así es, querido amo, no teneis mas que escribir á Paris para que remitan á Burdeos todos estos libros, y pongámonos inmediatamente en camino para el nuevo mundo, porque el tiempo pasa y ya se me tarda en llegar allá; sin duda será algo mas grande que el que presentaron en la academia de Paris.—Este nuevo mundo donde nos dirigimos, dijo el héroe, tedrá cerca de 135 grados de latitud norte y sur, lo que forma á razon de 20 leguas por grado, 2700 leguas. Por lo cual echarás de ver el considerable número de libros que debemos llevar con nosotros, sin contar todavía que desde la América pasa

rémos á la Asia, que es mucho mas grande; y si fuéramos en Africa, ya puedes calcular cuánto mayor número nos serian menester.—Convendria, querido amo, interrumpió el criado, que se remitieran estos libros desde luego para que ya se hallen en los países que debemos recorrer cuando llegásemos; de este modo evitariamos tener que cargar una flota y el temor que podrá inspirar á los que la vean por creernos enemigos y que les vamos á declarar la guerra. al paso que les llevarémos la paz.—¿Nada mas que la paz? dijo Mr. Le Grand. La paz, la felicidad y la gloria llevarémos á todas esas naciones y pueblos longíncuos, que no han sabido gobernarse hasta el dia del modo que se debe y que conviene á toda la especie humana. Aguarda que lean todas estas obras, y cuando sepan que *los vicios de los individuos hacen el bien de la sociedad*, verás cómo mudan de leyes y de gobierno. y adoptan otro sistema y método de vida.—Vos habeis leido todo esto, á excepcion del longíncuo, en alguno de los libros que habia en el almacen; pero yo prefiero para la regeneracion el texto de aquel filósofo que enseña, que "los

"hombres no se mueven sino por el de-"leite; que Dios quiere nos dirijamos "por él, que es locura precaverse de "sus encantos; y finalmente, que la na-"turaleza nos eleva á Dios por medio "de los deleites de los sentidos."

—Esta es la doctrina de Voltaire; y puede ser muy conveniente y análoga á las costumbres de los asiáticos, porque siempre han sido amigos del deleite, pero en cuanto á los americanos, mejor será inculcarles las doctrinas de La Mettrie, donde dice: "Que la ver-"dadera filosofía no conoce mas que una "dicha temporal, y que propiamente ha-"blando no existe ni vicio ni virtud, ni "bien ni mal moral, justicia ni injusti-"cia; y que está demostrado que no hay "mas que una vida y una felicidad,"—Ahora que hablais de vida, interrumpió el criado, no olvideis, querido amo, de pedir á Paris las obras de Crevisan quien dice, "que la vida es la constante con-"formidad de los fenómenos con la di-"versidad de las influencias exteriores." Esto es esencial para los americanos, porque conviene que sepan cómo darse otra vida cuando acaben la presente.—Veo con satisfaccion, dijo el héroe, que

no te dormiste en la academia, segun habia sospechado; al contrario, aprendiste en ella mucho mas de lo que pude imaginar, lo cual me hace augurar un buen éxito en nuestra empresa, y creo que tus estudios y los mios serán suficientes para hacer la regeneracion en las Américas del mismo modo, y con igual facilidad, que se ha hecho en Francia. Pero salgamos de aquí lo mas pronto y partamos en derechura á Burdeos, segun las órdenes de la academia, para hacernos á la vela hácia las costas occidentales.

—¿Y saldrémos de la ciudad sin que demos antes una vuelta por ella? A mí me parece que no deja de ser tan buena y mejor que las demas donde nos hemos detenido.

—Esta es la segunda ciudad de la Bretaña, respondió Mr. Le Grand. Sus vecinos hacen un gran comercio con los de Bilbao, y hasta tiene un tribunal recíproco. Aquí es donde Enrique IV publicó aquel célebre edicto llamado de Nantes en 1538, sobre la tolerancia del culto de los calvinistas.—¿Qué decís? exclamó Petit-Jean? ¡Y cómo pudo permitir este buen rey á los sectarios de

Calvino que ejercieran su religion entre los católicos? ¿No llegó á temer que estos últimos se contaminasen?

—Tú no conoces la historia, ni las circunstancias críticas de aquella época, dijo el héroe: é ignoras por consiguiente, las guerras horrorosas que tuvieron lugar entre los católicos y hugonotes, así como las muertes, robos, prisiones, asesinatos, traiciones y tropelías que se hacian los dos partidos del modo mas atroz. Hubo ocasion en que el partido vencedor, despues de una lucha encarnizada y sangrienta, sacrificó á su venganza mas de 10,000 víctimas á sangre fria. Enrique IV quiso poner término a todos estos horrores, y he aquí lo que le movió á publicar su famoso edicto de Nantes. Bueno es advertir aquí que este rey fué primero calvinista y despues católico, lo que le aseguró el trono é indujo á hacer esta especie de transaccion. Luis XIV lo revocó despues en 1585, y en mi juicio, ambos príncipes obraron como grandes políticos, cada uno segun las circunstancias en que se hallaba.

—Ahora veo, querido amo, que estais mas instruido de lo que creia, por-

que jamas os habia oido hablar de estas cosas en la academia.

—Mis estudios, dijo el héroe, me han hecho conocer que los hombres en todos tiempos se han perseguido como bestias feroces, ya por la política, ya por la religion. Yo he trabajado en lo primero, y esto me ha hecho emprender la regeneracion universal. Si se verifica á no tardar, como lo espero, la inteligencia y los sentidos del hombre, sufrirán un cambio admirable, y tú echarás bien de ver cómo empezará una nueva vida para él.

—Yo no dudo, interrumpió Petit-Jean, que si ese cambio se opera, emprenderémos cosas que no ha sido dado á nadie emprenderlas.

—Por fin ya empezaste á comprender algo de lo que deseaba Nada ansío tanto como distinguirme y dar que hablar de mí á las gentes. Freret enseña "que las ideas de vicio y virtud, de jus"ticia é injusticia, son arbitrarias como "procedentes del hábito." Ahora bien, no tengo mas que hacer que mudar los nombres de las cosas, para que la regeneracion se opere.

—Hemos hecho un milagro, inter-

rumpió Petit-Jean, y con poca costa; porque observo que casi todo el mundo quiere enderezarse por sí mismo. Si los americanos se muestran tan dóciles, será muy agradable para nosotros enseñarles la nuava filosofía.

—Los americanos, dijo Mr. Le Grand, han sido vendidos y engañados todavía peor que los europeos, pero el dia que lleguen á abrir los ojos, la regeneracion hará progresos.—Si así es, querido amo, no malogrémos un tiempo tan precioso, escribid inmediatamente á Paris para que remitan los libros de que habláis teis; dad aviso á Burdeos que preparen los buques y embarquémonos luego con direccion al nuevo mundo; mas nuevo todavía despues que háyamos llevado allí la regeneracion.

Mr. Le Grand siguió el consejo de su criado y dió las órdenes oportunas á fin de salir desde luego de Nantes; pero al pasar por delante de la Universidad, Petit-Jean echó á correr involuntariamente, de miedo que los estudiantes no le hicieran otra burla tan pesada comó le habian hecho los de la Universidad de Orleans.

CAPITULO XXIV.

Extraordinaria aventura que acaeció en un meson de la Vendeé.—Curioso coloquio de Petit-Jean y su amo.—Ocurrencia de Jaime para librar á su amo y á Petit-Jean de un gran peligro.

Iban nuestros tres viajeros sobre sus caballos. Petit-Jean y Jaime aguardaban que su amo les indicase el camino que debian seguir como acostumbraba, pero vieron que su caballo caminaba muy despacio y que tardaban en salir de la ciudad; ¿y no habian de tardar si Mr. Le Grand no se acordaba de la puerta por donde habia entrado, ni sabia donde dirigirse? Preguntarlo en la calle era mengua para un filósofo moderno: dar la comision á un criado que hiciese de guía, no le era menos, y mostrar sobrada ignorancia, sobre todo en un sabio presuntuoso que aspiraba nada menos que á la gloria de regenerar la especie humana. Si volvia á la fonda para sacar de su equipaje la carta topográfica de Nantes, se exponia á ince

mudar al fondista y demas criados de quienes acababa de despedirse. Esta inaccion de Mr. Le Grand causaba mucha impaciencia á su criado, tanto mas cuanto veía que el palafrenero estaba para dormirse, y así preguntó á su amo si acaso habian atacado calambres al caballo. Volvió la cabeza para responder el incomparable regenerador, y por un movimiento involuntario dió con la espuela al caballo, el cual, sintiéndola, se puso á correr y desengañó á Petit-Jean mejor que no lo hiciera su amo.

El héroe aprovechó esta circunstancia para dejarse llevar á merced del caballo, creyendo que por este medio vendria en conocimiento de la puerta de la ciudad que conducia á la Vendeé, provincia que el tenia intencion de atravesar para dirigirse á Burdeos. Caminaron hasta medio dia que se apearon en el meson de un lugar, que segun les dijeron, se llamaba *Savenay*. Mr. Le Grand entró al meson y pidió el mapa á sus criados, y entonces advirtió que caminaban hácia el Norte, en vez de ir hácia el Sur. El héroe ocultó lo mejor que pudo este error geográfico, y resolvió corregirlo, caminando por la

tarde de manera que tuviera siempre el sol á mano derecha. Echó tambien de ver por sus mapas, que andando á Burdeos, se dirigia hácia el Sur, y por consiguiente, que en todas estas jornadas debia tener el sol á la izquierda, antes de medio dia, y á la derecha por la tarde, y teniendo presente esta regla, no se equivocó en lo sucesivo.

Despues de haber pasado el Loira los tres viajeros llegaron á Panzangues, donde pernoctaron en una buena posada. Mr. Le Grand pidió un solo cuarto para renovar la escena de la igualdad entre él y sus criados, no queriendo que hubiera entre ellos la menor diferencia en la cena, cama, ni sueño. Allí se habló á la larga de la nueva filosofía y formaron teorías de regeneracion, recordando las lecciones de los mejores autores, principalmente de aquellos cuyas doctrinas les habian causado mas vivas simpatías. Las bases de *libertad*, *igualdad*, *seguridad*, y otras, no fueron olvidadas, así como las nuevas formas de gobierno que debian rodar sobre aquellas bases á manera de ejes y únicos motores de la máquina política. Hablaron tambien de la dicha y gloria que

debia inundar al género humano, y de la importante mision confiada á la sabiduría de estos viandantes, de la cual se seguiria indefectiblemente la regeneracion del universo. El cuarto de nuestros tres viajeros estaba situado en una extremidad de la posada, de manera que era preciso atravesar todo el edificio para llegar á él. Esto les hizo creer que podian con seguridad entregarse á la discusion de las materias mas intrincadas y sutiles de la nueva filosofía; pero se engañaron enormemente, porque el posadero y su familia cenaban en una pieza contigua á la del héroe.

La posada era una casa antigua, y se leia sobre la puerta una inscripcion por la que se venia en conocimiento que su construccion databa á 150 años atras, lo que se echaba tambien de ver en sus ruinosas paredes. Picó á los vecinos la curiosidad de escuchar á sus huéspedes, y no pudieron menos de reir al ver y oir sus gestos y razones, encaminadas todas á observar la mas extricta igualdad. En efecto, llegaron á tanto, que el uno no queria comer mas que el otro, y hasta contaron los minutos del sueño para no excederse en él. A uno de los

tanto mas cuanto yo no debo privar á los habitantes de ultramar de la dicha que les prepara la nueva filosofía.

—Está bien, interrumpió Petit-Jean; pero quisiera antes de salir de aquí ver cómo se avendrian á andar á pié algunos condes y marqueses que ahora arrastran coche y llevan un magnífico tren de criados. Tambien holgaria de hallarme en Paris para ver el semblante que harán los gobernantes actuales cuando se vean reemplazados de otros; sin embargo, no penseis por esto, querido amo, que yo me oponga á vuestra determinacion, lo que importa es que la regeneracion se verifique cuanto antes: si no podemos ver los acontecimientos que han de ocasionar nuestras doctrinas, ya lo sabrémos á nuestro regreso.

Estaba Jaime desesperado de oir las sandeces de su amo y Petit-Jean, y así pidió permiso para ir á dar un pienso á los caballos. Salió del cuarto echando pestes contra su amo y todas sus locuras, y contra los libros que tal le tenian, pero con todo, le rogocijaba el haber podido ahorrar mucho mas en su servicio que con todos los demas á quienes hasta allí habia servido. Quedó solo.

—No dudo que tendrán lugar graves sucesos en Francia en el momento qué empiece la regeneracion, porque será necesario mudar el gobierno y las leyes, y caerán los que en el dia se hallan encumbrados en el poder. Los que de buen grado no quieran ceder sus puestos, tendrán que dejarlos por fuerza á los que nuevamente deban ocuparlos. Es muy probable que entonces haya algunas escaramuzas entre aquellos que quieran mandar y los que no consientan dejar el mando; ya se vé, esto no puede efectuarse sin efusion de sangre, mas no importa; por mucha que se derrame, es una cosa necesaria que no se puede evitar si se ha de lograr la regeneracion; pero tambien aquellos que sobre vivan gozarán á su sabor de la dicha que les preparo, de la cual serán deudores al establecimiento de la igualdad sin diferencia de personas, de edades, de sexo, de clases ni de condiciones. Los hombres tendrán y vivirán con una libertad sin límites, de suerte que podrán hacer todo lo que se les antoje. Habrá tambien....

Aquí llégaba el héroe cuando uno de los huéspedes de la posada exclamó:—

¡Por el siglo de mi padre! que tenemos revolucionarios en la posada; y por lo que hemos oido habrán hecho ya bien de las suyas en Francia, y no contentos todavía tratan ahora de ir á revolucionar las Américas. Otro respondió que no debian hacer caso porque no eran mas que dos locos, aunque locos de mala casta, puesto que podrian causar incalculables daños con su locura. Entre los de la fonda habia un guarda bosque que servia al rey veinte años habia, quien lleno de indignacion exclamó: ¡vive Roque! ¡estos son enemigos del rey mi amo! dénme una cuerda, que quiero y juro de ahorcarlos aquí mismo en el techo. El sacristan de la parroquia que tambien era de los del partido, y vió al guarda bosque tan dispuesto á cumplir el juramento que acababa de hacer con respecto á los viajeros, tomó la palabra para proponer que se conmutara la pena de aquellos desdichados en la de doscientos azotes, los cuales debieran recibir desnudos de medio cuerpo arriba.—¡Bien decís! dijo el guarda bosque, desde luego sufrirán los azotes, y despues la pena de horca, y voto á tal que lo cumpla á fuer de soldado viejo que soy,

¿Quisieran nada menos estos bribones que establecer una república y derribar al gobierno actual? ¿Y qué seria entonces del rey mi amo, por quien estoy dispuesto á sacrificarme y sacrificar mil vidas si mil vidas tuviera? Fácil me seria arrestarles, pero como la justicia se administra tan mal en el mundo, pudieran á fuerza de dinero negar todo lo que acabamos de oir, y hallar testigos falsos que no solo declarasen esto, sino tambien que jamas les habian visto en este pueblo, y sí en otra parte, á cuya prueba no seria extraño diesse lugar el tribunal. Entonces yo seria llevado de justicia en justicia como calumniador, y en vez de poderles ahorcar por mí mismo, me sucederia tal vez que fuese yo el ahorcado. Manos, pues, á la obra; reciban por ahora los azotes y despues Dios dijo lo que será. El posadero que tenia mas temor á los revolucionarios que á la hambre, peste y todas las calamidades juntas, y que decia con frecuencia que estos dos azotes causaban menos estragos que los horrores de una revolucion, se conformó con el parecer del guarda bosque. Ofrecióse desde luego á ir en busca de una cuerda para

la azotaina y otra para ahorcarles, manifestando que despues podrian enterrarles en un corral de la posada. El sacristan se hizo tambien del parecer del posadero, al cual se juntaron por último los otros tres huéspedes, y todos seis se presentaron en el cuarto de Mr. Le Grand al tiempo que hablaba y discutia con calor y vehemencia los mas brilantes puntos de la nueva filosofía. Basta, señores, les dijo con una voz estentórea el guarda bosque; vosotros sois cristianos, y por lo tanto conviene que os prepareis para morir cristianamente dentro una hora. Atendido que vosotros no podríais expiar en la otra vida todo el mal que habréis hecho en este mundo, recibiréis á título de arras y con anticipacion, cuatrocientos azotes sobre vuestras espaldas y desnudos de la mitad del cuerpo. Desnudaos, pues, sin el menor retardo, si no quereis que os desnudemos nosotros y hagamos trizas de vuestras carnes quitándoos la ropa.

Medroso por naturaleza el désgraciado Petit-Jean, dió algunos pasos hácia atras al ver entrar los seis paisanos que cerraron la puerta por dentro; pero

cuando oyó al guarda bosque quedó tan anonadado é hizo tanto efecto en él el miedo, que sintió relajarse todos los resortes de su cuerpo. Sin embargo, en su triste posicion, procuró llamar á su socorro todas sus fuerzas para decir con una voz casi ininteligible: —¿Qué delito hemos cometido para querer desollarnos vivos, y arrancarnos la vida de un modo tan inhumano? Esta pregunta, aunque hecha con un tono de voz débil y apagado, excitó sin embargo el furor del guarda bosque, quien se arrojó sobre Petit-Jean como el buitre sobre su presa; y despues de haberle roto por mil partes la camisa, empezó á sacudirle las espaldas diciendo: —¡Traidor al rey y á la patria! ¿tú querias hacer aquí una revolucion para derribar nuestro gobierno y establecer la república en su lugar? ¿Tú, villano, te has atrevido á aconsejar á tu amo que esperase antes de ir á las Américas, el resultado de lo que harán nuestros gobernantes, y lo que será de tantos condes y marqueses que en el dia arrastran coche, y á los cuales quisieras ver andar á pié? Es decir que tú intentas llenar de luto y consternacion á toda la

Francia, despues de haberla inundado de libros inmorales; ¿y todavía me pre guntas qué delitos has cometido? He de desollarte vivo como un San Barto lomé, ó no seria yo quien soy, ni me llamara como me llamo. Diciendo esto el guarda bosque, parecia que se le in fundian nuevos brios. El desgraciado y azotado Petit-Jean, imploraba la pie dad de su verdugo, manifestando que tambien habia leido libros que no eran inmorales, tales como el Evangelio y toda la Escritura sagrada; pero estos acentos no servian sino para encender mas la cólera de su inexorable vapula dor, quien á cada golpe que daba repe tia:—¡Ah, bribon! que quieres excusar te porque has leido la Biblia, ¡peor pa ra tí! ¿Acaso la Biblia te ha enseñado á revolucionar y á derribar los gobiernos establecidos? acaso, perturbador del ór den social....

Mientras el guarda bosque maniobra ba de este modo sobre el angustiado cuerpo de Petit-Jean, el sacristan y otro de la posada se desquitaban con el héroe regenerador, quien mostraba mas entereza y resignacion que su cria do en tan imprevisto revés de la suerte.

A medida que el nervudo y vigoroso paisano redoblaba los golpes, el sacristan preguntaba á Mr. Le Grand qué le parecia de aquella nueva especie de re generacion. El reformador no tuvo á bien responder á esta insolente interpe lacion, sobre todo, habiendo visto el ningun efecto que habian producido en sus verdugos las reflexiones de su cria do, y así se resignó á su suerte, temien do aún que por fin de fiesta no cumplieran con ahorcarles en el techo, segun habian prometido.

Estaban en mitad del vapulamiento cuando Jaime oyó el chasquido de los latigazos, lo que atribuyó primero á la venida de alguna silla de posta; pero viendo que tardaba en llegar y que con tinuaba el ruido todavía, subió al cuar to de su amo, y antes de entrar en él ya distinguió muy bien á Petit-Jean dando grandes voces y diciendo que le desollaban. Bajóse entonces el palafrenero, y mirando por el orificio de la cerradura, vió con sentimiento suyo desnudos de medio cuerpo arriba á amo y criado, atadas las manos por las es paldas, y seis hombres que no cesaban de azotarles:—¡Aquí moriréis, infames!

les decian sus encarnizados verdugos. Preparaos á morir como cristianos, porque mejor es que perdais la vida que no que se realicen los horrores que meditais con vuestros proyectos revolucionarios. ¡Ingratos al rey y á la patria! vuestra última hora ha llegado ya, y así, si no sois judíos ó no habeis llegado al último grado de perversidad, procurad morir arrepentidos....

Jaime, que echó de ver las intenciones que animaban á aquellos caribes, los cuales tenian mas ganas de ejecutar la promesa que habian hecho, que no de hacerla, procuró sacar de tamaño conflicto á su amo y á su compañero Petit-Jean. Sin pérdida de momento ensilló los caballos, cargó en ellos su equipaje, y salió del meson con el mayor silencio. Habiendo dejado á poca distancia las caballerías, volvió á la posada, y dirigiéndose al pajar, metió fuego en él por cuatro partes hasta que la llama subió á una gran altura. Entonces se puso á dar voces de que se habia pegado fuego en la posada, lo cual puso en la mayor consternacion tanto á los dos huéspedes que azotaban, como á los demas de la casa. Todos acudie

ron á apagar el fuego, y mientras se ocupaban en esta maniobra, Jaime hizo salir del cuarto á Mr. Le Grand y su criado, los cuales estaban tan abatidos y desalentados, que no alimentaban ya esperanza de librarse de sus tormentos. Por fin, llegaron á convencerse que debian su salvacion á su fiel Jaime, y así le siguieron medio desnudos y salieron por la puerta falsa. Los tres se juntaron luego con sus caballerías, y en menos de una hora dejaron dos leguas tras de sí el pueblo de Pouzangues en el Poitou. El incendio iba creciendo á impulsos del viento que soplaba con fuerza, y el resplandor se divisaba por nuestros viajeros, motivo que les hacia adelantar mas el paso para ponerse en seguridad. Así qué pensaron hallarse á salvo, Petit-Jean rompió el silencio para decir á su amo que se detuviera en el primer lugar ó venta que hallasen, á fin de bizmarse un poco el cuerpo y preservarlo de gangrena.—Tal vez que á vos no os han maltratado tanto, porque me parecia que el látigo con que os azotaban tenia algo mas de blando que no el que lastimaba mis espaldas. Tambien me pareció que vuestro ver-

dugo era menos brutal que el mio, ó por lo menos, que no estaba tan enojado contra vos como lo estaban contra mí, y á la verdad que no alcanzo la razon, porque claro está que vos sois quien me habeis metido en ese laberinto de la nueva filosofía. Por fortuna estos bribones no han podido ejecutar su intencion de ahorcarnos, merced al fuego que les abrasaba la casa. y amenazaba á todos con sus llamas.

—¿Y por qué crees que les ha venido este castigo? interrumpió Mr. Le Grand. Sabe que todo les ha sucedido porque han querido oponerse á la regeneracion, y ten entendido que lo mismo sucedera á todos aquellos que quieran oponerse á la dicha que las luces del siglo preparan á todo el género humano. Con todo, yo pienso escribir á la academia los detalles de este acontecimiento, y participarles la grande resistencia que oponen los habitantes de la Vendée al establecimiento de la república; porque es mas que probable que esta canalla infame de vendeanos, todos se portarán del mismo modo con los que intenten darles la *libertad*, la *igualdad*, la *seguridad* y la *felicidad*.

—Pero vos acabais de decír, replicó Petit-Jean, que en este caso serán todos ellos abrasados, ni mas ni menos que la posada de donde hemos salido.

—Sí, por cierto, te lo dije; y si el fuego no les devora y consume, tambien se les tragará el mar y sepultará en sus abismos. Esta es la suerte que aguarda á todos aquellos que no se conviertan á los principios de la nueva doctrina.

—Dejad las aguas y los mares, exclamó Jaime: el fuego es lo mejor, sobre todo el que yo metí en el pajar de la posada. Este es el gran expediente para salir de semejantes apuros; así lo hice yo. Ví por la cerradura que aquellos canallas pronto os hubieran aniquilado. Toda defensa era inútil, y así lo que convenia era discurrir un medio que llamase la atencion de todos; entonces fué cuando determiné pegar fuego al pajar, y me salió perfectamente. Ya que hemos llegado á buen puerto despues de tan deshecha tormenta, me permitiréis, querido amo, os aconseje que seais mas circunspecto en punto á regeneracion, porque no creais que todos estén tan deseosos de conseguir la *libertad é igualdad*, tal cual vos la des

cribísteis. Un dia me acuerdo que hice la misma reflexion á mi tio, pero por supuesto inútilmente; lo que me da á conocer que hay ciertos hombres que mejor seria que les ataran como al perro á quien vos sacasteis de la cadena.

—Así es, respondió Mr. Le Grand con viveza; el galgo á quien puse en libertad, no lo supo agradecer ni hacer buen uso de ella: él fué el primero á quien hice tamaño beneficio, pero el pobre no halló en su desgracia quien acudiera á su socorro. El que le disparó un tiro, se echa bien de ver que no conoce la libertad y la igualdad.—Ved ahí cabalmente lo que yo digo, interrumpió Condorcet, y lo que sucederá entre los hombres: cada uno interpretará la libertad á su manera, resultando de aquí muchos alborotos, revueltas y catástrofes. Mi tio se burlaba de mí cuando le hacia semejantes observaciones, y me obligaba á callar.

—Esto al parecer seria porque no habias estudiado, le dijo Mr. Le Grand; pero no podrán achacarte esta falta mientras no te separes de mi compañía; y creo que me serás mas útil que no ese pusilánime de Petit-Jean, quien no du-

do que por poco que se viera en peli gro, seria capaz de cometer una apostasía. Personas de su ralea no me con vienen, porque nuestra carrera se ase meja bastante con la del soldado; este mejor parece muerto en el combate que vivo en la fuga.—A fé mia, dijo Petit-Jean algo compungido, que jamas he tratado de escaparme, y únicamente por no dejaros solo; pero os juro, querido amo, que si hubiera podido poneros al abrigo de aquellos latigazos no tardara un momento. No nací para ser peniten te, y solo una vez me acuerdo que me azotaron cuando iba á la escuela, pero tambien le hice la cruz. He aquí los dos malos pasos en que me he hallado en mi vida; del de la escuela apenas hago memoria, pero el de ayer quedará grabado en ella con caracteres indelebles. Mejor seria, por consiguiente, esperar aquí la regeneracion antes de hacernos á la vela, porque de este modo buscaria yo otros verdugos que brumaran las costillas de los nuestros y terminaran sobre ellos la obra, que contanto brio y denuedo habian empezado con nosotros.

—No te dé esto cuidadó Petit-Jean, respondió el héroe: ya lo pondré yo en

noticia de la academia de Paris para que lo tengan en cuenta. Los tres viajeros prosiguieron su derrota hácia Burdeos. Petit-Jeen no soñaba mas que venganza, y así procuraba excitar á su amo que escribiera á la academia; pero Jaime les consolaba diciendo, que harto castigados se hallaban los paisanos de la Vendeé con el fuego que habia abrasado la posada, y que no perdonaria, á buen seguro, los instrumentos que los enemigos habian preparado para su castigo.

Llegaron por último á un lugar en el cual Petit-Jeàn recordó á su amo la resolucion de escribir á la academia, y le encargó que guardara una copia de la carta. Mr. Le Grand se encerró en su cuarto, y en efecto, escribió á la academia la contestacion á la carta que habia recibido en Nantes. Quedóse copia de ella para enseñarla á Petit-Jean el dia siguiente, y despues de la cena, oprimido y cansado de tanta fatiga, se rindió al sueño luego que hubo dado órden á Petit-Jean de llevar al correo el despacho dirigido á la academia.

El criado tomó la carta y se fué al correo acompañado de Jaime; pero co-

mo era de suyo curioso, quiso antes leer el sobre, y advirtieron que jamas habian oido hablar á Mr. Le Grand de la persona á quien iba dirigida. Volvieron á la posada los dos criados, y durmieron á sueño suelto toda la noche. Al dia siguiente siguieron su viaje, en el cual no les sucedió otra aventura que la que verá el lector en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXV.

Mr. Le Grand contesta al despacho que recibió de la academia en Nantes.—Da cuenta de lo ocurrido desde que salió de Paris relativo á su comision.—Divertidos coloquios filosóficos de Jaime y Petit-Jean.

El ayuda de cámara estaba fatigado y mohino ademas por no haber podido descansar un solo instante desde que salieron de la posada donde tan mal trato recibieron sus espaldas y su vida se vió en tan grave peligro. No eran aun los golpes ni las heridas lo que mas

le dolia y causaba mayor sentimiento; sino la sed de venganza, pasion funesta, cuyos efectos no fueron bastantes á reprimir todos los esfuerzos de la filosofía moderna. Hacia cuenta que álguien le vengaria de aquellos villanos que tan atrozmente le habian sacudido las costillas, luego que su amo diera parte de ello á la academia, la que era de creer que no tardaria en castigar tamaña insolencia, como que era un insulto que refluia en vilipendio de todos sus miembros.

Lleno de esta idea, Petit-Jean fué á despertar á su amo muy de mañana para que se dispusiera á salir, y le leyese la respuesta de la academia. Deseaba saber especialmente todo lo que tenia relacion con la aventura de la posada, importándole muy poco todo lo demas.

Mr. Le Grand escuchó á su criado; pero viendo que apenas aclaraba el dia, se volvió de lado y le dijo:—Déjame dormir ahora, que en el camino ya te leeré mi respuesta, y advierte que no podemos salir hasta que el sol esté sobre el horizonte, porque para evitar que no caminemos en direccion opuesta, como ya nos ha sucedido, es nece-

sario que lo tengamos siempre á nuestra izquierda. Dos horas despues se puso el héroe en camino acompañado de sus dos criados, pero apenas habian andado una legua. cuando Petit-Jean dijo á su amo:—Por cierto que es una lástima haber olvidado llevaros de encima vuestro bufete la copia del despacho que ayer llevé al correo, porque hubiera deseado saber cómo dísteis cuenta á la academia de la aventura de la posada.—Ya veo dónde vas á parar, Petit-Jean, no tienes que andarme con circunloquios; ahora te la leeré; y luego Mr. Le Grand empezó así: "Me apresuro á responder á vuestro despacho de 25 de Setiembre, relativo á la resolucion tomada por la academia, y en virtud del cual debo pasar al nuevo mundo para plantear allí la regeneracion, del mismo modo que se ha planteado casi en toda la Francia.

"Inmediatamente que partí de Nantes, sindespedir me de nadie, me dirigí á Burdeos, donde siento haber perdido un dia, por mi culpa. Podeis asegurar á la academia que me haré á la vela cuanto antes á bordo de uno de los mejores buques, y que cuidaré de que se

cargue otro de libros y todo lo demas que fuere menester para la regeneracion del nuevo mundo. He tomado al efecto las medidas convenientes, y únicamente me queda ahora por deciros todo lo que he hecho y practicado para conseguir la propagacion de las luces.

"Al salir de Paris se me ofreció ocasion de aplicar los principicios de la igualdad entre un rico labrador y su colono; hice que los dos trabajaran igualmente y fueran alternando en el trabajo; y al dejarles, el amo me empeñó su palabra de que repartiria su hacienda con el jornalero.

"Mas adelante me hallé con un galgo atado con una cadena de hierro, y le dí libertad; mató veinte carneros, y él fué víctima poco despues. Pagué los daños que habia causado, pero no pude restituir la vida al galgo. Por esto os suplico encarecidamente qae examineis de nuevo las obras de Crevisan que tratan de la vitalidad.

"En el mismo paraje conocí á un comisario del gobierno que tenia órden de mandar ahorcar al propagador de los libros cuyas coctrinas profesamos. Pero este empleapo afirmó tambien que

nada habia podido descubrir. Esto debe tranquilizar á la academia sobre el secreto de nuestros agentes, mediante el cual es indudable que la nueva filosofía dará la vuelta al globo.

"Llegado en Lila, me invitaron á presidir la academia que allí se habia formado. Estando en ella nos sorprendió la justicia y á mí me llevaron en la cárcel, hasta que en vista de los informes y diligencias practicadas, me soltaron y declararon benemérito de la patria.

"Seguí mi derrota, ansioso de ir en busca del orígen del hombre, y trayendo á la memoria la doctrina de Telliamed que enseña, que retirándose el mar dejó orillado un huevo, el cual fué empollado por el sol, me encaminé hácia las costas de Calais, pero no encontré en ellas huevo alguno, chico ni grande; con todo, se me ofreció ocasion de hacer la regeneracion de los habitantes acuáticos, á quienes enseñé á vivir bajo unas leyes absolutamente desconocidas en aquellos países.

"De Calais me dirigí á Amiens, en donde hallé una academia muy bien organizada, y compuesta de jóvenes que querian emprender la revolucion de

Italia, Polonia, Suecia, y hasta de toda Europa. El prefecto de Amiens logró sorprendernos, pero despues se asoció á nuestros trabajos y mostró todos los progresos que habia hecho en la nueva filosofía. De la antigua no conserva sino aquello que tiene relacion con su destino, para conservar el cual, se vió precisado á disolver nuestra asociacion, hasta que la regeneracion tenga lugar. Es muy probable que entonces será de los nuestros, y en esto dará una prueba de su saber.

"Salí de Amiens con direccion á Rouen; allí encontré en una bibliotèca todas las obras de nuestros filósofos modernos; para poder franquearlas, me exigieron la exhibicion de una órden del gobierno: esta formalidad me desazonó y tomé el partido de salir para Orleans.

"En esta ciudad me ocupé en examinar la universidad y los adelantos de los estudiantes, y eché de ver que mientras los unos trabajan sobre la filosofía antigua, los otros progresan en la nueva. Los primeros intentaron probar á fuerza de silogismos que yo era un asno; pero yo les demostré á mi vez que

hay muchos que se me parecen. Otras aventuras tuvieron lugar con el criado que me acompaña en mis viajes. Los estudiantes le hicieron costear una gran comida, y lograron sonsacarle una buena cantidad de dinero, so pretexto de que la justicia nos seguia la pista para prendernos. Como quiera que sea, me determiné á salir de Orleans, y lo que conviene advertir de paso es, que mi criado tiene mucho de encogido y cobarde, aunque de otra parte observo que va congraciándose con la filosofía moderna.

"De Orleans pasé á Nantes, en donde recibí con toda puntualidad el despacho de la academia. Al atravesar por la Vendée estaba conversando con mis dos criados (uno de los cuales es sobrino de Mr. Condorcet) de los efectos de la regeneracion, cuando seis desalmados paisanos se disponian para aplicarnos cuatrocientos palos. Mi ayuda de cámara, que se llama Petit-Jean, les pidió cuenta y razon de tamaña insolencia, pero no obtuvo otra respuesta, que la ejecucion de su bárbaro proyecto. Nos dieron muchos azotes, repitiendo muy á menudo nuestra conversacion, la

cual habian escuchado aquellos verdugos por el quicio de la puerta. Procuré yo portarme con mas cordura y discrecion que mi criado, pero no por esto amainó su furia; antes bien, amenazaron de ahorcarnos á los dos. Estaba ya la soga preparada y en disposicion de consumarse el crímen, cuando ocurrió á Jaime, mi buen servidor, la idea de pegar fuego á la casa para sacarnos de tan grave peligro. El éxito coronó sus esperanzas, y recomiendo ese buen muchacho á la academia, para que se sirva recompensarle por el inestimable beneficio que ha prestado á la causa filosófica.

"Ahora seame lícito fijar la atencion de la academia en el mal sentido que reina en general entre los naturales del distrito de la Vendeé con respecto á la regeneracion universal. Mi criado Petit-Jean es de parecer que será necesario repartir sendas puñadas y porrazos para que penetren en este país las nuevas ideas; y aun cree que para que puedan ingerirse mejor, será necesario ahorcar á todos los vendeanos, como ellos lo quisieron hacer con nosotros. Sin embargo, la academia resolverá lo que

tenga por mas conveniente. Mientras tanto, yo proseguiré mi camino y me mebarcaré á la brevedad posible.

"Podeis dar á la academia una seguridad completa de que mis votos se dirigen á que desaparezca todo lo que hay y se conoce sobre la tierra con respecto á religion, moral, política, leyes y tantas otras frivolidades de este jaez, porque nada de esto se necesita para vivir segun las doctrinas de nuestros mejores autores. En el distrito de la Vendeé:—4 de Octubre de 1788. Firmado, Le Grand."

Concluida la lectura del despacho, Petit-Jean dijo á su amo:—Habeis olvidado añadir una cosa muy esencial. —¿Y qué es? replicó Mr. Le Grand.—Es, respondió Petit-Jean, que se manden dar á los vendeanos cuatrocientos azotes antes de ahorcarles, así como ellos querian hacerlo con nosotros.—Está bien, dijo el héroe, escribirémos esto y quitarémos lo que decimos de la horca.—Eso no, ¡pardiez! exclamó uno y otro criado.

—¿Es decir que tú querrias confundir las antiguas leyes con las nuevas? En

otro tiempo no se contentaban en dar muerte á los criminales, sino que aun despues les hacian sufrir muchos castigos: eran descuartizados, y colocados cada uno de sus miembros en jaulas expuestas en parajes públicos para que los vieran los transeuntes.—Esto era, interrumpió Petit-Jean, muy bien discurrido, y ojalá se hiciera ahora otro tanto con los vendeanos, para quitarles el deseo de ahorcarnos otra vez. Pero en fin, aguardemos la regeneracion; que sin duda pondrá remedio á todo, moralizando á los hombres.

Jaime escuchaba los delirios de su amo y compañero, sintiendo no se hubiesen aprovechado todavía de la terrible leccion que acababan de recibir, pues no podia recabar que se dejaran de la locura de regenerar al género humano: esto le recordaba tambien los dislates de su tio el filósofo Condorcet, quien calificaba de ignorantes y estúpidos á todos los que no convenian con sus opiniones. Sin embargo, determinó seguir á su amo en el otro mundo, que así lo llamaba, y sacar el mejor partido posible de su locura; á mas de que le lisongeaba la idea de ir á conocer las

costumbres de otras naciones y obser var sus diferentes maneras de vivir.

Caminaban nuestros viajeros en silencio: Mr. Le Grand iba como unos cincuenta pasos mas adelante que sus criados, y estaba triste y pensativo, mientras que los demas hacian sus reflexiones sobre el porvenir. Petit-Jean se volvió á Jaime y le preguntó qué pensaba de la expedicion en América y Asia, que intentaban hacer para plan tear allí la regeneracion.—Me parece, respondió el palafrenero, que si los habitantes de estos países lo pasan bien del modo que viven, no querrán admi tir las doctrinas de la regeneracion ni pasar á un género de vida peor que la que llevan.—¿Peor que la que llevan? repuso Petit-Jean. Ya veo que ignoras en qué consiste la regeneracion y los nuevos descubrimientos que se han hecho para vivir de una manera peregri na, absolutamente desconocida en los pasados tiempos.

—De mis viñas vengo, nada sé de lo que me decís, respondió Jaime. Lo que puedo afirmaros es que el mudo siempre ha sido lo que es, que entre los hombres hay de buenos y de malos, y

que hasta entre los ángeles se introdujo la envidia y el orgullo, el cual fué castigado por Dios convirtiéndolos en espíritus infernales; finalmente, que el hombre, gozando como goza de su libre voluntad, Dios se ha reservado el derecho de castigarle segun sean buenas ó malas las acciones que de ella emanen. Ahora bien, si hago aplicacion de esta doctrina, infiero que si los ángeles rebeldes fueron arrojados por disposicion de Dios de las moradas celestes, los hombres que acá en la tierra conspiran contra los reyes y autoridades constituidas, deben ser castigados del mismo modo que aquellos; por cuanto todos los que gobiernan derivan su poder de Dios para perpetuar la conservacian del buen órden en la sociedad.

—Muy engañado me hallo, exclamo Petit-Jean, en el concepto que habia formado de tí, creyéndote iniciado en las doctrinas de tu tio: tú no me enseñas nada de nuevo, y estas doctrinas son las mismas que yo profesaba antes de haber asistido á la academia de Paris. Allí si que se enseñan cosas nuevas de todo punto, y sobre todo, hacen ver que cuanto se ha hecho y obrado hasta

aquí es contra el sentido comun.—¿Y por qué discurren así? respondió Jaime.

—Claro está, porque las doctrinas de hoy son opuestas á las antiguas.

—Está bien, respondió Jaime, he aquí la razon porque yo me inclino á las últimas. Estas son conocidas ya, al paso que las otras han de ensayarse todavía. Me dirás acaso que conviene ensayarlas, porque quien no se aventura no aventura; sin embargo, yo aconsejaré siempre que cada uno conserve lo que tiene, y no aventure lo cierto por lo incierto. Cuando estarémos para embarcarnos, aprovecharé los ahorros de mi salario, y procuraré emplearlos con algun beneficio, pero de suerte que no corra peligro el capital, y sí únicamente el interés. Entonces te diré lo que pienso de nuestro viaje en Asia y América.

—¿Qué dirás tú, preguntó Petit-Jean, si no has estudiado la nueva filosofía? —Mucho y bueno puedo decir, respondió Jaime, y esto por la razon de no hallarme preocupado con la filosofía nueva ni antigua. Escucha: desde que salimos de Paris, que no dejé de observaros á tí y al amo, y cuando quisísteis esta-

blecer la igualdad entre aquel jornalero y rico labrador, me acuerdo que no pude tener la risa, y os califiqué desde luego de insensatos. Lo mismo digo con respecto á lo que sucedió con el galgo, y las resultas fatales que tuvo el haber le dado libertad. Al llegar á Lila encar celaron á nuestro amo, y ya sabes cómo y por qué le soltaron.

¿Y qué te diré ahora de la célebre regeneracion emprendida por debajo las aguas, cuando tú sabes bien, como yo mismo, que el desmayo no le duró mas que cinco minutos? En resolucion, pasaré en silencio lo que ocurrió en Calais, Amiens, Orleans y Nantes, y únicamente me detendré en la última aventura que sucedió en la Vendée. ¿Puedes tú olvidar mientras tengas las espaldas debajo el cogote los innumerables pa los con que te saludaron aquellos señores mios? Quiso la suerte que yo bajara para dar un pienso á los caballos, y vive Roque, que á no ser esto estábamos perdidos y ahorcados sin remedio. Es cuché por el agujero de la cerradura, y oí el furor y venganza de que estaban animados, sobre todo, contra tí, por haber aconsejado á tu amo que esperase

aquí á ver los efectos de la regeneracion. Te echaban tambien en cara el haber manifestado deseos de ver cómo las gentes que arrastran coche andarian á pié; entonces fué cuando te sacudieron con mas brío. Así que tú y tu amo quereis hacer una revolucion en Francia, mediante la cual todo quede revuelto y trastornado, y derribar al rey, los ministros, las leyes, los empleados; ¿y por qué todo esto? Para que los que nada tienen reemplacen á los que tienen algo que perder; para hacer andar en coche á los que triscan por los rastrojos, y al contrario, obligar á andar por los rastrojos á los que en el dia arrastran coche.

¿Y qué ganariamos en el trueque? Nada; éste seria únicamente de personas; las cosas se quedarian del mismo modo; y no por esto dejariamos de sufrir muchas calamidades. Y en primer lugar, seria necesario combatir al ejército, por cuanto recibiendo paga del gobierno se pondria en su defensa, y despues ¿qué ventajas se sacarian de esta mudanza, aun suponiendo que pudieran esperarse mejores resultados? A mi ver todo consistiera en pagar dos en

vez de cuatro. Siendo así, prefiero pagar ahora el 6 por 100 de mi salario y vivir en paz, que no pagar nada despues de haber sido testigo de tan horrorosas escenas. Ya sé que he de morir, pero aun cuando supiera que he de vivir para siempre, no mudaria de parecer, porque muerto yo, muerto todo el mundo.

Hagamos otra reflexion: ¿si los ministros se exceden en sus facultades, no habrá otros medios para remediarlo que el de provocar una revolucion? Confieso que soy un asno, pero á pesar de esto, conzco que no hay rey ni emperador cuya intencion sea la de vejar y oprimir á sus súbditos, ó hacer que no se les administre debida justicia; si así obraban, envilecerian su magestad, y vendrian á ser sus propios enemigos. Luego si esto acontece algunas veces, la culpa debe achacarse á los ministros, y el mejor medio que entonces se presenta, es el de acudir al soberano para que los separe de su lado. Si los que les suceden son igualmente malos, no hay mas que acusar á la fragilidad de la especie humana, porque los que vivimos acá abajo en el mundo, y esto vaya di-

cho entre nosotros, creeme que no va lemos un comino, sin exceptuar al amo, á quien sin embargo disculpo, porque lo considero rematado de juicio.

Haciendo aplicacion ahora de lo que he dicho al caso presente, te diré únicamente, amigo Petit-Jean, que ya que tú estás siempre colgado de la oreja del amo, deberias aconsejarle abandonara sus ideas de regeneracion y se dedicara al comercio. Ahora darémos la vuelta por el mundo: está bien. No hay mas que hacer pacotitas en un puerto para otro, y á nuestro regreso serémos ricos y vivirémos con tranquilidad gozando del fruto de nuestros trabajos.

Petit-Jean se disponia á responderle, pero le interrumpió la voz de Mr. Le Grand, quien le advertia que se dejará de disputas y pasara mas cuidado de su persona, porque añadió, no os he tomado para otra cosa. Ambos criados sintieron la reprension del héroe, y por tanto, haciendo adelantar á sus caballos, se llegaron á Mr. Le Grand para acompañarle hasta Burdeos, en donde entraron á poco rato sin acontecerles el menor accidente.

CAPITULO XXVI.

Mr. Le Grand llega á Burdeos.—Se presenta en la academia.—La de Paris le envia un despacho con instrucciones sobre su nueva comision.—Preparativos de los tres viajeros para su embarco.

Apenas el héroe habia tomado posesion del magnífico aposento de una de las mejores fondas de Burdeos, con todos sus criados, cuando vieron entrar en el salon, sin que se hiciera anunciar, un jóven de buen talle y muy agradables modales. Al entrar se puso á entonar un paso de ópera, y tomando la mano de Mr. Le Grand juntaron sus dedos de cierta manera, cuya particularidad fijó la atencion bel héroe, é inmediatamente ordenó á sus criados que le dejaran solo con el extrangero. Este expresó á Mr. Le Grand que se tenia por muy dichoso en poder saludar al primer héroe político y filósofo moderno, á quien la academia de Paris habia confiado la muy dificil y sagrada mision

de labrar la felicidad de todo el género humano.

—¿Y cómo habeis podido saber mi venida, dijo Mr. Le Grand, apeándome como acabo de apearme ahora mismo en esta fonda?—Ya teniamos acá noticias vuestras y sabiamos hasta las señas por las cuales debiamos conoceros. Los progresos que se han hecho mediante vuestros esfuerzos son harto notorios, en términos que la mitad de la Francia desconoce á la otra mitad; aquí mismo en Burdeos ya no hay mas que el arzobispo, los canónigos y los monges, que conserven su apego y se les haga cuesta arriba abandonar las preocupaciones de la religion y de la moral; todos los demas han mudado totalmente de ideas y costumbres, desde que los libros de las nuevas doctrinas se han esparcido con profusion. En cuanto á mí, ya no me acuerdo, y muy dificil seria recordarlo, la última vez que estuve en misa sin hablar de otras prácticas religiosas, que he olvidado y despreciado de todo punto por ser contrarias á la nueva filosofía. La pasion dominante en el dia, y de lo que parece hay un prurito de hablar, es la política. Casi todo el mun-

do está de espectacion sobre la gran reforma que ha de tener lugar dentro de poco tiempo, y no deja de haber algunos que hasta predicen el dia en que ha de verificarse.

Esta reforma, que cambiará la faz de todo lo que existe, será el resultado de la lectura de todas las obras que habeis hecho distribuir por las provincias. La academia de Paris ha mandado depositar aquí muchos fardos de estos libros para que vos los distribuyérais en las Américas, pues nadie mejor podrá llevar á cabo la regeneracion. Hemos recibido tambien de la misma un despacho muy importante que os dirige, con encargo de no abrirlo hasta que os hayais hecho la vela y halleis á la latitud de las islas Canarias, y finalmente, nos comunica órdenes terminantes de que se os entregue todo lo que querais, so condicion de embarcaros á los tres dias de haber llegado aquí.

Mr. Le Grand se informó de los preparativos hechos con respecto á su viaje, y de los progresos de la academia de Burdeos, instalada á semejanza de la de Paris. El jóven visitador advirtió tambien al héroe que la sesion se abri-

ria una hora despues de media noche, á consecuencia de lo cual éste le suplicó que fuera á buscarle para irse allá juntos, y con esto se despidieron.

El jóven bordelés volvió á la fonda á la hora indicada, y poco despues ya se habian introducido en la academia. A una seña que hizo el sócio que acompa ñaba al héroe, se levantaron todos los demas para recibirle, y el presidente le hizo sentar á su derecha. Mr. Le Grand, que estaba acostumbrado á presidir en todas las reuniones de esta especie, quedó ofendido de la poca urbanidad y mucha presuncion del presidente. No bien se hubo sentado, que volvió á levantarse, y asiendo del brazo izquierdo al gefe de la asamblea, hizo ademan de quererle obligar á mudar de asiento, pero halló al presidente tan tenaz, que levantándose á su vez forcejó y empujô con tanta fuerza sus manos sobre los hombros del héroe, que éste cayó con violencia sobre su asiento, el cual no pudiendo resistir aquel peso, se hundió y arrastró consigo á Mr. Le Grand, mohino y mal parado.

Luego que se recobró del susto, preguntó la razon del soez comportamien-

to del presidente por haberle rehusado el sitio de honor al cual el héroe tenia un derecho indisputable, atendidos los servicios que habia prestado á favor de la propagacion de la nueva filosofía. El presidente por su parte reclamaba en su favor la inviolabilidad de su destino, cuanto mas, habiendo sido llamado y nombrado por la academia de Paris para presidir en ella. Para terminar estas diferencias, se resolvió que fuera puesta á votacion la peticion de Mr. Le Grand, y se aprobó por unanimidad de todos los miembros de la asamblea, que seria su presidente Mr. Le Grand, mientras permaneciera en Burdeos. El presidente protestó formalmente contra esta decision, y determinó elevar sus quejas á la academia central de Paris.

Despues de la instalacion de Mr. Le Grand en la presidencia, el secretario puso en sus manos el despacho que habian recibido de Paris. El héroe miró el sobre, y vió que no podia tomar conocimiento de su contenido, hasta llegar á los veintiocho grados y treinta minutos de latitud norte, es decir, á la altura de la isla Tenerife. El secretario añadió que habian tambien recibido una

instruccion que contenia doce artículos, relativa á las investigaciones que debia hacer Mr. Le Grand durante su viaje al rededor del globo; y habiendo el héroe manifestado vivos deseos de saber el contenido de esta instruccion, leyó el secretario en alta voz lo que sigue:

Art. 1º Mr. Le Grand hará un buen acopio de libros de la nueva filosofía á mas de los que recibirá de esta academia.

Art. 2º Habiendo acreditado la experiencia que la lectura de estas obras basta por sí sola para hacer la regeneracion universal, cuidará Mr. Le Grand de distribuirlas y hacer que circulen por todas partes en donde desembarque.

Art. 3º Se invita á Mr. Le Grand á que examine y dé parte á la academia de los descubrimientos que se hayan hecho sobre la historia política y religiosa, sobre la industria, comercio y navegacion de los países asiáticos.

Art. 4º Al pasar por la isla de Madera, se informará Mr. Le Grand si esta es un vestigio de la Atlántida, ó el lugar que ocupaba antes el antiguo continente de los atlántidas, teniendo en

consideracion lo que sobre el particular dicen Diodoro de Sicilia y Platon.

Art. 5º Hasta su regreso por el mar pacífico, el héroe no visitará mas que la Habana y Vera-Cruz en las Américas; seguirá su derrota hácia el cabo de Buena Esperanza, y continuará sin desembarcar hasta la isla de Madera, cuya historia referirá.

Art. 6º Mr. Le Grand proseguirá su viaje por el canal de Mozambique, el Mar Rojo, golfo pérsico, costas de Malabar y Coromandel; se detendrá en el Indostan, y allí tomará sus informes y conocimientos sobre la religion, costumbres y leyes del país.

Art. 7º Desde Calcuta, el héroe se dirigirá hácia Sumatra, Malaca, isla de Java, Borneo, las Filipinas, Cochinchina, enterándose siempre, por donde quiera que fuere, de la índole y usos de los habitantes del país.

Art. 8º El héroe llegará á Canton, y desde allí, si se lo permiten, pasará á la China. Luego que llegue se presentará delante del emperador en Pekin, para proponerle la alianza de la academia, con el fir de enseñarle el mejor modo de gobernar su imperio.

Art. 9º Mr. Le Grand saldrá despuer para el Japon, allí procurará difundis nuestras doctrinas, excitará los habitantes á hacer la regeneracion, de la cual tanto necesitan, esparciendo al efecto buena porcion de libros.

Art. 10. El héroe irá recorriendo las costas del norte de Asia hasta Kamtschatka. Indagara cómo los rusos se apoderaron de este país, y el grado de civilizacion actual de los habitantes comparado con su estado primitivo.

Art. 11. Mr. Le Grand subirá por el norte hasta el estrecho de Anian. Allí procurará examinar si el continente de América estaba unido con el de Asia, y en caso que no lo esté, no habrá mas que hacer un nuevo Adan para las Américas.

Art. 12. El héroe dará fin á su viaje por la California y Acapulgo, tocando en Veracruz y en Lima. Desde allí volverá al Brasil, en donde depositará los libros, si algunos le hubiesen sobrado. Despues se embarcará para Francia y presentará en Paris para dar cuenta á la academia de los resultados de su mision.

Concluida la lectura de esta instruc-

cion, Mr. le Grand pidió copia de ella y preguntó si su corresponsal estaba presente á la sesion. Este se levantó y dijo al héroe que todo estaba dispuesto para su partida; que se embarcaria en el navío *Volante*, acompañado de la fragata *Niobe*, que le serviria para el trasporte de los libros y demas provisiones. Por último, concluyó anunciándole que en todas partes hallaria un inmenso crédito, y seria muy bien recibido.

El héroe tomó la palabra luego que supo que todo estaba dispuesto para el viaje, y volviéndose á la asamblea dijo:

—Ya veis, señores, que el académico que acabo de reemplazar no merecia ocupar el lugar de la presidencia.

El secretario respondió que la comi sion que la academia de Paris confiaba á Mr. Le Grand, le elevaba á una altura superior á todas las presidencias que pudieran imaginarse. El héroe anució que se levantaba la sesion, y que el dia siguiente vendria á despedirse de sus colegas y á recibir la copia de la instruccion de la academia de Paris.

Luego que llegaron á la fonda, Mr. Le Grand ordenó á rus criados que estuvieran dispuestos para embarcarse;

renunció á su favor el producto de la venta de los caballos, y encargó á Petit-Jean que le comprara algunos instrumentos matemáticos y cartas náuticas para guiarles en su viaje: en seguida mandó que le trajeran de cenar, y se entregó al sueño.

Los criados hablaron tambien durante la cena, é hicieron sus proyectos particulares con respecto al viaje. Jaime propuso á Petit-Jean de hacer valer en comun el dinero que empleasen resultante del precio de la venta de los caballos, añadiendo que á su regreso podrian comprar del beneficio mas de trescientos. El palafrenero se encargó de la inversion de estos fondos, so condicion de que partiria con el criado las ganancias ó pérdidas que hubiese. Consintió Petit-Jean, habiendo hecho observar á Jaime, que tanto el como su amo podian tambien haber aprendido lecciones importantes sobre el comercio, pero que estas ideas las postergaron por las de la nueva filosofía.

El criado quiso firmar un contrato con Jaime, autorizado por escribano, pero este último le dijo que era inútil, y que para el caso bastaba que firma-

sen á bordo un convenio particular por duplicado.

Así lo resolvieron, y al dia siguiente Jaime hizo sus provisiones de lencería, vino y quincalla, y las llevó á bordo del *Volante*. Petit-Jean se fué á preparar todo lo necesario para cuando llegase su amo. Cuando volvió á la fonda encontró en la calle al buen Jaime, que acompañaba todavía una carreta cargada de mercadería por su cuenta.—Excusadme, dijo este último, con el amo, porque no puedo despacharme antes de dos horas.—No importa, respondió el criado; porque hablándole de la nueva filosofía estoy cierto que no pensará en tí mas que en las nubes de antaño. Petit-Jean apresuró el paso y llegó á la fonda, y encontrando á Mr. Le Grand tuvo con él el siguiente coloquio:

Mr. Le Grand. ¿Ya sabes, Petit-Jean, que la academia está muy satisfecha del resultado de mi comision, y que me ha encargado otra mas grave y de muy distinta naturaleza?

Petit-Jean.—Yo creia hasta aquí, querido amo, que el objeto de nuestro viaje era conseguir la regeneracion universal por medio de la nueva filosofía.

Mr. Le Grand. Ya se supone, y por esta razon hemos hecho tan grande acopio de libros. Pero muchas otras cosas hay que practicar en esta nueva comision.

Petit-Jean. ¿Y podrémos nosotros llenarla tambien?

Mr. Le Grand. Ya te he dicho que todo lo puede el dinero; en todas partes tenemos crédito, y así es que podrémos recojer muy fácilmente todo lo que fuere menester para que la academia pueda hacer nuevos descubrimientos.

Petit-Jean. Pensaba que ya no habia nada mas que hacer.

Mr. Le Grand. Verdad es lo que dices, por lo que toca á ese rincon de tierra donde nosotros vivimos, pero ya verás en nuestros viajes, cuánto falta todavía, y cuántos hay de nuestra especie que apenas tienen semejanza con nosotros, si no es en las facciones y el color.

Petit-Jean. ¿Y qué tiene esto que ver con los académicos?

Mr. Le Grand. ¡Cómo! mucho tiene que ver; porque todas estas naciones ofrecen diferencias notables en sus ideas,

la academia de Burdeos cuando yo llegué allí, y como este cargo no puede tenerle otra persona donde yo estoy, quise ocupar la silla de la presidencia, de la cual me rechazó tan bruscamente, que me hundió en la mia y rompió el asiento, de cuyas resultas todavía me encuentro muy magullado.

Petit-Jean. ¡Voto á tal! que no me hallase yo presente para atravesarle el cuerpo con mi espada de parte á parte.

Mr. Le Grand. Muy bien castigado ha sido, aunque de otra manera, porque fué echado de la academia y se vió obligado á acudir en queja de este agravio á la academia principal de Paris.

Petit-Jean. ¡Pardiez! Mucho me temo un mal resultado, porque los ausentes casi siempre salen con la culpa de todo. ¡Ah, querido amo! ya veo yo que todos estos académicos son unas cabezas destornilladas que no harán mas que disparates y bestialidades. Yo seria de parecer que les enviárais todos en hora mala, y siguiérais mi consejo.

Mr. Le Grand. ¿Qué consejo es este?

Petit-Jean. El que oí á Jaime, que sabe mucho mas que nosotros en todo,

menos en la nueva filosofía. El sobrino de Condorcet me prometió hacer el comercio conmigo á medias, invirtiendo el fondo comun que ha producido la venta de los caballos, con el cual es de parecer que á nuestro regreso podrémos comprar mas de trescientos. Segun lo que me ha dicho, nuestros capitales pueden aumentar sobremanera, enterándonos en cada puerto de aquellos géneros que estén á bajo precio, para venderlos en otros que estén en mayor estima. Vos que teneis tanto dinero, podríais hacer la misma especulacion y todavía con mayores ventajas.

Mr. Le Grand. Yo creo que tú te paras muy poco en las doctrinas de la nueva filosofía. ¿Ignoras que los filósofos son demasiado generosos para recibir paga ni andar á caza de cálculos gananciosos?

Petit-Jean. Sin embargo, si nosotros no tuviéramos dinero, nadie nos daria de comer. Vos sois rico, pero si desperdiciais vuestra hacienda y llegais á ser pobre, todos se burlarán de nosotros; mi consejo seria que si os fatiga el dinero, lo invirtiérais en limosnas ú otras obras meritorias.

Mr. Le Grand. Qué pobre ni qué cuernos. Imbécil que tú eres, ¿has olvidado ya que despues de la regeneracion todo el mundo será igualmente rico?

Petit-Jean. Esto lo digo, porque empiezo ya á desconfiar de la regeneracion, y estoy en el concepto de que los académicos han perdido el seso. Y á la verdad, ¿qué tiene que ver la regeneracion con la mision que os han dado de ir á registrar los archivos de tan remotos países, como son los que ahora vamos á recorrer?

Mr. Le Grand. Dejemos esto, que ya veo cuánto me engañé en creer que tú te harias filósofo, no asistiendo mas que á seis sesiones de la academia; pero mia es la culpa. Ve á hablar á Jaime de vuestro comercio, que á mí otras cosas me ocupan.

El héroe se quedó solo para entregarse á sus ideas y combinar operaciones y cálculos sobre su viaje, pero á no tardar le anunciaron que estaba allí el académico que debia conducirle á presidir la reunion de los filósofos. Fuéronse juntos, y Mr. Le Grand pidió una copia de la instruccion que le habia di-

rigido la academia de Paris. El secretario se la entregó, mientras que otro académico pidió la palabra para que se leyeran algunas cuestiones que él queria remitir al juicio del héroe, para que se ocupara de ellas en sus viajes y les diera una solucion satisfactoria á su regreso en Francia. Estas cuestiones eran las siguientes:

1ª Ya que Mr. Le Grand debe dar la vuelta al globo, es absolutamente necesario é indispensable que procure averiguar del modo que ha sido fabricado el mundo, si ha sido construido todo de una vez, ó por partes, y los medios de que se vale su director universal para gobernarle y hacerle maniobrar.

2ª Mr. Le Grand se informará al pasar por debajo de nosotros, de la causa que le impide caer patas arriba á él y al buque, y á las aguas por donde navega.

3ª Para explicar las estaciones del año se enterará Mr. Le Grand si es la tierra la que gira al rededor del sol, ó el sol al rededor de la tierra, y de lo que comunica el movimiento á los dos cuerpos.

4ª Mr. Le Grand deberá darnos razon á su regreso de las mareas, así como del flujo y reflujo, y nos explicará tambien por qué no son iguales en todas partes.

5ª Igualmente será incumbencia de Mr. Le Grand explicarnos cómo se sostiene la tierra en mitad del espacio sin fundamentos ni nada, y del mismo modo que si fuera una bola en el aire en medio de una gran sala. La explicacion de este fenómeno es muy interesante, cuanto mas, no teniendo la tierra alas para volar, ni piés para andar.

6ª Por último, el señor comisionado dará cuenta exacta de todos los astros, ya que los verá por todas partes. Conviene tambien que manifieste cuál es la última estrella, y si tiene una luz propia como el sol de nuestro sistema planetario, ó prestada, y si como éste la comunica á otros planetas, en cuyo caso indicará los nombres de estos.

Concluida la lectura, el sócio académico entregó á Mr. Le Grand el papel en que se hallaban las cuestiones referidas, suplicándole que lo pusiera al lado de la instruccion de la academia de Paris, añadiendo que si el héroe con-

seguia presentar la solucion de los puntos que se le habian redactado, seria por el mismo hecho nombrado presidentede todas las academias del globo.

Mr. Le Grand tomó el papel, prometió ocuparse en él y cumplir exactamente su contenido, á fuer de héroe político y filósofo moderno. Despues se despidió de todos sus colegas, y al dia siguiente, á las cinco de la madrugada, el héroe se embarcó en el *Volante* acompañado de Petit-Jean, su ayuda de cámara, y de Jaime, sobrino de Condorcet.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO I.

---

e







